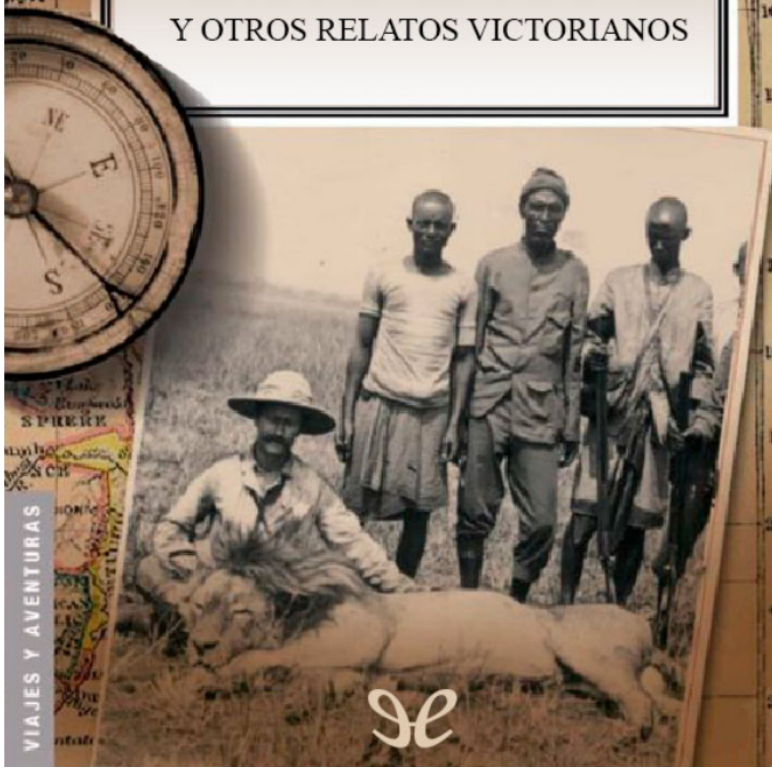
César Vidal

LOS EXPLORADORES DE LA REINA

Y OTROS RELATOS VICTORIANOS



VIAJES Y AVENTURAS

En la época de la reina Victoria (1819-1901), Gran Bretaña fue, en muchos aspectos, la sociedad más avanzada de su tiempo y capaz de construir un imperio que se extendía por todos los continentes.

Desde esa posición preeminente se convirtió en el punto de partida de algunos de los viajes de exploración más emocionantes y arriesgados vividos por los occidentales.

Los exploradores de la reina: y otros aventureros Victorianos presenta las hazañas emprendidas por hombres y mujeres que osaron seguir rutas para las que, metafórica y en ocasiones literalmente, no disponían de mapas.

Mientras que algunos de ellos —como Burton, Speke y Livingston— son relativamente conocidos, de otros apenas tenemos noticia.

Piratas, traficantes de esclavos, falsos derviches, comerciantes, aristócratas, cazadores, geógrafos, misioneros, políglotas, peregrinos, conversos, beduinos, rajás y soldados se dan cita en La Meca, Damasco, Petra, Líbano, Benarés, Zanzíbar, los mares del Sur, El Cairo, Bagdad o Jartum para escribir los primeros capítulos de una larguísima y apasionante historia.

César Vidal

Los exploradores de la reina

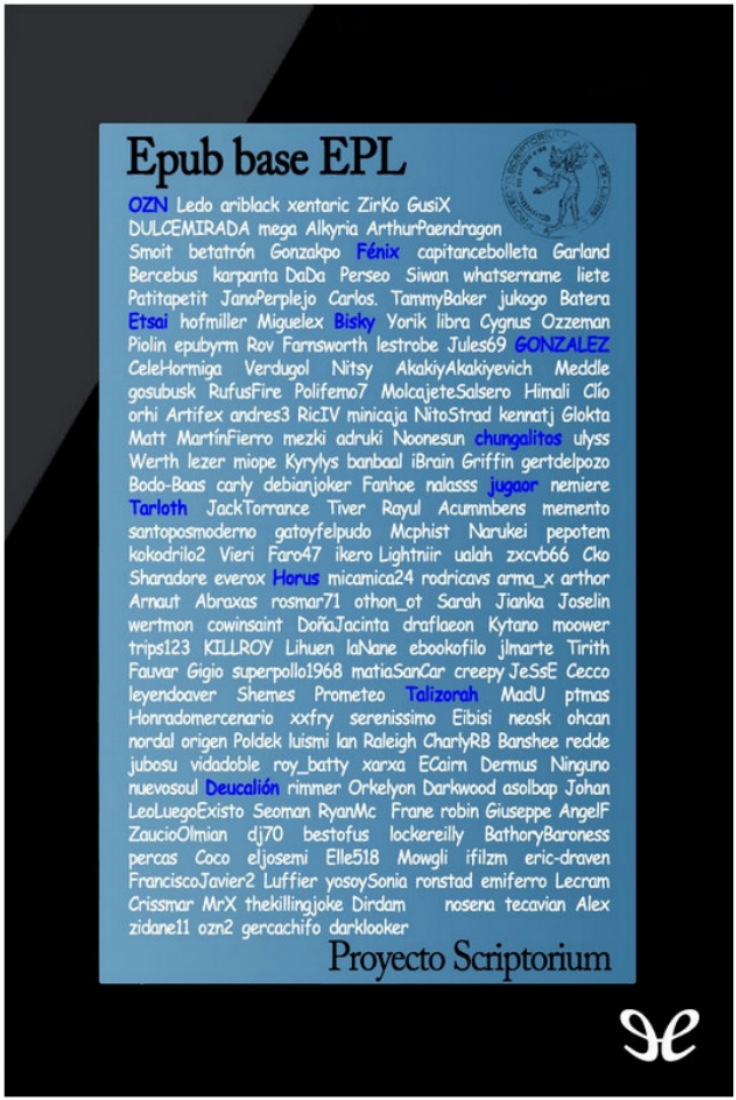
y otros aventureros Victorianos

ePub r1.0
Titivillus 23.04.2023

César Vidal, 2001
Diseño de la cubierta: Hans Geel

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

X Aniversario



Primera portada para el Epub base, creada por orhi

Índice de contenido

Cubierta
Los exploradores de la reina
INTRODUCCIÓN
PRIMERA PARTE
CAPÍTULO PRIMERO
De Benarés a Inglaterra
Primeros combates
Un destino diferente
Rumbo a Borneo
Brooke conoce a los dayakos
Brooke decide marcharse
El nuevo rajá
La modernización de Sarawak
La reacción de los piratas
La sublevación contra Hassim
Regreso a Gran Bretaña
La batalla parlamentaria
Brooke se defiende
El pirata Rentab
Brooke comparece ante la comisión
La sombra de la muerte
El retiro
El último viaje
Bibliografía comentada
CAPÍTULO SEGUNDO
El hijo del clérigo
Misionero en los mares del Sur
El consejero del rey
La Constitución de Tonga
Los comerciantes atacan a Baker
«El que remonta todas las dificultades» se convierte en triple ministro
Viejas batallas, nuevos combates
Victoria y derrota
El proceso de los rebeldes de Mu’a

El gran envite
El atentado
El golpe
El final
Bibliografía comentada
SEGUNDA PARTE
CAPITULO PRIMERO
El oficial fracasado
Huida hacia La Meca
Los precursores de Burton
Viaje a Egipto
Hacia Yembo
Destino: Medina
Rumbo a La Meca
La Meca
El regreso
Bibliografía comentada
CAPÍTULO SEGUNDO
El converso
Rumbo a Oriente
Misionero en Arabia
El falso árabe
Poder a la islámica
Hacia el golfo Pérsico
Después de Arabia
Bibliografía comentada
CAPÍTULO TERCERO
Una hija de la aristocracia
Primer matrimonio, primeros amantes
La primera pasión
En la corte de Baviera
El segundo matrimonio
El conde Zeotoky
El general Hadji-Petros
Hacia una nueva vida
Aparece Abdul Medjuel el Mezrab
El tercer matrimonio
Regreso a Inglaterra
El reencuentro con el amado
Las matanzas de Damasco

La dicha
Bibliografía comentada
CAPÍTULO CUARTO
Un enlace perfecto
La fortuna cambia
El viaje a Mesopotamia
En busca de los beduinos
El regreso al desierto
El paso del Nafud
En Hail
Hacia Bagdad
Rumbo al golfo Pérsico
El sueño de la emancipación árabe
El fin del matrimonio
Bibliografía comentada
CAPÍTULO QUINTO
Un niño débil y estudioso
Viaje a Oriente Medio
Hacia Arabia
En Meddain Salih
Entre los beduinos
En Taima
Llegada a Hail
La ciudad del Diablo
La agonía del retorno
Después de Oriente
Bibliografía comentada
TERCERA PARTE
CAPÍTULO PRIMERO
Zanzíbar
Burton se encuentra con Speke
Prolegómenos
Comienza la búsqueda
Llegada al lago Tanganika
El final de la expedición
Regreso a Gran Bretaña
Los aventureros se enfrentan
La conclusión del drama
Bibliografía comentada
CAPÍTULO SEGUNDO

El insaciable cazador
Viaje a África
Los Baker en Jartum
Tras las huellas de Speke
Gondokoro
Hacia el Luta Nzigé
El terrible retorno
Hacia Gran Bretaña
Bibliografía comentada
CAPÍTULO TERCERO
Una infancia de esfuerzo y sacrificio
La conversión
El misionero
Llegada a África
El combate con el león
Matrimonio y nueva misión
Chounuané y la primera exploración
Nuevo traslado
Despedida de la familia y viaje hacia la costa occidental
Reconocimiento
Regreso a África
De Bombay a la metrópoli
El último viaje
El tributo de los nativos
Bibliografía comentada
CAPÍTULO CUARTO
El militar individualista
La conversión
La guerra de Crimea
Al servicio del emperador de la China
La práctica de la caridad cristiana
Remontando el Nilo
Gobernador del Sudán
De nuevo en China
Peregrinación a Tierra Santa
La sublevación del Mahdí
La batalla de Jartum
Bibliografía comentada
Epílogo políticamente incorrecto
Índice onomástico

Sobre el autor
Notas

A Sagrario, con la que viajar resulta
una aventura, una delicia y, sobre todo, un placer
que parecen imposibles de alcanzar —y todavía más
de merecer— por simples mortales

INTRODUCCIÓN

La verdadera edad victoriana

Para la mayoría de nuestros contemporáneos, el simple calificativo «Victoriano» tiene un contenido abiertamente peyorativo. De forma casi automática, la era denominada de esa manera se relaciona en nuestra mente —quizá más en nuestra visceralidad— con una cosmovisión estrecha, reprimida, clerical e incluso imperialista. Supuestamente, estaríamos hablando de una época deprimente marcada por la mojigatería religiosa y la explotación económica. Incluso para no pocos, a todas esas notas el victorianismo habría añadido las de la carencia de justicia, la opresión laboral o la falta de higiene. El hecho de que una mentira se repita miles de veces no la convierte —por mucho que así lo pensara Hitler— en una gran verdad. Como mucho, la transforma en un embuste creído por millones.

Semejante —y burda— falacia se ha sustentado durante décadas en dos pilares bien conocidos. El primero fue el libro de Engels sobre la condición de la clase obrera en Gran Bretaña. Está fuera de discusión que Engels —él mismo empresario capitalista— falseó los datos aportados en su obra en la que, por otro lado, no se realiza ninguna comparación con lo que podía ser la situación, por ejemplo, de los trabajadores del campo o de los obreros de otros países. Esos datos manipulados serían ampliados y repetidos posteriormente y de manera nada ingenua por su amigo Karl Marx en *El capital* adquiriendo carta de naturaleza de veracidad histórica. Un análisis a fondo de ambos textos deja de manifiesto que no pasaron de ser un empleo cínico de la mentira, de la demagogia y de la manipulación. Sin embargo, no debería extrañarnos porque ese siniestro tríptico —unido al uso despiadado de la violencia— ha caracterizado la historia del marxismo a lo

largo del siglo XX. El segundo pilar de infamación de la edad victoriana estuvo relacionado con el grupo de intelectuales reunidos en torno a figuras como Lytton Strachey y su enamorada Carrington. Aunque resulta inevitable sentir compasión por los sufrimientos psicológicos de ambos no puede ocultarse que reunieron en sí muchas de las terribles contradicciones que han marcado a los denominados «progresistas» desde el siglo XVIII. Lytton Strachey sufrió indeciblemente a causa de sus inclinaciones homosexuales y en un momento dado decidió convertirlas en un ariete con el que derribar la sociedad victoriana que, supuestamente, le oprimía. Lo cierto, sin embargo, es que las clases altas estuvieron encantadas con alguna de las obras de Strachey y desearon incorporarle a sus filas. Strachey, como tantos otros antes y después de él, siguió vertiendo afiladas críticas contra aquellos admiradores a la vez que disfrutaba enormemente de aquella forma de vida que ansiaba para sí mismo. No debería extrañarnos porque formar parte de la *beautiful people* y otorgar patentes de moralidad política continúa siendo hasta la fecha uno de los deportes a los que más aficionados son los adictos a lo «políticamente correcto». En cuanto a la desdichada Carrington, que enarbolaba la bandera de la emancipación feminista y la liberación sexual, llegó a tales extremos de servilismo hacia Strachey que hubieran causado el escándalo de mujeres mucho más conservadoras que ella. Su final trágico es ampliamente conocido y, desgraciadamente, tampoco debería causarnos sorpresa.

La edad victoriana estuvo, desde luego, marcada más por enormes logros y grandes proezas que por detalles sórdidos o comportamientos malignos. Cuando en el mes de junio de 1837 Victoria fue coronada reina de Inglaterra, el Reino Unido presentaba un panorama que, hoy en día, nos resultaría repugnante, sobrecogedor e inquietante. Al igual que sucedía en el resto de Europa —no hablemos de otros continentes menos avanzados—, la mayoría de los súbditos de Victoria eran campesinos analfabetos a los que esperaba una existencia marcada por una austeridad extremadamente frugal que desembocaba, por regla general, en una muerte que hoy consideraríamos aterradoramente temprana y que venía precedida por una enfermedad dolorosa y sin apenas tratamiento o por accidentes de características pavorosamente

cruentas. Cuestiones tan simples en la actualidad como la extracción de una pieza dental, una operación de apendicitis o incluso un parto revestían tal dificultad que no sólo estaban cargadas de una enorme dificultad sino, sobre todo, de un peligro cierto e incluso mortal.

Por supuesto, con semejante panorama vital en medio del cual debían dedicar todos sus esfuerzos a sobrevivir, los súbditos de la reina no sentían, por regla general, el menor interés por la política y no tenían problema alguno en someter su comportamiento en ese terreno al terrateniente de turno y al clérigo de su confesión. Es cierto que había gente —todavía una minoría— que habitaba en las ciudades, pero su suerte no resultaba tampoco envidiable. En ocasiones, su tasa de mortalidad era superior que en el campo y si se producía un crecimiento demográfico se debía a la inmigración del agro.

El 22 de enero de 1901, la reina —ya emperatriz— Victoria falleció. Para entonces, Gran Bretaña —a diferencia de otras naciones— había experimentado cambios auténticamente excepcionales que la colocaban a la cabeza de los países civilizados. Los ejemplos al respecto son muy abundantes y sólo podemos mencionar algunos. Comencemos con la sanidad. En 1901, los hospitales, por primera vez en su historia, curaban a más gente de la que fallecía en sus habitaciones y corredores. La higiene y las prácticas médicas habían cambiado tanto que ya apenas guardaban relación con las experimentadas unas décadas antes y, sobre todo, habían logrado reducir la tasa de mortalidad a la mitad.

Las ciudades estaban cambiando también de una manera espectacular. Los inmundos *slums* de principios y mediados del siglo XIX estaban convirtiéndose en lugares raramente limpios y, sobre todo, distaban de ser zonas desde las que resultaba imposible ascender socialmente. Todo lo contrario. El progreso social había dejado de ser un sueño para convertirse en una esperanza teóricamente abierta a cada británico.

En buena medida, esa posibilidad real y de extraordinaria importancia se asentaba en la educación y la expansión espectacular de la alfabetización. Debería llevarnos a reflexionar que en 1900 —y también varias décadas antes— el número de británicos que sabía leer y escribir fuera proporcionalmente mayor que el de sus

compatriotas después de los gobiernos laboristas del siglo XX. Debe decirse también en honor a la verdad que en esa época los diarios de Manchester o Glasgow podían ser buscados —y, de hecho, lo eran— en los quioscos de Londres; que los trabajadores acudían en número muy considerable a las bibliotecas fundadas por las instancias más diversas, y que las organizaciones relacionadas específicamente con la clase obrera tenían a gala organizar reuniones de carácter cultural en nada similares a lo que hayamos podido contemplar en las últimas décadas del siglo XX.

Especialmente, las tres últimas décadas del reinado de la emperatriz Victoria resultaron de una brillantez incomparable y la razón fundamental —casi podría decirse que única— fue el triunfo del liberalismo en la política nacional. Su éxito no se debió a las presiones de los grandes poderes económicos o a la utilización de medidas represivas contra la clase obrera. En realidad fue la victoria del sentido común, un sentido común que, en mayor o menor medida, fue abriéndose paso en otros lugares del mundo civilizado.

Las notas del liberalismo Victoriano tuvieron un efecto extraordinario sobre Gran Bretaña. En primer lugar pretendía llevar a cabo lo que era meramente razonable. Ese sentido de lo razonable condujo, entre otras cosas, a impulsar la educación como un factor esencial para el desarrollo de una nación; a racionalizar las burocracias ya existentes; a facilitar el comercio; a reformar el ejército, desvinculándolo de una determinada clase social, y a establecer bancos centrales. Por supuesto, también significó el abogar por Estados nacionales centralizados en los que una región no pudiera ser primada sobre otra aludiendo a supuestas diferencias históricas, sociales o lingüísticas. Resultaba de sentido común que esperar un trato diferente —por supuesto, más favorable— en el seno de una nación era implanteable simplemente porque las leyes particulares o privilegios formaban parte del orden feudal pero no eran de recibo en un Estado moderno. A todo lo anterior se unía que el liberalismo no se formulaba únicamente en términos políticos y económicos sino que contaba con una honda médula moral fundamentada en los principios éticos contenidos en la Biblia. Esa característica impedía precisamente que el mensaje liberal se convirtiera en una mera legitimación de la victoria de los «más dotados» sobre los que lo eran menos.

Aquella política liberal tuvo un impacto cuyas consecuencias se han ocultado posteriormente más por razones de política de partidos que de análisis histórico fidedigno. A la altura de 1880, los europeos —y los británicos estaban a la cabeza— llegaron a ser mucho más ricos de lo que lo habían sido con cualquier imperio anterior, ya fuera el romano, el carolingio o el español. En paralelo, mientras la fuerza social de la nobleza y del clero se iba debilitando como consecuencia del papel menor de la agricultura en la economía del país, las ciudades prosperaban como nunca antes. No sólo el precio de los alimentos bajó de una manera que permitió un consumo más amplio y rico de comidas sino que, además, los transportes colectivos —en general muy módicos— facilitaron extraordinariamente que en Gran Bretaña los suburbios fueran zonas de población de la clase media, perdiendo el carácter miserable que se daba en otros países europeos.

Para la clase media, temida por la alta y aborrecida y envidiada por la baja, fue una época ciertamente dorada. Sus miembros —que contaban con estudios no siempre universitarios— podían contar con una ocupación estable y con posibilidades de progreso, adquirir propiedades con bastante facilidad, disponer de una servidumbre fija y relativamente numerosa. Incluso la clase media más baja contaba con unas posibilidades de progreso sin paralelo histórico, y lo mismo podía decirse de los segmentos más bajos de la sociedad.

El liberalismo no sólo partía —como muchas veces se afirma— de un deseo de favorecer las iniciativas de progreso del individuo. Deseaba, aún más que eso, aprovechar las cualidades de cada ciudadano primando no la posición social o la sangre, sino sus cualidades o méritos específicos. De ahí, la insistencia tan acentuada en temas como la educación. Durante los últimos veinte años del reinado de Victoria se construyó un número de escuelas y establecimientos educativos tan elevado que nunca sería ni superado ni igualado en el futuro. Como era fácil esperar, la alfabetización se convirtió en universal y en alguna región como Escocia el número de graduados técnicos se disparó.

Con recursos financieros relativamente escasos —desde luego incomparables con los actuales—, las universidades experimentaron un desarrollo nuevamente sin parangón mientras que los niveles educativos aumentaban hasta un grado insospechable. En esa época,

los polígrafos resultaron aún más comunes que durante el Renacimiento y, mientras la gente leía en cifras envidiables, resultaba común que políticos como Gladstone o Disraeli escribieran extraordinariamente bien o que un solo individuo pudiera acumular en su persona conocimientos nada comunes de historia, teología y filosofía.

No fue menos notable la estabilidad internacional. Mientras los obreros descubrían por primera vez en la historia la existencia de las vacaciones, la economía internacional, apoyada en el patrón oro, demostraba una envidiable solidez. Incluso las crisis económicas —como la depresión de 1890— distaban mucho de ser devastadoras. Como descubrieron los economistas de la época, los sectores afectados lo pasaban mal, pero al cabo de no mucho tiempo la situación se reflotaba por el esfuerzo conjunto del capital y el trabajo. Así, la bajada de los alimentos no fue buena para los agricultores pero proporcionó a otros sectores de la población un margen nuevo para gastar, margen que fue a parar a los viajes, los deportes o el turismo, creando riqueza y empleo en esos sectores. Antes de que acabara el siglo XIX, Gran Bretaña no sólo había salido plenamente de uno de esos momentos de depresión sino que además lo hizo más rica que nunca.

Los logros de la era victoriana no se redujeron únicamente a los avances económicos. Aunque los liberales clásicos eran pesimistas sobre la participación de las masas en la política, ya que carecían de educación, veinte años antes del final del siglo XIX los liberales radicales habían comenzado a imprimir un ritmo democratizador al sistema inglés para el que no habría marcha atrás. Sin ninguna exageración podía decirse que las derechas habían creado la democracia inglesa. De hecho, el socialismo tan sólo comenzó a tener cierta importancia en la última década del siglo y gracias al aumento del nivel de vida logrado por el liberalismo. Aun así tendría que esperar al siglo siguiente para que se convirtiera en un partido político, el laborista.

Finalmente, la era victoriana se caracterizó por una solidez social y ética que hoy simplemente no podemos comprender de manera cabal y, por eso, tendemos a interpretarla burlona y erróneamente. El liberalismo apelaba a seres moralmente responsables y, aunque formulaba promesas de mejoras futuras,

situaba la posibilidad de obtenerlas no en un Estado paternalista o en difusas ideas de justicia social, sino en el esfuerzo individual. No tenía interés por realizar experimentos sociales concebidos desde una perspectiva utópica, como harían con posterioridad el socialismo y el nacionalismo. Más bien buscaba aprovechar lo mejor que pudiera dar de sí la naturaleza humana, sobre la que, desde luego, tampoco tenía una visión idealizada y carente de contacto con la realidad. Esta característica lo llevó a no erosionar, por ejemplo, la estructura familiar, sino a fortalecerla como núcleo básico de la sociedad; a asumir una forma de gobierno acentuadamente austera —en ese aspecto, Gladstone constituía un verdadero paradigma— o a conservar un papel fundamental para los clásicos (de Homero y Cicerón a la Biblia) como supone de la cultura occidental.

No debería chocarnos que con esos mimbres Gran Bretaña se convirtiera en un punto de referencia moral. No se trataba sólo de la libertad que emanaba de su sistema político o de la prosperidad que creaba su sistema económico. Además estaba su deseo de convertir el mundo en un lugar más habitable aplicando una serie de principios surgidos de las Escrituras que se traducían, por ejemplo, en el intento de acabar con el tráfico de esclavos mediante una vigorosa acción internacional o en la generosidad a la hora de otorgar asilo a los refugiados políticos de otros países. Sin duda, en el conjunto del reinado de Victoria también hubo sombras, pero las luces fueron mucho mayores, y en absoluto permiten que consideremos aceptable la visión vulgar que de ella se tiene como de una época pacata, sucia y plagada por la injusticia.

A decir verdad, la era victoriana fue grande. Lo fue en terrenos como el político, el social, el económico, el educativo, el cultural o el artístico. También en algo tan difícil de evaluar —y que suele llamar tan poco la atención de los exploradores— como el de la forja de caracteres arrojados y aventureros. A ese tema en concreto está dedicado este libro. A narrar la historia de algunos de aquellos hombres y mujeres que se convirtieron en aventureros de la reina, que prefirieron conocer y descubrir un mundo ignoto a disfrutar de los inmensos avances que iba disfrutando su patria y que, precisamente por ello, contribuyeron no poco a su grandeza. Eran valientes, cultos, apasionados y con un enorme deseo de aprender,

descubrir y, especialmente, de vivir como individuos libres y responsables. Fue así como contribuyeron a la grandeza de una era no caracterizada por ser estúpidamente mojigata o intolerablemente opresora como muchos creen, sino excepcionalmente grande. Sus logros —y sus fracasos— en Asia y África, en el Pacífico y en Oriente Medio nos esperan. Vayamos a su encuentro.

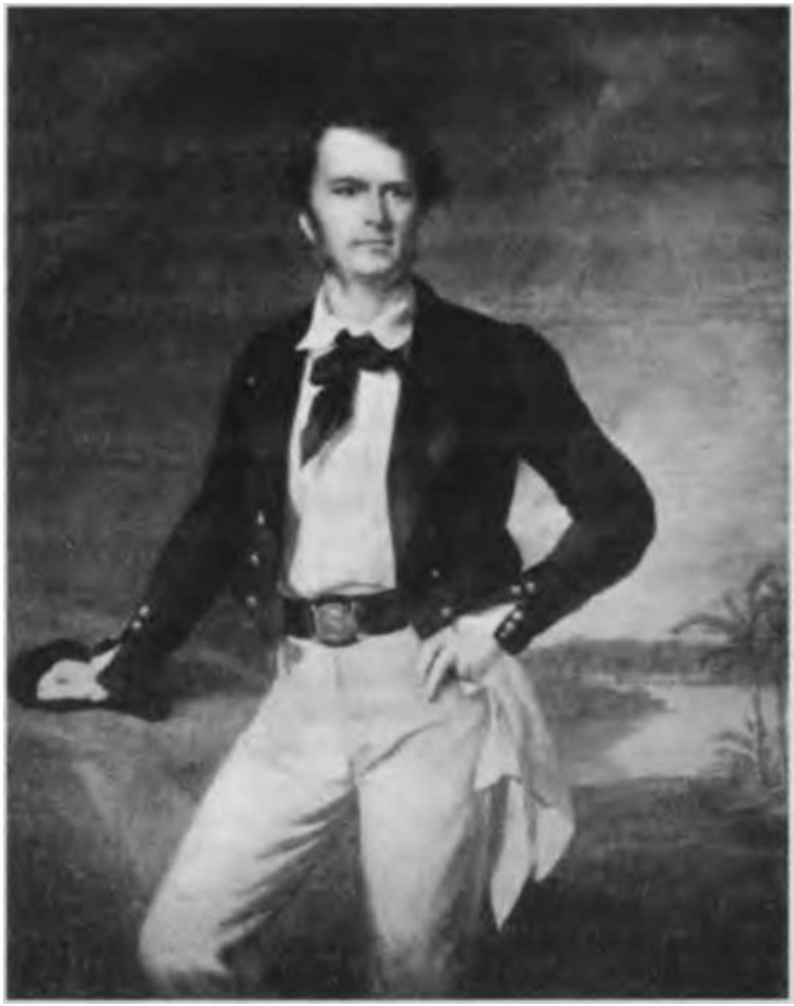
Madrid-Cádiz-Madrid, primavera de 2001.

PRIMERA PARTE

Preludio en los confines del mundo

CAPÍTULO PRIMERO

James Brooke, «el Leopardo de Sarawak»



James Brooke, por Francis Grant.

Durante los últimos tiempos, la relación entre China y el Imperio británico no había dejado de empeorar. En Cantón, los chinos se habían atrevido a desafiar a los británicos y en 1856 el comisionado chino había osado anunciar que pagaría treinta dólares por cada cabeza de inglés que llegara a sus manos. Si en algún momento alguien pudo pensar que tan lamentable situación iba a mantenerse circunscrita al territorio chino, se equivocaba. Como si de un reguero de pólvora se tratase, la hostilidad hacia los británicos se extendió por todas las colonias chinas del Sureste asiático. En enero de 1857 incluso se produjo una sublevación entre los chinos de Singapur, aunque fue sofocada con relativa facilidad.

En Sarawak, el dominio de un rajá británico vinculado institucionalmente con el sultán de Brunei, algunos de los dirigentes chinos fueron multados cuando comenzaron a emitir las primeras protestas, y la impresión generalizada fue la de que no se producirían disturbios. El rajá, a fin de cuentas, tenía una dilatada experiencia en la eliminación de bandas de piratas y malhechores y, con algo de fortuna, aquello no pasaría de ser una tormenta en un vaso de agua. Sir James Brooke, el rajá, acababa de regresar de un viaje a bordo de un nuevo vapor de la Borneo Company que llevaba precisamente su mismo nombre, y en febrero de 1857 Sarawak daba la sensación de ser más próspero y feliz que nunca.

El 18 de aquel mismo mes, los chinos de la población cercana de Bau decidieron atacar Kuching, el enclave que desempeñaba las funciones de capital de Sarawak. Dado que se trataba de un contingente numeroso, no tardaron en llamar la atención de un malayo que, siendo muy leal al rajá, forzó la marcha de su embarcación para llegar antes a Kuching y dar la voz de alarma. La historia referente al grupo de chinos armados y amenazantes que seguía la ruta de Kuching la escuchó el Datu Bandar, un noble malayo. Sin embargo no la creyó. ¿Quién podría haber aceptado que una multitud armada tuviera la suicida osadía de atacar la sede del gobierno de Sarawak? Convencido de que se trataba de una

falsa alarma, no comunicó absolutamente nada al rajá.

Como en tantos enfrentamientos de índole armada, la sorpresa fue determinante. Hacia medianoche, los chinos entraron en Kuching sin ninguna dificultad. Los habitantes de la ciudad estaban tan confiados en su seguridad que ni siquiera habían apostado centinelas. El rajá, que sufría en aquellos momentos un acceso de fiebre, dormía en la sede del gobierno. Su única compañía era un criado inglés llamado Penty.

En el *bungalow* del rajá, muy cercano al edificio del gobierno, descansaba un joven de dieciocho años llamado Harry Nicholetts, que había venido a Sarawak con la intención de labrarse un porvenir; y Steele, el gobernador de Kanowit, de visita en Kuching. En una casa a poca distancia dormía la familia Middleton, formada por los esposos y dos criaturas. Todos los edificios se hallaban en la orilla izquierda del río, a pesar de que era una creencia general que la derecha resultaba más segura para los europeos.

Antes de proceder al desembarco, los chinos se dividieron en dos grupos. Uno remontó el arroyo que discurría por detrás del edificio del gobierno y el otro continuó corriente abajo en dirección al fuerte. Una vez cerca de la sede del gobierno, los chinos desembarcaron y, mientras gritaban y disparaban, se dirigieron hacia el edificio. Se hallaban ya muy cerca cuando en su camino se interpuso un europeo. Obviamente no tenía ninguna oportunidad de detenerlos, pero desde luego tampoco estaba dispuesto a huir. Los chinos no tardaron en herirle. Cuando el cuerpo se desplomó sin vida, algunos de los atacantes reconocieron en el muerto al rajá de Sarawak. Entonces decapitaron el cadáver y colocaron la cabeza en lo alto de una pica, agitándola en son de triunfo. El entusiasmo se había apoderado de ellos porque estaban convencidos de que acababan de dar fin a la existencia del hombre más temido desde hacía años por los piratas de la zona…

De Benarés a Inglaterra

Para millones de personas, sir James Brooke, también conocido por el apodo de *el Leopardo de Sarawak*, es sólo el nombre de un terrible villano empeñado en extender el infame dominio del pabellón británico por el territorio que bordea Borneo. Esa visión deriva directamente de las novelas debidas a la pluma de Emilio Salgari cuyo protagonista es el famoso pirata malayo Sandokán. En las mismas, Brooke aparece descrito como un enemigo directo de todo lo limpio y bueno a la vez que como un personaje codicioso que debe enfrentarse a la venganza más justificada del noble Sandokán. A todas esas circunstancias añade la de ser el tío de Mariana, «la perla de Labuán», la amada de Sandokán. Como tantas afirmaciones contenidas en las novelas del imaginativo Salgari, las del carácter y condición de sir James Brooke, *el Leopardo de Sarawak*, no pasan de ser una patraña insostenible.

James Brooke nació, bajo el signo de Tauro, el 29 de abril de 1803 en un suburbio de la ciudad india de Benarés. Era el quinto hijo de Thomas y Anna Brooke. Sólo tuvo un hermano varón que era mayor que él. Se llamaba Henry y moriría siendo un joven mientras servía en el ejército de Bengala.

James vivió en la India hasta la edad de doce años. No era habitual que los niños ingleses permanecieran tanto tiempo en los trópicos porque las familias los consideraban enclaves malsanos y se esforzaban en enviar a sus hijos cuanto antes a la metrópoli. Por regla general, este paso tenía lugar nada más cumplir los seis o siete años. Bajo ningún concepto se trataba de un viaje barato o fácil. A lo largo de los cinco meses que solía durar el trayecto, el naufragio o el asalto por parte de un velero francés resultaban peligros más que reales.

El hecho de que James aguantara en la India casi el doble de lo habitual pudo tener sobre su personalidad una influencia que se

haría notar con el paso de los años. De entrada, se acostumbró a un clima que resultaba difícilmente soportable para los occidentales, incluso adultos, y sobre todo se vio permeado por una serie de ideas acerca de la colonia que distaban mucho de ser las aceptadas comúnmente por la metrópoli.

A su llegada a Inglaterra, James fue enviado a la Norwich Grammar School para recibir una educación adecuada. Aunque la enseñanza podía calificarse de esa manera —incluso de excelente—, el régimen de vida era extraordinariamente duro y no faltaban los castigos físicos, como la flagelación, cuando se consideraba que eran pertinentes.

Cuando tenía catorce años, James se escapó de la escuela, aunque parece que en tal decisión intervino no tanto el deseo de eludir la disciplina docente como el de unirse a un amigo que había decidido enrolarse en la marina. Finalmente fue descubierto por unos sirvientes en las cercanías de la mansión de su abuela. Los familiares de James intentaron que el muchacho pudiera regresar a la escuela pero las autoridades docentes consideraron que un paso semejante estaba fuera de lugar. Un muchacho que había tenido la osadía de abandonar de esa manera su *alma mater* no merecía bajo ningún concepto la reincorporación. Finalmente, tras un breve y fracasado período de prueba en otra escuela, la familia llegó a la conclusión de que James debía ser educado por un tutor. Se trató de una circunstancia que perduró durante todo el tiempo que el muchacho vivió en Inglaterra.

Primeros combates

Al cumplir los dieciséis años, James regresó a Bengala. Tenía claras intenciones de entrar en el ejército y, a finales de 1819, fue nombrado alférez del VI Regimiento de infantería nativa. Al principio, su carrera transcurrió de manera lenta. Así, al cabo de tres años fue ascendido a subasistente comisario general, un puesto que no le agradaba dado que hubiera preferido servir en la caballería.

Su situación experimentó un cambio considerable cuando en 1823 lord Amherst se convirtió en el gobernador general de Bengala. Por aquella época, los birmanos habían cruzado en varias

ocasiones la frontera, realizando algunas incursiones. Este tipo de ataque se había recrudecido en los últimos tiempos, lo que llevó a Amherst a pensar en la posibilidad de acabar de una vez con estas agresiones. Cuando en marzo de 1824 le llegaron noticias de que los birmanos se preparaban para atacar Calcuta, lord Amherst procedió a declararles la guerra.

Cualquier invasión resulta siempre difícil por los problemas logísticos que llevan anejos y que van desde conseguir víveres hasta utilizar de la mejor manera unas vías de comunicación desconocidas o combatir contra una población hostil. En el caso de Birmania, a todas estas cuestiones se sumaba la del sistema de castas en que se halla dividida la sociedad hindú todavía en la actualidad. De acuerdo a los preceptos de aquél, resultaba imposible para buen número de los soldados realizar el viaje por mar, razón por la cual hubo que dividir el ejército. Además, la caballería ligera era numéricamente muy escasa. Fue precisamente este último problema el que intentó paliar el ahora teniente James Brooke. Se ofreció para organizar una fuerza de voluntarios y, tras recibir el permiso solicitado, no sólo consiguió su objetivo sino que además situó la citada unidad en vanguardia para que se ocupara de recoger información que debía resultar de importancia para la campaña.

La primera batalla en que intervino Brooke tuvo lugar el 27 de enero de 1825. Se trató de una carga de caballería que dirigió a la cabeza de sus hombres y que provocó la huida despavorida del enemigo. Aquella valiente acción tuvo como resultado directo que fuera mencionado en los despachos como un personaje caracterizado por un notable denuedo.

Tan sólo unos días después, James Brooke vivió su segundo combate. Esta vez conducía a sus hombres de la misma manera cuando resultó gravemente herido. Dado que permaneció inmóvil y sin conocimiento, se creyó que había muerto y quedó abandonado en el campo de batalla. Sólo cuando el combate concluyó, el coronel que mandaba las fuerzas británicas decidió recuperar el cadáver del aguerrido Brooke. Para sorpresa suya, el muchacho no había fallecido y respondió incluso a la reanimación.

Enviado a Calcuta, los cirujanos que examinaron a Brooke llegaron a la conclusión de que debía otorgársele un permiso prolongado para que pudiera convalecer adecuadamente en

Inglaterra. Además se le concedió una pensión vitalicia de setenta libras anuales por la herida de guerra. Durante los años siguientes proliferarían los rumores más variados acerca de la naturaleza de la lesión que había sufrido Brooke. John Dill Ross, un especialista en asuntos relacionados con Borneo, llegaría a afirmar que el joven oficial había sido herido en los genitales por una bala de mosquete. La tesis resulta atractiva en la medida en que serviría para explicar la razón de que Brooke no hubiera contraído matrimonio con posterioridad. Sin embargo no se correspondía —como en tantas otras ocasiones— con la realidad. La herida había sido ocasionada por un proyectil que atravesó uno de los pulmones de Brooke y quedó alojado cerca de la columna vertebral. La bala le fue extraída y durante años sería conservada por su madre bajo una campana de cristal como si de una reliquia se tratara.

Un destino diferente

El permiso concedido a Brooke debía durar cuatro años y medio, un tiempo bien prolongado teniendo en cuenta que la naturaleza de la lesión no implicaba una incapacidad permanente. Si el oficial no se encontraba de regreso, por lo tanto, en su destino en la India el 30 de julio de 1830 se vería excluido de su empleo militar. La intención de Brooke era la de reincorporarse a tiempo, pero las primeras semanas de 1830 se destacaron por el pésimo tiempo para navegar. De hecho, hasta inicios de marzo no resultó posible la salida hacia la India. James Brooke, que consiguió pasaje en un buque llamado *Castle Huntley*, tenía, sin embargo, confianza en que llegaría a tiempo. Para desgracia suya, los temporales continuaron y el barco alcanzó Madrás el 18 de julio. En otras palabras, contaba únicamente con doce días para alcanzar Calcuta. Fue en ese momento cuando Brooke decidió poner a prueba su fortuna. Consciente de que si llegaba con retraso tendría muchas posibilidades de sufrir un licenciamiento forzoso, optó por notificar su renuncia y evitarse el viaje. A continuación decidió seguir viaje con el *Castle Huntley*, que regresaba a Inglaterra pasando por el archipiélago índico y China.

El viaje abrió a Brooke algunas perspectivas realmente

interesantes. Por un lado, comenzó a cuestionar la política colonial seguida hasta entonces y, por otro, quedó admirado de la laboriosidad de los chinos. Aquel pueblo —del que escribiría que «son la primera raza del mundo»— estaba demostrando una habilidad sin parangón a la hora de establecerse en los territorios más diversos.

Brooke estaba tan sorprendido por aquellos orientales que en Cantón se disfrazó de chino y, en compañía de otros viajeros, se introdujo en el territorio prohibido situado tras las murallas para observar la celebración de la Fiesta de las Linternas. La aventura no dejó de ser sugestiva, pero Brooke contrajo una gripe que pudo haber acabado con su existencia. El inglés aprovechó la convalecencia para mantener sesudas conversaciones sobre teología y filosofía con Cruickshank, el cirujano escocés del *Castle Huntley*.

A bordo de la embarcación regresó Brooke a Inglaterra. Hay pocos datos seguros sobre su vida durante 1834, pero al parecer rechazó la posibilidad de contraer matrimonio con la hija de una familia acomodada. Con posterioridad, este episodio sería utilizado para dar pábulo a la leyenda relativa a la bala que habría dañado sus genitales. La verdad resulta seguramente más sencilla. Brooke ya había decidido en aquella época que no permanecería en Gran Bretaña, sino que marcharía a ultramar, y no se consideraba —lo que era una notable muestra de honradez— capacitado para cumplir adecuadamente con los deberes impuestos por el matrimonio. Se trataba empero de una dificultad laboral más que física.

El lugar a donde iba a dirigirse el antiguo oficial no estaba aún determinado. Durante algún tiempo pensó en la posibilidad de encaminarse al continente americano. Al final decidió invertir en un buque llamado *Findlay* que marchaba hacia aguas de Oriente. Las expectativas eran halagüeñas pero la realidad no tardó en mostrarse desastrosa. Brooke tenía un concepto de la disciplina extremadamente flexible mientras que el capitán de la nave era acentuadamente estricto. Las disputas no tardaron en hacer acto de presencia y, finalmente, la nave y la carga tuvieron que ser vendidas con pérdidas.

El revés económico resultó tan oneroso que lo más sensato que Brooke podía haber hecho era regresar a Inglaterra y olvidarse del

Extremo Oriente. Sin embargo, lo cierto es que sus intenciones eran exactamente las contrarias. Adquirió así una embarcación de diecisiete toneladas y pasó el verano adiestrándose en el arte de navegar bordeando a la costa sur de Inglaterra.

Por añadidura, a finales de 1835, Thomas Brooke falleció y James recibió una herencia de treinta mil libras esterlinas. Antes de un trimestre, adquirió un barco de 142 toneladas llamado *Royalist*. En aquellos momentos, en su mente había comenzado a dibujarse un objetivo concreto y diferente de lo que había pensado hasta entonces.

Rumbo a Borneo

Borneo es la tercera isla más grande del mundo, sólo superada por Groenlandia y Nueva Guinea, con una extensión de poco menos de tres cuartos de millón de kilómetros cuadrados. Situada en el archipiélago malayo, en el sureste del continente asiático, Borneo limita al noreste con el mar de Sulú y el de Célebes; al este con el estrecho de Makasar; al sur con el mar de Java, y al oeste y al norte con el mar de la China.

Montañosa, la isla cuenta también con cursos fluviales de especial importancia para el comercio. Su clima tropical presenta un promedio anual de veintiséis grados centígrados, aunque la sensación de calor puede resultar agobiante merced a la terrible humedad, que es aún más extrema en las zonas costeras. Privada de estación seca, las precipitaciones son abundantes en Borneo, alcanzando su punto máximo entre octubre y mayo, durante el período del monzón del noreste. De manera lógica, la vegetación isleña es extraordinaria y sus especies, que incluían de orquídeas a cocoteros, bananos y mangos, causaban la sorprendida admiración de los europeos. Pero aún más sobrecogedoras eran las especies animales. Además de elefantes y rinocerontes, los viajeros que corrían el riesgo de llegar hasta Borneo se encontraban con orangutanes, gibones y uros. El mayor peligro se encontraba, no obstante, en la acción procedente de una rica fauna de reptiles que incluían desde las serpientes pitones hasta distintas variedades de cocodrilos.

No parece que ninguno de estos aspectos hubiera llamado la

atención de Brooke para impulsarle a visitar Borneo. La razón, en realidad, fue mucho más prosaica. La Compañía de las Indias Orientales era, de hecho, propietaria de algunas tierras limítrofes y durante el siglo anterior se habían producido varios intentos para establecer colonias británicas en las islas de Balimbagan y Labuán, aunque todos ellos habían fracasado.

James Brooke había decidido dirigirse a la zona y, con esa finalidad, leyó y analizó todo lo escrito hasta la fecha sobre Borneo. Se trató de una tarea en la que recibió la colaboración tanto del Almirantazgo como del Museo Británico. A continuación elaboró un voluminoso informe que fue publicado en el *Atheneum* del 13 de octubre. Los planes que Brooke había concebido para la zona implicaban el establecimiento de bases en las islas del Pacífico, en clara competición con Holanda. El proyecto contemplaba en una fase avanzada la entrega de algún territorio a los portugueses, como canje por Timor, y la toma de la isla de Luzón, a la que, supuestamente, los españoles no se resistirían dado el montante de la deuda que tenían con Gran Bretaña y su difícil situación interna. En toda esta aventura expansionista, Brooke propugnaba la cristianización como una medida extraordinariamente práctica, no sólo porque predispondría a la opinión pública en favor de la empresa sino también porque implicaría el principio del fin de lacras como la esclavitud.

El informe de Brooke concluía con un anuncio práctico de no escasa relevancia. Estaba dispuesto a viajar a sus expensas hasta la zona, cumpliendo las funciones de un explorador autonombrado en beneficio de Gran Bretaña.

Brooke no tardó en poner en marcha sus propósitos y en marzo de 1839 llegó a Singapur. Allí se vio obligado a permanecer hasta que concluyó la estación lluviosa. No se trató, sin embargo, de un tiempo perdido ya que lo aprovechó para estudiar Malaca y visitar algunas islas cercanas. Desde Singapur se dirigió a la bahía de Maludu, donde trabó conocimiento con los nativos y exploró algunos ríos y el monte Kinabalu. Durante las semanas siguientes viajó también por las Célebes, Timor y Port Essington. En mayo se encontraba nuevamente en Singapur.

En este último enclave, Brooke recogió toda la información posible acerca de Brunei. A diferencia de Singapur, que en un par

de décadas se había convertido en un enclave próspero bajo administración británica, Brunei era un territorio de difícil clasificación. Aunque formalmente gobernado por el *raja muda* —es decir, el joven rey— Hassim, la verdad, sin embargo, era que el poder político residía en el sultán Ornar Alí Suffedin, que dominaba todo el norte de la isla de Borneo. Sin embargo, incluso la autoridad del sultán se encontraba considerablemente limitada por la existencia de poderosos jefes piratas.

La llegada de los portugueses a aquellos territorios había significado el final de la influencia china y, de esta manera, la desaparición de un serio obstáculo a que los piratas impusieran su ley en aquellas aguas. En aquella época, los centros principales de la piratería de la zona se encontraban en Sulú, una isla filipina situada a oriente de Borneo, y en Brunei. Cuando Brooke llegó a Borneo, todas las islas situadas entre Australia y el sur del mar de China se encontraban separadas social y económicamente de esta última nación desde hacía no menos de un siglo, e incluso el comercio con las colonias holandesas se hallaba considerablemente restringido.

James Brooke zarpó de Singapur el 27 de julio y durante la noche del 1 de agosto avistó Borneo. Aunque los nervios lo atenazaban, lo cierto es que contaba con disfrutar de una buena recepción. La presencia del barco británico fue inmediatamente percibida y algunos nobles y funcionarios de su misma nacionalidad acudieron hasta el *Royalist* para entrevistarse con Brooke. Fue así como éste supo que recientemente la costa había sufrido dos incursiones de piratas. Finalmente, el 11 de agosto, el *Royalist* comenzó a remontar el río Sarawak. Su destino era la ciudad de Kuching, residencia del rajá en Sarawak.

Brooke fue recibido de manera exquisita por un rajá que se sentía profundamente incómodo a causa de su estancia en Kuching. Consideraba que su hogar se hallaba en Brunei y, al igual que los nobles de su corte, experimentaba un profundo desagrado por Sarawak. Posiblemente, Omar Alí hubiera perdido todo cuidado por aquella parte de su dominio de no ser porque albergaba unas minas de antimonio de notable importancia. Aun así, no sentía el menor interés por el destino de sus súbditos en la zona. Como comprobaría inmediatamente Brooke, el gobernador *pangeran* Makota era un sujeto corrompido que abusaba de la costumbre malaya del trabajo

forzado para obtener mayor rendimiento de las minas y que no dudaba en castigar profusamente con ese tipo de labor. Por añadidura, había decidido explotar a una de las poblaciones locales, la de los dayakos, reduciéndolos con frecuencia a una condición de esclavitud.

Cuando Brooke llegó a Sarawak, los sows, un grupo de dayakos, acababan de rebelarse y la zona se encontraba al borde de la guerra civil. Naturalmente, el *raja muda* Hassim no tenía la menor intención de reconocerlo. De hecho, cuando Brooke le preguntó al respecto, Hassim creyó que se confirmaban las sospechas de que el inglés era un agente del gobierno de Singapur con una misión desconocida aunque con toda seguridad nociva. No resulta por ello extraño que se limitara a señalar que no existía ningún conflicto que pasara de ser una pequeña disputa entre súbditos sumisos. La respuesta no resultaba del todo convincente y Brooke se propuso descubrir cuanto antes lo que tenía de cierto.

Brooke conoce a los dayakos

Al cabo de un par de días, Brooke, que había decidido averiguar por sí mismo la verdad de lo que estaba aconteciendo, inició una expedición hacia el interior del país. Llevaba cinco días de camino cuando el guía le informó de que habían llegado hasta el límite del territorio más peligroso, el habitado por los hostiles dayakos. Brooke habría deseado proseguir pero, finalmente, no tuvo más remedio que regresar a Kuching. Su estancia en la capital duró poco. Al cabo de unas jornadas comenzó a remontar el río Lundu, deteniéndose en la aldea dayaka de Tüngong. Allí vio por primera vez el tipo de construcción que recibía el nombre de «casa larga». Se trataba de un edificio de ciento ochenta y dos metros de largo por seis y medio de ancho donde residía toda la tribu. La «casa larga» que vio Brooke contaba con cuarenta y cinco viviendas unifamiliares en su interior, mientras que viudos y solteros compartían la gran sala común.

Brooke no pudo resistir la tentación de preguntar a los dayakos sobre su costumbre de cazar cabezas. En contra de lo que suponían horrorizados muchos europeos, el inglés descubrió que la práctica en cuestión distaba mucho de ser un deporte o un comportamiento

habitual en el combate. Por el contrario, tenía un significado simbólico y ritual relacionado con determinados momentos de la vida dotados de una especial importancia. Así, ningún varón podía contraer matrimonio si previamente no había cazado alguna cabeza. Sin embargo, las víctimas de esta práctica, que Brooke identificó con la costumbre de arrancar cabelleras de los pieles rojas americanos, siempre eran enemigos que, en opinión de los dayakos, merecían morir. Brooke permaneció en la «casa larga» de los dayakos durante diez días, que nunca olvidó. No sólo contempló danzas nativas y tomó notas profusamente sino que llevó a cabo sus primeros intentos de dominar su extraña lengua.

Brooke decide marcharse

El 8 de septiembre, Brooke se encontraba de nuevo a bordo del *Royalist* con el deseo de abandonar Sarawak y de no regresar nunca a aquella tierra. Las circunstancias iban a desarrollarse de una manera muy distinta y, de hecho, en poco tiempo se le presentaría la primera oportunidad no sólo de permanecer en el lugar sino de enfrentarse con los piratas que lo infectaban. El choque se produjo en la desembocadura del río Morotabas. Se trató tan sólo de una escaramuza, pero la manera en que los ladrones de las aguas huyeron ante el británico impulsó a Hassim a suplicarle que permaneciera un tiempo en Sarawak. Aquella petición iba a cambiar la historia de Borneo.

Brooke aceptó la idea de fortalecer las relaciones amistosas con Sarawak fundamentalmente porque percibía la posibilidad de que su actitud abriera el camino para los comerciantes ingleses que en el futuro visitaran aquellas tierras. Sin embargo, Brooke no tenía ningún deseo de participar en la guerra civil que asolaba la zona. Cuando Hassim le prometió que el enfrentamiento concluiría en breve, Brooke decidió pasar aquel tiempo viajando por las Célebes. Se trató de un viaje que se extendió a lo largo de varios meses y, para sorpresa suya, cuando volvió a avistar Kuching descubrió que la situación no había cambiado en absoluto.

El panorama resultaba tan deprimente que Brooke sopesó cuidadosamente la idea de abandonar Sarawak y dirigirse hacia

Gran Bretaña. Sin embargo, cuando le comunicó sus intenciones a Hassim, éste volvió a insistir en que la victoria se encontraba ya al alcance de la mano. Brooke decidió entonces examinar directamente cómo evolucionaban las hostilidades.

Fue de esta manera como llegó a Leda Tanah, donde Makota dirigía las operaciones llevadas a cabo por el ejército del rajá, si es que así podían denominarse sus acciones. En realidad, Makota se limitaba a permanecer pasivo a la espera de que sus enemigos decidieran capitular. Lamentablemente no tomaba la menor medida para provocar ese comportamiento.

Brooke apenas podía dar crédito a lo que veía y, finalmente, decidió regresar a Kuching casi convencido de que lo más sensato era olvidarse de aquella tierra lejana y regresar a Gran Bretaña. Esta vez, Hassim insistió en que había logrado el apoyo de nuevos aliados y en que, por lo tanto, la guerra concluiría en breve de manera victoriosa. Brooke no quedó del todo convencido, pero decidió conceder una nueva oportunidad al *raja muda*.

El 18 de octubre, el inglés se encontraba nuevamente en el campamento de Makota, en Leda Tanah. Para aquel entonces, Makota contaba con una fuerza de ciento cincuenta malayos y cien dayakos de Lundu, con los que debía dirigirse al monte Sarambo, en cuyas faldas estaban enclavados los fuertes enemigos. Con toda lógica, Brooke intentó persuadir al día siguiente a Makota para que atacara las posiciones contrarias, pero sólo obtuvo una rotunda negativa. Ni siquiera el hecho de que llegaran nuevas fuerzas que, prácticamente, cercaron a los rebeldes impulsó al jefe militar a cambiar de idea. Durante días, el ejército del *raja muda* no realizó el más mínimo esfuerzo por entablar combate. Brooke estaba realmente irritado y decidió que lo más sensato era abandonar aquella tierra donde los conflictos armados tenían tan extraño desarrollo.

El nuevo rajá

Finalmente, el 4 de noviembre, Brooke regresó a Kuching y comunicó a Hassim que se marchaba. Parecía tan resuelto que el *raja muda* unió esta vez a sus súplicas el ofrecimiento de convertir

a Brooke en gobernador de Siniawan y Sarawak. Aquellas palabras tuvieron un efecto casi mágico sobre el inglés. No sólo aceptó rápidamente la oferta del sultán sino que, transformado ahora en comandante en jefe, se encaminó resuelto hacia el campo de batalla para acabar con un conflicto que hasta ahora sólo había servido para exasperarle. No obstante, las cosas no iban a resultar fáciles. Aunque ciertamente contaba con la autoridad formal, Makota se ocupó de disuadir a los malayos para que no entraran en combate. En apariencia nada había cambiado con el nuevo nombramiento.

Sin embargo, esta vez Brooke no estaba dispuesto a dejarse vencer por la pasividad del malayo. Contaba con algunos ingleses y un filipino dispuestos a luchar y, valiéndose únicamente de aquel reducido contingente militar, cargó contra los rebeldes. El resultado no pudo ser mejor. Los sublevados, auténticamente despavoridos, echaron a correr.

No se produjo derramamiento de sangre, pero aquella enérgica acción marcó el punto de inflexión de una guerra que ya duraba cuatro años. Al cabo de unos días, los rebeldes enviaron un mensaje a Brooke solicitando que tuviera a bien entablar conversaciones de paz. Se trataba, desde luego, de un paso claro hacia la capitulación y, a cambio de garantizarles que ninguno de los jefes sería ejecutado, el inglés obtuvo de ellos una rendición completa.

Hassim tenía motivos más que sobrados para estar satisfecho con la actividad del europeo pero, una vez conseguida la victoria, intentó regatear con él la recompensa prometida. Así, el documento que redactó para su firma por el sultán no mencionaba en absoluto el nombramiento de Brooke como gobernador de Sarawak sino que, por el contrario, se limitaba a concederle la «búsqueda de beneficio» en la zona. A esas alturas, sin embargo, el inglés sabía de sobra cómo presionar sobre el *raja muda*. Volvió a amenazarle con regresar a Inglaterra. Así, el 24 de septiembre de 1841 se convirtió en gobernador de Sarawak con plenos poderes.

La modernización de Sarawak

El nombramiento, sin duda, estaba llamado a provocar una reacción internacional entre los rivales de Gran Bretaña en aquel lejano rincón del mundo. Sin embargo, en esas fechas los holandeses —que

eran los más interesados en mantener la Union Jack lejos de la zona— no podían permitirse ni política ni financieramente iniciar un conflicto en Borneo. De momento, Brooke iba a empezar a ejercer sus funciones conforme a su única voluntad.

Resulta extraordinariamente revelador el examen de sus primeras regulaciones como gobernador de Sarawak. En primer lugar, el inglés dejó de manifiesto su firme voluntad de no permitir que disfrutaran de impunidad ni el asesinato ni el robo ni cualquier otro crimen. A la seguridad pública debía sumarse además la libertad de comercio, una condición que extendería su amparo también a malayos, chinos o dayakos, sin distinción de raza o clase. Como medida para facilitar este derecho, Brooke se entregaría a mantener la seguridad de las rutas tanto marítimas y fluviales como terrestres. Tan sólo un matiz suavizaría aquel programa liberal que propugnaba la libertad comercial, la igualdad ante la ley y el orden público. Junto con el establecimiento de pesos, medidas y moneda uniformes para el país, se garantizaba una intervención administrativa que mantuviera asequibles los productos alimenticios para los menesterosos. En paralelo, Brooke redactó una carta dirigida al gobernador británico de Singapur para que prestara su colaboración en la lucha contra la piratería y el tráfico de esclavos.

Guste o no reconocerlo, lo cierto era que Brooke estaba iniciando un proceso de modernización que se asentaba en principios políticos de carácter liberal, cuya aplicación iba a tener supuestamente una enorme trascendencia no sólo en el terreno económico sino también en el social y político. Naturalmente, un entramado reformador de ese tipo exigía la puesta en funcionamiento de una administración de justicia que no reprodujera el corrupto sistema existente sino que dejara bien sentado que la ley era igual para todos. Durante los siguientes seis meses, prácticamente a diario, Brooke presidió un tribunal dedicado a impartir una justicia imparcial, rápida y expeditiva. El inglés no tardó en comprobar que la mayoría de los testigos no eran fiables y que los litigantes incluso encontraban meritorio el mentir al tribunal. Sin embargo, semejante descubrimiento no le desmoralizó. Por el contrario, le estimuló en la búsqueda de nuevas formas procesales que garantizaran el imperio de la ley y del orden.

El 20 de junio de 1842, Brooke podía consignar en su diario que, desde hacía meses, apenas se producían robos y que había desaparecido totalmente la actividad de aquellos que pretendían aprovecharse de las deudas o de falsas pretensiones para someter a los pobres a una institución tan vergonzosa como la de la esclavitud. Visto este panorama general, no sorprende apenas que a Sarawak llegaran delegados de tribus que, sin ninguna relación previa con el gobierno malayo, pidieran ser gobernadas por éste.

La reacción de los piratas

A esas alturas, y tras la articulación de aquellas medidas iniciales, podía indicarse que la única preocupación importante que pesaba sobre los habitantes de Sarawak seguían siendo las incursiones que los piratas perpetraban en los territorios fronterizos.

Como no resulta difícil comprender, los jefes de estos criminales contemplaban con verdadera inquietud las reformas llevadas a cabo por Brooke. Finalmente, el jerife malayo *Sahib* planeó junto a los fieros sarrakanes una ofensiva para acabar con los europeos de Sarawak, a los que veía como la causa de todos los males, especialmente de los últimos. De hecho, hasta llegaron a colgar una cesta de la copa de un árbol que, previsiblemente, debía servir para albergar la cabeza de Brooke. La respuesta del británico cuando fue puesto al corriente de la existencia de aquellos planes fue proceder a la construcción de nuevos barcos y levantar empalizadas para repeler un ataque. Se trató de una serie de medidas que, con su mera articulación, abortaron directamente la conjura sin que llegara a ponerse en práctica.

Durante todo aquel tiempo, Brooke había acariciado la idea de viajar hasta Brunei y entrevistarse directamente con el sultán Ornar Alí. El viaje se realizó sin dificultad, pero el inglés no quedó en absoluto satisfecho con lo que encontró en la capital. Brunei no pasaba de ser una versión agrandada de Kuching y su soberano era un tiranuelo cuya capacidad mental se hallaba al borde del retraso. Aunque abrumó al inglés con su hospitalidad, no dejó de causarle una penosa impresión. Obeso y de corta estatura, no dejaba de hablar e incluso de bromear, pero era abiertamente incapaz de centrarse en un tema serio durante más de cinco minutos. Era cierto

que no resultaba cruel y que incluso podía tener un comportamiento amable y benévolo pero, al mismo tiempo, dejaba de manifiesto una avaricia realmente extraordinaria.

Ornar Alí se mostró muy cordial con Brooke y le comunicó que aprobaba totalmente el acuerdo que con él había suscrito su tío, el *raja muda* Hassim. Incluso le pareció bien el pago de un estipendio anual al inglés en concepto de compensación por los beneficios económicos que perdía mientras desempeñaba aquel cargo. No puede extrañar que cuando Brooke emprendió el regreso a Kuching se sintiera envuelto en una sensación de triunfo. En apariencia, el gobierno de Sarawak no podía discurrir bajo mejores auspicios. Fue precisamente entonces cuando se produjo un acontecimiento que sería semillero de futuros y duraderos trastornos.

Aunque Brooke era consciente de los enormes logros obtenidos por su administración, no dejaba de percatarse de la necesidad que existía de que aquel gobierno disfrutara de alguna continuidad. A su juicio, lo mejor hubiera sido entregarlo a Gran Bretaña para garantizar la perdurabilidad de las reformas. Sin embargo, la metrópoli, por más que contemplara con buenos ojos la labor que Brooke estaba desarrollando, no tenía la menor intención de aceptar ninguna porción de la isla de Borneo. Brooke llegó, por lo tanto, a la conclusión de que necesitaba un agente que pudiera representar los intereses de Sarawak en la *city* londinense y que persuadiera al gobierno británico de lo conveniente que resultaría que le otorgara su reconocimiento oficial. Tras algunas consideraciones, optó por encargar esa función a un tal Henry Wise, relacionado con la firma Melville, Wise & Co., Broad Street. Brooke no podía saberlo, pero lo cierto es que a Melville le traía absolutamente sin cuidado el futuro de Borneo. La decisión que había recaído sobre su persona acabaría teniendo consecuencias demasiado onerosas.

La sublevación contra Hassim

Aunque la idea de emprender un viaje hasta Gran Bretaña estaba totalmente descartada, Brooke sopesó la posibilidad de dirigirse a Singapur en un intento por estrechar las relaciones con el bastión británico más importante de la zona. Tal paso venía además

justificado adicionalmente por el hecho de que, por aquellas fechas, una flota pirata de considerable importancia estuviera bordeando las costas de Borneo y de que la marina británica se encontrara llevando a cabo maniobras en la zona.

En marzo de 1843, Brooke se entrevistó con el honorable Henry Keppel, capitán del buque *Dido*. De aquel encuentro surgiría una expedición en la que los marinos británicos lograron ocasionar algunas derrotas a los piratas, poniéndolos en fuga. Sin embargo, la consecuencia más importante de aquellos combates fue la enorme impresión que la flota británica causó en el sultán Ornar Alí. Admirado por aquella exhibición de fuerza, el extravagante régulo ofreció a Brooke la posesión a perpetuidad de Sarawak.

Para Brooke, la oferta era tentadora pero le obligaba a plantearse nuevamente el futuro de Sarawak. A su juicio, éste sólo podría ser halagüeño si los habitantes del lugar recibían los beneficios de la civilización. En esta cuestión, Brooke tenía ideas nítidamente claras. Entregar a los malayos, a los dayakos y a los chinos los frutos de la civilización occidental no significaba que pudieran comprar las manufacturas británicas. Significaba en realidad el establecimiento de un sistema que garantizara la paz, la justicia, la abolición de la esclavitud y la expansión del cristianismo. No se trataba, por lo tanto, de sustituir meramente un sistema por otro sino de implantar un entramado social, económico, político e ideológico que beneficiara realmente a los habitantes de Sarawak. Por supuesto, sería magnífico si Gran Bretaña aceptaba esa carga —y para convencerla de ello, Brooke llegó a hablar incluso de la conveniencia de contar con una base para repostar carbón situada en Labuán—, pero si la rechazaba, la lealtad del gobernador de Sarawak se dirigiría en primer lugar a Borneo y no a su país natal.

El año 1845 transcurrió para Brooke entregado a la lucha contra los piratas con la ayuda de la flota británica. A juicio del gobernador de Sarawak, en aquel combate contra bandas de delincuentes, que lo mismo secuestraban que robaban o asesinaban, no podía tenerse en consideración ningún criterio filantrópico. Por el contrario, había que «tener cuidado para no caer en el serio error de sacrificar a los buenos en nuestros esfuerzos de convertir a los malos». Brooke se había fijado como primer objetivo el de

implantar el imperio de la ley, el de asegurar la protección de los habitantes de la zona y el de poner de manifiesto las ventajas de la honradez. Su planteamiento seguramente sería discutido desde algunas perspectivas contemporáneas pero lo cierto es que resultó indiscutiblemente eficaz.

La reacción tampoco se hizo esperar. Cuando Gran Bretaña aceptó Labuan, los que se beneficiaban de las correrías de los piratas llegaron a la conclusión de que tenían que poner freno a las acciones emprendidas por Brooke. Así, decidieron actuar de la manera más directa, fraguando una conspiración contra Hassim, el *raja muda* que, por razones evidentes de interés personal, se había convertido en el principal valedor de Brooke.

La conjura estaba llamada a disfrutar de un éxito innegable. Hassim, la mayoría de sus hermanos y algunos de los funcionarios más cercanos al gobernador de Sarawak fueron asesinados. Uno de estos personajes, llamado Budrudin, intentó incluso oponer una resistencia desesperada a los conspiradores, aunque el esfuerzo se reveló inútil. Al final, cuando, herido, llegó a la conclusión de que no podría salir con vida del enfrentamiento, se retiró hacia una de las habitaciones interiores de su hogar junto con su hermana y su favorita. En torno a los tres, Budrudin trazó un círculo de pólvora en el suelo con la finalidad de provocar una explosión que acabara con su vida. Antes de llevar a cabo este acto ordenó a su esclavo Japar que entregara a Brooke su anillo y un mensaje. Éste se reducía a su deseo de que la reina de Inglaterra supiera que había mantenido su palabra. Mientras Japar huía escuchó a sus espaldas la explosión que ponía final a la existencia de su amo y de su familia.

El golpe llevado a cabo por el partido anti-Hassim —el formado por aquellos que deseaban impedir que Ornar Alí fuera sucedido por Hassim— dejó de manifiesto dos cuestiones esenciales. La primera fue que el mismo Ornar Alí había estado implicado en la conjura, al menos consintiéndola, y la segunda que cierta presencia británica en la zona resultaba indispensable si se deseaba garantizar el mantenimiento de los logros conseguidos por el gobierno de Brooke. Ésta era precisamente la tesis sostenida desde hacía tiempo por el rajá de Sarawak, que, a la vista de lo acontecido, ahora no tuvo ningún problema para conseguir que la flota británica al

mando del almirante Cochrane se encaminara hacia Borneo.

Tras pasar una noche en Sarawak, la escuadra puso rumbo norte. Los asesinos de Hassim habían fortificado los accesos fluviales hacia la capital con la intención de impedir el avance de los buques enemigos. Cuando éstos se acercaron incluso ofrecieron entablar conversaciones de paz a condición de que sólo dos embarcaciones franquearan la empalizada. Se trataba de un mero ardid. Mientras los ingleses discutían entre sí la mejor manera de actuar, el ejército nativo abrió fuego sobre ellos desde las orillas del río. A pesar de todo, aquella manifestación de agresividad no pasó de ser un gesto. Tras demostrar, a su juicio, que podían luchar, los malayos se desbandaron sin seguir combatiendo. Cuando, finalmente, los británicos llegaron a Brunei descubrieron que Ornar Alí y sus nobles habían huido.

Brooke y Cochrane se dedicaron entonces a examinar el estado de la ciudad y a estudiar la manera de remediar el desastre ocasionado por la muerte de Hassim y sus familiares. Dos de sus hermanos habían sobrevivido; muy posiblemente porque se trataba de pobres gentes. En un intento de mantener una apariencia de legitimidad legal, resultaba imperativo nombrar a uno de ellos monarca en funciones, y la elección recayó en Mumein, del que lo mejor que podía decirse era que se trataba del menos estúpido de los dos. A pesar de todo, Brooke no estaba interesado en la eliminación del antiguo sultán. Si Ornar Alí se entregaba y estaba dispuesto a cooperar, sería perdonado.

Fue necesario reiterar aquella promesa alguna vez más, pero finalmente el sultán apareció dando exageradas muestras de contrición e insistiendo en la amistad que profesaba hacia la reina de Inglaterra. En tal estado no resultó en absoluto difícil persuadirle para que formalizara el acuerdo al que se había llegado tres años antes de ceder la isla de Labuán a Gran Bretaña. Los nobles de Brunei exigieron del sultán que reclamara un pago por la cesión, pero Omar Alí se hallaba tan satisfecho de salir con bien de aquella empresa que aceptó como contraprestación la ayuda inglesa para suprimir la piratería. Finalmente, la Nochebuena de 1846 tuvo lugar en Labuán la ceremonia de cesión. Sin duda, todo el episodio había concluido con éxito, pero también había contribuido a colocar a Brooke bajo la luz inquisitiva de la opinión pública.

Ahora, esa incómoda circunstancia le obligaría a viajar a Gran Bretaña de manera inmediata.

Regreso a Gran Bretaña

James Brooke llegó a Southampton el 1 de octubre de 1847. Para aquel entonces, la manera en que había acabado con la conjura que había ensangrentado Brunei le había convertido en punto menos que un héroe nacional, y la misma reina Victoria manifestó su deseo de recibirlo. El propio Brooke conservaría una descripción escrita de aquel encuentro afirmando que «Su Majestad dijo muy dulcemente que se sentía feliz de conocerme». La atracción que Brooke podía ejercer sobre las mujeres no se limitó, desde luego, a la soberana. Durante aquellos días llegó a sus manos incluso alguna propuesta de matrimonio escrita del puño y letra de una dama de alcurnia, propuesta que Brooke rechazó gentilmente. En realidad, posiblemente, la única frustración que sufrió Brooke durante aquellos días fuera que, en contra de lo que esperaba buena parte de la población, no fue nombrado caballero por la reina.

Durante los meses siguientes, Brooke —que había sido nombrado gobernador de la nueva colonia de Labuán y comisionado de Su Majestad en Borneo— se dedicó fundamentalmente a intentar encontrar clérigos para la misión de Borneo. Una vez más, en este proyecto daba muestra de una clara combinación del idealismo civilizador con el espíritu práctico. De ellos esperaba, según dejó claramente de manifiesto, no sólo que sintieran un «llamado» para convertir a los paganos a la fe en Jesús sino que también contaran con sólidos conocimientos de medicina.

No suele ser extraño que el éxito y el reconocimiento sociales vayan acompañados de ofertas económicas. Por esa misma época, Wise, el hombre al que Brooke había recomendado para que sirviera como agente de los intereses de Sarawak en la *city*, había puesto en funcionamiento la Eastern Archipelago Company. Ansioso de obtener algunas de las concesiones mineras y de servicios que podía proporcionar la nueva colonia de Labuán, Wise ofreció a Brooke un puesto de dirección en la compañía. Para sorpresa suya, Brooke no sólo rechazó el ofrecimiento alegando que era un servidor público que no podía implicarse en negocios privados sino

que además formuló incluso recomendaciones a la administración de la metrópoli en el sentido de que ciertos servicios estarían mejor realizados si los gestionaba ella directamente en lugar de dejarlos en manos de compañías privadas.

El 1 de febrero, Brooke zarpó de Portsmouth acompañado, entre otros, de su sobrino Charles Johnson, y el 20 de mayo se hallaba en Singapur. Permaneció en la ciudad algunos meses y allí le alcanzó la noticia de que había sido nombrado caballero por la reina. Apenas llegado a Sarawak, a esta satisfacción se unió la de saber que su sobrino Brooke Johnson, también conocido como Brooke Brooke, había decidido abandonar su cargo de capitán en el LXXXVIII Regimiento y dirigirse a Sarawak. La noticia iba más allá de lo meramente personal y tenía una trascendencia política notable, ya que James Brooke decidiría convertirlo en su ayuda de campo con la intención de formarlo para que pudiera convertirse en su sucesor como rajá de Sarawak. De esa manera, la perdurabilidad de sus reformas —un problema que lo acuciaba desde hacía años— quedaría firmemente asegurada en manos de alguien a quien habría educado directamente y por cuyas venas corría su misma sangre.

Aunque el estado de salud de Brooke empeoró en las semanas siguientes a consecuencia de la fiebre y a pesar de que se estaban realizando los preparativos para una campaña naval contra los piratas que limpiara de aquella plaga todo el territorio existente entre Sarawak y Labuán, las perspectivas difícilmente podían tener una apariencia mejor. No podía imaginar el rajá de Sarawak la tormenta que se estaba ya cerniendo sobre su cabeza.

La batalla parlamentaria

El conflicto que iba a estallar poniendo en peligro todos los logros conseguidos por Brooke en los años anteriores no iba a tener como escenario las cálidas aguas de Borneo ni su territorio cubierto de junglas. Por el contrario, la batalla se iba a librar a miles de kilómetros de distancia, en los pasillos y cámaras del Parlamento británico y en los despachos de políticos y financieros. El punto de partida de aquel debate no sería otro que las acciones del ya citado Wise y los intereses económicos de la Easter Archipelago Company en las minas de antimonio de Sarawak.

Inicialmente, Wise había recibido la concesión de las mencionadas minas, pero en agosto de 1848 llegaron hasta Brooke informaciones acerca de la mala gestión y de las penosas condiciones laborales que se daban en estos establecimientos. La reacción de Brooke fue, como solía ser costumbre en él, fulminante. Informó de manera rotunda a Wise de que sus negocios en Sarawak habían llegado a su fin y le envió una orden para que entregara la contabilidad referente a los tres últimos años. La respuesta de Wise fue incondicionalmente negativa y las relaciones entre los dos personajes quedaron definitivamente rotas. Sin embargo, pensara lo que pensara Brooke, el problema acababa de empezar.

Los inversores cuyo capital había captado Wise esperaban obtener unos jugosos dividendos, pero a medida que se acercaba el momento de rendir cuentas parecía más que evidente que lo único que iban a recibir era una profunda decepción. Atrapado en esa coyuntura y deseando escapar de sus responsabilidades, Wise decidió cargar a Brooke con todas las culpas. Así, mientras en el mes de julio de 1849 el rajá de Sarawak iniciaba una nueva campaña contra los piratas, Wise se dedicó a propalar insidiosos rumores acerca de su falta de honradez, su nula capacidad como gobernador y, sobre todo, su carácter codicioso y sanguinario.

El pretexto que, al fin y a la postre, sería utilizado por Wise para conseguir unir en favor suyo a algunos de los miembros del Parlamento fue la exigencia de pago que habían formulado varios de los marinos británicos que habían participado en las campañas contra los piratas llevadas a cabo por Brooke. De acuerdo con una peculiar norma inglesa promulgada en 1825, cada pirata abatido implicaba el cobro de una recompensa para la tripulación que había participado en la empresa. Tan singular ley podía parecer cruel a no pocos, pero lo cierto es que había tenido un efecto especialmente saludable en la limpieza de las aguas marítimas de medio mundo. Sin embargo, en los últimos tiempos estaba siendo objeto de críticas por varias razones. Se alegaba tanto su inmoralidad al poner precio a cabezas humanas como su falta de necesidad puesto que la ley y el orden habían mejorado considerablemente en los últimos tiempos. De hecho, en 1847 se había estudiado incluso la reforma de la ley, aunque finalmente no se llevara a cabo. Ahora, los partícipes en una de las campañas de Brooke —campañas de

enorme éxito— exigían el cobro de sus esfuerzos de acuerdo a la normativa vigente y Wise supo hábilmente resucitar el debate en torno a la ley de la manera que más pudiera herir la reputación de Brooke. Sin duda, el rajá de Sarawak debía de ser un bárbaro cuando se aprovechaba de aquella normativa (en realidad no era él, sino los oficiales y marinos de la reina los que lo hacían), pero además al comportarse de esa forma dejaba claramente de manifiesto su carácter codicioso e incluso algo peor porque ¿existía una clara seguridad de que las víctimas del combate eran piratas y no malayos inocentes y pacíficos a los que, una vez muertos, se presentaba como criminales?

El 21 de marzo, el asunto llegó al Parlamento gracias a los oficios de un diputado llamado Hume. Éste no sólo recordó a los honorables miembros de la cámara que deberían pagarse treinta mil libras a los hombres de la marina por su intervención en una de las campañas de Brooke contra los piratas sino que además recalcó el hecho de que no era nada seguro que los muertos merecieran aquel ominoso calificativo. En otras palabras, el rajá de Sarawak no sería sino el muñidor de un gigantesco fraude fraguado con sangre humana cuyos beneficiarios deberían identificarse con funcionarios británicos.

El 23 de mayo, otro parlamentario, de nombre Cobden, volvió a plantear la discusión en términos similares, y esta vez insistió en que los caídos en la lucha no habían sido advertidos previamente para obtener su rendición ni tampoco habían combatido. Se trataba, por lo tanto, de seres inocentes a los que se había dado muerte por pura codicia. Esta vez, las acusaciones tuvieron una cumplida respuesta por parte de Henry Drummond. Éste no sólo indicó que las pruebas sobre el carácter de los muertos se habían acumulado durante años, dejando claramente de manifiesto que se trataba de piratas, sino que además señaló el origen de aquellas informaciones torticeras en un cierto personaje de la *city*. A juicio de Drummond, por lo tanto, no merecía la pena seguir discutiendo por lo que no era sino mera difamación.

El 12 de julio, Hume volvió una vez más a plantear ante el Parlamento la misma cuestión, pero esta vez introdujo una nueva variante. ¿Estaban seguros los honorables miembros de la cámara de que los muertos eran piratas? ¿Acaso no podrían haber sido

parte de la marina real de China? A fin de cuentas se sabía desde hacía tiempo que el Imperio chino tenía intención de entablar relaciones amistosas con Brunei… Aquel argumento —realmente sorprendente— no encontró respuesta en la cámara pero otro de los parlamentarios, mister Plowden, acabó por mencionar a Wise y el interés que dicho sujeto podía tener en ensuciar la imagen pública de James Brooke. Diez días después, la discusión se reanudó y esta vez se utilizaron frases entresacadas de cartas de James Brooke. Dado que las mismas se leyeron de manera descontextuada, podían dar la sensación de que Brooke no era sino un aventurero avaricioso y sanguinario dispuesto a cualquier villanía para llevar adelante sus propósitos. No era extraño —alegaban sus detractores— que Wise, que lo había conocido de cerca, hubiera roto con él.

Sin embargo, por muy coherentes que resultaran las acusaciones, los resultados prácticos de la actividad de gobierno de Brooke se imponían y ése fue el argumento seguido por Henry Drummond. Por muchas calumnias que se vertieran sobre su persona lo cierto era que desde que Brooke se había convertido en rajá de Sarawak la población de la zona se había duplicado prácticamente. Además, con anterioridad a su asunción del poder no existían exportaciones y era habitual el trabajo de los esclavos. Ahora, sin embargo, la esclavitud había desaparecido y en el último año solamente Sarawak había podido exportar dos mil toneladas de bienes. Si de algo se podía acusar con veracidad a sir James Brooke era de haber logrado aquellas mejoras y de haber acabado con la amenaza que representaban los piratas. De manera nada sorprendente, el voto en favor de los pagos a los marinos británicos fue aprobado.

Brooke se defiende

Durante los meses que duró la controversia en torno a Brooke —una controversia que alimentaría la imagen de villano que el personaje tendría en las novelas de Emilio Salgari—, el rajá de Sarawak había concluido con éxito su nueva campaña contra los piratas, había luchado contra un estado de salud que empeoraba casi por momentos y había sido disuadido a duras penas por sus colaboradores más cercanos para que no marchara a Inglaterra a enfrentarse con sus detractores. Sin embargo, Brooke estaba

decidido a regresar a la metrópoli siquiera para recuperar su maltrecha salud y, al final, impuso su criterio.

El rajá de Sarawak atracó en Gran Bretaña en el mes de mayo. Iba a pasar en la tierra de sus antepasados menos de dos años, pero la estancia, ciertamente breve, estaría plagada de episodios amargos. Nada más saber de su llegada, sus adversarios en el Parlamento aprovecharon para reabrir el debate sobre sus actividades en Borneo. El 27 de mayo, el incansable Hume alegaba que ningún momento podía ser mejor que éste, en que se encontraba en el país, y podría comparecer ante la cámara. El 10 de julio, el mismo parlamentario volvía a la carga. A esas alturas no eran escasos los miembros de los Comunes que estaban al cabo de la calle sobre las verdaderas intenciones de aquellas maniobras. William Gladstone, por ejemplo, se manifestó favorable a una investigación sobre el tema de la piratería, pero afirmó que no compartía «el sentimiento personal de hostilidad hacia la personalidad de sir James Brooke». Por su parte, Palmerston señaló que jamás había presenciado un debate tan tendencioso y formuló sus esperanzas en que una mayoría aplastante denegara la moción presentada por Hume. No puede decirse que no fuera escuchado. Doscientos treinta parlamentarios se manifestaron en contra de la moción por tan sólo diecinueve a favor. En apariencia, los ataques tendrían obligatoriamente que desarrollarse en un escenario exterior al Parlamento.

La calma duró poco tiempo. El 18 de marzo de 1852, Hume volvió a presentar ante el Parlamento una nueva moción en virtud de la cual solicitaba que se llevara a cabo una investigación relativa a la conducta de sir James Brooke en Borneo. Como en otras ocasiones anteriores, los atacantes permanecían en minoría, pero formaban un grupo nada dispuesto a rendirse. Tampoco estaba Brooke decidido a perderlo de vista. Cuando por esa misma época el presidente de los Estados Unidos le invitó a Washington, Brooke optó por permanecer en Inglaterra y enviar en representación suya a un subordinado. Semejante paso entrañó seguramente un error ya que, en aquella época, existían buenas posibilidades de firmar un tratado con el coloso americano, pero para Brooke los problemas domésticos ocupaban por aquel entonces el primer lugar. Cansado de un acoso que duraba años, Brooke terminó por ofrecer al

gobierno su sometimiento a una comisión de investigación dependiente de la Cámara de los Comunes.

A inicios de 1853 subió al poder un gobierno de coalición bajo la presidencia de lord Aberdeen. El nuevo gabinete dio garantías al rajá de Sarawak en el sentido de que no debía temer ningún paso distinto a los dados por el gobierno anterior. El 15 de marzo, el incansable Hume volvió a plantear la necesidad de crear una comisión de investigación sobre las actividades de Brooke en Borneo. La respuesta del gobierno consistió en señalar que no tenía la menor intención de crear ninguna «antes de la partida de sir James Brooke», una afirmación que fue aclamada por la cámara de manera un tanto ingenua. No menos ingenuamente satisfecho, el rajá de Sarawak se dispuso a abandonar Gran Bretaña rumbo a Borneo durante el mes de abril. El día 30 de marzo, cuando ya estaba dispuesto a partir y su equipaje había quedado preparado, recibió una visita de lord Wodehouse. El aristócrata le comunicó que el gobierno de Su Majestad había tomado la decisión de que, después de su regreso a Borneo, se iniciara una investigación bajo la dirección del gobernador general de la India relativa a sus actividades en Borneo. Finalmente, los adversarios de Brooke se habían salido con la suya y, posiblemente, en términos mejores de lo esperado. El rajá de Sarawak no podría contar con sus contactos en la metrópoli ni apelar a la opinión pública ni al Parlamento para defenderse.

El pirata Rentab

El barco de Brooke tardó apenas un mes en recorrer el camino entre Southampton y Singapur. Habían pasado unos dos años desde la marcha del rajá y el panorama con que iba a encontrarse no era precisamente el más halagüeño. Ornar Alí había fallecido durante la estancia de Brooke en Gran Bretaña y Mumein, el hermano del asesinado Hassim, le había sucedido. Mumein, que debía su fortuna a Brooke, estaba dispuesto a mantenerse en buenas relaciones con el británico, de manera que seis distritos intermedios situados entre las fronteras de Brunei y Sarawak fueron cedidos a este último en virtud de un tratado y a cambio de un pago anual que debería recibir el sultán. Sin embargo, no todos los malayos tenían la misma

disposición para con el rajá. En realidad, su ausencia y las noticias sobre la investigación de sus actividades habían reavivado los deseos de sacudirse aquel incómodo dominio.

Así, el Patingi Datu Gaffúr, un noble malayo de Sarawak, se alió con un príncipe cuyos dominios se hallaban situados al otro lado de la frontera con la intención de provocar una sublevación que concluyera con el derrocamiento del rajá. En otra época, la conjura quizá habría tenido éxito, pero a esas alturas no eran pocos los que disfrutaban de las mejoras introducidas por Brooke y que, por lo tanto, se negaron a sumarse al intento de golpe. No sólo eso. Incluso enviaron un mensaje al rajá de Sarawak informándole de la conjura. Brooke convocó al Patingi, lo reprendió en medio de una asamblea pública, le impuso una onerosa multa y luego le sugirió que emprendiera la peregrinación hacia La Meca que todo musulmán debe realizar al menos una vez en la vida. Con tan piadoso expediente se libraba de su enemigo por un período que, con un poco de suerte, no duraría menos de dos años.

Sin embargo, la peor consecuencia de que se extendieran las noticias sobre la investigación acerca de las actividades de Brooke no fue aquella conjura aristocrática sino la renovación de la amenaza que significaban los piratas. Uno de sus jefes, Rentab, había llegado a la conclusión de que si Brooke ya no era amado por la reina Victoria es que había llegado el momento ideal para volver a realizar incursiones en el territorio de Sarawak. Hasta qué punto esta conclusión resultaba peligrosa se entenderá si tenemos en cuenta que los piratas de Rentab no se habían aventurado a internarse por las aguas de Sarawak desde 1843 y que desde 1847 no se habían acercado al sur de Labuán. Rentab tuvo éxito en su primera escaramuza con los hombres del rajá mandados por sus sobrinos y aquel triunfo sólo sirvió para envalentonarle. Fuera o no el momento más adecuado, Brooke no tenía más remedio que salir al encuentro del pirata.

La expedición tuvo lugar durante el mes de mayo. Se trató de una empresa anfibia llevada a cabo, en parte, por tierra y, en parte, por agua. La salud de Brooke se hallaba bastante quebrantada y le resultó imposible realizar a pie la última parte del viaje, algo claramente comprensible si se conoce lo denso de la selva de Borneo. Así, mientras él permanecía en retaguardia con las naves y

los suministros, el resto de sus fuerzas avanzó por tierra y a bordo de praos ligeros. Se trató de un avance lento y difícil. Los hombres de Rentab se convertían en invisibles a lo largo del día y cuando caían las tinieblas causaban bajas a sus adversarios valiéndose de sigilosas armas blancas.

Finalmente, enfrentándose con aquel enemigo sinuoso, las fuerzas del raja llegaron hasta Lang, una aldea que Rentab había fortificado. El primer asalto contra la empalizada fue llevado a cabo por los dayakos. La barrera de fuego interpuesta por los piratas causó numerosas bajas a los atacantes y los obligó a emprender la retirada. Cuando los ingleses intentaron forzar las defensas enemigas a lo largo del resto del día no tuvieron más suerte. La batalla acabó decidiéndose sólo cuando el *panglima usman*, uno de los aliados malayos, logró entrar en el fuerte. La resistencia de los piratas resultó entonces efímera.

A pesar de todo, la victoria del rajá había resultado incompleta y costosa. De entrada, Rentab había logrado escapar a otro bastión. Éste resultaría inexpugnable y le permitiría mantener su resistencia durante otros ocho años, un encono que sería llevado a la literatura en el personaje de Sandokán, el famoso *Tigre de la Malasia* creado por el escritor italiano Emilio Salgari. Por lo que a las fuerzas del rajá se refiere, sus dos sobrinos enfermaron de disentería mientras que algunos de sus colaboradores más valiosos morían o caían víctimas de la fiebre. Cuando, finalmente, los supervivientes de la expedición llegaron a Kuching les esperaban noticias poco halagüeñas. Sir James Brooke era convocado a Singapur para comparecer ante la comisión, cuyos miembros habían llegado a esa misma ciudad el 27 de agosto de 1854.

Brooke comparece ante la comisión

El trabajo de la comisión iba a resultar en buena medida un ejemplo de cómo no debe funcionar una institución de ese tipo y una confirmación de la tesis napoleónica que sostiene que cuando no se desea que se haga algo debe encargarse esa tarea a una comisión. Los comisionados, que respondían a los nombres de Prinsep y Devereux, se encontraron con que los días iban pasando pero los

documentos necesarios que, supuestamente, debían haberles sido remitidos por el Parlamento no habían llegado. Esperaron durante algún tiempo y, finalmente, decidieron iniciar de todas formas las sesiones.

El interrogatorio de los testigos se reveló desde el primer día como una tarea agotadora y, sobre todo, oscura. Poco a poco fue quedando de manifiesto que muchos de los firmantes de un manifiesto contrario al rajá ni siquiera habían sabido con claridad lo que estaban suscribiendo y que ahora, al percatarse de las consecuencias de sus acciones, lo lamentaban vivamente. Por si fuera poco, se fueron sumando los testimonios favorables de aquellos que afirmaban que no sólo los enemigos derrotados por sir James eran piratas sino que además era a él a quien tenían que agradecer la paz y la prosperidad de los últimos años. Las declaraciones exculpatorias llegaron a su culmen cuando un tal Boudriot, que pertenecía a la administración civil holandesa, se presentó voluntariamente para corroborar que la política llevada a cabo por Brooke había sido honorable y beneficiosa. ¡Que hasta los adversarios directos de la presencia británica en aquellas aguas pudieran rendir semejante testimonio en favor de Brooke no era, desde luego, un acto que pudiera considerarse de magra trascendencia!

El 7 de noviembre, Devereux manifestó que, a su juicio, la comisión —que había escuchado el testimonio de Brooke el 27 de octubre— debía concluir su trabajo. Así se hizo, aunque los comisionados optaron por enviar informes particulares ya que diferían en algunos puntos. En opinión de Prinsep, los enemigos del rajá que habían sido derrotados eran, sin duda, piratas y «no existía ninguna prueba en absoluto» de que el ataque dirigido contra ellos hubiera carecido de razón o motivo justificado. A pesar de todo, cuestionaba la necesidad de haber partido en su persecución río arriba así como el comportamiento de los aliados dayakos. Por lo que se refería a posibles manejos comerciales de Brooke, resultaba también obvio que el rajá era totalmente inocente.

Por su parte, Devereux aceptaba todas las declaraciones exculpatorias del comisionado Prinsep aunque no compartía su juicio crítico hacia los dayakos. A fin de cuentas, en su opinión había que tener en cuenta que se habían enfrentado con una «raza

de asesinos indiscriminados» y que si en el choque se habían mostrado duros, su crueldad distaba mucho de haber sido gratuita.

Al cabo de cuatro años de ininterrumpido debate, la cuestión relativa al comportamiento de Brooke había quedado zanjada y lo había sido de manera favorable. Sin embargo, la conclusión del asunto distaba mucho de ser generosa para sir James. De él se esperaba ahora no que continuara con sus labores como rajá y gobernador sino que regresara a Gran Bretaña para dar inicio a un retiro dorado.

La sombra de la muerte

Nadie que conociera la situación en Kuching y en Sarawak habría podido cuestionar los importantes logros del gobierno de James Brooke y, al menos en teoría, la reflexión sobre esas extraordinarias contribuciones habría debido de representar un estímulo y un alivio en aquellos momentos. A pesar de todo, la situación resultaba bien distinta. Sir James Brooke, *el Leopardo de Sarawak*, apenas había superado los cincuenta años pero ya era un hombre enormemente debilitado. No se trataba solamente del impacto que aquellos cuatro años de acoso político habían ocasionado sobre su moral. Estaban además las secuelas de la viruela y de la malaria que había padecido en aquel clima extraordinariamente insano para un europeo. A pesar de todo, llegó 1856 y pasó, y no existían señales que permitieran presagiar que a ese año no le sucedería uno igualmente tranquilo.

El 18 de febrero de 1857 se produjo la incursión de los chinos a la que hemos hecho referencia a inicios del capítulo. Como ya señalamos, los chinos tenían la intención de matar a todos los europeos y pronto llegaron a la convicción de que entre sus víctimas se encontraba sir James Brooke. Sin embargo se equivocaban. El europeo muerto y decapitado no era otro que Harry Nicholetts.

Brooke había contemplado su muerte y estaba a punto de disparar sobre los chinos, vendiendo cara su vida, cuando recordó que existía una posibilidad de huir a través del cuarto de baño. Como sucedía con otras habitaciones de este tipo en Sarawak, en ella había una apertura para arrojar el agua sucia hacia el exterior.

Brooke se deslizó por la oquedad acompañado de su criado Penty y, a toda prisa, ambos ganaron el arroyo que discurría por la parte trasera de la casa. Una vez en el agua, Brooke nadó por debajo de las quillas de las embarcaciones y cruzó la corriente. Llegó a la otra orilla exhausto y durante algunos instantes se vio obligado a permanecer inmóvil sobre el fango intentando reponerse. Apenas recuperado, se encaminó hacia la casa de un malayo que era funcionario del gobierno.

Mientras tanto, los chinos daban seguridades a los malayos de que no albergaban malas intenciones hacia ellos y hasta afirmaron que tampoco tenían el propósito de interferir en las actividades de los europeos afincados en Sarawak. Incluso llegaron a ofrecer el cargo de rajá a un inglés llamado Helms. El elegido se apresuró a declinar aquel inesperado honor pero aceptó las condiciones impuestas por los chinos. De acuerdo con las mismas, remontarían el río antes de que acabara el día, llevándose el botín derivado de la incursión, y los malayos ni los atacarían ni enviarían en su persecución ningún barco. Desde luego, ni Helms ni ninguno de los europeos estaba en condiciones de oponerse a aquellas imposiciones, y más cuando los chinos seguían paseando la cabeza de Nicholetts en lo alto de una pica, convencidos de que se trataba del cráneo de Brooke.

Sin embargo, la cuestión distaba mucho de quedar zanjada. Cuando al día siguiente los chinos abandonaron Kuching no tardaron en ser atacados por los malayos, que incluso llegaron a hundir una de sus embarcaciones. La respuesta de los invasores fue terminante. Desanduvieron el escaso camino recorrido y se dirigieron hacia Kuching para cobrarse cumplida venganza. Sin embargo, cuando entraban en la capital se encontraron con las fuerzas que el rajá de Sarawak acababa de reunir en las últimas horas y se produjo un choque violento.

Los malayos lograron recuperar un par de barcos que les habían sido robados pero, en conjunto, los chinos fueron los vencedores. Tan obvio pareció este resultado que el rajá se vio obligado a retirarse con la intención de esperar un momento más propicio para reanudar la lucha. Finalmente, Kuching fue recuperada, pero sólo cuando, a los cuatro días de producirse el primer ataque, apareció el *Sir James Brooke*, el vapor que llevaba el nombre del Leopardo

de Sarawak. Los chinos se habían parapetado durante las horas anteriores y para desalojarlos fue preciso asaltar sus empalizadas. Sin embargo, en aquellos momentos la moral de los hombres de Brooke era muy alta y consiguieron enfrentarse con éxito a la fusilería del enemigo. Convencidos entonces de que todo esfuerzo de resistencia resultaría vano, los chinos emprendieron la huida a través del bazar de la ciudad.

Durante los días siguientes, los chinos que habían conseguido escapar de Kuching se vieron sometidos a una terrible persecución por parte de los malayos y los dayakos. Sólo un grupo pequeño logró pasar la frontera, pero entonces los holandeses intervinieron arrancándoles su botín y devolviéndolo a Sarawak.

En el curso de los meses siguientes, la principal preocupación de sir James sería la de reconstruir una ciudad que había sido arrasada en buena medida y evitar que los chinos que habitaban en ella —y que nada habían tenido que ver con los asaltantes— fueran objeto de venganzas y represalias por parte de malayos y dayakos. Este último objetivo se cubrió con tanta amplitud que, aunque unos tres mil quinientos chinos fueron expulsados o muertos como consecuencia del ataque, al cabo de muy poco tiempo los ingresos creados por esta etnia en Sarawak experimentaron un incremento notable. Así, poco a poco, todo acabó volviendo a su cauce.

El retiro

El año 1858 marcó en buena medida una nueva fase en la vida de sir James Brooke. Aunque sólo tenía cincuenta y cuatro años —una edad en absoluto avanzada— era desde muchos puntos de vista un hombre acabado. Se encontraba exhausto, su salud no era buena y, muy especialmente, había perdido el entusiasmo que le había animado durante toda su vida. A estas circunstancias se añadían otras de no menor calado. Por un lado, Gran Bretaña seguía reticente ante la idea de convertir Sarawak en una colonia o un protectorado. Por otro, Brooke estaba descubriendo que no tenía dinero para asegurarse una ancianidad desahogada por más que estuviera decidido a terminar su vida pública.

A todo lo anterior se sumaron los problemas con Brooke Brooke, el sobrino que debería haberle sucedido. Durante años, el muchacho

había cumplido con su deber de una manera competente. Sin embargo, la posibilidad de que su ansiada herencia pudiera pasar al gobierno británico en vez de recaer en sus manos le produjo una comprensible amargura.

Las cuestiones relativas a la situación económica de sir James Brooke parecían estar en camino de solventarse cuando un grupo de amigos puso en marcha el proyecto de reunir veinte mil libras que le serían entregadas como una especie de recompensa por sus servicios. Incluso Brooke Brooke encontró la idea enormemente sugestiva en la medida en que podría servir para que su tío abandonara sus intenciones de ceder Sarawak a la corona británica, lo que le habría privado a él de semejante beneficio.

Lamentablemente para todos, los acontecimientos no se solucionarían con tanta facilidad. La idea de la suscripción siguió adelante, pero la cifra recogida al final resultó mucho más modesta de lo previsto, quedando reducida a tan sólo ocho mil ochocientas libras. Por si fuera poco, los encargados de llevar a cabo el proyecto llegaron a la conclusión de que entregar la cantidad a sir James podía constituir una seria equivocación. Se manifestaron, por lo tanto, partidarios de constituir un fondo que sería administrado por terceros y que permitiría entregar a Brooke una cifra fija anual. La idea desagradó profundamente a sir James, que se planteó muy seriamente la posibilidad de rechazarla. Si al final no lo hizo se debió a sus perentorias necesidades económicas y al hecho de que había sufrido un ataque que le había producido una parálisis temporal.

Una vez aceptada la pensión, sir James decidió encontrar un lugar en el que fijar su última residencia. Con la ayuda de una amiga, finalmente encontró una finca en Burrator, en Dartmoor, y se dispuso a comprarla. Esa coyuntura le permitió descubrir hasta qué punto su situación dependía de la voluntad de terceros. No sólo tuvo que comunicar su decisión a los administradores de su fondo sino que además se vio obligado a esperar que éstos le concedieran el permiso pertinente para realizar la compra. Lo obtuvo durante el mes de julio de 1859. Sin embargo, las noticias que le llegaban desde Sarawak no le permitieron descansar en paz. Aunque gobernado por uno de sus sobrinos, el territorio sufría una inestabilidad alarmante. Sir James, que deseaba descansar pero

también garantizar la perdurabilidad del esfuerzo de toda una vida, volvió a sopesar la posibilidad de ceder Sarawak a Holanda o incluso a Luis Napoleón de Francia. Finalmente, el 20 de noviembre de 1860 zarpó de Portsmouth con la intención de poner en orden aquella tierra a la que había dedicado toda su vida.

El último viaje

La llegada de Brooke provocó un inmediato aquietamiento de cualquier problema que hubiera podido alterar la normalidad en Sarawak. Sin embargo, el encuentro con su sobrino Brooke Brooke pudo calificarse de cualquier manera salvo de amistoso. Por parte del Leopardo de Sarawak había motivos sobrados para las quejas y la decepción; por lo que se refiere a su sobrino había padecido recientemente la muerte de su esposa y de su hijo mayor y, por añadidura, veía cómo todos los sueños de poder que había albergado durante años se iban a convertir en humo por la testarudez de un anciano que no estaba dispuesto a ceder su posición.

Mientras los pobladores de Kuching aclamaban a sir James, Brooke Brooke decidió regresar temporalmente a Gran Bretaña. Quizá todo hubiera terminado por solucionarse si hubiera sabido contener la lengua, pero era un hombre amargado cuyas ilusiones estaban pulverizadas. No tardó en criticar abiertamente a su tío y la respuesta del Leopardo de Sarawak fue tan fulminante como resultaba habitual en él. Desheredó a Brooke Brooke y, muy posiblemente, al hacerlo sintió el dolor de que también sus esperanzas de sucesión familiar se habían visto reducidas a añicos. Tiempo después, sobrino y tío se intercambiaron algunas cartas pero, al parecer, cuando Brooke Brooke falleció en 1868 no se había producido todavía una reconciliación completa.

Sir James era consciente de que, muy posiblemente, aquella visita iba a ser la última que realizaría a Sarawak y decidió acabar con el último desafío al régimen de ley y orden que había creado. En esta ocasión, el enemigo era una tribu de kayanos del interior que, ocasionalmente, realizaba incursiones contra los aldeanos de Sarawak. Sir James ordenó la invasión del territorio kayano, pero nunca se produjo un enfrentamiento armado porque los enemigos

de Sarawak optaron prudentemente por la huida. Para cuando se llegó a aquel resultado, sir James era consciente de que su salud exigía que regresara a Gran Bretaña cuanto antes. Tras dejar a cargo de aquellas tierras a Charles Johnson, zarpó en septiembre de 1863 hacia la metrópoli. Nunca regresaría a Sarawak.

El sistema creado por Brooke soportaría muy bien las dificultades. Cuando en 1866 se enfrentó con una crisis económica que llevó a sir James a pensar una vez más en ofrecer Sarawak a la Corona inglesa, logró salir de ella con relativa facilidad. Para aquel entonces, Brooke ya había decidido que Charles Johnson fuera su heredero y que éste a su vez pudiera convertir en sucesor a su sobrino Hope.

Durante la Nochebuena de 1867, sir James volvió a sufrir un segundo ataque similar al que años atrás le había causado una parálisis temporal. Tuvo aún tiempo de dictar su testamento, en el que entregaba la soberanía de Sarawak a Charles Johnson —ahora convertido en Charles Brooke— y a los herederos masculinos que éste tuviera. Aún viviría unos meses más, prolongando lo que había sido un lustro de tranquila vejez. Finalmente, el mes de junio de 1868, el hombre que había convertido una tierra lejana e inhóspita en un ejemplo de lo que la civilización occidental podía conseguir entregó su alma a Dios.

Bibliografía comentada

La figura de James Brooke, *el Leopardo de Sarawak*, no ha sido objeto de un tratamiento bibliográfico muy extenso. Incluso el lugar que se le reserva en las historias del Imperio británico suele ser muy reducido. A pesar de todo, no faltan las biografías notables del personaje. Tanto la de Gertrude L. Jacobs, *Raja de Sarawak*, Londres, 1876, 2 vols., como la de Spenser St. John, *Life of Sir James Brooke*, Edimburgo y Londres, 1879, son excelentes, contienen abundante material y no carecen de espíritu crítico. Más moderna y accesible es la de Emily Hahn, *Brooke of Sarawak*, Londres, 1953.

Un estudio muy interesante sobre Brooke y la baronesa Burdett-Coutts sigue siendo el libro de Owen Rutter, *Rajah Brooke and Baroness Burdett-Coutts*, Londres, 1935.

A pesar de todo, posiblemente, los textos más interesantes sobre el Leopardo de Sarawak sean las fuentes primarias. J. C. Templer editó tres volúmenes de sus cartas (*The Prívate Letters of Sir James Brooke*, Londres, 1853), y de interés resulta también la obra de Charles Johnson Brooke, *Ten Years in Sarawak*, 2 vols., Londres, 1866.

CAPÍTULO SEGUNDO

Shirley Baker y el rey de Tonga

Shirley Baker (Auckland City Librarles, Nueva Zelanda).

En mayo de 1900, Basil Thomson se hallaba en Tonga para negociar con el monarca de esta pequeña nación del Pacífico un nuevo tratado con Gran Bretaña. En cierta ocasión, mientras conversaba con dos nativos, hizo acto de presencia un frágil hombrecillo vestido de negro. Los dos aborígenes se pusieron inmediatamente en pie y salieron apresuradamente de la estancia antes de tener que cruzar una sola palabra con el recién llegado. No había nada de imponente, sin embargo, en aquel hombre. Prematuramente envejecido, bastaba contemplarle para darse cuenta de que su salud había quedado muy quebrantada. Por añadidura, las ganancias que había amasado en otra época se habían desvanecido como una simple nubecilla veraniega y el poder que un día tuvo en sus manos constituía meramente un recuerdo del pasado. Todo eso era cierto pero, como Thomson supo ver, aún era capaz de provocar el temor en aquellos que se cruzaban con él y que lo habían conocido en otra época. Se trataba de Shirley Baker, el hombre que tiempo atrás había sido primer ministro del rey de la lejana Tonga.

El hijo del clérigo

Shirley Waldemar Baker nació en Londres en 1836. Durante años repetiría que era hijo de un clérigo anglicano llamado George Baker, un dato que sus detractores negarían encarnizadamente con la intención de rebajar su origen familiar. Investigaciones recientes llevadas a cabo por Noel Rutherford han dejado, no obstante, fuera de duda que Baker decía la verdad con respecto a su padre, aunque es cierto que ocultó la terrible realidad de su final. Su progenitor falleció en un estado de locura, ocasionado por la sífilis o, más posiblemente, por el alcoholismo.

Aunque el padre de Baker parece haber deseado para él un futuro relacionado con el estado clerical, el joven Shirley soñó en una primera época con el mundo del derecho. Entró así al servicio de un abogado y, por un tiempo, consumió sus horas de juventud entre documentos y contratos. El frío contacto con la realidad legal desanimó al joven Shirley que, en la duda acerca de cuál debería ser su destino futuro, decidió dirigirse a Australia para visitar a su tío Parker. Éste desempeñaba la función de protector de la Corona para los aborígenes en la colonia de Victoria.

Shirley Baker llegó a Melbourne en 1852. Poco es conocido de lo que vio al llegar al extremo del mundo, pero sí sabemos que decidió que iba a permanecer en aquel lugar con la intención de labrarse una fortuna. El problema era cómo conseguir aquel objetivo. En 1857 sabemos que Baker ya se había convertido en un predicador local y que dos años después se ofreció para desempeñar el puesto de misionero entre los paganos de los mares del Sur por cuenta de la Iglesia wesleyana, un grupo que, como su nombre indica, pertenecía al movimiento metodista.

Los metodistas habían surgido en Gran Bretaña y sus colonias de América del Norte durante el siglo XVIII, fundamentalmente, en virtud de la labor de John y Charles Wesley. Aunque originalmente

el metodismo sólo había pretendido ser un movimiento de reforma en el seno de la Iglesia anglicana, no tardó en escindirse del mismo. A diferencia de otras confesiones cristianas, los metodistas insistían —siguiendo la experiencia personal de Wesley pero también lo señalado en el Nuevo Testamento— que para obtener la salvación cada persona debía experimentar una conversión. En otras palabras, en algún momento de su existencia debía reconocer que era pecador y que no podía obtener la salvación por sus propios medios para, a continuación, aceptar por la fe el sacrificio expiatorio realizado por Cristo en la cruz. Marcados por una profunda piedad, los metodistas no sólo habían manifestado a lo largo de su breve historia un acentuado celo evangelizador sino que también se habían entregado a nobles causas de ayuda social que iban desde la lucha contra la esclavitud hasta la búsqueda de mejoras sociales para los obreros. Durante siglos se ha afirmado —y no sin razón— que la revolución que estalló en Francia no se produjo también en Inglaterra precisamente porque ésta había conocido la predicación de Wesley y los metodistas. Baker, empero, había optado por esta confesión más por razones prácticas que por una total identificación con sus puntos de vista. A fin de cuentas se trataba de la única denominación que en esos momentos podía enviarle a los mares del Sur.

Misionero en los mares del Sur

Con un criterio bastante sensato, los directores de la misión en la que Baker deseaba servir exigían que sus empleados fueran personal casado. De esta manera pretendían evitar episodios de amancebamiento con los nativos —lo que, obviamente, no contribuía al avance del testimonio cristiano— y, especialmente, paliar la soledad y la depresión en que podían sentirse inmersos aquellos que pretendían llevar la luz del Evangelio a los paganos. Como es lógico pensar, Baker se vio obligado a realizar proposiciones de matrimonio para salvar ese trámite. Necesitó al menos llevarlas a cabo dos veces antes de ser aceptado como esposo. Finalmente, cuando concluía el año de 1859, se casó con una tal Elizabeth Powell, que vivía en una ciudad cercana.

El 7 de enero de 1860, Baker fue sometido al examen destinado

a comprobar si podía desempeñar satisfactoriamente el ministerio de misionero. El resultado fue positivo porque Baker no sólo podía hacer referencia a su conversión sino que además contaba con conocimientos de medicina y tenía alguna experiencia educativa. Así, en abril de 1860 se le ordenó que viajara a Sydney para proceder a su ordenación. La ceremonia tuvo lugar el 13 de julio de 1860 y a continuación Baker fue enviado al punto de testimonio misionero que los wesleyanos tenían en
Ha'pai,
en Tonga.

La primera obligación de Baker consistió en ir a presentar sus respetos a Tupou, el rey de Tonga. El monarca era, sin duda, un sujeto notable. De hecho había alcanzado esa posición gracias a sus acciones bélicas, y en el curso de ese mismo proceso Tupou se había convertido también al cristianismo merced a la predicación de los metodistas. Durante toda la década anterior, Tupou se había dedicado fundamentalmente a consolidar su poder, lo que había significado la aplicación de presiones diversas sobre los jefes locales. Se trataba de una tarea en la que había contado con el asesoramiento de los misioneros. En 1850, por ejemplo, se había promulgado un código en cuya redacción los europeos habían tenido un papel extraordinario.

El hecho de que el rey fuera wesleyano y de que agradeciera a los misioneros el papel de asesoramiento que le habían otorgado había conferido a éstos un estatus muy especial, estatus que, por otra parte, los había convertido en un segmento social aislado del resto de la población. A diferencia de sus compañeros, sin embargo, Baker no tenía ningún interés en mantenerse apartado de los aborígenes. De manera inmediata, buscó trabar amistad con nativos de Tonga que le enseñaran la lengua local. Como en aquella época el país sufría una epidemia y Baker comenzó a atender a una media de cuarenta enfermos cada día, su popularidad no tardó en extenderse. Para 1862 ya era bastante conocido por el rey Tupou y estuvo encantado de permanecer un tiempo en
Nuku'Alofa,
la capital, y ayudarle a redactar algunas normas que minaban el poder de los jefes. No obstante, Baker era un recién llegado y, por muy piadosos que fueran sus compañeros de misión, no dejaron de

sentirse mortificados por su repentino éxito. En diciembre de 1862, sus superiores decidieron enviarle a
Ha'apai,
a unos ciento cincuenta kilómetros de distancia de
Nuku'Alofa
y del rey Tupou.

Sin embargo, el monarca no estaba dispuesto a perder la colaboración de una persona a la que consideraba notablemente valiosa. Mientras Baker se dedicaba a vacunar contra la viruela a millares de habitantes de Tonga o atendía a enfermos de todo tipo, el rey le llamaba regularmente ante su presencia para consultarle acerca de los colores que debería ostentar la bandera nacional o para pedirle que redactara algunas normativas municipales. La colaboración en esta última cuestión satisfizo tanto a Tupou que ofreció a Baker que se convirtiera en su primer ministro.

La oferta era ciertamente tentadora, pero en aquella época Baker se encontraba especialmente preocupado por el estado de salud de su familia. No sólo su esposa estaba enferma casi continuamente, sino que sus dos hijos tenían también problemas de salud. Precisamente por esa razón, solicitó a sus superiores que le permitieran regresar a Australia. La autorización le llegó a inicios de 1866 y en el mes de abril se despidió de su rebaño.

Durante dos años, los Baker permanecieron en Australia. Se trató ciertamente de un respiro de las duras condiciones que habían conocido en Tonga. Sin embargo no se les iba a permitir prolongar en exceso aquella benévola situación. Al fin y a la postre, el comité misionero comenzó a preguntarse si tenían la menor intención de regresar a Tonga, y en abril de 1869 la familia Baker se vio obligada a regresar a su antiguo destino.

Por esa época, Baker estaba absolutamente convencido de que en el futuro tendría que permanecer en Tonga y de que, por lo tanto, tenía que hacer todo lo posible para triunfar en aquel lugar situado en el extremo del mundo. No tardaría en percatarse de que los mayores obstáculos para su éxito se encontraban entre sus correligionarios y, muy especialmente, en el reverendo J. E. Moulton, director del Tupou College, una institución educativa wesleyana.

Dado que no tardó en demostrar una especial habilidad para

conseguir un incremento de las colectas —una circunstancia que, al menos inicialmente, fue muy bien acogida por sus superiores— y para la captación de nuevos fieles, Baker se convirtió en objeto de una excelente consideración. Sin embargo, Moulton era consciente de que la educación del recién llegado era inferior a la suya y no tardó en percatarse del peligro que podría derivar de aquella rivalidad.

En esa época, Baker tenía treinta y seis años y seis hijos. No resulta por ello extraño que entre septiembre y diciembre de 1872 llegara a la conclusión de que su fortuna tendría que ir vinculada no tanto a la obra misionera como a la suerte de Tonga y, muy especialmente, de su anciano rey. Al mismo tiempo iba convenciéndose de que el futuro de la Iglesia de Tonga pasaba por una independencia de sus superiores de Australia. Desde su punto de vista no tenía ningún sentido que los clérigos fueran misioneros extranjeros en lugar de nativos de Tonga ni tampoco que las finanzas eclesiales tuvieran que ser administradas desde el exterior. Las tesis de Baker no carecían de razón y más desde una perspectiva protestante que rechaza un centralismo eclesial y que considera positivamente la autonomía de las congregaciones. Sin embargo, Moulton sospechaba que una Iglesia wesleyana independiente sería instrumentalizada por Baker —lo que tendría un pésimo impacto sobre su situación— y se manifestó decididamente en contra de sus pretensiones. El comité central de la misión no estaba dispuesto a ceder a las peticiones de Baker pero tampoco deseaba desprenderse de un empleado que había dado muestras repetidas de competencia. Así, aceptó otorgar cierta autonomía económica a las congregaciones de Tonga y también que hubiera ministros nativos, pero retuvo el control administrativo. A esas alturas, sin embargo, Baker ya había decidido dar un paso de enorme trascendencia.

El consejero del rey

Durante 1872, Baker comenzó a involucrarse crecientemente en los asuntos políticos de Tonga. En su búsqueda de la independencia de la Iglesia nativa había buscado el apoyo del rey Tupou y éste no sólo se lo había concedido sino que además había aumentado la estima que sentía hacia Baker. A estas circunstancias se unía otra de

especial trascendencia relacionada con la situación internacional por la que atravesaban Samoa y Fiji, los países limítrofes de Tonga.

La cercana Samoa era objeto directo de las ambiciones de Alemania y la prensa de la zona informaba continuamente de que no tardaría en ser invadida y anexionada. Por lo que se refería a Fiji, la presencia británica se había convertido en una realidad tan innegable y significativa que Cakobau, su monarca, ofreció ceder su reino a Gran Bretaña. Como es fácil de comprender, Tupou deseaba evitar a toda costa un destino similar al de las naciones vecinas y era consciente de que para conseguir ese objetivo necesitaba modificar el sistema de relaciones internacionales en que se hallaba inserta Tonga y, seguramente, llevar a cabo medidas reformadoras que disuadieran a las grandes potencias de intervenir en el país. Sin embargo, al mismo tiempo que era consciente de estas necesidades, Tupou era lo suficientemente inteligente como para reconocer que precisaba de la ayuda de un europeo para enfrentarse con ellas. Baker le pareció entonces la elección más idónea, seguramente la única posible.

En julio de 1872, Baker fue nombrado primer ministro de Tonga. Su misión —que iba a extenderse a lo largo de diecisiete años— estaría relacionada con la elaboración y puesta en práctica de un conjunto de reformas sin precedente en la historia del Pacífico y con escasos puntos de comparación en otros momentos de la historia del género humano.

De manera considerablemente sagaz, los primeros pasos dados por Baker estuvieron relacionados con el cambio de la imagen pública de Tonga. No sólo encargó la fabricación de una corona en Sydney para ceñir las sienes de Tupou sino que también escribió el himno nacional. Esta medida constituyó en no escasa medida una bofetada para su rival Moulton. Éste había escrito ya un himno nacional cuya música era la del himno alemán compuesto por Haydn, y la composición ahora, por supuesto, cayó en el olvido más absoluto.

Sin embargo, aparte de Moulton, nadie se sintió perjudicado por aquellas medidas. Cuestión aparte fue el impuesto promulgado en noviembre de 1873, que tenía la intención de gravar las actividades comerciales. En virtud de esta nueva norma fiscal, a partir de enero de 1874 los comerciantes tendrían que pagar licencias de comercio

por una cuantía de cinco libras anuales. Por si fuera poco, el gobierno de Tonga iba a entrar directamente en el sector de la producción mediante la explotación de las plantaciones de azúcar, una labor que sería supervisada por Baker.

Se trataba sólo del principio, pero la reacción fue virulenta y poderosa. Los misioneros, los comerciantes y los extranjeros en general se percataron de que Baker era un peligro para sus intereses y de que cuanto antes se desembarazaran de él mejor resultaría para aquéllos. Constituían, sin duda, un frente poderoso y, aunque el rey le estaba muy agradecido por la labor llevada a cabo, Baker consideró que sería más prudente desaparecer de la escena por algún tiempo. Durante 1874 prácticamente se eclipsó por decisión propia, permitiendo que se nombrara un secretario del gobierno. Sin embargo no pasaba de ser una maniobra a la espera de que llegaran tiempos más favorables.

La resistencia de los adversarios de Baker tuvo un efecto directo, el de ligar todavía más su fortuna a la del rey Tupou. Cuando en 1874 Gran Bretaña se anexionó Fiji, su posición aún quedó más reforzada. Para Tupou aquel acontecimiento no constituía sino una confirmación de sus peores miedos y exigía, a su juicio, fortalecer la amenazada independencia de Tonga. ¿Qué mejor colaborador que Baker podía encontrar para alcanzar esa meta? Por supuesto, Baker aceptó las nuevas muestras de favor real y no dejó de comunicárselo a aquellos que todavía eran sus superiores en la misión.

Sin embargo, Baker no deseaba limitar sus actividades a cuestiones de política internacional o de reforma política. De hecho, se esforzó por insertar distintas muestras de civilización en la vida cotidiana de los habitantes de Tonga. En marzo de 1875, por ejemplo, introdujo los retretes, un signo de progreso que los plantadores se vieron obligados a instalar por decreto regio. En paralelo, se procedía a la construcción de edificios públicos y se aplicaban nuevas técnicas agrícolas. La mayor aportación de Baker a la vida de Tonga estaba, no obstante, por llegar.

La Constitución de Tonga

El 4 de noviembre de 1875 se promulgó la Constitución de Tonga. El borrador del texto había sido aceptado previamente por los jefes

y, sin embargo, tenía una clara vocación de libertad. De hecho, el propio Baker lo definió como «un libro de libertad» añadiendo la afirmación de que «todos nosotros somos verdaderamente libres». No exageraba. El texto contenía una declaración de derechos donde se garantizaban la vida, la libertad y la propiedad, así como las libertades de culto, expresión y prensa.

Al mismo tiempo, en un gesto sin precedentes, la Constitución garantizaba la igualdad ante la ley de todos los habitantes de Tonga, tanto si eran naturales como europeos, jefes como hombres corrientes. Todos los varones mayores de edad tenían derecho a elegir una asamblea legislativa y a cambio se comprometían a pagar impuestos y a formar parte de los jurados.

La segunda parte de la Constitución se ocupaba de la forma de gobierno. El legislativo sería elegido por la población mientras que el ejecutivo resultaría nombrado por el rey. El poder judicial derivaría de nombramientos regios y parlamentarios. De esta manera quedaba constituida una monarquía parlamentaria en la que el poder del rey quedaba claramente limitado por un legislativo que seguía un corte constitucional europeo y que sustituía a la asamblea antigua de jefes.

En 1875, Baker logró que se promulgara también un nuevo Código de leyes. El texto pasó con facilidad por el trámite de aprobación parlamentaria porque, en no escasa medida, refundía y racionalizaba normas antiguas. Sin embargo no estuvo exento de críticas especialmente en lo que se refería a las leyes morales y suntuarias. Por ejemplo, el nuevo Código definía el adulterio y la fornicación como delitos que eran castigados con multas de sesenta y veinticinco dólares respectivamente. Asimismo se establecía la prohibición del baile y de la lucha.

Tupou había aceptado el camino de las reformas porque estaba convencido de que Tonga sólo podría seguir siendo independiente si las potencias occidentales la consideraban una nación civilizada. Muy pronto se percató de que su tesis no era errónea y, sobre todo, de que comenzaba a recoger frutos. En 1876, Alemania reconoció a Tonga como un estado independiente y soberano. Dos años después, Gran Bretaña dio el mismo paso. El papel de Baker en aquel éxito había sido esencial, pero esa circunstancia no contribuiría a fortalecer su seguridad. En realidad no tardaría en ser objeto de un

ataque de una dureza sin precedentes.

Los comerciantes atacan a Baker

Los primeros en atacar a Baker fueron los comerciantes. No sólo se sentían indignados por el pago de impuestos sino que además estaban resentidos por la manera en que las colectas eclesiales realizadas por Baker les hacían perder beneficios. Sin embargo, lo que les provocaba un resentimiento mayor era el hecho de que la Constitución había convertido a los europeos en sujetos que podían ser llevados ante los tribunales exactamente bajo las mismas condiciones que los nativos de Tonga.

Cuando en febrero de 1876, E. L. Layard, el cónsul británico en Fiji, visitó Tonga, los comerciantes aprovecharon para presentarle un escrito dirigido contra «la abrumadora influencia de los misioneros», una expresión que apenas ocultaba su rencor hacia Baker. Al mes siguiente, Layard envió al Ministerio de Asuntos Exteriores un informe en el que sostenía que Tupou era una mera marioneta en manos de Baker y levantaba una serie de falsos testimonios contra el primer ministro, como el de su presunta codicia. Fue precisamente el carácter palpablemente difamador del informe de Layard lo que permitió a Baker capear con facilidad aquel temporal. En octubre de 1876, Baker escribió una apología de veintisiete páginas que fue seguida inmediatamente por un conjunto de testimonios de descargo. Sin embargo, apenas había logrado conjurar aquel ataque, se produjo uno nuevo de no escasa envergadura.

La segunda embestida contra Baker provino de sus compañeros misioneros. De hecho, le convocaron para que en enero de 1878 compareciera ante la conferencia de la denominación celebrada en Sydney. En el curso de la citada reunión, Baker fue nuevamente autorizado para asesorar al rey Tupou, pero los ataques en su contra resultaron de tal consistencia que, a pesar de todo, el misionero regresó a Tonga convencido de que sus días en la misión estaban contados.

Sin embargo, su dimisión en la obra evangelizadora no habría servido para garantizarle la tranquilidad. Sir Arthur Gordon, el alto comisionado y cónsul general británico para el Pacífico occidental,

estaba dando pasos para lograr que Baker desapareciera de Tonga. Al misionero se debía, a fin de cuentas, una Constitución y un cuerpo legal que consagraban la igualdad de todos ante la ley, una cuestión ciertamente *non grata* para los europeos. Entre julio y septiembre de 1878, las presiones se habían acumulado de tal manera que Baker decidió distanciarse del rey y abandonar la política.

La carrera de Baker podría haber concluido en aquel verano de 1878 si Gordon no hubiera deseado eliminar todo posible apoyo con el que pudiera contar el misionero para intentar la recuperación de su influencia. Muy posiblemente, Gordon pensaba —erróneamente— que Baker no se daría por vencido y que intentaría recuperar la posición de la que había disfrutado ante el rey en los últimos años. Precisamente por ello, para privarle de cualquier posibilidad, presionó a la misión para que lo desautorizara.

Que muchos de los compañeros de Baker no lo apreciaban era una realidad incuestionable pero, al mismo tiempo, resultaba obvio que la misión se hallaba atrapada en un dilema. Por un lado, no hacía tanto tiempo que habían dado el visto bueno a sus actuaciones por lo que condenarle ahora resultaba incoherente; por otro, no podían pasar por alto el hecho de que la Iglesia en Tonga contribuía generosamente a las necesidades económicas de la misión, y esa circunstancia arrancaba directamente de la capacidad de gestión de Baker. Así las cosas, el 8 de octubre de 1879, la misión comenzó una investigación sobre las actividades de Baker que se prolongaría a lo largo de tres semanas. El resultado fue, prácticamente, una apología de sus acciones en Tonga. No obstante, para evitar desairar totalmente a Gordon, decidió enviar a Baker a Nueva Gales del Sur.

Gordon tenía autoridad suficiente para deportar a Baker de las islas pero, naturalmente, no deseaba dar ese paso sin un fuerte respaldo moral. La misión podría habérselo proporcionado pero, al concluir su investigación de la manera en que lo había hecho, cerró el paso a esa solución. A pesar de todo, Gordon —y con él los adversarios de Baker— podía darse por razonablemente satisfecho. ¿Quién podría negar que fuera de Tonga dejaría de ser peligroso para ellos?

«El que remonta todas las dificultades» se convierte en triple ministro

Durante buena parte de 1879, todo pareció indicar que los enemigos del padre de la Constitución de Tonga podían darse por satisfechos. En noviembre de aquel año, Baker incluso zarpó con destino a Nueva Zelanda. Acompañaba en su viaje a David ‘Unga, un hijo del rey Tupou, que esperaba encontrar alivio para una dolencia hepática en la citada isla. Lamentablemente no existía remedio para su enfermedad y el 18 de diciembre de 1879 el príncipe falleció. Baker escribió inmediatamente a Tupou para informarle de la muerte de David ‘Unga y para formularle la promesa de que acompañaría el cadáver hasta Tonga.

Para llevar a cabo aquel cometido, Baker necesitaba permiso de la misión, de manera que, tras dar órdenes para que embalsamaran el cadáver del príncipe, viajó a Sydney con la intención de convencer a sus superiores. Éstos temían el regreso de Baker al reino de Tupou y sólo le dieron su consentimiento a condición de que tuviera presente que, de todas formas, tendría que trasladarse a Nueva Zelanda y que volvía a Tonga tan sólo para acompañar el cadáver de David ‘Unga.

El cortejo no llegó a Tonga hasta el 30 de mayo de 1880. Sin embargo no pudo hacerlo de una manera más impresionante. Baker había recurrido a las amistades que tenía entre las autoridades alemanas de Polinesia y logró de esa manera que el cuerpo del príncipe fuera transportado a bordo del navío de guerra germano *Nautilus*. El barco permaneció en Tonga hasta la celebración del funeral, que tuvo lugar el 10 de junio, añadiendo una solemnidad extraordinaria al acto.

Naturalmente, los alemanes habían llevado a cabo aquella demostración de respeto y empatía no porque sintieran un especial aprecio hacia Baker sino porque deseaban ganarse la buena voluntad del rey Tupou. Con todo, el mayor beneficiado de aquel episodio fue precisamente Baker. El monarca había quedado profundamente impresionado por aquella muestra de respeto y cuando el Parlamento abrió sus sesiones, un mes después, Tupou mencionó públicamente su gratitud hacia «mister Baker y su amor». Sin embargo, su agradecimiento no iba a quedar limitado a aquella

declaración. El 24 de julio, Baker se había convertido en triple ministro. Era a la vez primer ministro, ministro de Asuntos Exteriores y ministro de Tierras. Su recuperación había tardado en producirse tan sólo algunas semanas. No resulta extraño que los habitantes de Tonga comenzaran a llamar a Baker con el mote de *Ta'emangoi*, una palabra que significa «el que remonta todas las dificultades».

A pesar de todo, pocas dudas podían caber entonces de que si Baker deseaba mantenerse en el cargo iba a necesitar una especial capacidad para enfrentarse con las dificultades. De hecho, en 1880 la situación financiera de Tonga era considerablemente mala. Es difícil estimar con exactitud hasta dónde llegaba la deuda pública del reino, pero debía bordear una cantidad cercana a las siete mil libras esterlinas, una cifra muy elevada para la época y las circunstancias. Baker reaccionó con rapidez. Consiguió que el Parlamento aprobara la conversión del dólar chileno de plata en moneda legal de Tonga, con un valor de cuatro chelines ingleses. Dado que el cambio real era de cuatro chelines y tres peniques y que algún financiero alemán aceptó cambiar el dinero del gobierno por billetes en Sydney, Auckland y San Francisco, las reservas de plata de Tonga aumentaron considerablemente de valor.

A esta medida de carácter cambiario se sumaron otras de tipo impositivo que recayeron casi exclusivamente sobre europeos y que exigían licencias para la venta al por menor, para vender licor o para tener una mesa de billar.

Aunque el gasto público aumentó en los meses siguientes, cuando en septiembre de 1881 se concluyó el balance contable del gobierno pudo verse que se había alcanzado un superávit de casi dos mil libras esterlinas. En septiembre del año siguiente, la deuda de Tonga estaba prácticamente saldada. Se trataba ciertamente de un éxito debido directamente a las medidas adoptadas por Baker. El magnífico resultado obtenido por el triple ministro impulsó al rey Tupou a retomar una cuestión que también resultaba grata a Baker.

Viejas batallas, nuevos combates

El fortalecimiento económico de Tonga permitió a Tupou y a Baker replantear algunas de las cuestiones que consideraban de especial

importancia para la marcha del país y que habían quedado relegadas por las presiones dirigidas contra el segundo. La primera de esas cuestiones fue la de la independencia total de la Iglesia wesleyana de Tonga.

Como resulta fácil de entender, nada más plantearse el problema las autoridades eclesiales citaron inmediatamente a Baker para que compareciera ante ellas. Éste respondió que, dado que ya no trabajaba para la misión, no tenía por qué obedecer órdenes y se negó a hacer acto de presencia. Lo que siguió entonces fue una alternancia de golpes y contragolpes. La denominación nombró presidente de la Iglesia en Tonga a Moulton, el enemigo de Baker. Era una forma tajante de señalar que no se rendirían y que para mantener sus posiciones contaban con un hombre culto y preparado, con experiencia en el mundo educativo. La respuesta de Baker vino envuelta en las medidas encaminadas para la nacionalización de las escuelas.

Semejante paso pretendía fundamentalmente garantizar el derecho a la educación de todos los niños entre cinco y dieciséis años de edad. Sin embargo significaba un golpe de muerte contra las escuelas wesleyanas y, de paso, contra Moulton. A partir de ahora no recibirían ninguna subvención estatal y además todos los centros docentes pasarían a ser fiscalizados por Baker, que sumó a sus tres carteras ministeriales una cuarta, la de Educación.

La siguiente cuestión fue la de conseguir imponer de una vez por todas la responsabilidad de los europeos ante los tribunales de Tonga. Durante el tiempo en que Baker había estado apartado del poder, los británicos habían negociado un tratado con Tupou en virtud del cual sus súbditos se veían excluidos de esta pretensión que tenía un claro respaldo del texto constitucional. Sin embargo, como es habitual en estos instrumentos jurídicos, el tratado tenía que ser ratificado por el Parlamento para contar con la posibilidad de aplicación. Baker se opuso frontalmente a la ratificación.

La acción del primer ministro provocó lógicamente una reacción negativa por parte de las autoridades británicas. Sin embargo, al final, ambas partes llegaron a un acuerdo que sirvió, por un lado, para satisfacer a los británicos y, por otro, para fortalecer la posición de Baker. A mediados de 1881, su posición parecía inconmovible.

Victoria y derrota

Precisamente en aquellos momentos de triunfo, la oposición a Baker comenzó a alcanzar unas cotas inalcanzadas de recrudecimiento. Al rencor de los misioneros y de los comerciantes europeos se sumó ahora el de un cierto sector de la aristocracia de Tonga. Los tres frentes se iban a fundir en uno solo, que originaría un desafío sin precedentes contra la política de Baker. El pretexto iba a venir de la mano de un incidente menor. Seis jóvenes jefes tribales cometieron una falta legal —al parecer, infringieron la norma que penaba la fornicación— y, para no verse sometidos al castigo, solicitaron de H. E. Symonds, el vicecónsul de Gran Bretaña, convertirse en súbditos británicos. Como justificación por sus actos, señalaron que seguían siendo leales al rey Tupou pero que no podían mantener la misma actitud hacia Baker. La respuesta de Symonds fue lógicamente negativa, pero aquel acto sirvió para estimular la protesta de otros grupos que eran contrarios a las acciones del antiguo misionero. Así se constituyó lo que iba a conocerse como el Parlamento de
Mu'a.

El grupo carecía de verdadera representatividad y, desde luego, no era un parlamento propiamente dicho, sino un conjunto de terratenientes que estaban resentidos por las normativas de reforma agraria aprobadas a instancias de Baker. Sin embargo ofreció a los europeos que tampoco gustaban del primer ministro una magnífica oportunidad para atacarle. Al igual que los aristócratas de Tonga, alegaron que eran absolutamente leales a Tupou pero que lo mejor que podía suceder era que desapareciera Baker.

Las protestas de lealtad podían ser muy insistentes pero el monarca no quedó en absoluto convencido por ellas. Por añadidura, no podía bajo ningún concepto permitir la existencia de un Parlamento paralelo ni tampoco que nadie le dictara cuál debía ser su política de gobierno en contra de lo establecido por la Constitución. Ordenó, por lo tanto, que la policía detuviera a los reunidos en
Mu'a
y que se los sometiera a juicio por alta traición. El juicio se celebró en octubre de 1881 en

Nuku'Alofa.
Sin embargo, el magistrado no encontró ninguna norma que pudiera resultar de aplicación al caso y optó por poner en libertad a los acusados. El resultado fue decepcionante, pero Tupou lo aceptó aunque dejando claramente de manifiesto que si volvía a repetirse una acción similar, la consideraría un delito de rebelión y lo castigaría como tal.

Como suele suceder por regla general en casos similares, la meticulosidad legal que había salvado a los sediciosos fue interpretada no como un gesto de benevolencia sino como una muestra de debilidad. Con el respaldo de los residentes ingleses, los miembros del denominado parlamento comenzaron a conspirar nuevamente. En paralelo, los súbditos británicos redactaron una petición dirigida a la reina Victoria rogando que se ordenara a Baker abandonar Tonga. El 5 de enero de 1882 se la entregaron a Symonds.

Esta vez, el rey actuó de manera fulminante. El 30 de enero, los conspiradores de
Mu'a
fueron detenidos y llevados a la prisión de
Nuku'Alofa.
A mediados del mes siguiente, Tupou ordenó que se los trasladara a
Ha'pai
y se procediera a su ejecución sumaria. La orden provocó una nueva oportunidad de protesta de los opositores a Baker, que comenzaron a pedir la celebración de un juicio justo y que apelaron al consulado británico para que presionara en esa dirección. Fue precisamente en ese punto cuando el odiado primer ministro, que había estado en Auckland desde septiembre del año anterior, regresó a Tonga.

Baker quedó abrumado por el panorama que encontró a su llegada. No sabía absolutamente nada de lo que había sucedido pero pudo comprobar que una parte de la población nativa, la Iglesia wesleyana y los súbditos británicos, con el cónsul a la cabeza, se encontraban situados en una posición de abierta hostilidad hacia el gobierno, un gobierno que él seguía presidiendo. La situación había empeorado hasta tal extremo que no parecía en absoluto descabellado esperar el estallido de una guerra civil. Baker era consciente de que tendría que actuar con mucha habilidad para

evitar el desastre y se dispuso a hacerlo.

En primer lugar formuló la promesa de que los acusados disfrutarían de un juicio justo e imparcial pero, al mismo tiempo, actuó con firmeza frente al descontento. Así, ordenó la detención, bajo el cargo de sedición, de Vaea, un jefe que había manifestado una actitud muy crítica hacia el gobierno. Al fin y a la postre, Vaea fue puesto en libertad, pero lo que le había sucedido tuvo un efecto claramente disuasorio. Cuando en julio de 1882 el alto comisionado británico visitó Tonga se encontró con que la crisis había sido conjurada, aunque no podía negarse que en ciertos sectores de la población Baker seguía siendo objeto de una clara animosidad.

En septiembre, el primer ministro llegó a la conclusión de que resultaba seguro convocar el Parlamento para que continuara con su labor constitucional. En esta ocasión, Baker se encontró, por primera vez desde que se había hecho cargo de las tareas de gobierno, con una oposición firme que dificultó enormemente la aprobación de sus propuestas. El antiguo misionero quedó tan afectado que se dirigió a la residencia del rey y le presentó la dimisión. Posiblemente se trató más de un golpe de efecto que de un propósito real de abandonar el gobierno. Si, efectivamente, aquél fue el caso, Baker obtuvo lo que deseaba. El rey convocó a los parlamentarios a una reunión privada y cuando aquéllos la abandonaron, los debates prosiguieron con una extraordinaria facilidad.

El proceso de los rebeldes de Mu'a

El respaldo incondicional del rey Tupou y la pérdida de vigor de los opositores llevaron a Baker a sentirse lo suficientemente seguro como para que en febrero de 1883 se dispusiera a la celebración del proceso contra los miembros del denominado parlamento de Mu'a.

En un intento por satisfacer al alto comisionado británico, Baker logró convencer al rey para que aceptara que los procesados sólo tuvieran que responder del cargo de libelo contra el monarca. Además, con la finalidad de disociar a su persona de aquella delicada situación, el primer ministro optó por permanecer en

Nueva Zelanda mientras tenían lugar las vistas del juicio. La medida constituía un gesto de cara a la opinión pública y, sobre todo, al alto comisionado británico, pero poco más. De hecho, Baker se había ocupado de instruir al juez, un tal Fehoko, acerca de la manera en que tenía que comportarse durante el proceso.

Sin embargo, si aquella actitud contribuyó, siquiera momentáneamente, a serenar los ánimos de sus opositores de Tonga, en absoluto aplacó la cólera que hacia él sentían los europeos. La prueba está en que en mayo de 1882 solicitaron del alto comisionado británico que procediera a ordenar la deportación de Baker. Se trataba de una medida que el funcionario no podía llevar a cabo en ese momento —y así se lo hizo saber a los peticionarios—, pero de la que tomó buena nota para un futuro quizá no tan lejano. Desde luego, los europeos se habían propuesto abatir al antiguo misionero y no se sintieron desalentados por la negativa que acababan de recibir. Cuando en agosto de 1883 Baker regresó a Tonga se encontró con que el comportamiento de sus compatriotas resultaba tan amenazante que consideró prudente adoptar medidas para salvaguardar su seguridad personal. No pudo evitar, sin embargo, que se entregaran a una campaña de descrédito que incluyó el insulto en público.

La situación se le presentó aún más delicada cuando le llegaron rumores de que las autoridades británicas podían enviar un navío a Tonga que no sólo procediera a libertar a los procesados del parlamento de
Mu'a
sino también a deportarlo. Como en otras ocasiones, el primer ministro reaccionó con rapidez y eficacia. Cuando el *HSM Espiegle* llegó a Tonga para solicitar del rey la liberación de los procesados se encontró con que Baker había zarpado hacia Nueva Zelanda —lo que imposibilitaba su detención y ulterior deportación—, y además, antes de partir, había adoptado una medida de claro significado político, la de dejar firmado el decreto de indulto de los condenados por los incidentes de
Mu'a.

El gran envite

A finales de 1884, Baker no se engañaba sobre la realidad de la situación política en Tonga. Era cierto que su labor de gobierno había sido meritoria —extraordinariamente meritoria incluso— y que aún gozaba del apoyo regio. Sin embargo, la fuerza de sus enemigos no resultaba despreciable. Tal y como se habían desarrollado los acontecimientos en los últimos meses, sólo le quedaban dos opciones. O bien acababa doblegándose a las presiones de los europeos, especialmente de los británicos, y aceptaba un creciente destejer de todo lo que había conseguido en los últimos años, o bien se enfrentaba gallardamente con sus adversarios con la intención de asestarles un golpe tan definitivo que zanjara la situación para siempre. Baker finalmente optó por la segunda posibilidad y apuntó de manera directa a sus dos enemigos más peligrosos, la colonia británica y la Iglesia wesleyana.

En primer lugar, Baker dirigió una protesta a lord Derby por el incidente del *HSM Espiegle* y la interferencia descortés en los asuntos de Tonga que había implicado aquel acto. La concesión del indulto a los condenados proporcionaba a su queja un respaldo moral considerable y las autoridades británicas llegaron a la conclusión de que había tenido lugar un penoso error que no debería repetirse. En otras palabras, los europeos de Tonga acababan de perder a su único valedor de peso en contra de la política de Baker. Por lo que a éste se refiere, una vez que se vio libre de interferencias externas, desencadenó su ataque —tantas veces retrasado— contra la Iglesia wesleyana. En enero de 1885 puso en funcionamiento la secesión de los metodistas de Tonga en relación con la conferencia de Sydney.

El pistoletazo de salida para el nuevo combate fue una predicación pronunciada ante una multitud reunida al aire libre el 4 de enero de 1885. En el curso de su homilía, Baker pidió el apoyo de aquellos que «amaban al rey más que a mister Moulton». A continuación anunció la fundación de la Iglesia libre de Tonga. Su teología seguiría siendo metodista pero ya no dependería de la conferencia con sede en Australia.

No resulta claro si la reacción inicial de Tupou fue favorable a la acción de Baker, e incluso existen indicios de que pudo sentirse irritado por la manera en que se había dado aquel paso sin contar con su respaldo previo. Sin embargo, pensara lo que pensase al

principio, el 14 de enero Tupou proclamó en Vava'u el establecimiento de la Iglesia libre.

Como era de esperar, aquel acto comenzó muy pronto a tener consecuencias políticas que, en no escasa medida, resultaron similares a las provocadas por el establecimiento de las iglesias nacionales de carácter reformado en la Europa del siglo XVI. De entrada, una parte de la nobleza se negó a integrarse en la nueva iglesia, creando un problema de Estado ya que su actitud implicaba un acto de desobediencia, siquiera de falta de sumisión, ante los deseos del rey Tupou. Muy pronto, el ejemplo cundió entre un cierto sector de la población y, dado que los jefes leales al monarca dieron órdenes a sus súbditos de abandonar la Iglesia wesleyana y entrar en la libre recientemente fundada, se produjo un lamentable episodio de coacción religiosa.

Todo parece indicar que cuando Baker supo del primer caso de una persona obligada a cambiar de iglesia por las presiones de sus conciudadanos dio órdenes al jefe de policía local para que semejante situación no se repitiera. Sin embargo, ni él estaba en condiciones de evitar todo lo que iba a producirse ni sus enemigos, especialmente Moulton, iban a renunciar a la carta propagandística que significaba culparle de la persecución. A pesar de todo, su comportamiento se acercó a lo ejemplar. Tupou estaba profundamente irritado con aquellos súbditos que se habían negado a integrarse en la Iglesia nacional que había proclamado y en julio existía una convicción casi generalizada en el sentido de que iba a ordenar la ejecución de los escasos wesleyanos que aún no habían cedido a las presiones de todo tipo y habían abandonado su iglesia original. Sin embargo, contra todo pronóstico, el rey se limitó a decirles que se sentía disgustado por su actitud y no se produjo ni una sola paliza o ejecución como se había esperado inicialmente. Esta actitud por parte del monarca fue una consecuencia directa de los consejos de Baker, que además se apresuró a confirmar los derechos de posesión de tierras y de cualquier bien que tuviera la Iglesia wesleyana. Una cosa era que Baker deseara la creación de una Iglesia nacional independiente y otra, bien distinta, que pretendiera atentar contra la libertad de culto, un principio netamente protestante que los metodistas habían defendido con

especial denuedo desde su fundación.

No puede negarse que aquella línea de actuación tuvo éxito. Cuando J. B. Thurston, el alto comisionado en funciones, visitó Tonga en el mes de septiembre lo que descubrió fue un país que había vuelto a la calma y que se estaba recuperando de las tensiones recientemente padecidas. Si, finalmente, el proceso de pacificación fracasó se debió a Moulton y otros opositores de Baker.

Durante el mes de octubre de 1885, Moulton envió a un misionero a

Vava'u

para intentar recuperar a algunos antiguos miembros de la Iglesia wesleyana. En términos teológicos, tal medida era absolutamente evitable ya que los metodistas siempre han creído que la salvación se derivaba de aceptar por fe el sacrificio de Cristo en la cruz y no de la permanencia a una iglesia en particular. Al ser la Iglesia libre una mera escisión, este aspecto quedaba aún más acentuado ya que ni siquiera existían diferencias doctrinales entre ambos cuerpos eclesiales. Sin embargo, una cosa era la teología y otra los intereses de Moulton, que no sólo aborrecía cordialmente a Baker sino que además contemplaba con comprensible amargura cómo su peso social había disminuido escandalosamente tras la aprobación de la normativa referente a las escuelas públicas. Lamentablemente, como tantas otras veces a lo largo de la historia, el enfrentamiento religioso ocultaba más una lucha por el poder que una discusión por cuestiones de peso teológico real.

El ataque de Moulton se produjo en unos momentos en los que Baker se hallaba entregado con renovado interés a las tareas de gobierno. No sólo se encontraba elaborando un extenso programa de obras públicas sino que además se esforzaba por poner en funcionamiento un servicio postal moderno, e incluso había iniciado las negociaciones para la firma de un tratado con los Estados Unidos de América. Durante las semanas siguientes, Baker se vio sometido a una verdadera avalancha de críticas y difamaciones publicadas en Australia y Gran Bretaña. El tono de los escritos llegó a tal extremo que Baker decidió, finalmente, responder. El 12 de enero de 1887 escribió un largo artículo que debía ser publicado en el *Daily Telegraph* de Sydney donde explicaba los motivos de su política. Lo ignoraba, pero en el mismo

momento en que vertía sobre el papel aquella apología de sus actos de gobierno la muerte acechaba a su puerta.

El atentado

Hasta 1886, los adversarios de Baker habían recurrido para acabar con él a la calumnia, la presión, la crítica e incluso la solicitud de una intervención internacional que condujera a su deportación. En cierta medida podría decirse que habían echado mano de todos los medios a excepción de la violencia. A finales de aquel año, sin embargo, fue creciendo en algún sector la convicción de que sólo ésta resultaría eficaz para librarse de una vez por todas del gobierno del antiguo misionero. Cuando aquella tarde del 12 de enero de 1887 Baker salió a la calle, le esperaban cinco habitantes de Tonga con la intención de matarlo. De ellos, uno era hijo de Topui, el jefe del denominado parlamento de
Mu'a,
y los otros cuatro convictos que se habían escapado de la penitenciaría de
Nuku'Alofa
el 5 de septiembre de 1886. A finales de ese mismo año, el grupo había conseguido munición y armas de fuego de un europeo con la intención de asesinar a Baker.

Antes del 12 de enero de 1887 se habían fraguado dos proyectos para matar al primer ministro pero, por diversas razones, ni siquiera llegaron a convertirse en intentos. Esta vez, el atentado sí se llevó a cabo. Baker había subido a un coche de caballos acompañado por su hijo Shirley y su hija Beatrice. Apenas había comenzado a caminar cuando Shirley se percató de que los esperaba un nativo armado con una escopeta. Inmediatamente saltó del coche y le conminó para que dejara el arma. Se oyó un disparo y Shirley fue herido. Al percatarse de lo que le había sucedido a su hermano, Beatrice abrazó a su padre que, involuntariamente, tiró de la rienda derecha obligando al caballo a moverse. Aquel gesto impensado le salvó posiblemente la vida. En ese mismo momento, uno de los nativos había abierto fuego contra él, pero el quiebro del caballo se tradujo en que no le produjera ningún impacto a la vez que

provocaba la caída de Beatrice del coche. Cuando los nativos huyeron, detrás de ellos quedaba el hijo de Baker herido en un hombro y la hija con un rasguño en el muslo y un golpe en la columna. El primer ministro había salido ileso aunque sólo físicamente.

Es posible que aquélla fuera la primera vez que el antiguo misionero sintió verdadero temor de las acciones de sus enemigos y no debería causar sorpresa que, al día siguiente, lograra que sobre su vivienda se alzara el pabellón británico para dar a entender que se encontraba bajo la protección de la reina Victoria. No era, desde luego, el único amparo regio que iba a encontrar. Tupou no sólo consiguió la colaboración de los jefes para llevar a cabo un rápido arresto de los autores del atentado sino que además, el 26 de enero, se pudo iniciar la vista contra ellos y contra otros implicados en la conspiración, hasta llegar a un total de catorce. Cinco días después, diez de los acusados eran condenados a muerte mientras que los otros cuatro eran absueltos o se les imponían penas muy reducidas.

Baker tenía la impresión de que lo mejor sería conmutar las condenas a la pena capital por otras a cadena perpetua. De esa manera, en su opinión, se habría cumplido el propósito punitivo y, a la vez, él podría dar una imagen pública de moderación y clemencia. Sin embargo, cuando acudió a palacio para solicitar el perdón regio se encontró con que Tupou sostenía una posición favorable a la ejecución de los condenados. Con todo, cuando se despidió del monarca, Baker pensaba que el asunto quedaba aplazado y que volvería a ser discutido más adelante, lo que le brindaba una oportunidad de convencer a Tupou de su postura. Se equivocaba dramáticamente. A las dos del mediodía, el rey dio la orden de trasladar a seis de los condenados a Malinoa, un islote arenoso situado a unos doce kilómetros de
Nuku'Alofa,
y de ejecutarlos allí. Así se hizo aquella misma tarde.

Al tener noticia de lo sucedido, Baker se precipitó a palacio y logró evitar el traslado de los cuatro condenados que también esperaban la muerte. A continuación amenazó al rey con la dimisión si las ejecuciones tenían lugar. Esta vez, Tupou escuchó a su primer ministro, cuya intervención salvó, sin ningún género de dudas, la vida de los reos. Al cabo del tiempo, la pena sería incluso

conmutada por la de destierro.

A pesar de todo, lo que se produjo a continuación no fue una muestra de comportamiento moderado y reconciliador, como deseaba Baker, sino un nuevo estallido de violencia contra los wesleyanos. La razón era que no pocos estaban convencidos de que detrás de aquella conspiración se hallaba la mano del irreductible Moulton. Nuevamente, Baker quiso evitar aquellos excesos, pero todavía en febrero seguían produciéndose fundamentalmente porque el rey los contemplaba como más que justificados estallidos de ira popular. Al fin y a la postre, y tras un esfuerzo titánico, el primer ministro iba a lograr que el orden fuera restablecido. Sin embargo, aquella victoria no iba a significar, paradójicamente, el final de la guerra sino el inicio de una nueva e inesperada fase. Como en tantos episodios anteriores, el desenlace de aquel nuevo enfrentamiento iba a estar muy relacionado con los cambios experimentados en los últimos meses por la situación internacional.

El golpe

En abril de 1886, Gran Bretaña y Alemania habían procedido a reajustar su política en el Pacífico occidental y decidieron hacerlo sobre la base de criterios abiertamente expansionistas. Solamente Tonga y Samoa quedaron fuera de sus respectivas zonas de influencia como una especie de tierra de nadie que sirviera para evitar un choque entre ambas potencias. El acuerdo estaba inspirado por cierta sensatez pero tuvo una vida corta. En octubre de aquel mismo año, Alemania estaba buscando una modificación del *statu quo* acordado consistente en establecer un protectorado germano en Samoa que sería compensado dejando a Gran Bretaña que hiciera su voluntad en Tonga. En enero de 1887, el secretario de Estado para las Colonias dio su visto bueno a la propuesta alemana y el día 12 de ese mismo mes el embajador británico en Berlín recibió instrucciones de transmitir que el gobierno de Su Majestad estaría dispuesto a aceptar la modificación del acuerdo pactado tan sólo unos meses antes.

En marzo, sir Charles Mitchell, el alto comisionado británico, visitó Tonga, pero esta vez distó mucho de hacer gala del respeto que se espera de un funcionario que pertenece a un gobierno

extranjero. De hecho, no dejó de informar al monarca de que su misión era enterarse del estado de los problemas que habían sacudido Tonga en los últimos tiempos. Los rumores a los que había prestado oído habían llevado a Mitchell a creer que Baker era el origen de todos los trastornos que había sufrido Tonga y que Tupou no era sino una marioneta en sus manos. Curiosamente, tras realizar un examen directo de la situación, Mitchell acabó llegando a unas conclusiones muy distintas de las que había esperado. Afirmar que el verdadero rey de Tonga era Baker constituía a su juicio «una gran equivocación». Ciertamente era un hombre muy ambicioso que deseaba «hacerse un nombre», pero en absoluto dominaba al monarca, que era una persona de una notable independencia de carácter. La verdad, a fin de cuentas, era que todas las acciones de Baker habían obedecido al deseo de defender de la mejor manera «los intereses del rey y de Tonga». Esa circunstancia precisamente era la que le había llevado a chocar con los extranjeros.

A la vista de estas conclusiones, Mitchell decidió no proceder a la deportación de Baker, como deseaban los residentes europeos, aunque sí instó al rey Tupou para que promulgara una amnistía que afectara a todos los implicados en los disturbios recientes y que buscara algún tipo de reconciliación entre la Iglesia libre y la wesleyana. El 26 de abril, el rey suscribió una declaración escrita en la que aceptaba las recomendaciones del alto comisionado y éste regresó a Fiji dos días después.

Para Tupou, al igual que para Baker, a partir de ahora no quedaba más camino que el de seguir gobernando como hasta el momento, pero el destino de Tonga había dejado de estar en sus manos. Durante los primeros meses de 1887, Gran Bretaña y Alemania continuaron entablando negociaciones acerca de sus respectivas áreas de influencia en el Pacífico y, finalmente, llegaron a un acuerdo en abril. Según éste, Gran Bretaña reconocía la hegemonía alemana en Samoa y a cambio el Imperio alemán aceptaba la británica en Tonga. Cuando se supo el pacto que habían suscrito ambas potencias se produjo una reacción inmediata del gobierno de Estados Unidos, que no estaba en absoluto dispuesto a que esa zona del Pacífico se convirtiera en un lago europeo. La respuesta alemana consistió entonces en optar por una política de hechos consumados. En agosto de 1887, los alemanes depusieron al

rey de Samoa y proclamaron un nuevo monarca, al que consideraban dúctil a sus deseos.

Ante aquellos acontecimientos, Mitchell recibió instrucciones de la metrópoli de declarar Tonga protectorado británico ante el primer movimiento sospechoso que pudiera realizar Alemania. Mientras tanto, Tupou y Baker estaban intentando mantenerse escrupulosamente dentro de los límites de lo acordado con Mitchell. De hecho, en noviembre de 1887 éste pudo informar a sus superiores de que el rey y su primer ministro estaban cumpliendo los términos recogidos en sus recomendaciones.

A pesar de que estaba actuando de manera sensata, Baker se encontraba atravesando una época especialmente delicada como consecuencia del fallido atentado. De entrada, sus hijos seguían sufriendo las secuelas de aquel acto, y mientras Shirley había perdido el uso del brazo herido, su hermana Beatrice había quedado totalmente paralizada. El mismo Baker temía que atentaran nuevamente contra su vida y ni salía solo a la calle ni consumía ningún alimento que no fuera directamente preparado por su hija Alice por temor a que pudieran envenenarlo. En ese estado de ánimo poco puede extrañar que cuando tuvo noticias de que el *HMS Opal* atracaba en
Nuku'Alofa
en el mes de septiembre se sintiera nuevamente amenazado y que interpretara el episodio como un nuevo acto de acoso llevado a cabo por las autoridades británicas. La situación iba, sin embargo, a explotar algunos meses después, cuando Baker publicó el denominado *Libro azul del gobierno de Tonga*, en el que deslizaba la sospecha de que el atentado contra su vida había tenido respaldo británico y apuntaba incluso a una conexión cuya terminal conducía hasta Moulton.

La respuesta de Moulton fue escribir y distribuir un panfleto en el que se defendía de las acusaciones formuladas contra él. Sin embargo, esta vez la conferencia general de su denominación no salió en su defensa sino que decidió retirarlo de Tonga. Concluía así un enfrentamiento de dieciocho años entre Baker y Moulton con la victoria del primero, aunque no tardaría en quedar de manifiesto que aquel triunfo iba a representar un coste muy oneroso para el primer ministro.

En aquella época era alto comisionado John Thurston, que había sustituido a Mitchell en febrero de 1888. Inicialmente, Thurston mantuvo una posición favorable hacia Baker porque él mismo había sido asesor del rey Cakobau de Fiji y conocía las dificultades inherentes a ese tipo de cargo. Sin embargo, a medida que Baker adoptaba una postura crecientemente antibritánica, Thurston fue modificando su opinión. El origen de la fricción final derivó de una disposición de Baker en virtud de la cual todas las deudas con el gobierno debían ser pagadas en libras esterlinas. Thurston consideró que semejante decisión perjudicaba a los súbditos británicos y que a éstos debería permitírseles pagar en cualquier moneda que desearan. El 28 de agosto, Thurston escribió al secretario de Estado para las Colonias solicitando que se procediera a la deportación de Baker. La respuesta fue negativa, pero muy pronto los enemigos del primer ministro se encontraron en una posición mucho más fuerte de la que hubieran podido imaginar nunca.

En julio de 1889, Baker pensó en la posibilidad de dimitir dado que la caída del precio de la copra se había traducido en una reducción de los ingresos fiscales que, a su vez, había retrasado los pagos del gobierno. Tupou le insistió en que se mantuviera en su puesto y Baker optó por obedecer. Sin embargo, lo peor estaba por llegar. En septiembre, Baker recibió una notificación en la que se le indicaba que podían querellarse contra él si no pedía disculpas por las acusaciones que había realizado en el *Libro azul* contra súbditos británicos. La amenaza era peligrosa y Baker ordenó que se imprimiera un suplemento de cinco líneas al *Libro azul* declarando que, efectivamente, algunas informaciones contenidas en el mismo eran incorrectas.

El texto fue enviado a Thurston en enero de 1890, pero el británico declaró que semejante disculpa resultaba insuficiente y, cuando Baker quiso entrevistarse con él, se negó a recibirle. Abrumado, el primer ministro escribió a Thurston, presentando nuevamente excusas por el contenido del *Libro azul* y retirando cualquier acusación contenida en el mismo contra los británicos. Aquel gesto debería haber bastado para concluir la controversia, pero Thurston llegó a la conclusión de que Baker había colocado en sus manos un arma que ahora podría utilizar para aniquilarlo. Ordenó que la carta del primer ministro fuera traducida a la lengua

de Tonga y a continuación procedió a su distribución a partir de marzo de 1890.

Este paso causó un enorme daño a la reputación de Baker entre los nativos, pero aún contaba con el favor regio y hubiera podido capear el temporal como en otros tiempos de no haberse producido un episodio decisivo. El 25 de junio, Thurston llegó a Tonga a bordo del *HSM Rapid*. Mantuvo en primer lugar una entrevista con el rey, y dos días después, Thurston comenzó a celebrar una ronda de consultas con los principales jefes. Se trató de un trámite que se extendió del 28 de junio al 5 de julio. Los jefes se manifestaron dispuestos a colaborar con el británico y suscribieron de buena gana una serie de declaraciones juradas en las que sostenían que el responsable de los problemas de Tonga no era el monarca sino Baker.

El 5 de julio, Thurston leyó a los jefes una orden en virtud de la cual había dispuesto que Baker tendría que abandonar Tonga el 17 de julio o enfrentarse a una acción legal iniciada por el alto comisionado y que podría concluir con su encarcelamiento durante un período de dos años. A continuación, Thurston solicitó a los jefes que comunicaran al rey aquella decisión y que procedieran a elegir un primer ministro entre ellos. Aquella misma noche se notificó a Baker que iba a ser deportado y que el nuevo primer ministro sería un tal
Tuku'aho.

El 17 de julio, Baker fue obligado a embarcar en el vapor correo *Wainui* antes del amanecer. La batalla que años atrás habían entablado contra él los europeos había concluido con su derrota.

El final

La acción de Thurston había excedido con mucho las competencias que había recibido de sus superiores pero, una vez llevada a cabo, éstos optaron por respaldarla. En agosto de 1890, el rey Tupou se trasladó a
Ha'pai
en señal de protesta por el nuevo gobierno que le había sido impuesto. Sin embargo, a esas alturas todos sabían que sus días

estaban contados. Durante los años siguientes, el gobierno de Tonga dependió cada vez más del alto comisionado británico, y cuando, en febrero de 1893, Tupou falleció de un resfriado ocasionado por un baño matutino en el mar, la independencia del país ya resultaba tan sólo una quimera del pasado.

El sucesor de Tupou, su bisnieto
Taufa'ahau,
intentó preservar los logros de Baker nombrando un gobierno que estaba formado mayoritariamente por antiguos colaboradores del inglés. Se trató tan sólo del resplandor de la llama que precede a su total extinción. En 1899, Gran Bretaña, Alemania y Estados Unidos llegaron a un acuerdo sobre sus respectivas áreas de interés en Samoa y el 18 de mayo de 1900 Tonga se convirtió en un protectorado británico.

La suerte no fue más generosa con Baker. Había ganado algo de dinero en sus muchos años de trabajo, pero cuando a mediados de la última década del siglo XIX Nueva Zelanda se vio sacudida por la crisis económica perdió casi todo. En febrero de 1897, al poco de morir Thurston, regresó a Samoa con la intención de obtener el puesto de funcionario médico del gobierno, pero el vicecónsul británico consiguió que su solicitud fuera rechazada. Lo mismo sucedió cuando en octubre del mismo año solicitó que se le concediera un puesto en la Iglesia libre a cuya fundación tanto había contribuido. En el curso de esta última gestión su esposa falleció mientras se encontraba en
Ha'pai.

En mayo de 1898, Baker abandonó definitivamente Nueva Zelanda para instalarse en
Ha'pai.
Pretendía entonces establecer una misión anglicana que le permitiera sobrevivir durante sus últimos años. Sin embargo se le impidió tal posibilidad por el temor a que se convirtiera nuevamente en origen de problemas. Aquel último fracaso resultó un golpe contundente para Baker aunque, como vimos al principio del capítulo, todavía inspiraba temor en muchos de los que lo veían.

Durante un tiempo, Baker encontró cierto consuelo en el apoyo que recibía de su congregación de
Ha'pai,

que no dejó de manifestar hacia él una lealtad y un afecto ciertamente notables. Entonces, cuando parecía que disfrutaría de un final tranquilo, se abrió en su vida una nueva fuente de amargura. Su hija Laura quedó embarazada de un nativo y dio a luz un hijo ilegítimo. Baker envió a su hija a Nueva Zelanda y entregó a su nieto a los padres del novio para que lo criaran como a un aborigen. Era un hombre acabado ya en todos los sentidos. El 16 de noviembre de 1903 falleció de un ataque cardíaco.

Ni siquiera su muerte inspiraría compasión entre sus enemigos. Dado que su cadáver fue encontrado con la lengua fuera, se comenzó a rumorear que ése era el sitio por donde lo había cogido el diablo antes de llevárselo consigo al infierno. Durante los días siguientes, las hijas de Baker suplicaron a distintos clérigos —incluidos sacerdotes católicos— para que llevaran a cabo el funeral de su padre. Nadie quiso hacerlo. Al final, un predicador itinerante de los adventistas del séptimo día aceptó desempeñar aquel trámite. Así, el que un día había sido el modernizador y garante de una Tonga independiente acabó recibiendo tierra bajo las palabras pronunciadas por el clérigo de una secta milenarista.

Bibliografía comentada

Shirley Baker y su interesante peripecia como asesor del rey de Tonga ha merecido una muy escasa atención por parte de los historiadores. Por un lado, sus aventuras se produjeron en un lugar demasiado alejado del mundo occidental como para ser rememoradas con posterioridad pero, sobre todo, sus enemigos se dedicaron a enfangar su recuerdo con la intención de convertir en perverso villano a uno de los hombres que más había contribuido a modernizar un pueblo primitivo.

La mejor biografía de Baker sigue siendo la de Noel Rutherford, *Shirley Baker and the King of Tonga*, Honolulú, 1971. En 1996, Rutherford publicó una versión aumentada de su obra en la que, tras el descubrimiento de nuevos documentos, mostraba cómo las leyendas antibakerianas creadas por los adversarios del primer ministro habían nacido fundamentalmente del rencor y de un deseo consciente de infamar al personaje. Por el contrario, las afirmaciones que éste había realizado acerca de su familia u otras circunstancias de su vida sí eran verídicas.

En relación con las fuentes, sigue resultando de lectura indispensable el volumen de memorias del propio Baker publicado por sus hijas: Lillian Baker y Beatrice Shirley Baker, *Memoirs of the Reverend Dr. Shirley Waldemar Baker, D. M., Ll. D., Missionary and Prime Minister*, Londres, 1951. Sin embargo, la historiografía posterior se nutrió especialmente del relato de uno de los enemigos de Baker, Basil Thomson, autor de *The Diversions of a Prime Minister*, Edimburgo y Londres, 1894. Hasta la obra de Rutherford, Baker sólo sería examinado por las páginas —notablemente tendenciosas— redactadas por Thomson.

El papel desempeñado por los misioneros en esta zona del mundo ha sido muy bien tratado por A. A. Koskinen, *Missionary Influencias a Political Factor in the Pacific Islands*, Helsinki, 1953,

y K. L. P. Martin, *Missionaries and Annexation in the Pacific*, Londres, 1924.

SEGUNDA PARTE

Sexteto de Oriente Medio

CAPITULO PRIMERO

Burton en Medina y La Meca

Richard Burton (c. 1860, © Hukon-Deutsch Collection / Corbis).

De manera sigilosa, el peregrino musulmán se apartó del resto de la caravana y se dirigió a un lugar relativamente apartado. Necesitaba imperiosamente vaciar la vejiga de la orina. Tan acuciado se veía por aquella necesidad biológica que, apenas se sintió situado a una distancia prudente, desnudó su miembro viril y comenzó la micción. Acababa de terminar cuando se percató de que unos ojos extraños le observaban. Se trataba de una mirada que pasó de la sorpresa a la cólera. El peregrino comprendió entonces que había cometido un grave error. En lugar de orinar como lo hacían los musulmanes, en cuclillas, había llevado a cabo aquella función de pie, como cualquier occidental. De esa manera había dejado claramente de manifiesto que no era un musulmán sino un impío infiltrado en la caravana que se dirigía hacia La Meca. En otras palabras, era un delincuente cuya transgresión sólo podía ser penada con la muerte.

El descubridor del farsante se dispuso a echar a correr para dar la voz de alarma. No lo consiguió. El infiel descubierto sacó un puñal de entre sus ropajes y, abalanzándose sobre su indeseado acompañante, le rasgó el cuello. Mientras limpiaba su arma, reflexionó sobre la acción que acababa de perpetrar. Había sido un acto brutal, sin duda, pero no cometerlo sólo hubiera tenido como consecuencia su propia muerte. En ocasiones, la existencia obliga a llevar a cabo decisiones como aquélla…

El oficial fracasado

Corría el año de 1852 y en Gran Bretaña el conservador conde de Derby fue convocado por la reina para encargarle la tarea de formar gobierno. Derby apenas conseguiría mantenerse en el poder. Al cabo de tan sólo diez meses fue sucedido por un gobierno de coalición presidido por lord Aberdeen. Sin embargo, con toda seguridad, Derby —al que esperaba una brillante carrera en los años siguientes— no era el único inglés que se sentía profundamente frustrado en sus expectativas vitales. Entre los compatriotas que compartían esa desagradable sensación se hallaba un joven oficial que había pasado los últimos años en la India cosechando experiencias desagradables que habían procedido tanto de los indígenas como de sus compañeros de armas. Para colmo de males, aquel muchacho había tenido que sufrir el fracaso de algunas obras que había escrito acerca de sus experiencias en la India así como los reveses en algunos asuntos amorosos.

En un deseo de evadirse de aquel cúmulo de sinsabores, el oficial comenzó a redactar un librito dedicado a explicar el uso correcto de la bayoneta, un arte en el que los soldados de Su Graciosa Majestad, a su juicio, no destacaban precisamente. El resultado fue una obra de treinta y seis páginas que causó furor en Alemania pero que en Gran Bretaña tan sólo despertó un aluvión de críticas al considerarse que su simple redacción constituía un acto de insolencia inexcusable. Años después, la guerra de Crimea dejaría de manifiesto para millares de soldados ingleses hasta qué punto el no escuchar las advertencias de aquel oficial había constituido un acto de ceguera. Para entonces, además, el autor del folleto sería enormemente famoso.

Se llamaba Richard Burton y había nacido el 19 de marzo de 1821 en Torquay, Devonshire, Inglaterra. En las ramas de su árbol genealógico se entremezclaba savia inglesa, irlandesa y, muy

posiblemente, francesa. Su padre había desarrollado una brillante carrera en el ejército británico, pero decidió educar a sus retoños —dos varones y una hembra— en Francia e Italia. Esta peculiar decisión tuvo un impacto notable en Richard. No tardó en descubrir una especial habilidad para el aprendizaje de las lenguas, y cuando en 1840 se matriculó en el Trinity College de Oxford ya hablaba con notable fluidez el francés, el italiano y los dialectos de Nápoles y Béarn. Poseía además —como cualquier muchacho que pretendiera tener cultura— conocimientos más que rudimentarios de latín y griego. Posiblemente, sus inclinaciones intelectuales le hubieran convertido en un notable erudito y lingüista de no ser porque una infracción disciplinaria provocó su expulsión de Oxford en 1842.

Pareció entonces que la salida más adecuada para él sería alistarse y continuar con los antecedentes familiares. Fue así como marchó a la India en calidad de oficial subalterno y sirvió en el Regimiento número 18 de infantería nativa de Bombay durante la guerra de Gran Bretaña contra el Sind, una región que, en la actualidad, pertenece a Pakistán. Durante ese período, Richard Burton se entregó en cuerpo y alma a dos pasiones que le ocuparían buena parte de su existencia, la práctica de nuevas artes amatorias —tuvo, al menos, una amante regular nativa— y el aprendizaje de idiomas. En el curso de sus ocho años de servicio en la India llegó a dominar el árabe y el hindi, pero adquirió también notables conocimientos de marathi, sindi, punjabí, telugu, pashto y multani. Sin duda se trataba de un currículum notable pero, en realidad, no pasaba de ser el inicio de una trayectoria de políglota que, a lo largo de los años, permitiría que Richard Burton aprendiera veinticinco lenguas y una quincena de dialectos relacionados con éstas.

Estas dotes especiales —ligadas a una capacidad extraordinaria para el disfraz— no tardaron en llamar la atención de sir Charles Napier, el comandante de las fuerzas británicas en el Sind, que pensó en utilizarlo en tareas relacionadas con la inteligencia militar. Fue así como el ahora capitán Burton obtuvo informaciones en los bazares disfrazado de comerciante musulmán o redactó un informe preñado de interés acerca de los burdeles homosexuales en Karachi. Sin duda, el joven militar era un personaje excepcional pero, al fin y

a la postre, esa excepcionalidad operó en su contra. El citado informe fue enviado a Bombay por un oficial que le aborrecía, acompañado por comentarios suficientes como para causar la caída en desgracia de Burton. No se produjo esa eventualidad dada la brillantez de Burton, pero éste fue lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de que su carrera había experimentado un frenazo del que no iba a recuperarse. Finalmente, deprimido y enfermo, emprendió el camino de regreso a Inglaterra.

Huida hacia La Meca

De 1849 a 1852, Burton residió con su madre y su hermana en Boulogne, Francia, y se dedicó a la redacción de varios libros relacionados con su estancia en la India. Vistos incluso con el paso de los años, llama la atención la enorme brillantez y la extraordinaria capacidad de observación de aquel hombre que apenas frisaba la treintena. *Las razas que habitan el valle del Indo* continúa siendo un magnífico estudio etnológico precisamente cuando la etnología ni siquiera existía como ciencia. Sin embargo, posiblemente en parte por la circunstancia citada, aquellas obras distaron mucho de contar con la repercusión merecida, y su *Sistema completo del ejercicio de la bayoneta*, al que nos hemos referido antes, no obtuvo una suerte mejor. La sensación de que su camino en la vida tenía que discurrir por otros cauces fue la que impulsó a Burton a retomar un sueño cuyos primeros pasos había imaginado durante su estancia en la India. Éste no era otro que la entrada en la ciudad de La Meca, un acto que, de ser llevado a cabo por un no musulmán, era castigado con la pena de muerte.

Así, en el otoño de 1852, Burton se dirigió a Londres con un plan ya pergeñado y la esperanza de conseguir algún tipo de patrocinio. La idea fue bien recibida por algunos miembros de la Real Sociedad Geográfica que conocían los libros de Burton y los consideraban de valor. De hecho, cuando tuvo que comparecer ante sir James Hogg, el presidente de los directores de la Compañía de las Indias Orientales, Burton contó con el respaldo de sir Roderick I. Murchison, presidente de la citada Sociedad Geográfica.

Hogg tenía una pésima opinión de Burton, ya que conocía el

contenido de los informes que había redactado para Napier en los que, no del todo injustamente, la Compañía de las Indias Orientales no aparecía contemplada bajo una luz precisamente amable. De buena gana hubiera rechazado, por lo tanto, la solicitud de un permiso de tres años para explorar La Meca y los territorios situados al oriente de esta ciudad. Sin embargo, los valedores de Burton —gente que, en realidad, sólo tenía para apoyarse en su favor los conocimientos del joven oficial y los libros que ya había publicado— no estaban dispuestos a que se perdiera aquella oportunidad. Al final, como sucede no pocas veces en este tipo de transacciones, se llegó a una solución pactada. Richard Burton no recibiría ningún apoyo de la Compañía de Indias ni de instancias oficiales. Asimismo, su permiso quedaría limitado a un año en vez de tres y se suponía que debería aprovecharlo para perfeccionar su árabe. Sin embargo, el antiguo soldado se sintió más que satisfecho dado que la Sociedad Geográfica estaba dispuesta a proporcionarle fondos para llevar a cabo su viaje. Así, el 3 de abril de 1853 Burton se encontraba ya dispuesto para dar inicio a su aventura.

Los precursores de Burton

Las peregrinaciones a La Meca comenzaron, históricamente hablando, mucho antes de la aparición del islam. De hecho, la importancia económica de la ciudad árabe derivaba en buena medida de esa circunstancia, y ese hecho explica, siquiera en parte, por qué sus habitantes tardaron tanto en aceptar la predicación de Mahoma. No se trataba sólo de que su politeísmo los impulsaba a sentir una profunda repulsión ante el mensaje de un Dios único sino que, por añadidura, existía el temor de que el cambio religioso significara también el final de un pingüe negocio centrado en la peregrinación. Sin duda, una de las muestras de talento político de Mahoma fue el no ceder en sus pretensiones monoteístas y, a la vez, mantener a La Meca en el lugar preeminente que había tenido hasta entonces. De hecho, cuando sus habitantes llegaron a la conclusión de que el islam no perjudicaría sus privilegios terminaron abrazando la nueva fe.

Mahoma no cambió de opinión una vez que penetró como vencedor en la ciudad. Por el contrario, la peregrinación a La Meca

quedó consagrada como uno de los cinco pilares de la nueva fe. Precisamente, esa circunstancia era la que pretendía utilizar Burton para alcanzar la ciudad sagrada. Confundido en medio de los peregrinos que, una vez al año, inundaban la ciudad, podría cumplir su objetivo.

En contra de lo que se afirma muchas veces, Burton contaba con precursores en aquel peligroso intento. En 1503, Ludovico de Vartema, un aventurero italiano, había alcanzado La Meca y, tras recorrerla, desmintió la leyenda de que el ataúd de Mahoma flotaba en el aire gracias a un juego de imanes. A inicios del siglo XVIII, la proeza fue repetida por Joseph Pitts, un inglés capturado en el mar por piratas musulmanes, y lo mismo sucedió con Giovanni Fanati de Ferrara, un desertor del ejército italiano. Sin embargo, en todos estos casos los viajeros se habían convertido al islam y no corrían peligro de muerte[1]. Más arriesgada fue la empresa llevada a cabo por el español Domingo Badía en 1807. Badía no se convirtió al islam pero se fingió musulmán. Esa circunstancia, unida a su conocimiento del árabe, le permitió coronar con éxito su misión.

El último en acometer la empresa de visitar La Meca fue el suizo Johann Ludwig Burckhardt. Tras descubrir las ruinas de Petra y explorar las fuentes del Níger, en 1813 remontó el Nilo hasta alcanzar Dar Mahass. A continuación atravesó el desierto de Nubia y el mar Rojo para visitar La Meca y Medina. En esta última ciudad contrajo una enfermedad de la que falleció finalmente en El Cairo. El éxito de su empresa fue tan colosal que los musulmanes extendieron la falsa leyenda de que había sido decapitado en una mezquita en castigo a su impía desfachatez. Semejante bulo quedó totalmente desmentido por la publicación en cuatro volúmenes de sus proezas antes de que tuviera lugar su muerte.

Conocedor de las hazañas de Burckhardt, Burton tenía el firme propósito de superarlas, y con esa finalidad pretendía cruzar la península arábiga de occidente a oriente. Ignoraba seguramente que tal hazaña ya había sido llevada a cabo por el inglés G. F. Sadlier en 1818.

Viaje a Egipto

El acuerdo al que había llegado Burton con la Real Sociedad

Geográfica había sido de enorme importancia. Sin embargo, a pesar de lo que hubiera podido creerse, aquellos trámites constituían tan sólo un preámbulo de los preparativos prácticos del viaje. De mayor relevancia fue que Richard Burton se rasurara la cabeza, se dejara crecer la barba como un musulmán piadoso y, sobre todo, se circuncidara. Aparte de los elementos meramente higiénicos que han convertido en recomendable esta operación, especialmente en países cálidos, son sobradamente conocidas las razones de conveniencia sexual para practicarla, destacando entre ellas la pérdida de una cierta sensibilidad por parte del varón que se traduce en un alargamiento del tiempo del coito. Burton fue toda su vida un hombre interesado en experimentar con nuevos comportamientos sexuales, pero no parece desprenderse de sus escritos que se sintiera especialmente preocupado por las sensaciones y sentimientos de sus compañeras de lecho. Posiblemente por ello, cuando trató el tema de la circuncisión —que conocía etnológicamente desde su época en la India— cayó en la asepsia más absoluta o se permitió incluso comentarios negativos acerca de esta práctica. Desde luego, en aquel tiempo para él no pasaba de ser un requisito indispensable para su misión, pero nada más.

Más importante resultó la adopción de una identidad falsa que le permitiera eludir las terribles sanciones que esperaban a los no musulmanes que llegaban a La Meca. Así, cuando el 14 de abril de 1853 subió al vapor *Bengal* que debía llevarle a El Cairo, Burton ya se había convertido en una mezcla de doctor y derviche persa que respondía al nombre de Mirza Abdullah. Durante el viaje hasta Egipto —donde descubrió halagado que nadie se percataba de su doble identidad—, Burton conoció un dato que iba a tener no escasa relevancia, el de que los persas eran frecuentemente maltratados cuando peregrinaban a La Meca ya que se los consideraba semiherejes, e incluso circulaban bulos acerca de profanaciones cometidas por ellos en la ciudad sagrada. Consciente del peligro añadido que podría significar una identidad persa, Burton la cambió por la de un indio musulmán de ascendencia afgana. Por lo demás podía seguir manteniendo el disfraz de médico y derviche.

Durante las primeras cuatro semanas posteriores a su llegada a Egipto, Burton vivió en la casa de John Larking, que había tenido

amistad con Burckhardt y que se convirtió en una de las pocas personas que tendría oportunidad de conocer las verdaderas intenciones del antiguo oficial inglés. En el curso de aquellos días, Burton aprovechó para perfeccionar sus conocimientos e incluso dio sus primeros pasos en el camino de la medicina. En poco tiempo se encontró con más pacientes de los que podía atender, e incluso con el ofrecimiento de la hija de uno de ellos en calidad de esposa.

Posiblemente, lo que más sugestivo resultó para Burton de aquella experiencia fue la posibilidad de conocer el interior de los harenes musulmanes. El Corán permite a cada musulmán varón tener cuatro esposas y el número de concubinas que desee, aunque, como fácilmente puede comprenderse, son pocos los que pueden mantener un gasto económico de estas características. A medida que se adentraba en el conocimiento del comportamiento familiar y conyugal de los musulmanes, Burton no tardó en escuchar las razones que convertían en cuatro el número perfecto de esposas que debía poseer un hombre. Una sola siempre ocasionaba problemas porque la mujer pretendía convertirse en la igual del hombre, e incluso no tardaba en intentar controlarlo. Dos constituían un peligro porque las esposas se enfrentaban, convirtiendo la casa familiar en un verdadero campo de batalla. Tampoco tres constituían una solución perfecta en la medida en que, generalmente, las dos esposas peores se aliaban para hacer la vida imposible a la mejor. Sin embargo cuando eran cuatro las fuerzas quedaban equilibradas y se entregaban totalmente a sus luchas internas, dejando en paz al esposo.

Otro de los descubrimientos que llevó a cabo Burton durante su estancia en Egipto fue el relativo a los problemas que los occidentales creaban a los nativos con su comportamiento despectivo. Así, al intentar conseguir un pasaporte que le permitiera abandonar aquella tierra, Burton no sólo se encontró con una barrera de inconvenientes legales y administrativos que no hubieran existido para un europeo sino que además pudo comprobar de manera directa el desdén con que los aborígenes contemplaban a los occidentales. En calidad de sirvientes podían fingir un respeto extremo por sus amos extranjeros, pero la realidad era que los despreciaban profundamente.

El viaje de Alejandría a El Cairo lo realizó Burton navegando por

el Nilo, una experiencia que no había acometido con anterioridad y que, posiblemente, marcó el rumbo de una nueva empresa a la que nos referiremos más adelante en otro capítulo. El trayecto le llevó a sumergirse nuevamente en una lentitud de vida —quizá incluso despreocupación— que resultaba sorprendente para cualquier occidental. Lejos de intentar dominar el entorno, el oriental se dejaba llevar por él con una actitud abandonada y pasiva.

Antes de llegar a El Cairo, Burton logró hacerse con varios amigos musulmanes, a los que volvería a encontrar en esta ciudad. En la capital egipcia pasó varias semanas que aprovechó para repasar sus conocimientos de gramática árabe y recibir instrucción teológica de los labios de un sabio musulmán conocido como Shaykh Mohammed. Como resulta habitual no sólo en la cultura árabe sino también en otras afincadas en Oriente, el vehículo de transmisión privilegiado es la repetición oral, que —se supone— acaba quedando grabada con notable exactitud en la memoria. Burton, como buen occidental, prefería fijar por escrito lo que escuchaba y ese hábito le atrajo la reprensión directa de Shaykh Mohammed. No sólo lo calificó de práctica mala sino que además le instó a arrepentirse de él ya que lo habría aprendido en tierra de los francos[2]. En adelante, Burton tuvo que tomar notas de manera clandestina, consciente de que una práctica de ese tipo podía resultarle extraordinariamente cara.

Fue también en El Cairo donde Burton vivió la experiencia del mes de ramadán. De acuerdo a las enseñanzas de Mahoma, éste es un período de tiempo dedicado a un ayuno que se extendía no sólo a comer y beber sino incluso a tragar la propia saliva. Al tratarse de uno de los mandatos esenciales del islam, su práctica no sólo estaba generalizada sino que era extraordinariamente estricta. Ésta lleva consigo no poco sacrificio en cualquier país, pero en territorios cálidos como Egipto mantenerse sin beber durante todo el día a lo largo de una época que coincidía con nuestro mes de junio implicaba una dificultad añadida.

Todo lo consideró más que compensado Burton por los descubrimientos que a cada momento realizaba en las calles cairotas. Incluso se atrevió a pasear por la noche por aquel dédalo de sendas estrechas iluminándose con una pequeña lámpara de aceite. No fue, desde luego, lo único que le resultó tentador. Quedó

especialmente seducido por una sensación que los árabes denominan *kayfy* que corresponde al adormilamiento provocado por fumar cáñamo. Desde luego no deja de ser significativo que, a diferencia de algunas drogas consumidas en Occidente, los árabes se inclinaran por el uso de una que provocaba en ellos no la excitación sino una languidez superlativa, una pasividad somnolienta. El mismo Burton supo captar la contraposición entre esa actitud y la que primaba en Occidente, donde la vida resulta más cargada de pasiones e intensidad.

A pesar de todo lo que absorbía como si se tratara de una esponja, Burton no abandonó en ningún momento su disfraz de médico e incluso obtuvo algunos éxitos en la curación de esclavas recurriendo a la hipnosis. Lamentablemente, su reputación como médico quedó arruinada al verse envuelto en una reyerta en cuyo origen no había tenido nada que ver. Una de las amistades que había trabado en El Cairo era un capitán del ejército albanés llamado Ali Agha. Éste, en un momento de embriaguez, insistió en ir en busca de un grupo de danzarinas para matar el tiempo y pretendió que Burton se uniera a la empresa. Temiendo lo peor, el oficial intentó disuadirlo. El resultado fue que Ali Agha comenzó a insultar a los egipcios presentes con apelativos como «raza de perros» y «malditos» y llegó al colmo de la insolencia cuando penetró en una vivienda cercana en la que dormitaban dos parejas. Los gritos de las asustadas mujeres al ver al ebrio capitán crearon una situación tan comprometedora que Burton intentó escapar de ella huyendo escaleras abajo, pero tuvo tan mala fortuna que cayó sobre un portero dormido.

A la mañana siguiente, El Cairo se hacía voces del escándalo, y Burton comprendió que la mejor decisión que podía tomar era desaparecer de la ciudad. Montado en una pésima silla de madera que reposaba sobre el lomo de un dromedario aún peor, el disfrazado oficial emprendió el viaje hacia Suez, un enclave del que le separaban unos ciento cincuenta kilómetros de travesía por el desierto.

Ciertamente, Burton no era persona sin experiencia en lo que a trayectos y a climas hostiles se refería, pero aquel viaje por el desierto superó cualquier otra cosa que hubiera conocido con anterioridad. Como escribiría con posterioridad, el viaje por el

desierto le mostró la gran verdad que subyacía en el refrán árabe que afirma que «viajar es una victoria». Mucho más que en el mar, el ser humano se enfrenta con peligros casi invencibles en su travesía del desierto. La soledad absoluta, el calor insoportable, los ataques de los bandoleros, el simún —«un viento venenoso… como un león con aliento ardiente»— o la sed continua eran algunos de los rasgos, aunque no todos, de cualquiera de esos trayectos en los que el hombre se enfrentaba con una Naturaleza despiadadamente dura y poderosa.

La llegada a Suez significó, sin duda, un alivio de aquellas penalidades, pero no tanto como para que Burton no pudiera percibir el verdadero carácter de la ciudad. Las paredes de las casas estaban cubiertas por la mugre, los suelos de las viviendas bullían de cucarachas, hormigas y moscas, y las calles aparecían atestadas de peregrinos que también ansiaban dirigirse hacia La Meca.

Fue en Suez donde Burton concluyó la preparación de su equipo para llegar hasta las ciudades más sagradas del islam. Las ochenta libras esterlinas en oro y plata que llevaba consigo las distribuyó en diversos escondrijos ubicados en las cajas y en su persona. El antiguo oficial sabía que si los bandoleros árabes los asaltaban realizarían un registro de los equipajes y que si éste no daba fruto procederían a escudriñar los cuerpos de los asaltados. Aquel en el que no apareciera ningún peculio tendría la posibilidad de que le abrieran el estómago con una espada para comprobar si no se había tragado sus pertenencias de valor. Aparte del dinero, el resto del equipaje del aventurero se reducía a una muda de ropa, una tienda pequeña, un odre de piel de cabra para transportar el agua, una alfombra persa, una almohada y una manta, una sábana que haría también las funciones de mosquitero y un parasol amarillo de algodón. También formaban parte de su equipo un costurero donde guardaba agujas y botones, un filtro de bolsillo para purificar un agua que, generalmente, resultaba nauseabunda, pistolas, un puñal, un tintero de latón, un rosario, un cinturón preparado para guardar el dinero, un botiquín y una bolsa cosida al pecho en la que pretendía ocultar sus notas. Burton habría deseado llevar consigo un sextante y un compás, pero su criado, un musulmán llamado Mohammed, lo descubrió y comenzó a esparcir rumores en el sentido de que su amo quizá era un espía. Apesadumbrado, Burton

tuvo que conformarse con conservar el compás, lo que significó que sus mediciones geográficas resultarían después no poco deficientes.

Hacia Yembo

El 11 de julio de 1853, Burton abandonó Suez en dirección al sur con la intención de alcanzar Yembo. Viajaba en un vapor de nombre *The Golden Wire* que tenía capacidad para unos sesenta pasajeros pero que llevaba en su interior a noventa y nueve. Si se tiene en cuenta que todos ellos contaban con equipajes no pocas veces voluminosos, puede explicarse la áspera incomodidad de la travesía. Para colmo de males, un grupo de magrebíes armados con afilados cuchillos comenzaron a amenazar al resto del pasaje para conseguir más sitio. Un viajero sirio intentó oponerse y el resultado fue que en apenas unos instantes cinco pasajeros estaban sangrando a causa de las heridas ocasionadas por los magrebíes. Por un momento pareció que aquello iba a ser el final, pero lo cierto fue que se trató sólo de una pausa aprovechada por los magrebíes para volver al ataque y llegar hasta la parte del barco en la que se encontraba Burton. Desde luego, el oficial no estaba dispuesto a ceder ante las agresivas bravatas de aquellos indeseables y cuando contempló que se acercaban les lanzó una tinaja de barro que pesaba un centenar de libras. Sorprendidos y, a la vez, atemorizados por aquella inesperada reacción de defensa, los magrebíes se retiraron, comenzaron a hablar entre ellos y, finalmente, ofrecieron acabar con las hostilidades.

A pesar de la pacificación de los magrebíes, el trayecto hacia Yembo a través del mar Rojo resultó muy difícil. La temperatura era muy elevada y cuando el sol se encontraba en el punto más elevado del firmamento los viajeros se veían sumidos en una especie de estupor que los paralizaba hasta la hora del crepúsculo. Sólo entonces abandonaban su lamentable estado para cocinar platos de arroz y cebollas e intercambiar relatos y canciones hasta la noche.

Por si el viaje no fuera poco grato, al llegar a Marsa Mahar, Burton sintió un dolor agudísimo en un dedo del pie. Tras examinarlo, descubrió un objeto puntiagudo que extrajo y que identificó con una espina. La realidad era, sin embargo, mucho peor. Había sido objeto de la picadura venenosa de un erizo de mar.

Al principio, Burton no le dio especial importancia, pero no tardó en comprobar que ningún remedio resultaba eficaz para curar la infección. Cuando, finalmente, llegó a Yembo, el oficial era incapaz de seguir caminando sin experimentar un dolor intenso, una circunstancia de gravedad añadida por el hecho de que ante él se extendía un viaje de unos doscientos kilómetros hasta la ciudad de Medina, y todo ello a través del ardiente desierto.

Destino: Medina

Burton pudo salvar aquella dificultad inesperada gracias a la conjunción de dos circunstancias. La primera fue, sin duda alguna, su resuelto valor, que le impulsó a colocar en el camello donde viajaba un *shugduf*, es decir, una especie de cestilla en la que realizaban el trayecto por el desierto los niños y los ancianos. Valiéndose de aquel instrumento, era de esperar que le resultara menos trabajoso un trayecto ya de por sí extremadamente difícil. La segunda circunstancia fue el hecho de que contaba con otras personas que le podían ayudar en aquellos momentos. Entre ellas destacaban un joven musulmán indio llamado Shaykh Naur y, especialmente, un árabe llamado Mohammed cuya familia residía en La Meca. Ambos personajes —a los que Burton pagaba fundamentalmente con vituallas— eran de extraordinaria utilidad, pero su colaboración, como tendría ocasión de ver, no se hallaba exenta de peligros.

El primero, aunque quizá no el más relevante, fue la manera en que consumieron las reservas alimentarias de Burton. Casi antes de que pudiera darse cuenta, el té, el café, los dátiles y el aceite desaparecieron en las gargantas de aquellos sirvientes y de sus amigos. Con todo, aquellos bienes eran algo excepcional porque la pitanza cotidiana solía reducirse a arroz cocido, manteca rancia y cebollas fritas, una dieta a la que, ocasionalmente, se sumaban las langostas del desierto también fritas.

Para el que desconociera los riesgos de la peregrinación a La Meca podría parecer que todo se reduciría a un viaje incómodo, sin duda, pero, en buena medida, seguro. La realidad distaba mucho de ser tan halagüeña. A las penalidades de la travesía por uno de los peores desiertos del mundo se sumaban las incursiones de los

bandidos, que consideraban, de acuerdo con su especial código, que el propio Mahoma había legitimado su actividad de pillaje. A fin de cuentas, si el propio Profeta había acaudillado expediciones de saqueo contra los peregrinos, ¿qué tenía de malo el seguir llevándolas a cabo? El argumento no carecía de solidez, y más teniendo la ética especial de los beduinos, que considera legítimo apoderarse de cualquier bien que cruce por su territorio. A pesar de todo, estas circunstancias no eran óbice para que los peregrinos administraran una justicia expeditiva a los bandoleros capturados. Por regla general procedían a empalarlos, abandonándolos después bajo el sol abrasador del desierto a una agonía lenta y terrible.

Por si todo lo anterior fuera poco, un enemigo invisible pero devastador hacía a menudo acto de presencia en medio de los viajeros con efectos pavorosos. Este mal no era otro que una gama nada despreciable de epidemias, entre las que destacaba el cólera. No ha sido históricamente poco habitual que los peregrinos arrastraran esta enfermedad a La Meca y desde allí otros viajeros la trasladaran a diversos países y lugares. En 1865, por ejemplo, la llevaron a El Cairo y ocasionaron más de sesenta mil muertos. No se trató de un punto especialmente lejano porque la epidemia llegó incluso a alcanzar la ciudad de Nueva York.

Como era de esperar con estos condicionantes, la travesía por el desierto resultó todo menos fácil. Al atravesar el paso de la Peregrinación, por ejemplo, la comitiva se vio asaltada por bandoleros beduinos que habían escogido posiciones privilegiadas desde las que hacer fuego. El episodio concluyó con la muerte de una docena de peregrinos y de un número considerable de camellos, pero Burton no lo consideró especialmente peligroso.

Desde luego, no lo fue si lo comparamos con otro episodio que ha sido relatado en multitud de ocasiones. Nos referimos a lo acontecido una noche en la que Burton se apartó de la caravana para orinar y, convencido de que no había sido seguido por nadie, acometió el alivio de esta necesidad fisiológica no al estilo musulmán, es decir, en cuclillas, sino a la europea. Descubierto mientras orinaba de pie, Burton comprendió que su condición de falso musulmán había quedado al descubierto y que su vida podía darse por concluida. Con la celeridad del rayo, se abalanzó, por lo tanto, sobre el indiscreto personaje y le rebanó el cuello para evitar

que lo delatara.

Lo malo de esta historia es que nunca ha quedado claro si, efectivamente, se correspondió con un hecho real o, por el contrario, fue un mero fruto de la imaginación de Burton encaminado a proporcionar mayor colorido a un viaje ya de por sí cargado de sugestión. De hecho, el propio Burton dio versiones bien diferentes de lo acontecido según quien le interrogara. A Bram Stoker, el autor de *Drácula*, le dijo que, ciertamente, la historia era real y que estaba totalmente justificada por la extremada dureza de la vida en el desierto. Sin embargo, década y media antes, respondió de manera críptica a lord Redesdale, dando a entender que quizá había una parte de verdad en el rumor aunque no era nada seguro que el árabe hubiera muerto. Para concluir la ceremonia de la confusión, poco antes de morir Burton negó rotundamente la veracidad de la narración e incluso se permitió calificarla de «escándalo absurdo». Como en tantas otras ocasiones a lo largo de su vida, Burton deseaba combinar el deseo de *épater le bourgeois* con la buena reputación y el aprecio de, al menos, un cierto sector de la sociedad. No resulta difícil comprender que tal intento rayaba con la imposibilidad.

Ya en la cercanía de Medina, la caravana en la que viajaba Burton tuvo que cruzar un extraordinario desfiladero de basalto negro. El paso era tan difícil que los habitantes de la zona habían terminado por labrar unas gradas que facilitaran el atravesarlo. Los camellos se las arreglaban para subir los anchos escalones y, a continuación, recorrer la distancia de lava oscura que les restaba. Sin embargo, ni ellos ni los viajeros podían escapar de una extraña sensación que impulsaba a los primeros a acelerar el paso y a los segundos a quedar sumidos en un silencio sepulcral.

Apenas habían abandonado aquel extraño paraje digno de una narración de misterio cuando ante los ojos de los peregrinos apareció, a unos tres kilómetros de distancia, la ciudad de Medina, pudiéndose percibir sus minaretes e incluso oler el aroma de sus huertos y jardines. En ese momento, los viajeros descendieron de sus monturas y comenzaron a pronunciar sus oraciones de acción de gracias.

Burton pasaría en Medina, la segunda ciudad sagrada del islam, un mes alojándose en la casa de Shaykh Hamid. Aún padecía una

considerable hinchazón que le impedía caminar con normalidad, por lo que se vio obligado a recorrer los numerosos santuarios de la urbe valiéndose de un asno. Los calificativos que le merecieron estos lugares sagrados no fueron positivos pero resulta difícil negar que su interés superaba lo ordinario. Por ejemplo, la mezquita del Profeta le pareció «un museo con arte de segunda fila», pero un lugar guardado por ciento veinte eunucos —¡casados todos ellos por añadidura!— difícilmente puede ser considerado vulgar. Algo similar podría decirse del sepulcro de Fátima, la hija favorita de Mahoma, cuya virginidad se seguía afirmando a pesar de que había dado a luz dos hijos. Ante este monumento acudían multitudes que lloraban lo mismo con un llanto silenciosamente penoso que con alaridos similares a los de «chicas histéricas».

A pesar de todo, le gustara o no a Burton, a los ojos de los musulmanes la gloria de aquella ciudad sólo cedía ante La Meca. Más de trece siglos antes, cuando Mahoma se veía acosado por sus compatriotas mecanos, Medina le había ofrecido la posibilidad de convertirse en su gobernante. En Medina, Mahoma se convertiría en un poderoso jefe tribal que no sólo reuniría copiosas riquezas sino que además levantaría un ejército tan numeroso que La Meca acabaría entregándosele sin combatir. Al aceptar la oferta de los medineses, en la predicación y en la actitud de Mahoma —hasta entonces desprovistas del recurso a la violencia— se iba a producir una mutación tan sustancial que terminaría por alterar vigorosamente la Historia.

Rumbo a La Meca

Las semanas pasaban y el pie de Burton no daba señales de curarse de manera definitiva, de manera que decidió continuar el viaje hacia La Meca. Su amigo Shaykh Hamid le informó de la existencia de una caravana, a la que podría sumarse, cuya ruta iba a ser la interior, conocida como Darb el Sharki, en lugar de la costera. Sin duda se trataba de un camino muy peligroso —especialmente por la escasez de agua— que seguía un rumbo sureste desde Medina y luego se encaminaba hacia el sur a través del campo de lava de Harra. Con todo, el aliciente de que jamás hubiera sido utilizado por europeo alguno y la oportunidad que presentaba de llegar antes

a La Meca impulsaron a Burton a sumarse a la caravana en cuestión.

El 31 de agosto de 1853, casi a los dos meses de que Rusia ocupara Moldavia y Valaquia dando inicio a la crisis internacional que desembocaría en la guerra de Crimea, Burton se puso en camino entre los miembros de la caravana. El paisaje con el que iba a encontrarse en los siguientes días difícilmente hubiera podido resultar más pavoroso. La tierra era un terrible páramo en el que «sólo moraban los ecos» y sobre el que caía un sol absolutamente despiadado. Sin duda no debía contribuir mucho a la serenidad del espíritu de los viajeros el que el camino se viera abundantemente pespunteado de esqueletos de caballos, asnos y camellos que habían perecido mientras lo surcaban. La desgracia de aquellos animales proporcionaba empero cierto alivio a algunos mendigos que cortaban los restos aún comestibles de las pobres bestias, los cocinaban y los cambiaban por algunas monedas con las que comprar agua. No se trataba sino de una de las más terribles manifestaciones del horror sufridas en aquel viaje. Como era lógico esperar, la sed no tardaba en convertirse en una verdadera tortura que apenas podía verse paliada al llegar a alguno de los escasos pozos que once siglos antes habían sido excavados por orden de Zobeida, la esposa del famoso califa Harun ar-Rashid. Fuertemente protegidos, aquellos puntos servían de pingüe negocio a una verdadera mafia que cobraba precios exorbitantes por un líquido de mal sabor y peor olor.

No puede extrañar que en semejante medio los viajeros acabaran adoptando comportamientos exentos de la más mínima humanidad. Burton pudo ser testigo de cómo un árabe se vengaba del golpe que le había ocasionado un turco asaltando a su agresor por la noche, abriéndole el vientre con una daga y arrojando su cuerpo aún vivo en una tumba medio abierta. Antes de morir, el turco sería presa de chacales, buitres y cuervos.

Antes de llegar a La Meca, la caravana tuvo que sufrir una vez más el ataque de los bandoleros, esta vez en el denominado paso de la Muerte. Los camellos comenzaron a caer bajo el impacto de las balas —uno de ellos a escasa distancia de Burton—, y a buen seguro los viajeros lo hubieran pasado mal de no ser porque un grupo de fanáticos y aguerridos wahhabíes escalaron el lugar donde estaban los atacantes y los pusieron en fuga.

Previamente a la entrada a La Meca, la caravana realizó una parada en Al-Zaribah. Allí, los hombres se rasuraron la cabeza, se bañaron, se perfumaron y, finalmente, adoptaron el atavío habitual de los peregrinos, una túnica de algodón con franjas rojas. Por lo que se refiere a las mujeres, abandonaron los velos prescritos por la ley islámica y se colocaron una máscara confeccionada con hojas secas de palma. A partir de ese momento, los peregrinos no debían cubrirse la cabeza bajo ningún concepto ni matar ningún ser vivo, entendiendo como tal incluso los insectos y los vegetales.

La Meca

La caravana entró en La Meca cuando era ya de noche, un acontecimiento que estuvo acompañado por los sollozos de las mujeres y los gritos de los hombres. Burton pasó la noche en casa de Mohammed, su sirviente. Al día siguiente se levantó con el alba para visitar la Gran Mezquita y la
Ka'ba.
Cuando llegó, el lugar estaba lleno de peregrinos sudorosos que, en no pocos casos, sollozaban llevados por la emoción o se postraban en el suelo. Acompañado de aquella muchedumbre inmersa en un profundo frenesí que llegaba incluso al extremo de transportar cadáveres en torno a aquel monumento anterior a la aparición del islam, Burton dio siete vueltas a la
Ka'ba
pronunciando las oraciones de rigor. Luego decidió llegar hasta la piedra negra para examinarla a placer. Lo consiguió ayudado por Mohammed y sus amigos. Según el testimonio de Burton, logró mantenerse al lado del extraño objeto durante no menos de diez minutos. Así, mientras la besaba y frotaba contra ella su frente y sus manos, la observó rigurosamente y llegó a la conclusión de que era un aerolito.

Burton volvió a visitar la
Ka'ba
y esta vez aprovechó para obtener unas medidas aproximadas del interior de la Gran Mezquita. Bebió asimismo del sagrado pozo de Zemzem que, según la leyenda, proporcionó agua a Ismael, el hijo

de Abraham, que fue antepasado de los árabes. Los efectos inmediatos de consumir aquel agua eran altamente nocivos y consistían en náuseas, vómitos y diarreas, pero, dado que la población la consideraba dotada de un poder mágico, resultaba muy codiciada y se salpicaba sobre los ojos de los moribundos para asegurar su entrada en el cielo. Es dudoso que Burton creyera en sus virtudes pero, apasionado coleccionista de cosas extrañas, se hizo con una botella de agua del pozo. Aquel contenido se conservaría hasta después de la muerte de Burton.

El siguiente punto de la peregrinación fue el monte Arafat o monte de la Misericordia. Se trataba de una colina situada a unas seis horas a lomo de camello de La Meca. De acuerdo con la leyenda islámica, en este promontorio el ángel Gabriel habría enseñado a Adán la manera de orar. El viaje resultó absolutamente insoportable. No sólo se debió a que el calor era infernal sino que además el hedor que despedía el campamento de cincuenta mil peregrinos podía ser calificado con toda justicia de asfixiante. Dado que las cabezas debían ir descubiertas, puede imaginarse el efecto del sol en los viajeros. Burton fue testigo de cómo cinco caían fulminados por efecto del calor, pero sobrevivió a la travesía. Lo más difícil, sin embargo, fue mantener a distancia durante la noche a un grupo de viajeros que pretendía enterrar algunos cadáveres apenas a un metro de la tienda del británico.

La aspereza de aquel viaje no parece que afectara a Burton a pesar de que la cabeza le ardía bajo el sol, de la fetidez y de la asfixiante atmósfera. De hecho, al día siguiente tuvo presencia de ánimo suficiente para observar a una hermosa mujer árabe mientras escuchaba una predicación pronunciada en la cima del monte Arafat.

Al día siguiente, Burton realizó el ritual de arrojar siete piedras contra el monumento del Diablo, situado en la localidad de Muna. El enclave en cuestión se hallaba en medio de un desfiladero angosto donde se apretujaban millares de asnos y camellos. En el momento más inesperado, el burro que montaba Burton se desplomó y el aventurero británico fue a parar debajo de un camello que no dejaba de moverse, amenazando con causar un estropicio. Burton no encontró mejor salida que la de desenvainar su cuchillo y azuzar a la bestia en el vientre hasta que se desplazó,

dejándolo libre.

De acuerdo con el rito islámico, cada peregrino debía comprar una oveja o un camello para degollarlo con la testuz vuelta hacia la Ka'ba.

Acto seguido, el animal era entregado a los mendigos, que solían aprovechar los mejores pedazos del animal y abandonaban el resto de los despojos para que se pudrieran bajo el sol. No cuesta mucho trabajo imaginar que la acumulación de los restos de cinco o seis mil animales producían un hedor insoportable.

Burton estaba decidido a penetrar en el interior de la Ka'ba antes de abandonar La Meca. Tras ordenar a su sirviente que le comunicara cuando el santuario se encontrara relativamente vacío, se dirigió una vez más a la Gran Mezquita. Se vio sometido allí al escrutinio de un par de centinelas y, aunque lo pasó con facilidad, no pudo dejar de ser consciente del riesgo inherente a aquella parte de su aventura. Mientras pronunciaba las oraciones de rigor, Burton utilizó un lápiz para trazar un plano. Si entonces hubiera sido descubierto, no cabe la menor duda de que los musulmanes lo habrían despedazado con sus cuchillos, pero, llegado a ese punto, ¿era razonable privarse de aquella culminación del viaje?

El regreso

Con la conclusión de aquel arriesgado episodio, Burton consideró que su misión en La Meca había terminado. Tenía intención de regresar a El Cairo y, tras reponerse en aquella ciudad, adentrarse de nuevo en la península arábiga pasando por Muwaylah. De hecho, cuando abandonó La Meca experimentó una agradabilísima sensación de libertad. Burton llegó a Yeddah y allí permaneció diez días esperando un medio de transporte hasta Suez. Aunque su misión estaba concluida, aún resultaba peligroso despojarse del disfraz que había llevado durante tanto tiempo, de manera que Burton tan sólo reveló su verdadera identidad al vicecónsul británico de la localidad. El disfraz del aventurero era tan perfecto que el diplomático lo consideró un «sucio negrata» al que obligó a esperar. Sin embargo, cuando se encontró ante su presencia, Burton

le entregó una nota en la que le revelaba su identidad y le suplicaba que le entregara algún dinero.

Finalmente, Burton obtuvo pasaje en un barco llamado *Dwarka* y el 26 de septiembre de 1853 partió hacia Suez. Tan sólo unas horas antes, Mohammed, el útil criado, había recibido su paga y la había gastado en no escasa medida en grano. De alguna manera había logrado descubrir que Burton era un occidental —«un *sahib* de la India»— y a su marcha estaba poseído por la cólera pensando que «se había reído en nuestras barbas».

Antes de que concluyera la travesía, Burton abandonó su camarote vestido ya como un inglés. Nadie pudo reconocer en él al musulmán que, procedente de Medina y La Meca, había embarcado en Suez.

El mes de noviembre lo pasó Burton en El Cairo entregado a estudiar el comportamiento sexual de las prostitutas árabes —una área en la que experimentó profusamente—, de los harenes y de la homosexualidad en Oriente Medio, aspectos estos dos últimos en los que su conocimiento no fue directo, aunque quedaron registrados por escrito y serían publicados algunas décadas más tarde. Fue durante esa época cuando el audaz aventurero contrajo sífilis, un hecho que cambió su opinión positiva de las egipcias por unos sentimientos comprensible y acusadamente agrios.

Sin embargo, para un hombre del temple de Burton una enfermedad venérea no podía constituir un motivo suficiente que le llevara a abandonar el riesgo. No sólo la superó sino que antes de que pasara mucho tiempo se había embarcado en otra aventura llamada a dejar su huella en la Historia, pero de ella nos ocuparemos en otra parte de esta obra.

Bibliografía comentada

Sin duda alguna, Richard Burton es uno de los exploradores victorianos más celebres. A esta circunstancia contribuyeron no sólo sus extraordinarias gestas sino también los magníficos relatos que dejó de las mismas y sus trabajos de traducción de obras como el *Kama Sutra* o *Las mil y una noches*.

Dada su enorme popularidad y, muy especialmente, lo sugestivo de su vida, las buenas biografías de Burton no escasean. Posiblemente, la más completa sea la de Mary S. Lovell, *A Rage to Live. A Biography of Richard and Isabel Burton*, Nueva York y Londres, 1998. Lovell ha escrito una espléndida obra en la que recupera además el papel de la esposa de Burton, que continuó incluso después del sepelio de éste. De especial interés son también las biografías debidas a Fawn M. Brodie, *The Devil Drives. A Life of Sir Richard Burton*, Nueva York, 1967; a Byron Farwell, *Burton. A Biography of Sir Richard Francis Burton*, Nueva York, 1963, y especialmente a Edward Rice, *Captain Sir Richard Francis Burton*, 1990 (existe edición española: *El capitán Richard F. Burton*, Madrid, Siruela, 1992). La obra de Rice insiste además en atribuir a Burton una búsqueda de la sabiduría oculta que no resulta del todo convincente pero que no deja de ser atractiva.

También son de interés las secciones dedicadas a Burton en Robin Bidwell, *Travellers in Arabia*, Londres, 1976, y en J. C. Simmons, *Passionate Pilgrims*, Londres, 1987 (existe edición española: *Peregrinos apasionados*, Madrid, 1989).

Por supuesto, la principal fuente para este período de la vida de Burton es su relato personal *Narrative of a Pilgrimage to Al-Madinah and Meccah*, del que existe una edición —no del todo completa— publicada por Editorial Laertes, Barcelona, 1983, bajo el título de *Mi peregrinación a Medina y La Meca*. La obra de Burton

continúa siendo un caudal inagotable de interés y entretenimiento.

CAPÍTULO SEGUNDO

William Palgrave, el jesuita aventurero

William Palgrave, por J. M. Cameron (1868, National Portrait Gallery, Londres).

Corría el verano de 1862 y una expedición formada por cinco hombres se dirigía por el desierto hacia el camino de Damasco. Su intención era la de desviar posteriormente su ruta en dirección al sur, hacia Al Jauf. El calor era insoportable y los primeros días de trayecto habían significado ciertamente un verdadero desafío para cualquier constitución humana normal. Sin embargo, los nubarrones de color prácticamente negro que comenzaron a formarse sobre sus cabezas en aquellos momentos eran un indiscutible presagio de que aún les quedaba por pasar lo peor. En tan sólo unos instantes, los viajeros comprendieron con verdadero horror que sobre ellos estaba a punto de desatarse el simún, el terrible viento del desierto, capaz de sepultar ciudades enteras. Muy pronto, el aire se convertiría de caliente en irrespirable y en él flotarían, ardientes y rojas, unas partículas de arena que pugnaban por entrar por los ojos, la boca, la nariz y los oídos como si se tratara de espíritus inmundos decididos a poseer a aquellos seres humanos. Seguramente, antes de que pudieran percatarse cabalmente de lo sucedido, los cinco se verían envueltos en aquella maraña letal para quedar, finalmente, sumergidos en medio de la arena.

Ciertamente, tamaña perspectiva resultaba horrenda. Sin embargo, antes de que la cólera del desierto descargara totalmente sobre sus cabezas se percataron de la cercanía de una tienda de beduinos y hacia ella se encaminaron apresuradamente. Apenas tuvieron tiempo de lanzarse al suelo boca abajo en el interior del inesperado refugio y de taparse las cabezas totalmente. No veían, no hablaban y tan sólo escuchaban el furioso rugir del viento. Sin embargo, ahora estaban seguros de que podrían sobrevivir. Entre los cinco viajeros se hallaba un hombre carente de preparación para aquella aventura pero que, paradójicamente, era el que la había iniciado. Se llamaba William Gifford Palgrave y era inglés.

El converso

Había nacido en el número 22 de Parliament Street, Westminster, el 24 de enero de 1826. Segundo hijo de sir Francis Palgrave y de Elizabeth Turner, hija de un banquero de Great Yarmouth, William Gifford Palgrave demostró un elenco de notables cualidades desde la temprana época en que estuvo en la escuela. Entre los honores que obtuvo se encontró la medalla de oro por el verso clásico, un claro anuncio de lo que sería su trayectoria en Oxford a partir de 1844.

Los estudios en la famosa universidad los cursó en el Trinity College, como Richard Burton tan sólo unos años antes, y allí obtuvo una beca, graduándose en Humanidades y asimismo en Matemáticas en 1846.

Para aquel entonces, la atracción que Oriente ejercía sobre el joven William era verdaderamente extraordinaria. Lejos de ambicionar un puesto tranquilo como el de su padre, un historiador convertido en archivero de la Public Record Office, William optó por el camino de la aventura. Nada más salir de la universidad se alistó en el VIII Regimiento de infantería nativa de Bombay. Palgrave tenía unos deseos inmensos de conocer otras culturas y, de manera muy especial, aquellas situadas en Oriente, pero, a diferencia de otros occidentales, semejante ansia no le privó de observar la realidad con una objetividad mínima. Lo que vio en la India no le causó, por tanto, una impresión positiva sino un horror creciente. Ciertamente, esa visión negativa puede parecer hoy políticamente incorrecta pero no debería pasarse por alto que se apoyaba en el examen directo de realidades tan poco atractivas para un occidental como la adoración de animales, la división social en castas o el asesinato ritual de viudas.

Sin embargo, aquella suma de sentimientos de repulsión no tuvo únicamente un impacto negativo sobre Palgrave. También provocó

en él un cúmulo de reacciones de carácter espiritual que acabarían llevándole a convertirse al catolicismo, una fe que presentaba un carácter unificado totalmente opuesto a la multiforme fragmentación del hinduismo. De hecho, Palgrave había estado relacionado durante su estancia en Oxford con el movimiento tractariano, un grupo de anglicanos que se había sumergido en el estudio del cristianismo primitivo y que, al fin y a la postre, en no pocos casos acabó pasando a la Iglesia católica. Sin embargo, la transformación espiritual de Palgrave no acabó con la conversión al catolicismo. Al poco de abrazar la nueva religión ingresó en la Compañía de Jesús. Por qué escogió esta orden religiosa y no otra constituye un tema que ha sido objeto de diversa especulación. Para algunos, lo que impulsó a Palgrave a tomar esa decisión fue el deseo de convertirse en un nuevo tipo de soldado, esta vez de carácter espiritual. En otros casos se ha indicado que William deseaba viajar a Arabia, quizá motivado por la lectura de *Las mil y una noches*, y que llegó a la conclusión de que la obra misionera de los jesuitas le facilitaría conseguir ese objetivo. Sea como sea, lo cierto es que en la primavera de 1848 Palgrave entraba en el colegio jesuita de Madrás, en la India, donde pasaría los cuatro años siguientes.

Rumbo a Oriente

En 1853 —el mismo año en que Rusia y Turquía se enfrentaban en la guerra de Crimea—, Palgrave se hallaba en Roma con la intención de concluir sus estudios de teología. Junto a ellos, Palgrave se entregó al aprendizaje del árabe, ya que la Compañía de Jesús tenía la intención de utilizarlo en una misión situada en Siria. Finalmente, en septiembre de 1855 fue enviado a una misión ubicada en Bikfaya, cerca de Beirut.

A diferencia de lo que le había sucedido en la India, Palgrave quedó encantado con lo que encontró en Oriente Medio. Sin dificultad alguna —en realidad, con auténtico entusiasmo—, el jesuita se entregó a amoldarse a las costumbres de un pueblo al que no dudó en considerar como «los ingleses de Oriente Medio». Durante los meses siguientes se vistió como un árabe y se entregó a la lectura de los clásicos en esa lengua. Finalmente, el 29 de marzo de 1857 —el mismo año en que las fuerzas británicas reprimían la

rebelión de los cipayos en la India— Palgrave fue ordenado sacerdote en Beirut.

Al parecer, el jesuita se sentía especialmente dichoso en aquella época, pero no tardó mucho en enfrentarse con una realidad especialmente desagradable precisamente en el terreno misional. Establecido en el Líbano, se le envió a predicar el catolicismo entre los drusos que habitaban cerca de Beirut. El resultado no pudo ser más desalentador. Los drusos creen en una peculiar religión étnica que considera lícito fingir conversiones a otras fes a la vez que se mantienen en secreto las creencias propias. Por añadidura, los drusos no se recatan en emitir comentarios burlones —incluso cínicos— en relación con otras religiones. Este último aspecto causó una pésima impresión en Palgrave que, tras escuchar las opiniones de los drusos acerca de Moisés y de Mahoma, llegó a la conclusión de que eran una especie de ateos epicúreos desprovistos de cualquier virtud. Se trataba de una opinión que no podía mejorar cuando, en 1859 y 1860, el Líbano se convirtió en escenario de una sangrienta guerra de exterminio contra los cristianos. El mismo Palgrave pudo salvar la vida simplemente porque cuando la violencia llegó a su lugar de residencia se encontraba transitoriamente en Sidón.

Misionero en Arabia

Palgrave logró sobrevivir a las matanzas de cristianos y llegar a Europa, pero no abandonó la idea de regresar a Oriente Medio. Tras pasar algunos meses en Roma reponiéndose de una experiencia que podía ser calificada de cualquier manera salvo como grata, Palgrave solicitó a sus superiores que le permitieran marchar como misionero a Arabia. La petición era, sin duda, audaz dado que desde la época de Mahoma ningún no musulmán había podido vivir en Arabia, pero además en aquella época implicaba peligros añadidos ya que la península se hallaba sometida al fervor del wahabismo, un movimiento islámico más acentuadamente integrista de lo que resulta habitual en esta religión.

Los superiores de Palgrave encontraron sugestiva su solicitud y no tardaron en informar de la misma al gobierno francés, dado que consideraban indispensable su colaboración. En respuesta,

Napoleón III manifestó su deseo de entrevistarse personalmente con Palgrave. Descendiente indirecto de Napoleón Bonaparte, el nuevo emperador francés había sido considerado un advenedizo por otras casas reales durante un buen tiempo. Sin embargo, en aquella época la misma reina Victoria comenzaba a quedar impresionada por el encanto personal de Napoleón III y, de hecho, la buena estrella del francés seguiría brillando hasta verse apagada en Sedán casi una década después. Nada, sin embargo, permitía prever ese destino trágico en aquel entonces. El mismo Napoleón III soñaba con crear un imperio en Oriente Medio que pudiera servir para dar salida a los productos franceses y, precisamente por ello, recibió con agrado los planes de Palgrave. Incluso le ofreció la suma de diez mil francos para costear la expedición en pago por los informes que pudiera proporcionarle sobre la zona. Ningún obstáculo se interponía ya entre Palgrave y el viaje a Oriente Medio.

El falso árabe

Poco antes del verano de 1862, Palgrave se hallaba en el Líbano y ultimaba los preparativos para la expedición cuya meta era Arabia. Aunque Palgrave conocía considerablemente bien la lengua y las costumbres de los árabes, sus superiores insistieron en que resultaría más prudente que fuera acompañado por otro jesuita, un griego de nombre Gueraigueri. Ambos personajes iban a fingir que eran árabes de Siria, aunque cristianos. Así, Palgrave adoptó la identidad de Selim Abu Mahmud-al-Eys y su compañero la de Barakat-ash-Shami. Mientras que el primero anunciaba que era médico —un disfraz ciertamente útil para acercarse a gente de cualquier clase social—, el segundo se presentaba como su ayudante. Finalmente, durante la noche del 16 de junio de 1862 los dos jesuitas, acompañados de tres beduinos, salieron de
Ma’an,
un enclave situado al sur de Petra.

En términos estrictos, la compañía elegida por Palgrave dejaba mucho que desear. Uno de los beduinos pertenecía al clan de los Houeitat, del que había sido expulsado por sus actos delictivos. Por lo que se refiere a los otros dos, eran de la tribu Sheratat y no parecían dignos de mayor confianza. A pesar de todo, Palgrave

creía que, en situaciones extremas, podrían resultar de utilidad precisamente por su falta de escrúpulos.

Fue en el curso de ese viaje cuando se produjo la funesta aparición del simún con la que hemos dado inicio a este capítulo. Sin embargo, aquélla no fue la única, ni quizá la peor, de las pruebas a las que se vio sometido el quinteto. Posiblemente, la travesía del desierto de Nafud resultó aún más peligrosa. Auténtica barrera desértica situada entre Arabia y Siria, el Nafud está formado por dunas de entre cinco y diez metros de altura que se alternan con hondonadas. El paso por éstas resulta especialmente arduo en la medida en que implica sumergirse en un pozo de arena asfixiante cuyas laderas resultan muy difíciles de remontar. Para Palgrave y sus cuatro acompañantes, aquella parte del itinerario resultó especialmente arriesgada. En un momento dado, los viajeros se vieron obligados a dormir tan sólo una hora en todo el día en la convicción de que si se detenían más tiempo a descansar podría agotárseles el agua y con ella evaporarse su vida.

Nada más atravesar el desierto de Nafud, la expedición llegó a Hail, una ciudad amurallada regida por el emir Tallal ibn Rashid. Con la llegada a este enclave, la aventura pudo terminar de manera trágica, ya que un transeúnte reconoció a Palgrave como un sacerdote católico. La salida a tan inesperada y peligrosa coyuntura se produjo cuando otro de los que pretendían conocerlo lo identificó con un magnate cairota. Palgrave pudo desmentir con facilidad esta última identificación y eso le permitió desproveer de credibilidad las otras. Así, el inglés fue conducido al palacio del emir por el chambelán de la corte.

Ibn Rashid no tardó en sentirse atraído por la persona de Palgrave. No sólo hablaba con soltura el árabe —el inglés llegaría a decir que se había convertido en su lengua madre— sino que además no tardó en ser visitado por gente que había oído hablar de su condición de médico y deseaba ser curada. Los conocimientos terapéuticos de Palgrave no parece que superaran el grado de rudimentarios pero sus recetas consistentes en agua de canela y pastillas de pan debieron de operar como eficaces placebos en algunas personas y no tardó en extenderse la fama de sus logros.

El 8 de septiembre, Palgrave y su compañero griego abandonaron Hail con un salvoconducto del emir que les aseguraba

el tránsito libre por sus tierras. Se dirigieron hacia Buraydah en compañía de una caravana y, finalmente, dejaron atrás aquel territorio. Al llegar al oasis de El Uyun dieron con una serie de monumentos megalíticos de extraña configuración. Se trataba de monolitos de varios metros de altura que, parcialmente, se hallaban agrupados en círculo. Actualmente sabemos que la península arábiga fue fértil hace milenios y que pudo constituir un conjunto de emporios cuya prosperidad hubiera hecho palidecer la de las ciudades de Mesopotamia. Sin embargo, aquellos datos eran desconocidos en la época de Palgrave y, al darlos éste a conocer, sólo provocaron incredulidad.

Poder a la islámica

Tras atravesar el territorio de los wahabíes, los dos viajeros lograron finalmente llegar a Riad. El dueño máximo de la capital árabe era entonces el emir Faisal, un hombre muy envejecido y ciego que temía la posibilidad de que tuviera lugar una conspiración encabezada por su hijo mayor, Abdullah, con la finalidad de destronarlo. Al saber de la llegada de Palgrave y su acompañante temió que vinieran a sumarse al empeño y le ofreció regalos de valor para que continuara su camino. Posiblemente, otro viajero distinto de Palgrave hubiera aceptado el ofrecimiento del emir, pero el jesuita había viajado mucho para obtener información que pudiera resultar de utilidad al emperador francés y no estaba dispuesto a retirarse una vez alcanzada la meta. Faisal no deseaba tampoco violar las normas relativas a la hospitalidad y, finalmente, le consintió la entrada en la ciudad y su permanencia durante algunos días.

Lo que Palgrave descubrió durante su estancia en Riad —una estancia extraordinariamente bien aprovechada para recoger datos relativos a las disponibilidades económicas y militares de la zona— distó mucho de corresponderse con la imagen idealizada que muchos europeos tenían por aquella época de Oriente. Lejos de tratarse de un enclave como el descrito en *Eothen*, Riad era la capital de un reino que recordaba los ámbitos de poder de los genios perversos a los que se refieren *Las mil y una noches*.

Sometida a la ley islámica, la población carecía de cualquier garantía que se pareciera mínimamente al concepto de derechos individuales habitual en Occidente. Así, los súbditos de Faisal vivían de acuerdo con una reglamentación absoluta de la existencia que lo mismo excluía a las mujeres de cualquier tipo de vida pública —las reglas sobre su atuendo y veladura se observaban de manera rigurosamente estricta— que indicaba la prohibición de actividades tan inocentes como los juegos infantiles en la calle o el uso de instrumentos musicales. De la obediencia absoluta a todas y cada una de esas normas se ocupaba una policía islámica —la terrible Meddeyyi— cuyos actos no eran objeto de ningún control ni fiscalización y que podían, sin mediar la menor explicación, azotar con palos a cualquier persona a la que consideraran transgresora de las normas islámicas.

Como ha sucedido en otros regímenes de carácter despótico y fuertemente ideologizado, el poder necesitaba que la población se viera además sumergida en un aislamiento y una ignorancia tan profundos que los llevara a tener una visión del mundo sin apenas punto de contacto con la realidad. Palgrave descubrió así que los musulmanes de la ciudad creían, rebosantes de orgullo —¡el orgullo de gentes privadas de cualquier derecho!—, que apenas quedaban en el mundo personas no sometidas al islam y que el continente europeo no era sino un distrito del Imperio turco.

Naturalmente —y de nuevo el paralelo con otros despotismos salta a la vista—, por mucho que desde el poder se alentara la imagen de una felicidad omnipresente, lo cierto era que a la feroz represión de los súbditos se unía una lucha a muerte en las alturas por sujetar las riendas del poder. Palgrave se vio atrapado en ella desde el primer momento, recibiendo los halagos de un desconfiado Faisal y de un Abdullah interesado en sumarlo a su bando. Durante un tiempo, el inglés consiguió mantenerse equidistante de ambas fuerzas, hasta que un día la situación se convirtió en excesivamente peligrosa para él. El motivo de ese cambio no fue otro que sus supuestas dotes como galeno.

Ante la presencia de Palgrave fue llevado un alto cargo de la corte que padecía una extraña dolencia. El inglés decidió administrarle una reducida ración de estricnina que, curiosamente, tuvo un efecto terapéutico sobre el árabe. En una región donde la

enfermedad era un fenómeno extraño —algo que Palgrave atribuyó al clima y a la limpieza del aire— no resultaba menos asombroso que, una vez que aparecía, resultara remediada con aquella facilidad. Sin embargo, lo que creó problemas al jesuita no fue tanto su habilidad médica como el método al que había recurrido. Abdullah conocía los efectos venenosos de la estricnina y se apresuró a invitar a Palgrave a palacio para, a continuación, pedirle que le entregara una ración generosa de aquella sustancia. El jesuita no tardó en percatarse de que Abdullah perseguía unas intenciones nada buenas con aquella solicitud y se negó cortésmente a suministrarle la estricnina. Lo que comenzó a partir de ese momento fue un acoso en toda regla por parte de Abdullah para doblegar la resistencia del inglés. Lo invitaba vez tras vez y en todos y cada uno de los encuentros volvía a insistir en su petición. Harto de sufrir semejante presión, Palgrave aprovechó una de aquellas ocasiones para comunicar a Abdullah que sabía perfectamente para qué deseaba el veneno y que, por tanto, tenía la intención de no proporcionárselo nunca.

Las evasivas habían resultado difícilmente tolerables para el príncipe, pero aquella negativa directa provocó su cólera. Al día siguiente, Abdullah volvió a encontrarse con Palgrave en palacio. Tras llevarle aparte, le comunicó en voz baja que, puesto que era un cristiano y un espía, iba a ser castigado con la muerte. La amenaza no era una cuestión baladí, pero Palgrave distó de dejarse amedrentar. Instó así al príncipe para que pidiera perdón a Dios por proferir semejante sandez, ya que era cierto que era cristiano, pero acusarle de ser espía —lo que, dicho sea de paso, se correspondía con la realidad— no pasaba de ser una necedad. Para que no quedara la menor duda de que no se encontraba asustado, Palgrave concluyó su respuesta diciendo al príncipe Abdullah que ni tenía autoridad para matarlo ni se atrevería a perpetrar un acto semejante.

Seguramente, Abdullah no esperaba aquella reacción de Palgrave y le respondió que, por supuesto, que podía darle muerte y que además estaba dispuesto a ello. El inglés argumentó entonces que era de todos sabido que no era sino un médico que además gozaba de la hospitalidad de Faisal desde hacía más de un mes. Abdullah no osaría, por lo tanto, incurrir en la pena inherente a la

violación de las sagradas leyes que protegían a los huéspedes. Sin embargo, el príncipe se hallaba tan entregado a aquel pulso que no dudó en comunicar en ese momento a Palgrave que estaba dispuesto a ordenar su asesinato de manera clandestina.

Sin embargo, si Abdullah pensó que estaba a punto de quebrantar la tenacidad del jesuita, no tardó en comprobar que se hallaba incurso en un craso error. Palgrave se puso súbitamente en pie y, en voz lo suficientemente alta para que pudieran escucharla con claridad todos los cortesanos, anunció que cualquier desgracia futura que pudiera sucederle a él o a cualquiera de sus acompañantes sería responsabilidad de Abdullah, sobre el que, al fin y a la postre, recaerían unas consecuencias mucho peores de lo que podría imaginar.

Aquel anuncio de Palgrave provocó un gélido silencio que, inesperadamente, se vio roto por unas palmadas dadas por el príncipe Abdullah para ordenar que sirvieran café. En respuesta a sus órdenes, apareció un esclavo negro llevando una sola taza que sirvió al inglés. Por un instante, éste calibró la posibilidad de que no fuera sino un veneno con el que Abdullah, airado, pensaba desembarazarse, finalmente, de él. No obstante, llegados a aquel punto no tenía la menor intención de dar una apariencia de temor. Apuró de un trago la taza y con gesto imperioso ordenó al esclavo que le sirviera otra. Como en pocas otras ocasiones, el valor de un hombre había tenido la consecuencia inmediata de salvarle la vida. Sin embargo, ¿cuánto tiempo podría tentar a la suerte de esa manera?

Palgrave sabía de sobra que si se producía un cambio de fortuna, su vida y la de Gueraigueri podrían encontrarse sometidas a un riesgo mortal. Así, la noche del 24 de noviembre cargaron tres camellos y abandonaron Riad. En palabras del propio Palgrave fue como dejar atrás una mazmorra.

Hacia el golfo Pérsico

Cruzaron el desierto hasta alcanzar Al Qatif, y a continuación se dirigieron a Bahrain. Allí, los dos jesuitas se separaron, marchando Gueraigueri a Busira, en Persia, con las notas recogidas en el curso de la expedición, y el inglés a Mascate.

El nuevo itinerario de Palgrave por el golfo Pérsico no tardó en revelarse especialmente lento. Fue cambiando de barcos en malas condiciones a otros en estado pésimo, hasta que alcanzó Suhar, un puerto situado en el golfo de Omán, a tan sólo dos días de navegación de Mascate. El 7 de marzo de 1863, Palgrave embarcó en un navío de dos mástiles que tenía un aspecto de solidez mucho mayor que el de las embarcaciones en las que había viajado en las últimas semanas. Seguramente era así, pero cuando se declaró una tormenta las velas no tardaron en quedar totalmente deshechas y, al cabo de un par de horas, una vía de agua abierta en el barco dejó de manifiesto que el naufragio iba a resultar inevitable.

Palgrave sobrevivió a la terrible eventualidad recurriendo nuevamente a su presencia de ánimo. Al percatarse de que el barco se había escorado y comenzaba a hundirse se arrojó al mar. Apenas había logrado sacar la cabeza del agua cuando pudo contemplar cómo los restos de la nave se sumergían en el mar, llevando en su seno a seis personas, de las que cinco eran pasajeros y una pertenecía a la tripulación. Bajo la fantasmagórica luz que arrojaban los relámpagos engendrados por la tempestad, el inglés nadó hasta dar con un trozo de madera, al que se aferró.

Así se mantuvo a flote cuando, inesperadamente, vislumbró uno de los botes de la hundida embarcación. Nadó desesperadamente hasta alcanzarlo y, finalmente, logró que lo subieran a bordo. En total habían sobrevivido ocho pasajeros y siete marineros, que no tardaron en pedir que se arrojara por la borda a algunos de los tripulantes del bote para asegurar que se mantuviera a flote. Aquella disputa podía degenerar en un enfrentamiento precisamente en un momento especialmente delicado para la supervivencia de todos, de manera que Palgrave se impuso sobre aquellos ánimos acalorados y logró que se pusieran a achicar la nave y a remar. A continuación, observó el cielo y, guiándose por las estrellas, puso rumbo hacia el sur.

Seguramente, a pesar de los buenos oficios del inglés, la aventura podría haber concluido de la manera más trágica ya que los náufragos no contaban con víveres ni agua en cantidad suficiente como para asegurar la supervivencia. Para remate, tampoco el clima ayudaba a los empapados tripulantes. El viento soplaba con violencia y las olas se alzaban sobre el bote

presagiando una catástrofe. Por fortuna para ellos, cuando amaneció se encontraron con que se hallaban en la costa de Omán.

Combatiendo con un mar encrespado proclive a estrellarlos contra los acantilados, se encaminaron hacia una playa cercana. Por desgracia, antes de llegar a la arena salvadora se alzaba una verdadera muralla de olas que imposibilitaba el acceso. Nuevamente, Palgrave optó por asumir el riesgo y se lanzó al agua. Exhausto, logró llegar hasta la playa y, una vez allí, pudo comprobar cómo los demás viajeros seguían su ejemplo. No hubo una sola víctima.

Al cabo de dos días, Palgrave llegó a Mascate, donde el cónsul británico le ofreció su hospitalidad. Ardía de fiebre entonces y muy pronto se descubrió que padecía tifoideas. Sin embargo, aquella enfermedad casi resultaba un contratiempo menor para un hombre que había logrado sobrevivir al desierto de Arabia, la corte de Riad y un naufragio en el golfo. No sólo eso. Tampoco estaba dispuesto a abandonar la aventura. En 1865 se publicó su *Narración de un viaje de un año por Arabia central y oriental* en dos volúmenes, donde proporcionaba un relato especialmente detallado de sus aventuras. El libro no sólo obtuvo un enorme éxito sino que cautivó el corazón de personajes de la talla de Lawrence de Arabia, que intentaría emular la calidad del relato en sus *Siete pilares de la sabiduría*. Y es que Palgrave no se limitaba a realizar una descripción literariamente extraordinaria y vívida de sus aventuras en Arabia, sino que además se adentraba en detallar aspectos relacionados con la vida en una sociedad islámica, con las peculiaridades de la secta wahabí o con las costumbres de carácter indumentario o familiar.

Después de Arabia

Por esa misma época, Palgrave llegó a la conclusión de que su vida en la Compañía de Jesús había llegado a un final. Que diera semejante paso no resultaba extraño en la medida en que siempre había sido más un aventurero que un clérigo, por más que no pueda dudarse de la sinceridad de su pasada conversión al catolicismo. Poco después, Palgrave entró en el servicio diplomático al servicio

de Su Graciosa Majestad y en 1866, el mismo año en que el conde de Derby asumía por tercera vez la jefatura del gobierno, el antiguo jesuita fue nombrado cónsul en Soukhoum Kale. Al año siguiente, Palgrave se encontraba en Trebisonda. Finalmente, en 1868, el mismo año en que Benjamín Disraeli se convirtió en primer ministro de la reina Victoria, Palgrave contrajo matrimonio con una hija de George Edward Simpson, de Norwich, llamada Katherine. De aquel enlace nacerían tres hijos varones.

Durante los años siguientes, Palgrave sería nombrado para distintos puestos diplomáticos que casi parecían creados para satisfacer sus incansables ansias de conocer nuevas tierras. En 1873 era cónsul en Santo Tomás y Santa Cruz; en 1876 en Manila, y en 1878 se convirtió en cónsul general en Bulgaria. Al año siguiente fue trasladado a Bangkok, pero el clima del reino de Siam le resultó especialmente dañino. Aquella combinación de secuelas de pasadas aventuras y de temperaturas húmedas y sofocantes quebrantó de manera ya definitiva la salud del aventurero que en 1884 fue nombrado ministro residente en el consulado general británico en Uruguay.

Sin duda se trató de una serie de años de intensa labor funcionarial pero, en paralelo, Palgrave fue redactando algunos libros que, aunque no alcanzaron la altura de su *Narración*, resultaron de considerable interés. Así apareció un volumen de *Ensayos sobre cuestiones orientales*, en el que recogió datos bien variados que había ido recogiendo con el paso de los años; una novela titulada *Hermann Agha*, donde se relataba las peripecias de un muchacho europeo trasplantado a Oriente Medio; un libro de impresiones titulado *La Guayana Holandesa* y, por último, un conjunto de ensayos recogidos bajo el título de *Ulises*.

En 1888, el gobierno de Prusia le ofreció el puesto de cónsul general en Bagdad y Palgrave lo aceptó. Como requisito previo a la toma de posesión de su cargo, abandonó formalmente el catolicismo en el curso de una ceremonia celebrada en Berlín. Sin embargo nunca llegó a disfrutar del nombramiento. La muerte, a la que había conseguido eludir en tantas ocasiones en algunos de los lugares más peligrosos del globo, le alcanzó finalmente en una civilizada ciudad de la Europa occidental en 1888.

Bibliografía comentada

A pesar de su enorme interés, William Palgrave no ha sido objeto de un extenso tratamiento biográfico. Tanto Bidwell como Simmons proporcionan un interesante resumen de su vida, pero, de hecho, la obra de Mea Allan, *Palgrave of Arabia. The Life of William Gifford Palgrave*, Londres, 1972, puede considerarse la única biografía de relieve del personaje.

Esta carencia queda más que suplida por su libro *Narrative of a Journey Through Central and Eastern Arabia*
Year's
, Londres, 1865, 2 vols. Se trata de una obra no fácil de encontrar, pero su hallazgo y lectura ulterior compensan más que de sobra las más que previsibles dificultades.

CAPÍTULO TERCERO

Lady Jane Digby, la mujer que prefirió el amor a la emancipación

Jane Digby (Mary Evans Picture Library).

1853 resultó en buena medida un año decisivo en la reconfiguración del orden europeo posterior a las guerras napoleónicas. Las tensiones entre el Imperio otomano y el ruso en relación con la península de Crimea habían ido en aumento y acabarían desembocando en una guerra abierta. Temerosas de que el Imperio zarista pudiera apoderarse de los despojos del descuartizamiento turco, al cabo de unos meses Gran Bretaña y Francia decidieron entrar a su vez en el conflicto para apuntalar a un gigante decadente a punto de la aniquilación. En la alianza influyó en no escasa medida el hecho de que la reina Victoria dejara de contemplar a Napoleón III, el emperador de Francia, como a un aventurero para considerarlo un personaje dotado de un encanto difícil de explicar aunque innegable. Se iniciaba así la guerra de Crimea.

Sin embargo, como sucede tantas veces en la vida de las personas, los grandes acontecimientos macropolíticos poca o ninguna repercusión tenían en la existencia privada de millones de personas. El mes de abril de 1853, una mujer inglesa que acababa de cumplir los cuarenta y seis años se embarcaba en el puerto del Pireo con destino a Oriente Medio. Acompañada únicamente de su criada, la dama en cuestión estaba convencida de que los tiempos de aventuras habían concluido para ella y ansiaba encontrar algún descanso para su más que agitada existencia en el extremo del Mediterráneo. Jane Digby, que era como se llamaba la señora, correspondía desde bastantes puntos de vista a la imagen paradigmática de una mujer emancipada, una circunstancia que poseía una tonalidad muy especial si se considera que su emancipación había tenido lugar en el corazón de la Inglaterra victoriana.

Una hija de la aristocracia

Jane había nacido el 3 de abril de 1807 en Holkham Hall, una casa solariega de Norfolk, y en su árbol genealógico se entrelazaban las ramas de dos familias de rancio abolengo, los Digby y los Coke. Aunque ninguno de sus antepasados había formado parte de los gobiernos reales ni tampoco había destacado por sus dotes artísticas o literarias, podía señalarse empero que uno de ellos había sido justicia mayor durante los reinados de Isabel I y Jacobo I Estuardo. Incluso el padre de Jane había combatido en Trafalgar, la batalla naval en la que el almirante inglés Nelson había puesto fin a los intentos napoleónicos de controlar los mares, estrangulando económica y comercialmente a Inglaterra.

De los primeros años de Jane poco digno de mención hay que contar más allá de lo normal en una muchacha que había seguido los patrones educativos de la época. Sin embargo, apenas había cumplido los dieciséis años, su familia se trasladó a Londres y la existencia de Jane experimentó un cambio radical. Tras su presentación en sociedad, sus días transcurrieron en una sucesión prácticamente interminable de celebraciones sociales cuya finalidad era que pudiera ser conocida en sociedad y encontrar a un esposo en consonancia con su condición social. Muy pronto, entre la nube de pretendientes acabó destacando Edward Law, lord Ellenborough.

A decir verdad, Law era un personaje notable y, desde luego, mucho más experimentado que la jovencísima Jane, a la que doblaba en edad. Viudo aunque sin hijos, poseedor de una fortuna nada desdeñable y miembro destacado de la Cámara de los Lores, Law rindió a Jane recurriendo a instrumentos tan socorridos como la redacción de poesías. Finalmente, la boda se celebró el 15 de septiembre de 1824. Jane no había cumplido aún los dieciocho años. A su juventud unía un hermoso cabello rubio, unos grandes ojos azules y, según una descripción contemporánea, «un cuerpo de

ninfa». En apariencia, sólo podía esperarle un feliz matrimonio.

Primer matrimonio, primeros amantes

La luna de miel no tardó en convertirse en hiel. Edward Law era un hombre dado a las conquistas entre los miembros del bello sexo y aprovechó los primeros días de matrimonio para establecer una efímera relación amatoria con la hija de un pastelero que, al parecer, no era tan inexperta como la recién casada. Cuando, finalmente, la pareja regresó a Londres, Law no tardó en desentenderse de una esposa que le resultaba insípida y en sumergirse en tareas políticas. Como tantos donjuanes, perdía el interés por las mujeres una vez que las había conseguido y dejaba de manifiesto una absoluta inmadurez para establecer una relación amorosa profunda y estable.

Lady Jane era joven, no estaba privada de atractivos y apenas tardó en iniciar el camino de su emancipación por una vía ya trillada sobradamente, la del adulterio. A diferencia de lo que sucedería después en pleno apogeo del victorianismo —y eso explica en buena medida el éxito de éste—, la sociedad inglesa de la época era extraordinariamente tolerante con las aventuras extramatrimoniales. El adulterio era no sólo tolerado sino incluso alentado con tal de que se llevara a cabo con la suficiente discreción y de que no resultara tan apasionado como para alterar las relaciones sociales previas. *Lady* Jane se vio de manera inmediata asediada por una pléyade de admiradores y no tardó en abrazar una conducta tan socialmente aceptada.

Su primer amante fue un funcionario joven del Museo Británico que respondía al nombre de Frederic Madden. Sin embargo, *lady* Jane no parecía dispuesta a ceñirse a las normas convencionales vinculadas con el adulterio de las clases elevadas. En lugar de optar por una vía discreta, se llevó a Madden a su casa solariega de Holkham en marzo de 1827 y allí pasaron juntos varias semanas convertidos en amantes. Fue una aventura breve quizá porque ambas partes debieron de comprender que carecía de futuro. A finales de aquel mismo mes, *lady* Jane abandonó Holkham y todo concluyó de manera definitiva.

No estuvo sola mucho tiempo. De hecho, hacia el mes de junio de aquel mismo año quedó encinta de George Anson, un primo suyo. Aunque la criatura —un varón— fue reconocida como propia por lord Ellenborough, era un secreto a voces que el padre no era otro que Anson. Con todo, resulta más que probable que el esposo de *lady* Jane aceptara pasar por el progenitor de la criatura por razones meramente políticas. Su nombre sonaba en aquella época como un posible miembro del gobierno y semejante oportunidad no podía ser desperdiciada por un escándalo de lecho. Efectivamente, a las pocas semanas, lord Ellenborough fue nombrado ministro del gabinete presidido por el duque de Wellington.

Desde luego, no tan satisfecha se sentía *lady* Jane. En las entradas realizadas en su diario por aquellas fechas insistía apenada en que desearía vivir un gran amor pero que, hasta ese momento, la suerte no le había sido propicia. A juzgar por las líneas escritas por ella, se había entregado ya a tres hombres con la esperanza de que la correspondieran afectivamente para descubrir sólo la decepción de unas relaciones efímeras y sin raíces.

La primera pasión

Aquella desasosegante situación iba a experimentar un cierto cambio a partir de la noche del 10 de marzo de 1828, cuando, en el curso de un baile al que había asistido sin su esposo, conoció al agregado de la embajada del Imperio austríaco en Londres, príncipe Félix Luis Juan Nepomuceno Federico zu Schwarzenberg. De veintisiete años de edad, el aristócrata disfrutaba de un considerable favor entre las mujeres, y *lady* Jane apenas tardó en sentirse prendada de él. Una fuente de la época ensalza la belleza de *lady* Jane en aquella ocasión sin dejar de señalar que su inteligencia «no impresionaba», si bien «no se puede tener todo». La atracción hacia el príncipe austríaco, en cualquier caso, no tardó en ser correspondida y en verano de aquel mismo año resultaba público que ambos se habían convertido en amantes.

Aún más de lo que le había sucedido en las ocasiones anteriores, *lady* Jane no estaba buscando simplemente un amante con el que desfogar alguna ansia erótica insatisfecha. Lo que ansiaba —y lo

ansiaba con toda su alma— era hallar un gran amor al que entregarse y con el que dar sentido a su vida. Cualquier otra consideración resultaba secundaria, quizá incluso indiferente. Posiblemente por ello actuó sin la más mínima prudencia a la hora de encontrarse con su nuevo amante. Así, en el curso de las frecuentes visitas que *lady* Jane hacía al príncipe, dejaba estacionado su coche de caballos delante de su domicilio. Con todo, al parecer, los rumores de la nueva relación tardaron algún tiempo en llegar a oídos de lord Ellenborough. Cuando en febrero de 1829 la pareja pasó unas vacaciones en Brighton, la situación se convirtió en insostenible y estuvo a punto de desembocar en un escándalo político.

Finalmente, Metternich llamó al príncipe de regreso a Viena. Se trataba de un funcionario prometedor pero aquella historia amorosa podría dar al traste con su carrera futura y, por añadidura, afectar las buenas relaciones con Inglaterra. Schwarzenberg en persona comunicó la mala nueva a *lady* Jane que, por esas fechas, estaba embarazada de tres meses.

Si mala era la situación para *lady* Jane, no resultaba mucho mejor la de su esposo. Atrapado en medio del escándalo, lord Ellenborough no tenía prácticamente otra salida que solicitar una separación legal, un paso que dio el 22 de mayo. Sin embargo, a diferencia de tantos hombres que pasarían por una situación similar, lord Ellenborough decidió ser generoso con su esposa. Se comprometió a pasarle una pensión vitalicia de trescientas treinta libras anuales —una suma ciertamente respetable en aquella época— y cuando el asunto fue examinado en el Parlamento defendió a *lady* Jane de una manera que sólo le ocasionó críticas realmente acerbas. La buena sociedad podía tolerar el adulterio pero encontraba insoportable que el marido burlado se comportara con decente caballerosidad.

Mientras se llevaba a cabo el procedimiento de divorcio, el hijo de *lady* Jane falleció y ella, que era consciente de que ya no tenía lugar en Inglaterra, se dirigió hacia el continente para reunirse con su amante. A finales del verano, la mujer se encontraba afincada en París esperando el nacimiento de su nuevo retoño y el regreso de Schwarzenberg. El austríaco se hizo esperar. La historia había aparecido en numerosos periódicos descrita en tonos marcadamente

sensacionalistas y a esas alturas el príncipe debía de haber reflexionado en lo inconveniente que aquel amorío podía resultar para su carrera. Un matrimonio con *lady* Jane quedaba descontado y, por añadidura, Schwarzenberg distaba mucho de sentirse tan vinculado a su amante como en épocas anteriores. Al fin y a la postre, el príncipe no se dejó ver en París hasta inicios de noviembre. De momento, los amantes mantuvieron sus relaciones y hacia la conclusión de la primavera de 1830 *lady* Jane volvía a estar encinta. La criatura, que nació en diciembre, sólo sobrevivió unos días. Durante la primavera de 1831, Schwarzenberg abandonó definitivamente a *lady* Jane y regresó a su carrera en Austria.

En la corte de Baviera

Como le había sucedido en otras ocasiones, *lady* Jane se había entregado hasta el extremo pero su amante no había pasado de considerarla una aventura interesante pero sin solución de continuidad. Mientras él rehacía su existencia, ella se hundió en la depresión. Intentó encontrar algún alivio a su tristeza dejando a su hija en París y dirigiéndose a Munich. En aquella época, la capital de Baviera era una de las urbes más interesantes del Viejo Continente. Su extravagante monarca, el famoso Luis II, se había empeñado en convertirla en una ciudad dedicada al mecenazgo de las artes y las letras y daba la sensación de que podría conseguirlo.

Lady Jane y Luis se encontraron por primera vez en el Tambosi, un café de la ciudad. Prácticamente desde el primer momento se sintieron atraídos. Las malas lenguas insistirían en que se habían convertido en amantes pero, en realidad, parece ser que nunca pasaron de alentar una profunda y extraordinaria amistad. Luis incluso llegó a escribirle un poema en el que afirmaba que comprendía sobradamente su agitada vida anterior y que, por eso mismo, no la condenaba. De hecho, cuando *lady* Jane le informó de que se había convertido en la amante del barón Carlos von Venningen, un muchacho de su misma edad, Luis no formuló la menor objeción. Sin embargo, un acontecimiento esperable y natural iba a poner fin a los días de residencia de *lady* Jane en Baviera.

El segundo matrimonio

En julio de 1832, *lady* Jane volvía a encontrarse embarazada y, para facilitar la gestación, decidió trasladarse a Italia. El 27 de enero de 1833 nació una niña. A diferencia de Schwarzenberg, Venningen sí se casó con *lady* Jane y la pareja se afincó en Weinheim, una pequeña ciudad no lejos de Heidelberg. Quizá otra mujer hubiera considerado aquel matrimonio una excelente manera de abandonar una vida agitada y asentarse como una noble acomodada. Sin embargo, *lady* Jane distaba mucho de tener un carácter que se pudiera adaptar con facilidad a la vida de una aristócrata rural. Al cabo de unos meses, Venningen continuaba amándola, pero su esposa era presa de un profundo aburrimiento; tedio que se acentuaba cuando pensaba que tendría que continuar toda la vida con un hombre del que ya no estaba enamorada.

Durante la primavera de 1835, la plácida y gris existencia de *lady* Jane recibió un inesperado alivio con la llegada de Honoré de Balzac. El escritor francés ya se había cruzado en su vida un lustro antes, cuando la mujer se encontraba en París. Como en el caso de Luis II de Baviera, corrieron rumores acerca de una supuesta relación amorosa entre ambos. Como en el caso de Luis II de Baviera también, parece que no se correspondieron con la realidad. De hecho, ahora reanudaron una sugestiva amistad y Balzac convirtió a *lady* Jane en el modelo de *lady* Arabella Dudley, una de las protagonistas de su novela *El lirio del valle*. Cuando el autor de la *Comedia humana* abandonó el lugar, *lady* Jane seguramente estaba decidida a volver a un tipo de existencia que le había deparado sinsabores pero también alicientes.

El conde Zeotoky

En 1835, el matrimonio Venningen se hallaba en Munich y, en el curso de un baile, *lady* Jane conoció a un conde griego llamado Spiridion Zeotoky. El joven aristócrata —con sus veinticuatro años era cuatro más joven que ella— no tardó en convertirse en su amante. No se trataba sólo de su atractivo propio de los hombres meridionales sino de que en él parecían encerrarse el gusto por la

aventura y, sobre todo, la fascinación que desde hace siglos provoca Grecia en los naturales de los países nórdicos. La Hélade no sólo era la tierra de la cultura clásica sino también la nación por cuya independencia había muerto lord Byron y cuyo amor por la belleza pretendía emular Luis II de Baviera. Cuando, en el mes de noviembre del mismo año, Venningen decidió regresar a su mansión solariega en Vennheim, Zeotoky ya era amante de *lady* Jane.

A diferencia de otros hombres que habían compartido antes su lecho, Zeotoky deseaba que *lady* Jane permaneciera a su lado. La siguió hasta Heidelberg y le propuso fugarse con él a Grecia. Venningen era un hombre tolerante pero no podía seguir consintiendo aquella relación. En el curso de un baile en el palacio de Venningen acusó a *lady* Jane de mantener un amorío con Zeotoky. En respuesta, la inglesa se escapó de la mansión conyugal y corrió a reunirse con su amante griego.

Quizá otro esposo se hubiera rendido ante aquella situación, pero Venningen no estaba dispuesto a ello. Se armó y salió en persecución de la pareja. Los alcanzó cuando se encontraban a punto de cruzar la frontera. Sin mediar ninguna explicación —¿era necesaria realmente?—, Venningen sacó a rastras a Zeotoky del coche de caballos y le retó a un duelo.

Seguramente, la respuesta más noble por parte de Zeotoky habría consistido en aceptar los hechos pero, quizá amedrentado, negó tener ninguna relación con *lady* Jane. De nada sirvieron sus palabras. Venningen le obligó a combatir, disparó un solo tiro y acertó al griego en el pecho. La sangre manaba de la herida de una manera tan abundante que todos los presentes llegaron a la conclusión de que Zeotoky había llegado al final de su vida. En un último arrebato de caballerosidad y con la voz entrecortada, el aristócrata griego insistió en que *lady* Jane no había sido su amante para salvarla de la ira de su esposo.

La cercanía de la muerte, la agonía de Zeotoky y el pavor de *lady* Jane causaron una profunda impresión en Venningen. Apesadumbrado, ordenó que trasladaran al herido a un lugar donde pudiera morir apaciblemente y comenzó a sentirse inmensamente culpable por haber sospechado de su esposa y haber ocasionado la muerte de un hombre que no sólo era inocente sino que parecía estar dando muestras de una decencia poco común. Sin embargo…

sin embargo, las cosas iban a desarrollarse de una manera totalmente inesperada. Zeotoky no sólo no murió sino que al día siguiente dio muestras de recuperarse de una manera punto menos que prodigiosa. Al contemplar aquel súbito cambio de la situación, Venningen volvió a ser presa de las más siniestras tentaciones. Seguía muy enamorado de *lady* Jane, pero cuando ella le solicitó el divorcio no dudó en concedérselo.

Como había sucedido con lord Ellenborough, Venningen se comportó de una manera realmente caballerosa. Lejos de lamentar su honor herido o de buscar venganza, no sólo se negó a infamarla en público sino que mantuvo con ella una amistad que se prolongaría epistolarmente durante cuatro décadas. Es posible que incluso se culpara de aquel desenlace, pensando que no había sabido tratar adecuadamente a *lady* Jane. Por lo que a ésta se refiere, comenzaba un período de felicidad que, siquiera por un tiempo, pareció colmar sus más profundos anhelos. Incluso tuvo del noble griego un hijo, Leónidas, que fue su preferido.

Los primeros tiempos del matrimonio transcurrieron en la isla de Tinos, en el Egeo, donde el padre de Zeotoky era gobernador. El lugar era más pequeño y humilde que el solar familiar de Venningen, pero a *lady* Jane no le importó. Embebida en la afición por la arqueología, realizaba frecuentes excursiones a otras islas, donde hallaba el trasfondo ideal para su romance. No podemos saber el tiempo que podría haber durado aquella existencia dichosa, pero lo cierto es que su final se inició cuando, en 1844, Zeotoky fue nombrado ayuda de campo del rey Otto en Atenas. Si para los griegos *lady* Jane era un personaje cautivador que derrochaba gracia y dinero, para la reina Amalia no pasaba de ser una extranjera con cuyo brillo no estaba dispuesta a competir. No era ciertamente una situación fácil ni cómoda y sus consecuencias comenzaron a repercutir en la vida del matrimonio.

En el verano de 1846, Zeotoky y *lady* Jane se trasladaron a Toscana para pasar unas vacaciones en el palacio de Bagni di Lucca. Tendría que haber sido una ocasión perfecta para recuperar siquiera una parte de lo perdido, pero se convirtió en el escenario de un drama que aniquilaría la convivencia conyugal. Una mañana, Leónidas, que contaba a la sazón seis años de edad, cayó desde el balcón de un tercer piso y se mató de manera instantánea.

Abrumada por el dolor, *lady* Jane comenzó a culparse por toda su existencia anterior, una existencia en la que consideraba que no se había comportado con sus hijos de la manera más apropiada en una madre. Al poco tiempo, psicológicamente destrozada, se separó de Zeotoky. La existencia de *lady* Jane iba a resultar amarga y solitaria durante los años siguientes.

El general Hadji-Petros

De aquella dolorosa situación emergió en 1851 cuando conoció en la corte ateniense a un general de sesenta años llamado Jristos Hadji-Petros. En sus orígenes, Hadji-Petros había ejercido el bandidaje en la zona de Grecia cercana a Albania pero durante la guerra de independencia contra los turcos había demostrado un celo patriótico que lo había redimido públicamente, permitiéndole convertirse en una especie de héroe nacional. Divorciada de Zeotoky, *lady* Jane vendió sus propiedades y se trasladó a Lamia, donde Hadji-Petros tenía su base. Durante los meses siguientes, la inglesa se adaptó extraordinariamente bien a una vida que muy poco se diferenciaba de la del miembro de una partida de bandoleros. Estaba enamorada y había aceptado la propuesta de matrimonio del anciano general cuando la reina Amalia decidió cruzarse en su camino. A juicio de la soberana, un personaje de la corte no podía convertirse en amante de semejante mujer y, por lo tanto, maniobró para que Hadji-Petros fuera destituido de su cargo.

La respuesta del veterano militar no fue, seguramente, la que más podía complacer a *lady* Jane. En una misiva dirigida a la reina Amalia reconoció que era amante de la inglesa, pero insistió en que aquella relación tenía como verdadera causa el interés económico y no el amor. A fin de cuentas, argumentaba él, ya había llegado a una edad avanzada, era pobre y tenía que hacer frente a no pocas obligaciones económicas relacionadas con sus hijos. La carta no impresionó a la reina Amalia, quizá porque consideró que no existía ninguna razón que justificara mantener relaciones con aquella desagradable inglesa. Convencida de lo conveniente de su actitud, la soberana mantuvo a Hadji-Petros en desgracia. Ante aquella respuesta, el general optó por dirigirse a Atenas con *lady* Jane.

Pensaba contraer matrimonio con ella y, seguramente, garantizarse un futuro sin sobresaltos financieros. Sin embargo, el enlace nunca tuvo lugar.

Lady Jane había dado repetidas muestras a lo largo de su vida de escuchar la voz del amor por encima de cualquier otra consideración. Es posible que hubiera aceptado las excusas del general relacionadas con la carta enviada a la reina Amalia, pero cuando supo que el veterano guerrero había intentado seducir en repetidas ocasiones a Eugénie, su sirvienta, consideró que el vaso estaba más que rebosante. En abril de 1853, sin avisar a nadie, *lady* Jane abandonó Grecia acompañada de su criada.

Hacia una nueva vida

Durante casi tres décadas, *lady* Jane había dado muestras más que sobradas de ser una mujer profundamente emancipada. Aunque sus acciones no venían impulsadas por una conciencia social o una ideología política concretas sino, más bien, por la fuerza de su corazón, poco puede dudarse de que había actuado con absoluta libertad siguiendo únicamente aquellos caminos que había considerado más oportunos y deseables. El resultado global, empero, no podía calificarse de alentador precisamente. A poca distancia del medio siglo de vida, se sentía cansada y deseosa muy especialmente de que sus aventuras hubieran llegado a un final reparador.

Con todo, a lo que no había renunciado en absoluto *lady* Jane era a su visión romántica de la vida. Había leído *Eothen* y la novela de Kinglake la había impulsado a viajar a las montañas de Siria con la intención de relajarse y encontrar una paz de la que no puede decirse que hubiera estado sobrada en los últimos años. La idea en apariencia era excelente pero pasaba por alto un aspecto ciertamente esencial, el de que en esa precisa época Líbano y Siria eran las zonas más inseguras de todo el Imperio otomano. La administración turca podía garantizar un cierto dominio de su despotismo en algunas grandes ciudades como Damasco, pero el campo era el feudo de distintas tribus de beduinos que se complacían en convertir el pillaje no sólo en una manera de ganarse

la vida sino más bien de existir.

Tampoco anduvo muy acertada *lady* Jane en la paz que esperaba encontrar por lo que a aventuras amorosas se refería. Apenas llevaba un mes en Oriente Medio cuando, cabalgando a orillas del río Jordán, se encontró con un beduino que resultó llamarse Saleh. Hacía muy poco que había concluido su última aventura amorosa y no precisamente bien, pero esa circunstancia no evitó que *lady* Jane se enamorara de Saleh. Como indicaría en uno de sus cuadernos de viaje, esa circunstancia la llevaba a sentirse «como si tuviera quince años», e incluso a pensar en contraer matrimonio con él. No obstante, antes de dar este paso, *lady* Jane deseaba visitar la ciudad de Palmita, una urbe cuyos restos ya había contemplado con anterioridad otra ilustre aventurera británica, *lady* Hester Stanhope. Así, con la finalidad de preparar la expedición, *lady* Jane se trasladó a Damasco.

La antigua capital de los califas omeyas entusiasmó a *lady* Jane. Ciertamente, ya no era ni una sombra de lo que había sido en el pasado, pero a ella le pareció preñada de un encanto indescriptible. Claro que su opinión positiva sobre Oriente Medio en general y sobre Damasco en particular distaba mucho de ser compartida por otros occidentales. No resulta, por tanto, extraño que el cónsul británico en la ciudad intentara convencerla de que viajar a Palmira era una locura. Quizá el funcionario contaba con notables dotes de persuasión, pero el objeto de sus esfuerzos resultaría demasiado arduo para él.

Aparece Abdul Medjuel el Mezrab

Lady Jane podía sentirse cansada de la forma de vida que había llevado en los últimos años, pero eso no la había convertido en una persona fácil de convencer. Deseaba ir a Palmira y eso era lo que iba a hacer. Finalmente, cuando el cónsul se vio incapaz de disuadirla, optó por encontrarle un guía capaz procedente de los mezrab, la misma tribu que en su día había llevado a *lady* Hester Stanhope hasta la centenaria ciudad.

Los mezrab eran una tribu pequeña que no superaba el centenar de tiendas y que dependía para su subsistencia de la alianza con

otras tribus. Sin embargo controlaban la zona de desierto en torno a Palmira y esa situación les otorgaba una importancia inesperada y quizá incluso desproporcionada.

Al final, el guía ideal lo encontró el cónsul en la persona de Abdul Medjuel el Mezrab, hermano menor del jeque de la tribu. Abdul Medjuel carecía de un aspecto físico que llamara la atención —gente que lo conoció después diría de él que era un «simple hombrecillo», y por aquella época debía de haber superado los cuarenta años— pero no estaba exento de cualidades notables. De hecho, mostrando una imponente diferencia con otros beduinos, Abdul Medjuel podía hablar varios idiomas y sabía leer y escribir. Incluso, aunque la forma de vida de occidental se diferenciaba enormemente de la suya, distaba mucho de contemplarla con el desprecio que caracterizaba a muchos de sus paisanos.

Su misma reacción frente al comportamiento de *lady* Jane pone de manifiesto que era un hombre que se salía de los patrones de conducta corrientes. En puridad, un varón musulmán —y más si disponía de cierta alcurnia— no se hubiera rebajado nunca a trabar amistad con un ser que no sólo era extranjero sino que además, de acuerdo con la ley islámica, tenía exactamente la mitad de valor judicial y testamentario que un hombre. Para remate, la inglesa se permitía incluso revelar sus sentimientos hacia Saleh y su intención de contraer matrimonio con él en cuanto regresara de Palmira. Semejante conducta puede parecernos hoy normal en Occidente, pero en aquel contexto no pasaba de ser un comportamiento que debía interpretarse como una lastimosa muestra de desvergüenza femenina. Abdul Medjuel no sólo no se sintió repelido por aquella mujer venida de lejanas tierras sino que incluso al cabo de unos días, enamorado completamente de ella, la solicitó como esposa.

No es que *lady* Jane no encontrara buenas cualidades en Abdul, pero su pretendiente era un hombre casado y con hijos —algo que en absoluto representaba un problema para él, ya que el islam acepta la poligamia—, y además aún estaba enamorada de Saleh. Cortésmente, por lo tanto, rechazó su ofrecimiento.

La negativa no provocó ningún tipo de malos sentimientos en Abdul. De hecho, cuando el grupo fue atacado por una banda de beduinos y todos los miembros de la comitiva de *lady* Jane huyeron para salvar la vida, Abdul permaneció a su lado dispuesto a

defenderla. El hecho de que él solo consiguiera poner en fuga a los atacantes impresionó ciertamente a la inglesa, pero no lo suficiente para arrancar a Saleh de su corazón.

Palmira agradó a *lady* Jane, pero no pasó de ser un descanso viajero en medio de lo que contemplaba como un episodio previo a su matrimonio con Saleh. De hecho no tardó en dirigirse hacia el campamento del beduino que ocupaba entonces su corazón para contraer el deseado matrimonio. Cuál no sería su sorpresa al descubrir que el muchacho no había tenido ningún problema para olvidarla y, por añadidura, se había casado con una jovencita de dieciocho años de edad.

La distancia entre lo que había soñado y la cruda realidad supuso un duro golpe para *lady* Jane, que decidió paliar el dolor recurriendo a un remedio como el continuar viajando. Durante los meses siguientes se dedicó a viajar por Siria e incluso emprendió un viaje hacia Bagdad con la intención de arrancar de lo más hondo de su ser el recuerdo de un hombre del que seguía enamorada.

No lo consiguió. Sus notas de aquella época nos muestran a una mujer deprimida por el último revés amoroso y atemorizada ante la idea del dolor que ese episodio podría depararle en el futuro.

El tercer matrimonio

En ese estado ciertamente deplorable se mantuvo hasta llegar al territorio de los beduinos mezrab. No resulta fácil saber si buscó expresamente aquel camino o simplemente le vino dado por el destino. Lo cieno es que en él su vida volvió a cruzarse con la de Abdul Medjuel. Al llegar a la localidad de Hama, Abdul Medjuel hizo acto de presencia para regalarle una yegua árabe. El beduino sabía lo que había sucedido con Saleh y, de manera inmediata, había repudiado a su anterior esposa, enviándola, de acuerdo con la ley islámica, de regreso a su familia con toda su dote. Ahora volvió nuevamente a proponerle matrimonio a *lady* Jane y ella aceptó al «simple hombrecillo».

No cabe duda de que *lady* Jane había llegado a la conclusión de que Abdul Medjuel era el tipo de hombre que llevaba buscando desde hacía tres décadas. Sin embargo, una cosa era lo que ella

pensaba y otra bien distinta lo que pudieran opinar sus compatriotas. Cuando solicitó del cónsul, en Damasco, que realizara los trámites pertinentes para la ceremonia matrimonial, el funcionario se negó en redondo. Razones no le faltaban para adoptar esa posición. Por un lado era consciente de que un paso de ese tipo significaría la ruptura total de vínculos entre *lady* Jane y Gran Bretaña; por otro temía —y no le faltaban razones objetivas para ello— lo que podía significar para una mujer el vivir con un beduino. El Corán permite a los maridos golpear a sus esposas o recluirlas de por vida —eso sin contar la pena de muerte por adulterio—, pero a ese elemento religioso se sumaba el de la difícil vida en el desierto, donde los esposos no pocas veces traducían su malestar en maltratos descargados sobre sus cónyuges.

Pero si el cónsul británico temía por la suerte de *lady* Jane, debe también señalarse que las suspicacias no sólo se daban cita en una de las partes. Los mezrab acogieron con profundo desagrado la idea de que Abdul Medjuel pudiera casarse con aquella mujer. Desde su punto de vista no pasaba de ser una infiel, una extranjera y una plebeya, dado que su pertenencia a la aristocracia europea resultaba indiferente para los mezrab, que contaban con sus visiones nobiliarias propias. Podía tolerarse que Abdul Medjuel hubiera repudiado a la esposa anterior, pero que hubiera dado tal paso para casarse con aquel ser pálido e inferior no dejaba de ser una estúpida locura.

Rechazados por unos y por otros, *lady* Jane y Abdul Medjuel acabaron contrayendo matrimonio ante un funcionario turco de Homs. La ceremonia se celebró siguiendo la religión del novio —el islam permite que un musulmán se case con una cristiana o una judía pero no que una musulmana lo haga con un hombre de religión distinta de la suya— y fue precedida por un acuerdo bien revelador. Si en algún momento Abdul Medjuel se sentía insatisfecho sexualmente con *lady* Jane, podría tomar las esposas adicionales que estimara conveniente.

Seguramente recordando la experiencia que había atravesado con Hadji-Petros, *lady* Jane sospechó en algún momento que Abdul Medjuel hubiera contraído matrimonio con ella por dinero. No tardó en comprobar que el beduino no deseaba un solo céntimo que procediera de ella. Precisamente queriendo enviar a sus familiares

algún dinero, Abdul Medjuel prefirió separarse de su esposa para encontrar pastos a sus rebaños que aceptar ninguna cantidad de ella. Se trató de un periplo que se extendió a lo largo de varios meses, como corresponde a ciertas formas de cría de ganado, y *lady* Jane aprovechó la ausencia de su marido para regresar a Inglaterra a fin de ver a su familia después de dos décadas.

Regreso a Inglaterra

Volvió a pisar territorio británico el 19 de diciembre de 1856. No llegaba, desde luego, en el mejor momento para que la idea de un matrimonio interracial encontrara buena acogida. Si la victoria en la guerra de Crimea había excitado sobremanera el sentimiento de superioridad nacional, la rebelión de los cipayos en la India —en el curso de la cual las atrocidades cometidas por los nativos contra mujeres y niños británicos fueron realmente espeluznantes— había acentuado no menos la creencia en que los pueblos indígenas no eran sino un conjunto de bárbaros incapaces de apreciar la civilización e inclinados casi por naturaleza a la brutalidad. El que una inglesa pudiera en esa misma época casarse con el miembro de una tribu de beduinos sólo podía ser contemplado como un disparate cuya calificación concreta iba de estúpido a extravagante. Guiados por un deseo de no alterar más unas relaciones que no habían destacado por su cordialidad, los familiares de *lady* Jane apenas se refirieron a la peculiar boda.

Durante la primavera siguiente, *lady* Jane cumplió cincuenta años, y lo hizo con un sentimiento de especial calidez en su corazón. Estaba enamorada, profundamente enamorada, y no abrigaba ninguna duda de que esta vez —¡por fin!— había encontrado al amor de su vida. Antes de que concluyera la estación abandonó su país natal en dirección a Beirut. Jamás regresaría a la tierra donde había visto la primera luz. No lo lamentó ciertamente.

El reencuentro con el amado

Apenas su barco atracó en Oriente Medio, *lady* Jane cabalgó sin descansar toda una noche para reunirse con su amado en Damasco.

El beduino se le había adelantado y su corazón albergaba unos sentimientos no menos intensos hacia ella.

Dispuesta a no abandonar jamás aquella parte del mundo, Abdul Medjuel y ella decidieron dividir el año en dos períodos de seis meses, durante los que vivirían alternativamente en el desierto con los mezrab y en Damasco. Semejante proyecto entrañaba muchos más peligros —y sacrificios— de los que podría parecer a primera vista. De entrada, Damasco era una ciudad extraordinariamente insegura, especialmente para los occidentales. Apegada a un pasado lejano vinculado a las glorias del islam, contemplaba con profunda repulsión a los cristianos y, periódicamente, prendía en comportamientos violentos en los que los no musulmanes se convertían en las víctimas.

No mejor era la vida en el desierto entre los mezrab. La existencia de todos los beduinos resultaba especialmente dura y más si había que afrontarla desde la perspectiva de una mujer. Las componentes femeninas del clan no sólo eran las encargadas únicas de levantar y desmontar el campamento durante el período de trashumancia de los ganados de febrero a mayo sino que a su cargo corrían tareas como el cuidado de los camellos —incluido el ordeño de las hembras— y, por supuesto, la limpieza, la preparación de las comidas y el lavado de pies de los esposos. Naturalmente, esas tareas no podían ser nunca excusa para mantener un aspecto desaliñado, sino que se esperaba que las mujeres beduinas estuvieran debidamente arregladas; por ejemplo, lavando sus cabellos con orina de camello. *Lady* Jane aceptó todos aquellos deberes y, al parecer, lo hizo sin emitir una sola palabra de protesta, inmersa en una situación en la que el amor le resultaba mucho más importante que cualquier sacrificio. De hecho fue mucho más allá. Deseosa de causar buena impresión a su familia política, no sólo adoptó el atuendo de las beduinas, sino que incluso se tiñó el pelo de negro ya que los cabellos rubios habían sido mal considerados por el profeta Mahoma [3].

Poco sorprende que semejante ejercicio de adaptación le granjeara el respeto, primero, y el afecto, después, de los mezrab. Lejos de ser una europea poseída por los remilgos y por el afán de la comodidad, *lady* Jane daba muestras de saber ser una mujer cuya feminidad alcanzaba las cotas mayores adaptándose a la vida de su

marido. No otra cosa hubieran esperado como digna los mezrab, pero, ciertamente, la tarea no era fácil y menos para alguien acostumbrado a llevar un tipo de existencia bien distinto. Por si fuera poco, en 1860 se produjo un acontecimiento que puso una vez más a prueba el amor que sentía hacia Abdul Medjuel.

Las matanzas de Damasco

En junio de 1860 estalló en el Líbano una cruenta guerra civil, en el curso de la cual los musulmanes estuvieron a punto de exterminar sistemáticamente a la población cristiana, que era más educada, más avanzada y más occidentalizada. El día 9 del mes siguiente, en Líbano explotó una oleada de violencia islámica dirigida también contra los cristianos de la ciudad. En una sola jornada poco menos de seis mil cristianos fueron asesinados a la vez que se incendiaban la mayoría de sus domicilios, casas de religión e iglesias. De hecho, ni siquiera las dependencias diplomáticas fueron respetadas y todos los consulados, a excepción del británico, fueron quemados. El cónsul alemán fue muerto y el de Estados Unidos, herido gravemente.

Aquellos luctuosos hechos fueron acompañados por circuncisiones forzadas de cristianos y por el trágico espectáculo de cristianas que saltaban de tejado en tejado llevando a sus hijos en los brazos para eludir las violaciones en masa que se producían por las calles. De los asesinados, no pocos lo fueron después de habérseles confinado en lugares sagrados, a los que luego se prendió fuego, en una imagen que parecía preludiar algunas de las peores escenas de exterminio llevadas a cabo por los nazis con los judíos durante el Holocausto.

Los orígenes exactos de aquella matanza genocida perpetrada por los musulmanes de Damasco no han quedado del todo esclarecidos. La causa inmediata fue la profanación de unas cruces cristianas por parte de tres jóvenes musulmanes a los que se castigó a barrer las calles del barrio cristiano. El pretender que un musulmán fuera castigado por un delito cometido contra un cristiano que, de acuerdo con el Corán, era un ser inferior implicaba ciertamente una osadía intolerable desde el punto de vista islámico. Además, por añadidura, los ánimos se hallaban ya muy caldeados

entre la población musulmana a consecuencia de los acontecimientos sucedidos en el cercano Líbano. Tampoco puede excluirse una cierta connivencia entre Ahmed, el pachá turco, y los fanáticos. De hecho, algunas de las medidas adoptadas por éste en el curso de la crisis, como la de enviar tropas musulmanas al barrio cristiano, parecen abonar esta tesis.

En medio del indecible drama, sin embargo, hubo alguna manifestación de valor notable que intentó paliar el inmenso dolor creado por la barbarie islámica. El cónsul griego, por ejemplo, mantuvo a raya a los agresores parapetado en el tejado de su vivienda. El emir argelino Abd el Kader, exiliado en Damasco tras combatir contra los franceses, convirtió su casa en una especie de santuario para proteger a los cristianos, y un ejemplo similar fue el seguido por *lady* Jane.

El hecho de ser la esposa de un musulmán prestigioso la colocaba a salvo de la agresión, y eso a pesar de que, por aquellas fechas, se manifestaba abierta y convencidamente como cristiana. De hecho, el respeto que se había ganado entre la comunidad islámica le otorgaba una consideración mucho mayor. Así, nadie se atrevió a importunarla cuando comenzó a recorrer las calles de Damasco con la intención de salvar a todos los cristianos que pudiera hallar.

La llegada, durante las semanas siguientes, de contingentes armados enviados por las diferentes potencias europeas fue el factor que, finalmente, garantizó la seguridad de los cristianos en el Líbano. No sólo eso. Presionados por la presencia occidental, los turcos incoaron acelerados expedientes para ventilar responsabilidades. Así, a mediados de agosto se procedió a la ejecución de ciento setenta y ocho soldados y funcionarios turcos que habían intervenido activamente en las matanzas y entre los que se encontraba el propio pachá Ahmed. Tampoco los árabes de Damasco escaparon al castigo. Se procedió a incorporar a las filas del ejército turco a todos los que se hallaban en edad militar. En adelante, la ciudad no volvería a sufrir estallidos de violencia semejantes.

La dicha

Los siguientes años de la vida de Abdul Medjuel y *lady* Jane estuvieron teñidos por el sutil color de la dicha y, sin embargo, cuesta trabajo decir que se pudieran calificar de fáciles. En 1873, por ejemplo, el matrimonio participó en una batalla sostenida entre diversas tribus de beduinos en la que los mezrab no sólo fueron derrotados sino que sufrieron terribles pérdidas. A esto se unió la muerte de Schebibb, el hijo preferido de Abdul Medjuel, lo que le hundió en un terrible pesar para el que parecía no poder hallar consuelo. Incluso el mismo Abdul Medjuel estuvo a punto de perecer a causa del cólera, y si salvó la vida, se debió a que le aplicaron el método beduino de tratamiento, es decir, la aplicación de una barra de hierro al rojo en la cabeza, repetida cuatro veces.

Sin embargo, a pesar de esas dificultades y de las ya cotidianas de la vida de una beduina en el desierto, tanto los papeles privados de *lady* Jane como los testimonios de las personas que la conocieron en esa época dejan de manifiesto que era una mujer feliz y que esa dicha emanaba del enamoramiento que seguía albergando hacia su esposo. Con más de sesenta años se describía a sí misma como una mujer apasionada que experimentaba el mismo ardor en sus sentimientos que si sólo hubiera contado diecisiete. En cuanto a su esposo, lo presentaba a amistades, conocidos y visitantes con una mezcla de arrobo, enamoramiento y admiración. Para muchos no pasaba de ser un bárbaro incapaz de apreciar lo que *lady* Jane le daba, e incluso no dejaban de maravillarse por sus malas maneras durante las comidas o por su aspecto aparentemente insignificante. *Lady* Jane no se dejaba influir por aquellas consideraciones y repetía con un entusiasmo profundo lo enamorada que estaba de su esposo, el que, sin duda, era el amor de su vida.

El 11 de agosto de 1891, *lady* Jane murió finalmente en Damasco, la ciudad que había sido testigo de su valor, de su felicidad y, sobre todo, del amor que había sentido hacia Abdul Medjuel. En su tránsito hacia el más allá —un más allá que esperaba benévolo ya que en las últimas décadas había regresado al cristianismo de su infancia con sólida convicción— había sido precedida por un hombre al lado del que había hallado todo lo que no pudieron entregarle ni el lujo ni la vida emancipada ni la pompa de las cortes europeas. Habían sido totalmente el uno para el otro y, a pesar de lo contemplado en su contrato matrimonial, él nunca

había necesitado tomar otra mujer porque *lady* Jane no le colmara de una plena satisfacción.

Bibliografía comentada

Lady Jane Digby ha sido un personaje que no ha disfrutado de toda la atención que merece. Las razones, como tantas otras veces, han estado muy vinculadas al sentimiento de lo políticamente correcto. Para mucha gente con puntos de vista conservadores, la idea de que una mujer pudiera abandonar definitivamente Occidente para unirse a un beduino con el que además cometió el nefando pecado de ser feliz era sencillamente incomprensible cuando no repugnante. Sin embargo, los —y especialmente las— progresistas aún han visto con peores ojos a *lady* Jane. Durante la primera parte de su vida, la inglesa podía ser presentada como un ejemplo de mujer emancipada, libre y entregada a distintos amantes. Que abandonara ese destino envidiable —destino que, desde luego, no le proporcionó una felicidad duradera— para convertirse en una beduina sumisa y, sobre todo, dichosa resultaba sencillamente horripilante.

Con todo, el personaje es tan extraordinario que no podía pasar inadvertido. Simmons le dedica uno de los mejores capítulos de su libro y Margaret Fox Schmidt escribió una notable biografía titulada *Passions Child: The Extraordinary Life of Jane Digby*, Nueva York, 1976. A pesar de todo, a nuestro juicio el texto biográfico más interesante es *The Odyssey of a Loving Woman*, Nueva York, 1936, de E. M. Oddie. En esa obra se consignan, por ejemplo, documentos, como los relacionados con los diarios de *lady* Jane Digby, que se perdieron con posterioridad pero, sobre todo, se analiza su peripecia desde la perspectiva más correcta, la de una mujer que, fundamentalmente, buscó el amor.

CAPÍTULO CUARTO

Los Blunt, un matrimonio de exploradores

Wilfrid Blunt

y su esposa, **Arme Blunt** (1881, © Royal Geographical Society, Londres).

El año de 1877 estaba a punto de alcanzar su fin cuando un joven matrimonio británico llegó a la ciudad de Alepo, una localidad que se hallaba inscrita dentro de los extensos límites del Imperio otomano. A decir verdad, no era aquélla una época especialmente tranquila como para dedicarse a viajar por aquellos territorios mal regidos desde Constantinopla. La cascada de acontecimientos negativos que se habían abatido sobre los turcos durante los últimos años habían llevado su sistema político al borde del colapso. A mitad de la década, la economía turca presentaba un panorama desolador. Baste decir que los intereses de su deuda externa superaban la mitad de su producto interior bruto. La inestabilidad económica sólo había servido para aumentar las disensiones entre las etnias del imperio y, por supuesto, las que se consideraban sometidas, no sólo en un sentido político, sino también religioso, fueron las primeras en manifestar su descontento de manera directa. En 1876, Serbia y las otras provincias cristianas situadas en Europa se levantaron contra el dominio turco, convencidas de que, llegado el momento de la verdad, el Imperio ruso acudiría en su ayuda. Ciertamente, el zar lo habría deseado por una mezcla de razones idealistas y territoriales —de hecho no fueron pocos los voluntarios rusos que apoyaron a los rebeldes—, pero las potencias occidentales no estaban dispuestas a permitir una expansión del poder ruso y, al fin y a la postre, los sublevados se encontraron solos y fueron despiadadamente aplastados por fuerzas irregulares turcas. El éxito represivo fue acompañado por una repercusión internacional acentuadamente negativa. El liberal Gladstone insistió especialmente en denunciar las atrocidades que los musulmanes turcos habían cometido en Bulgaria. No resulta extraño que, a pesar de la visión negativa de las potencias occidentales, el zar Alejandro amenazara con desencadenar una guerra contra el Imperio otomano.

Por añadidura, el sistema había quedado severamente tocado y en 1877 Midhat Pasha, dirigente del partido liberal, provocó una

revolución en Constantinopla que acabó con el derrocamiento del sultán Abdul Aziz. Murad, el heredero del sultán, le sucedió a la vez que se proclamaba una Constitución. Fue un reinado breve. Declarado demente, Murad fue sustituido por Abdul Hamid mientras se reunía un Parlamento que pretendía garantizar la tolerancia religiosa en el imperio. En paralelo, el zar declaró la guerra a los turcos.

Pretender en este contexto recorrer Mesopotamia y llegar a la ciudad de Bagdad, como tenía intención de hacer la pareja recién llegada a Alepo, podía resultar un proyecto tentador pero, desde luego, exento de prudencia. Sin embargo, los Blunt, que era el nombre del matrimonio, formaban, sin lugar a dudas, un dúo singular.

Un enlace perfecto

Wilfrid Scawen Blunt había nacido el 17 de agosto de 1840 y su padre, Francis Blunt, había pertenecido al contingente inglés que había combatido en la península Ibérica durante la guerra de Independencia española. Aunque la familia poseía unos cuatro mil acres de tierra, lo cierto es que esa circunstancia no implicó un mínimo desahogo económico para Wilfrid. Por un lado, la mayor parte del terreno era pobre y, por otro, Francis Blunt murió cuando el niño sólo tenía dos años. El resultado fue una infancia marcada por la inestabilidad, en el curso de la cual su madre no dejó de desplazarse por Europa con sus tres retoños.

Las dificultades no faltaron, y eso explica, al menos en cierta medida, que la madre de Blunt se volviera hacia la religión en busca de consuelo y esperanza. Ese proceso llegó a su final cuando en 1851 la mujer se convirtió al catolicismo. Una de las primeras consecuencias de ese paso fue que Wilfrid Blunt se educó en colegios católicos. No fue una experiencia grata en el sentido de que tuvo que encontrarse con gente que le intimidaba, pero tampoco dejó de ser fecunda. Durante aquellos años fue creciendo en su interior una simpatía, que no llegaría a abandonarlo nunca, hacia los desvalidos.

Cuando tenía dieciocho años, Wilfrid Blunt superó las pruebas para entrar en el cuerpo diplomático y comenzó una carrera como funcionario británico en el exterior que se extendió durante algo más de una década. A lo largo de ese período de su vida —sobre el que no le gustaba hablar mucho— conoció Atenas, Constantinopla, Lisboa, Madrid, París y Frankfurt. Se trató de una época relativamente tranquila de la política europea en la que no se produjeron guerras ni revoluciones de relevancia y Blunt se dedicó a pasatiempos más gratificantes, como los amoríos. En medio de esa sucesión iba a destacar Catherine Walters, una cortesana famosa y

refinada que acogía en sus fiestas a personajes de la relevancia de William Gladstone, el primer ministro británico. Catherine ocuparía el corazón de Blunt durante un cierto tiempo e incluso llegó a inspirarle la redacción de algunas poesías amorosas. Con todo, Blunt convertiría en esposa suya a una mujer muy diferente.

La futura misstress Blunt tenía como nombre de soltera el de *lady* Anne King Noel. Se conocieron en Florencia cuando ella contaba tan sólo veintinueve años y no podía negarse que estaba adornada por notables virtudes. Desde luego, tenía un atractivo físico. Nieta de lord Byron, había pasado buena parte de su vida en el continente europeo y hablaba correctamente, además del inglés, el francés, el alemán, el italiano y el español. Sus dotes intelectuales no se limitaban empero al terreno de la lingüística, sino que se extendía también al dominio del violín y a una capacidad extraordinaria para el dibujo. Su renta anual superaba las tres mil libras —más de cuatro veces la disfrutada por Blunt— pero, con todo, fueron otros factores los que atrajeron poderosamente la atención del diplomático.

Para empezar se hallaba su hermosura. Décadas después, Blunt recordaría la grácil belleza que Anne tenía en aquellos años, asemejándola a la de las aves más hermosas. A esto se añadía una castidad con la que Blunt no se había encontrado previamente en sus tratos con otras mujeres y, sobre todo, un temple que se demostraría indispensable en los años siguientes. El 8 de junio de 1869, Wilfrid Blunt y *lady* Anne King Noel contrajeron matrimonio en Londres. Seis meses después partían para visitar lugares tan exóticos como España, Argelia o Constantinopla.

Fueron años de viajes apasionantes y de vida familiar no tan fecunda. A los dos meses de la boda, *lady* Anne padeció su primer aborto. Era sólo el inicio de una cadena, larga y penosa, de intentos de asegurarse la descendencia. Un año después dio a un luz un niño, pero sólo para sufrir al cabo de unos días su muerte. En 1872 alumbró dos niñas gemelas, de las que una expiró inmediatamente y la otra pasó a mejor vida al cabo de unos días. Ese mismo año, sin embargo, la suerte del matrimonio comenzó a cambiar.

La fortuna cambia

En 1872, el hermano mayor de Blunt falleció, y esa circunstancia le convirtió en dueño de una fortuna familiar. Además, *lady* Anne volvió a quedar encinta y el 6 de febrero de 1873 dio a luz a una niña que, esta vez sí, sobrevivió. La afortunada criatura recibió el nombre de Judith Anne Dorothea.

Durante el invierno de 1875-1876, los Blunt, que ya disfrutaban de una notable fortuna, se hallaban en Egipto. Todo sucedía justo en la época en que Disraeli, el primer ministro británico, aprovechaba la pésima situación económica de Ismail, el jedive de Egipto, para adquirir una parte de las acciones del canal de Suez y sentar las bases del dominio de Gran Bretaña en la zona. A diferencia de muchos de sus conciudadanos, Blunt distó mucho de contemplar aquel acontecimiento bajo una luz positiva. Por el contrario, tuvo la certeza de que se trataba de un anuncio del peor agüero para Egipto, una nación por la que sentía una inmensa simpatía a pesar de que no podía contemplar su corrupción estatal más que con un notable disgusto.

La culminación de aquel viaje fue la travesía de la península del Sinaí en dirección a Jerusalén. Incluso considerada como una peregrinación, los riesgos que afrontó el matrimonio resultaron excesivos. Durante el paso por la península, sus provisiones de agua se acabaron y estuvieron a punto de morir de sed. De no haber sido por su conocimiento —rudimentario, no obstante— del árabe y por su resolución, el matrimonio habría perecido. Quizá aquella experiencia habría disuadido a cualquier viajero de llevar a cabo expediciones en aquella parte del globo. Desde luego no fue el caso de los Blunt.

El viaje a Mesopotamia

A finales de noviembre de 1877 volvieron a abandonar Gran Bretaña sin un plan concreto que fuera más allá de visitar Bagdad, la antigua capital del califato abasida, y de recorrer algunos lugares poco conocidos de Mesopotamia. Al mes siguiente, como ya señalamos antes, los Blunt se encontraban en Alepo, Siria. Durante un mes no pudieron abandonar la ciudad a causa de las tormentas,

pero esa obligada inmovilidad no dio un fruto negativo. El cónsul británico, un diplomático experimentado de nombre Skene, les insistió para que aprovecharan la oportunidad y viajaran extensamente por la zona delimitada por los ríos Tigris y Éufrates.

Finalmente, el 9 de enero de 1878 los Blunt salieron de Alepo. Apenas tardaron veinticuatro horas en encontrarse con el desierto y descubrir a los primeros beduinos. Luego vino el río Éufrates y una pradera de color esmeralda en torno a la cual hormigueaban las más variadas especies animales, sin excluir a los leones.

El 17 de enero llegaron a la ciudad de Deyr, donde un destacamento de soldados turcos los recibió en nombre del pachá Husayn. Resultaba obvio que, más que por cortesía, su acción venía motivada por el deseo de controlar a dos ciudadanos de una potencia occidental que, llegado el caso, podía convertirse con facilidad en enemiga. Los Blunt aceptaron aquella forzosa hospitalidad que supervisó cada uno de sus pasos mientras permanecieron en aquel enclave. Quizá la situación habría resultado peor de no haber ido en su compañía el cónsul Skene.

Diez días después lograron obtener un permiso para abandonar el lugar. Skene volvió a Alepo y los Blunt se sumaron a una caravana que se dirigía a Bagdad llevando algodón curiosamente fabricado en Manchester. Algún tiempo después contemplaron pozos petrolíferos en las cercanías de Hitt. Por supuesto, los Blunt ignoraban la prodigiosa utilidad que en el futuro tendría aquella «agua negra». No era, desde luego, el último prodigio que contemplarían antes de alcanzar Bagdad. De hecho tuvieron que sufrir una espantosa nevada que no sólo heló la tienda de campaña de los Blunt sino que incluso convirtió la barba y el bigote de Wilfrid en un montón de carámbanos. No resulta extraño que la llegada a Bagdad fuera contemplada por el matrimonio con un auténtico alivio.

En busca de los beduinos

Como era habitual en ellos, los Blunt se dirigieron a la residencia del cónsul británico. Fue allí donde se enteraron de que las tropas del zar habían llegado hasta las puertas de Constantinopla. Si no habían entrado en la capital del Imperio otomano se había debido

sobre todo a las presiones británicas. El resultado era que los imperios ruso y otomano habían suscrito una paz que consagraba la independencia de buena parte del territorio europeo ocupado por los turcos desde hacía siglos.

El interés de aquellas noticias, que ponían de manifiesto la manera en que el Imperio otomano se estaba cuarteando, no sirvió para compensar la decepción que los Blunt sintieron al conocer Bagdad. Ciertamente, la ciudad había sido un emporio durante el califato de los abasidas pero hacía siglos que había entrado en un proceso de decadencia creciente al que habían contribuido en no escasa medida las terribles epidemias. En aquellas fechas, la población de la ciudad apenas llegaba a los ochenta mil habitantes.

Aburridos y decepcionados, los Blunt abandonaron Bagdad el 24 de febrero con la intención de entrar en contacto con algunos caudillos beduinos. Da idea de lo atrevido de sus intenciones que el matrimonio no disponía de guías ni intérpretes. Sin embargo para ellos aquel viaje resultó una sucesión ininterrumpida de disfrutes. El desierto experimentaba su época de floración, por lo que la vista podía recrearse en un paisaje cubierto de hierba y flores. Además, Blunt, que era un notable cazador, no dejaba de cobrar piezas.

Vestidos a la usanza árabe, Wilfrid y Anne se presentaban ante los beduinos como «ingleses de alto rango». En general, sus impresiones sobre los árabes resultaron positivas y aparecen teñidas de una estima especial por la manera en que mantenían claras distinciones de estatus social. De entre todos aquellos habitantes del desierto, ninguno les causó una impresión más profunda que Faris, uno de los dos jeques más importantes de la tribu Shammar. *Lady* Anne lo definiría como un «caballero del desierto» y, en buena parte, hay que reconocer que no le faltaba razón en su apreciación. De hecho, Faris vio en el matrimonio a seres iguales a él, e incluso ofreció convertirse en hermano de sangre de Wilfrid, un rito que consistía en tomar con la mano izquierda el cinturón del otro y pronunciar un juramento de fraternidad «para hoy y siempre» alzando las diestras. Wilfrid aceptó y entonces Faris pasó a denominar «hija» a *lady* Anne y les ofreció regalarles camellos y tiendas para que permanecieran siempre entre ellos.

Se trataba de un ofrecimiento sincero, pero los Blunt permanecieron tan sólo una semana más con la tribu de Faris.

Escoltados durante algunos kilómetros por el jeque y algunos de sus beduinos, emprendieron el camino hacia Deyr. Allí llegaron al cabo de algunos días, aunque se quedaron poco tiempo ansiosos como estaban de viajar hasta las ruinas de Palmira. Un joven llamado Mohammed ibn Aruk, hijo menor del jeque de una aldea cercana a la localidad citada, iba a acompañarlos como guía durante los siguientes meses. Tras visitar Palmira, los Blunt tomaron la decisión de marchar hacia el sur, para encontrarse con los beduinos anazeh. Fue así como dieron con una concentración de beduinos cuyo jefe era un tal Jedaan. A diferencia de Faris, este personaje les resultó a los Blunt extremadamente egoísta y centrado en sí mismo, de modo que resultó un alivio perderlo de vista al cabo de unos días.

Se dirigieron entonces hacia el campamento de los beduinos rowalla. Tras atravesar una pequeña cordillera, el 14 de abril se dieron de manos a boca con el citado lugar. Los Blunt lo calificarían posteriormente como «el espectáculo más maravilloso» del desierto y resulta difícil negar que tenían razón. Con un número de tiendas que superaba las veinte mil, en aquel sitio se concentraban más habitantes que en toda Bagdad y que en no pocas ciudades conocidas. Durante varios días, los Blunt fueron objeto de la hospitalidad del gran jeque Sotamm ibn Shaalan.

En los cuatro meses siguientes, el matrimonio continuó visitando tribus beduinas de la zona, hasta que, finalmente, pusieron rumbo a Damasco. La noche antes de llegar a la ciudad Blunt quiso entregar a Mohammed ibn Aruk el pago convenido por sus servicios, pero el muchacho se negó a recibirlo. A cambio acabó aceptando un rifle Winchester que el británico llevaba consigo.

El regreso al desierto

Tras una breve estancia en Damasco, los Blunt se dirigieron a Beirut, una ciudad donde volvieron a experimentar —¡con horror!— los modos occidentales. El matrimonio se había adaptado de tal manera a las costumbres árabes y había encontrado en ellas tal satisfacción que no pudo dejar de contemplar aquellos comportamientos —que, por otra parte, habían sido los suyos durante décadas— como un signo de decadencia moral. En un libro que escribiría tiempo después y al cual contribuiría su esposo, *lady*

Anne retrataría a los beduinos como un pueblo sabio de una manera natural, así como muy superior éticamente. La verdad es que los Blunt sufrían, como muchos otros occidentales antes y después de ellos, una curiosa distorsión relativa a los pueblos más atrasados a los que habían conocido y que se habían mostrado con ellos especialmente amistosos y considerados. Por ejemplo, actos tan reprobables como el asalto de bandoleros a las caravanas o las guerras eran contemplados como manifestaciones de una cultura superior de corte caballeresco. La imagen era ciertamente cautivadora, pero ni lejanamente se correspondía con la realidad. Sin embargo explica por qué los Blunt no pudieron permanecer alejados de Oriente Medio durante mucho tiempo.

Una vez en Beirut, zarparon hacia Gran Bretaña llevando consigo seis yeguas árabes que serían el núcleo de la cuadra Crabbet, pero no soportaron mucho tiempo el húmedo y frío país. A finales de 1878 ya tenían ultimado un plan para volver con aquellos seres entre los que creían haber encontrado la nobleza humana en toda su grandeza y sencillez. Ahora deseaban penetrar en el norte de Arabia y llegar hasta Najd, un territorio que no sólo estaba cargado de un sentimiento sagrado para muchas de las tribus beduinas sino que además podía haber sido el lugar donde había nacido el caballo árabe.

Movidos por este propósito, los Blunt llegaron a Damasco y se encontraron con Mohammed ibn Aruk, el beduino que los había acompañado durante la última fase de su viaje anterior. Se daba la circunstancia de que ahora el hijo del jeque tenía el propósito de dirigirse a Najd para tomar esposa. Por lo tanto, sus futuros itinerarios coincidían, y fue desde luego una gran suerte porque corrían tiempos, como ya tuvimos ocasión de ver, en los que el hecho de ser cristiano constituía para muchos musulmanes una verdadera tentación para perpetrar un homicidio. De hecho, antes de salir de Damasco los Blunt visitaron a *lady* Jane Digby y a su esposo Medjuel, así como a Abd el Kader, todos ellos personajes que habían salvado la vida de cristianos durante una de aquellas periódicas matanzas tal y como tuvimos ocasión de narrar en un capítulo anterior.

El 13 de diciembre, finalmente, tuvo lugar la salida de Damasco. Tardaron una semana en alcanzar el desierto tras atravesar algunas

comunidades campesinas. No les faltaron a partir de ahí las sensaciones fuertes. En una ocasión se encontraron con una nube de langostas rojas que oscurecía la luz del sol. Los Blunt no se dejaron espantar por aquella plaga bíblica e incluso aprendieron a disfrutar del alimento que proporcionaban aquellos insectos, especialmente deliciosos, al parecer, cocidos y pasados posteriormente por la sal. También cayeron prisioneros de unos beduinos que los atacaron en el desierto, precisamente cuando los Blunt se hallaban desarmados. Los bandoleros les despojaron de todo, empezando por sus caballos, y luego los condujeron a su campamento con la intención seguramente de aumentar su botín. Fue entonces cuando Mohammed comunicó a los captores de los ingleses que eran protegidos de los rowalla y los bandidos beduinos no tuvieron otro remedio que devolverles todo lo robado. Lamentaron especialmente el haber perdido una presa tan codiciada como las yeguas, pero sabían de sobra que si hubieran causado daño a alguien protegido por los rowalla las consecuencias que se habrían derivado habrían resultado fatales para ellos.

Seguramente, otros europeos hubieran considerado que un episodio así sólo dejaba de manifiesto el primitivismo de aquellos beduinos que no sólo vivían del bandidaje como si se tratara de una actividad honrada y digna sino que además se dejaban disuadir únicamente por el temor a un castigo terrible. En el caso de Blunt, aquella aventura sólo sirvió para confirmarle en sus impresiones sobre los beduinos. Desde su punto de vista, los bandoleros no habían buscado en ningún momento matarlos sino simplemente robarles. Por supuesto, habían recurrido a las armas, pero en cuanto se rindieron concluyó el enfrentamiento. Finalmente, cuando habían sabido de su vinculación con los rowalla los habían puesto en libertad, devolviéndoles todo lo sustraído. Por supuesto, su opinión dista mucho de ser incontrovertible.

El 5 de enero, la expedición llegó a Al Jauf, una población situada a unos seiscientos kilómetros al sur de Damasco, donde los Blunt fueron obsequiados con la danza del sable. Tras abandonar Al Jauf, los Blunt viajaron una treintena de kilómetros hasta un pueblecillo que tenía el nombre de Meskakeh. Éste era precisamente el lugar donde vivía el pariente de Mohammed ibn Aruk, el joven que buscaba esposa. Se trataba de un beduino llamado Nassr, que

los acogió dando muestras de una extraordinaria hospitalidad.

En Meskakeh, los Blunt fueron testigos de una costumbre amorosa casi específica de los beduinos. Se trataba de lo que podríamos denominar el enamoramiento de oídas. Mohammed oyó hablar de una nieta de Nassr llamada Muttra, que tan sólo tenía quince años de edad. Siguiendo las estrictas reglas de conducta islámicas, no se le había permitido ver a la muchacha, pero las referencias que se le habían hecho acerca de ella le habían llevado a enamorarse perdidamente.

Los Blunt aceptaron gustosamente la posibilidad de terciar en las negociaciones matrimoniales. Mientras *lady* Anne conocía y examinaba a Muttra —que le causó una magnífica impresión—, Wilfrid Blunt dirigió el regateo e incluso se ofreció a pagar la suma acordada por la dote, que se estableció en cincuenta libras turcas. Al final, ambas partes firmaron el contrato matrimonial y sellaron solemnemente el compromiso compartiendo un cabrito asado. Al año siguiente, Muttra debería ser enviada a Palmira escoltada por treinta jinetes.

El paso del Nafud

El 12 de enero, los Blunt abandonaron Meskakeh con la intención de cruzar el Nafud. Aunque los acompañaba un guía experto, no puede dudarse de que se trataba del empeño más peligroso acometido hasta ahora por el matrimonio inglés. Aquella inmensa extensión de color rojo brillante, casi carmesí, tenía 56
980 km2
de superficie y representaba, sin duda, un reto extraordinario. La temperatura resultaba tan elevada que los Blunt no tardaron en percatarse de la ausencia de insectos, incluidas las pulgas de sus perros. Simplemente, aquellos minúsculos animalillos no habían podido soportar la elevada temperatura. Claro que tampoco les iba mejor a los animales de mayor envergadura. La superficie del desierto estaba cubierta de unos agujeros en forma de cascos de caballo que recibían el nombre de *fulje*. En aquellas hondonadas encontraron los Blunt desde los esqueletos de una cuarentena de beduinos con sus animales hasta restos de vivientes aislados que no

habían podido soportar la dureza de aquel trayecto.

Tampoco el matrimonio permaneció incólume a aquel clima. Al cabo de siete días, sus camellos comenzaron a desplomarse o a dar muestra de una empecinada desobediencia a la hora de llevar cargas. Simplemente, comprendían que sus posibilidades de supervivencia mermaban pese a tratarse del mamífero mejor adaptado a aquel clima. El panorama acabó convirtiéndose en desesperado y, posiblemente, los Blunt no hubieran podido acabar la travesía de no haber llegado oportunamente la tarde del 19 de enero al oasis de Jubbah. En este codiciado enclave no sólo repusieron fuerzas sino que enviaron cartas de presentación a Mohammed ibn Rashid, el jeque más poderoso de Arabia, que residía en Hail, la capital de Najd.

En Hail

Alcanzaron esa localidad cinco días después. Mohammed ibn Rashid los recibió envuelto en un fasto que recordaba el de *Las mil y una noches*. No sólo vivía en un castillo medieval sino que además se ataviaba con vestiduras importadas de la India y lucía armas repujadas con piedras preciosas. Durante los días siguientes, los Blunt tendrían ocasión de verle administrar justicia en el *mejlis*, visitarían sus jardines —sin duda, una muestra de pujanza tan cerca del desierto— y admirarían sus cuadras. Incluso *lady* Anne obtuvo permiso para visitar el harén y conversar con las mujeres. Las impresiones que recibió de aquel reducto cerrado fueron negativas, pero, curiosamente, no porque significara una consagración de la poligamia sino por la vida mortalmente aburrida a la que se veían sometidas las esposas de Ibn Rashid.

La corte del personaje era, por otro lado, un nido de contrastes. Ibn Rashid poseía, por ejemplo, un teléfono, un invento que había sido creado hacía menos de tres años y que los Blunt no habían tenido ocasión de observar con anterioridad. Esta maravilla de la técnica moderna contrastaba con un sistema de gobierno que Blunt consideraba relacionado por línea directa con el Antiguo Testamento. Asombrado porque los beduinos carecían de policía y de impuestos, a juicio de Blunt el poder del jeque tenía una base

popular y, precisamente por ello, podía retirársele en cualquier momento. La verdad es que el gobierno de Ibn Rashid reproducía un patrón de comportamiento absolutamente medieval que, históricamente, no había estado libre del derramamiento de sangre. De hecho, aunque era cierto, como señalaba Blunt, que cualquier beduino podía dirigirse al jeque de su tribu y participar en su elección, no lo era menos que ésta tenía lugar únicamente en el seno de algunas familias en virtud de un sistema consagrado de culto a la sangre que nada tenía que envidiar al de las más rancias aristocracias europeas en la Edad Media. Por otro lado, la ausencia de policía venía determinada por una simplificación de las normas —no por ello menos opresivas— que colocaba en manos de los beduinos la ejecución de una forma de justicia primitiva y terminante centrada fundamentalmente en el castigo del culpable y, ocasionalmente, en la reparación del daño. En una sociedad más compleja, semejante código simplificado de conducta resultaría sencillamente imposible, pero es dudoso que semejante circunstancia implique una desgracia.

Hacia Bagdad

El 2 de febrero, los Blunt abandonaron Hail, sumándose a una caravana de persas que venía de visitar los Santos Lugares del islam. No fue un viaje agradable. De entrada, para los británicos, los persas eran un pueblo inferior si se los comparaba con los árabes, y su presencia era contemplada con desagrado. Sin embargo, lo peor aconteció cuando al cabo de dos semanas de viaje la mayor parte de los peregrinos comenzó a agotar sus víveres. Los Blunt contaban con reservas para algunos días más, pero no tardaron en encontrarse en la misma desesperada situación. En paralelo, docenas de camellos se desplomaban de hambre para perecer en las arenas del desierto.

Durante seis días —y cerca de trescientos kilómetros—, los viajeros no dispusieron apenas de alimentos. Los salvó de una muerte segura la llegada a la población de Qasr Ruheym. Finalmente, el 6 de marzo el matrimonio hacía su entrada en Bagdad, recibido por un fenomenal aguacero. Sin duda, las experiencias de los últimos meses habían resultado extraordinarias y el más mínimo sentido común aconsejaba regresar. Tal era, de

hecho, el parecer de *lady* Anne. Por el contrario, su esposo ambicionaba llegar al golfo Pérsico cruzando el valle del bajo Éufrates. Su criterio se impuso y a punto estuvo de costarles la vida.

Rumbo al golfo Pérsico

El trayecto constituyó una calamidad desde antes del inicio. Una elección equivocada los llevó a ponerse en manos, no de un equipo competente y seguro, sino de una banda de ladronzuelos sin escrúpulos. Para colmo de males, Blunt contrajo una disentería que le impidió viajar de una manera normal y que le colocó a las mismas puertas de la muerte. Finalmente, tras recorrer más de tres mil quinientos kilómetros, llegaron el 25 de abril al puerto persa de Bushire. El aspecto del matrimonio resultaba tan penoso que los criados del cónsul británico los arrojaron con cajas destempladas de la puerta de su residencia, convencidos de que se trataba de dos miserables mendigos. Por supuesto, aquel comportamiento fue contrastado por Blunt con la exquisita cortesía de que habían sido objeto por parte de los beduinos. De hecho, las malas experiencias de las últimas semanas sólo le habían llevado a confirmar sus ideas sobre la nobleza especial de la raza árabe y su superioridad cultural cuando era contrastada con otros pueblos.

El sueño de la emancipación árabe

Al igual que sucedería posteriormente con T. E. Lawrence, el famoso Lawrence de Arabia, Blunt concibió un sueño de emancipación de los árabes que tendría que pasar forzosamente por su independencia del dominio otomano. También él, al igual que Lawrence, decidió consagrarse a esa causa con todo su entusiasmo. A su juicio, los árabes tenían que romper con los turcos e instaurar un califato con sede en La Meca, un plan que sería retomado varias décadas después por el gobierno británico.

En paralelo a su visión positiva del islam —visión sustentada entre otras cosas en la convicción bastante errónea de que no intentarían convertir Europa, como en la Edad Media—, Blunt fue forjándose una opinión marcadamente negativa del papel que

representaba el Imperio británico. En 1879, por ejemplo, visitó la India y se sintió asqueado ante un sistema impositivo cuya única finalidad, al parecer, era mantener a un número innecesario de funcionarios. Sin duda, Blunt hubiera palidecido de cólera al ver los aumentos de la presión fiscal sufridos por las sociedades occidentales durante el siglo XX para mantener también a unas administraciones elefantiásicas y, generalmente, poco eficaces. Por otro lado no llegó a ver los beneficios —ciertamente reales— de la administración británica en la India. Claro que aquello era sólo el principio, porque cuando en 1881 los británicos decidieron ocupar Egipto tras el estallido de un motín de sus fuerzas armadas, Blunt se declaró totalmente en contra. A su juicio, aquella acción no sólo era injusta sino que ocasionaría un descrédito absoluto de Gran Bretaña en el exterior. La verdad, sin embargo, fue que en el territorio británico prácticamente nadie compartía las opiniones de Blunt.

Durante las décadas siguientes quedó de manifiesto de manera especialmente clara que el valiente viajero se había convertido en un idealista bienintencionado pero sin mucho contacto con la realidad. Cuando en algunos países árabes los sectores más ilustrados comenzaron a adoptar algunos de los aspectos positivos derivados de la administración europea y los peritos en la ley islámica perdieron parte —ni lejanamente la mayoría— de su influencia, Blunt lo contempló como un fenómeno lamentable. A su juicio, los valores islámicos que tanto había admirado en las tribus del desierto eran muy superiores a los que vivían las sociedades occidentales y ese cambio terminaría por ser desastroso para los árabes. Cualquier integrista islámico de la actualidad estaría, desde luego, conforme con ese punto de vista.

Para Blunt, el paso por Oriente Medio había constituido una etapa dorada de su vida que estaba empeñado en mantener viva. Si mientras estaba en Inglaterra insistía en ir ataviado como un beduino, en 1882 adquirió Sheij Obeyd, una casa con jardín ubicada cerca de El Cairo. En aquel lugar intentó recrear una vida árabe tal y como él creía que era, y como muy pocos árabes la disfrutaban en realidad. Así, en el jardín de treinta y siete acres de superficie plantó naranjos, limoneros y albaricoqueros, así como un bosquecillo de palmeras que daba sombra a su cría caballar. Al mismo tiempo impuso el uso del árabe como única lengua de la

villa y obligó a todos los habitantes a lucir esos atuendos, desterrando cualquier vestigio de vestimenta europea.

El fin del matrimonio

Seguramente, no pocos debieron de pensar que los Blunt habían logrado fundar su paraíso en la tierra, un paraíso donde además habían quedado descartadas las huellas de su existencia anterior. Sin embargo, como ha quedado demostrado tantas veces a lo largo de la Historia, el ser humano no puede crear paraísos y cuando logra algo lejanamente similar no suele resultar perdurable. El propio Blunt, que había disfrutado de la abnegada compañía de *lady* Anne a lo largo de décadas y que había acabado por encuadrarla en sus propios sueños de vida árabe, comenzó a buscar la compañía de otras mujeres. Las amantes se fueron sucediendo una tras otra y en no escasas ocasiones aquellos amoríos tuvieron una entidad nada pequeña. Finalmente, en 1900 comenzó una relación con una joven a la que llamaba Merlin —en realidad su nombre era Dorothy Carleton—, y seis años después se la llevó a su mansión inglesa de Crabbet Park. Este hecho fue la gota que colmó el vaso, y se produjo la separación. Sin embargo, a diferencia de otros episodios similares vividos por hombres y mujeres de todos los tiempos, *lady* Anne no parece haberse dejado llevar por la amargura. Durante los años siguientes se escribió con su antiguo esposo y la correspondencia estaría bañada de una sensación grata de amistad, confianza, camaradería y, muy especialmente, recuerdo de los días pasados en compañía en el desierto, una época que *lady* Anne consideraba la más feliz de su vida y que habría deseado que nunca terminara.

Aquella amistad sustentada en el recuerdo de terribles aventuras que habían arrostrado juntos llevó a los dos a intentar una reanudación de su matrimonio en 1915. No salió bien, seguramente porque la distancia que existía ya entre ambos era imposible de salvar.

Habían vivido en un mundo prácticamente reducido a los límites —geográficos, mentales, existenciales— de Oriente Medio. Se trató de un universo que se negaron a abandonar en el último tramo de

su existencia. *Lady* Anne se confinó voluntariamente en su casa egipcia mientras Wilfrid llevaba la vida de un árabe en su solar natal. No saldrían de allí ni siquiera en la hora de la muerte. El 15 de diciembre de 1917, *lady* Anne falleció en El Cairo y recibió sepultura en un cementerio cercano. Wilfrid Blunt la siguió el 10 de septiembre de 1922. Se le dio tierra en su finca de Crabbet Park pero, siguiendo sus rigurosas instrucciones, todo se llevó a cabo al estilo de los beduinos, con sus restos envueltos en una alfombra.

Bibliografía comentada

La mejor biografía de Blunt es, posiblemente, la de Elizabeth Longford, *A Pilgrim of Passion: The Life of Wilfrid Scawen Blunt*, Londres, 1979. Sin embargo hay porciones interesantes sobre el matrimonio en A. Hourani, *Europe and the Middle East*, 1980; K. Tidrick, *Heart-Beguiling Araby*, Cambridge, 1981, y M. Girouard, *The Return to Camelot: Chivalry and the English Gentleman*, New Haven, 1981.

A pesar de todo, la lectura indispensable sobre los Blunt son las obras de *lady* Anne, *Bedouin Tribes of the Euphrates*, Nueva York, 1879, y *A Pilgrimage to Nejd*, Londres, 1885 (existe edición española: *Viaje a Arabia*, Barcelona, Laertes, 1983). Lo mismo puede señalarse de *My Diaries*, Nueva York, 1921, 2 vols., de Wilfrid Blunt. De enorme interés también es su libro *Secret History of the English Occupation of Egypt*. En el mismo, Blunt ya aparece como un personaje acentuadamente crítico hacia las acciones británicas en Oriente Medio.

CAPÍTULO QUINTO

Doughty, el aventurero santo

Charles Doughty (c. 1910, © Hulton Archive / Getty Images).

El 20 de enero de 1926 se celebró en Inglaterra un entierro de escasa relevancia social. Sólo acompañaron al finado hasta su último reposo un grupo de parientes y algunos amigos íntimos. Entre éstos se encontraba un hombrecillo de baja estatura y aspecto poco sugestivo que vestía un modesto uniforme de la RAF, las fuerzas aéreas inglesas. Aquel sujeto sentía de manera muy especial el fallecimiento porque la persona que estaba a punto de recibir sepultura había escrito un libro que había cambiado su existencia y con ella la Historia universal. El anónimo soldado no era otro que T. E. Lawrence, el famoso Lawrence de Arabia, que venía a rendir tributo fúnebre a Charles M. Doughty, el autor de *Travels in Arabia Deserta*.

Un niño débil y estudioso

Doughty había nacido el 19 de agosto de 1843 en Theberton Hall, Suffolk. La estirpe familiar a la que pertenecía estaba marcada por la pertenencia al estado clerical. Su padre era un clérigo anglicano y la misma condición distinguía a su abuelo materno. Sin embargo, esa cercanía con el culto divino no parece haberle otorgado una mayor protección frente a las contrariedades de la vida. Dotado de una salud frágil, perdió a su madre a los pocos meses de nacer y aún no había cumplido los siete años cuando falleció su padre. Incluso un problema de dicción le impidió entrar en la marina británica en 1856, lo que le causó un profundo pesar.

Apartado así de la senda de la gloria militar y, al parecer, nada inclinado al oficio divino, acabó optando por ir a la universidad. En 1861 ingresó en la de Cambridge con la finalidad de cursar estudios de Geología. Por lo que se sabe de aquellos años, Doughty no pasó de ser un estudiante sin amigos, muy encerrado en sí mismo y en sus estudios. A éstos se dedicó con una extraordinaria metodicidad —difícilmente se puede hablar de pasión— durante los años siguientes.

En 1865 nos lo encontramos en Noruega, donde examinó glaciares que nunca había visitado ser humano alguno, para acabar redactando un trabajo sobre los glaciares Jostedalsbreen. Tres años después se había afincado en la Universidad de Oxford, ahora interesado por los orígenes históricos de Inglaterra. En 1872 escalaba el Vesubio para estudiar de cerca una erupción volcánica. Posiblemente, el resto de la vida de Doughty estaba destinado a ser una sucesión ininterrumpida de viajes a lugares geológicamente interesantes pero sin mayor poder de atracción sobre el gran público. El que no fuera así casi resultó fruto de la casualidad. En 1874, Doughty se encontraba en Grecia y, de manera repentina, decidió aprovechar la cercanía geográfica para viajar hasta Oriente

Medio. Aquella ocurrencia cambió su vida.

Viaje a Oriente Medio

Siguiendo la costa del Mediterráneo, Doughty fue atravesando el territorio del Imperio otomano hasta llegar a Egipto. No quedó satisfecho con aquella travesía. En 1875 contrató a un guía beduino y se adentró a lomos de camello por la península del Sinaí. Se trató de un viaje duro que se alargó durante un trimestre pero que en absoluto desanimó al estudioso inglés. Cuando en mayo abandonó el Sinaí, su único objetivo era alcanzar Petra. El empeño resultaba aún más difícil porque Doughty apenas hablaba árabe. Sin embargo, la resolución suplió la falta de conocimientos lingüísticos. De campamento beduino en campamento beduino, fue acercándose a la meta, hasta alcanzarla. Fue entonces cuando le llegaron noticias de la existencia de un enclave desconocido llamado Meddain Salih. La ciudad, de la que se relataban circunstancias ciertamente atractivas, se hallaba tan sólo a diez días de camino, pero el viaje estaba plagado de peligros y lo más seguro era que Doughty no pudiera concluirlo con vida.

La razón de tan tétrica perspectiva hundía sus raíces en la religión que profesaban los habitantes de la zona. Fieles musulmanes, estaban dispuestos a dar muerte a cualquier cristiano que se atreviera a acercarse tanto a las ciudades santas de Medina y La Meca. No obstante, como informaron los árabes a Doughty, existía una manera de poder alcanzar aquel enclave sin riesgo. El camino consistía en llegar a Damasco y allí unirse a cualquier caravana de peregrinos a La Meca. Si se les aclaraba desde el principio que no se tenía la intención de llegar a los Santos Lugares del islam existía una posibilidad razonable de que permitieran que el cristiano se uniera a ellos y así pudiera llegar hasta Meddain Salih.

Semejante perspectiva se le antojó a Doughty extraordinariamente tentadora. En el otoño de 1875 se hallaba en Viena y desde allí escribió a la Real Sociedad Geográfica con la finalidad de solicitar una ayuda económica con la que llevar a cabo la deseada expedición. Aunque pueda parecemos una actitud chocante, los precedentes de otros exploradores a los que ya hemos

hecho referencia en la presente obra le permitían, sin duda, alentar una cierta esperanza. No pasó empero de eso. La carta nunca recibió respuesta y, poco a poco, Doughty llegó a la conclusión de que sólo contaba consigo mismo si deseaba persistir en su intento de llevar a cabo aquel viaje.

Dada la envergadura del proyecto, Doughty no podía mantener su rudimentario conocimiento de la lengua árabe. Por el contrario, resultaba imperativo que adquiriera un dominio notable de la misma para poder viajar con la seguridad de que le entenderían y de que podría entender a las gentes con las que se encontrara. Con la finalidad de dominar la lengua se trasladó a Damasco, y allí pasó un año estudiando. Su profesor era un árabe libanes aunque de religión cristiana, y para lograr una inmersión total en el idioma Doughty se mantuvo resueltamente al margen de la vida de los europeos que había en la ciudad.

Quizá, como había hecho Burton antes que él, Doughty hubiera podido fingirse musulmán, pero desde el principio se negó rotundamente a dar ese paso. Mientras que Burton sentía una cierta simpatía hacia el islam y además disfrutaba llevando a cabo el arte del disfraz, Doughty sentía una profunda repulsión hacia la religión predicada por el profeta Mahoma y no dejaba de considerar moralmente inaceptables ciertas formas de fingimiento. A lo sumo, aceptó tomar un nombre árabe —el de Khalil— cuyo sonido recordaba lejanamente al suyo propio.

Llegado a ese punto, Doughty volvió a intentar conseguir algún respaldo oficial para su viaje y se dirigió tanto a británicos como a turcos. En ambos casos, la respuesta fue una negativa sin posibilidad de apelación. A los británicos no les resultaba nada grata la idea de tener que defender a un compatriota empeñado en llevar a cabo un viaje en el que, tan sólo por razones de identidad religiosa, podía perder la vida. En cuanto a los turcos se refiere, no tenían la menor intención de proteger a un extranjero que no sólo era infiel sino nacional de una potencia que, muy posiblemente, podía haberle enviado a Oriente Medio para llevar a cabo labores de espionaje. Una vez más, Doughty tuvo que enfrentarse con la realidad de que estaba totalmente solo a la hora de llevar a cabo sus propósitos. Sin embargo, para aquel entonces, el inglés estaba tan entusiasmado con su proyecto que nada podía disuadirle de llevarlo

a cabo. Incluso había llegado a la conclusión —un tanto precipitada, por otra parte— de que en las arenas de Arabia se encontraba el origen de la civilización mediterránea y con ella de la mundial.

Hacia Arabia

El 12 de noviembre de 1876, por la noche, Doughty se sumó a una caravana de seis mil peregrinos —y el doble de camellos— que se dirigía a La Meca. Poco acostumbrado, a pesar de sus experiencias previas, al viaje en aquellos animales que se ha dado en llamar los barcos del desierto, el inglés había optado por realizar el viaje a lomos de mula.

Hubiera podido esperarse una cierta fraternidad en aquella empresa religiosa común como la que se desprende de algunos relatos europeos medievales —no deja de ser curioso que Doughty llevara consigo un ejemplar de los *Cuentos de Canterbury* donde se describe una peregrinación a la tumba de santo Tomás Beckett—, pero la realidad desmentía esa presunción con áspera crudeza. La verdad fue que desde el inicio de la marcha Doughty se encontró con una competencia entre los peregrinos que hubiera podido calificarse con toda justicia de verdaderamente letal.

A las cuatro de la mañana, el campamento escuchó el disparo que indicaba el inicio del camino. Lo que aconteció a continuación escapa a cualquier posible descripción. Sin ningún tipo de consideración hacia los enfermos o los débiles, todos comenzaron a correr para asegurarse uno de los primeros puestos en la caravana. Por lo que se refería a los que no poseían montura o simplemente no podían seguir el ritmo de unos cuatro kilómetros por hora que recorría la caravana, no tardaron en verse dejados atrás y abandonados a una muerte casi segura en el desierto.

Por supuesto, las diferencias sociales se hacían notar incluso entre los muertos. Doughty pudo presenciar cómo el cadáver del peregrino adinerado no quedaba en el desierto sino que era transportado por sus sirvientes hasta La Meca, mientras que los despojos de los humildes se veían condenados a pudrirse bajo el ardiente sol del desierto. Y a todo lo anterior se sumaban las continuas asechanzas de los beduinos, que no se atrevían a atacar a

un conjunto tan numeroso de viajeros pero no tenían reparo en caer sobre colectivos más reducidos o en hacer presa de los rezagados.

En Meddain Salih

El 4 de diciembre, la caravana llegó a Meddain Salih, el lugar que, tiempo atrás, ya había excitado la imaginación de Doughty. En la cercanía había un pozo de agua —como era habitual con una temperatura no inferior a los diecinueve grados centígrados— cuya custodia corría a cargo de un destacamento de soldados turcos. Doughty abandonó a los peregrinos, como había sido su propósito inicial, y se quedó con la guarnición. Pensaba poder explorar a placer Meddain Salih, un poblachón de unos tres mil habitantes que, hacía siglos, había sido un emporio caravanero asentado sobre el tráfico de especias. Como muchos antes y después de él, Doughty chocó con la administración turca, que veía en cada viajero un posible espía al servicio de los enemigos del Imperio otomano. El oficial al mando del destacamento le prohibió tajantemente visitar las ruinas. A buen seguro, aquello habría sido un final lastimoso de su viaje de no producirse un feliz acontecimiento.

Como sucede en general en los países islámicos o que se han visto sometidos al dominio del islam durante períodos prolongados, la administración puede resultar ciegamente inflexible o, por el contrario, intolerablemente comprensiva a condición de que se posean los amigos adecuados. Doughty tuvo la fortuna de trabar amistad con Zeyd el-Sbeychan, un jeque perteneciente a la tribu de los fukara, y esa circunstancia alteró totalmente la situación. No sólo Doughty acabó obteniendo permiso para visitar las ruinas sino que Zeyd le acompañó en la exploración.

El universo que el inglés halló en los restos otrora gloriosos de Meddain Salih constituyó una mezcla de grandiosidad y sobrecogimiento. Las ruinas estaban literalmente cubiertas de tumbas y tumbas excavadas en la roca. Aquellos hipogeos —de los que Doughty examinó en torno a un centenar— habían sido saqueados de manera bastante burda por los bandoleros del desierto, pero aun así constituían un testimonio elocuente de una sociedad próspera que ya pertenecía al pasado. Cumplida aquella misión, el inglés tenía como meta siguiente la de regresar a

Damasco.

Entre los beduinos

Para conseguir llegar a Siria, Doughty debía unirse a alguna caravana que regresara de la peregrinación a La Meca, y esta espera le llevó un par de meses, los necesarios para que el grupo volviera a hacer acto de presencia. El panorama que descubrió entonces Doughty resultó pavorosamente desalentador. Los peregrinos regresaban de la ciudad más santa del islam presos de una epidemia de viruela que los había diezmado y que, a buen seguro, iban a expandir por sus lugares de origen. A la vista de aquella situación, Doughty optó por permanecer con Zeyd y, a la espera de circunstancias más propicias para el regreso, dedicarse al estudio de los beduinos.

Tras haber hecho entrega de sus notas a alguno de los peregrinos a fin de que se las hiciera llegar al cónsul británico en Damasco, Doughty comenzó un periplo que iba a consumir un año entero de su existencia y para el que apenas contaba con recursos materiales. En otras palabras, dependía totalmente de la hospitalidad tradicional de los beduinos.

El 15 de febrero, Doughty y Zeyd marcharon en dirección al este. Poco antes de llegar a su campamento, el árabe le comunicó a Doughty que le entregarían a una joven virgen como esposa a fin de que tuviera hijos con ella y engrosara los efectivos de la tribu. El inglés no tardó en contemplar con sus propios ojos en qué consistía la vida cotidiana de un campamento beduino. Las mujeres llevaban a cabo todas las tareas que exigían algún esfuerzo, desde cocinar, limpiar, servir la comida a los hombres o recoger el campamento hasta cargar a lomos de camello los pesados fardos. Por supuesto, los hombres se limitaban a observar cómo las mujeres se afanaban y sudaban con aquellos trabajos, ya que hubiera sido indigno colaborar con ellas. Como también descubriría Doughty, las mujeres hubieran sido las primeras en considerar intolerable el quebrantamiento de aquella rutina que recaía sobre ellas de manera especialmente pesada. A pesar de todo, no hubiera podido afirmarse que se hallaban totalmente privadas de libertad. Por ejemplo, no resultaba nada inhabitual que la esposa de un beduino lo

abandonara para regresar con su familia. Las razones, sin embargo, de ese paso habrían resultado chocantes para un occidental. Las quejas nunca tenían que ver con el pesado trabajo cotidiano o con el papel ciertamente subordinado que les asignaba la sociedad beduina sino, en buen número de casos, con la falta de fecundidad. De hecho, Hirfa, la esposa de Zeyd, acabó abandonándolo porque tras dos años de matrimonio no había quedado encinta, un baldón por el que culpaba a su marido.

Doughty recordaría siempre aquellos meses de su vida como los más dichosos de todo su tiempo en Arabia y, sin embargo, no puede decirse que escasearan en ellos las dificultades. El agua, por ejemplo, no sólo era tibia sino que además hedía y frecuentemente albergaba gusanos. Como muestra excepcional de amistad, Zeyd proporcionaba a Doughty alguna cantidad adicional para que se lavara «como en las ciudades» pero un paso de tanta prodigalidad no dejó de ser visto por bastantes beduinos (incluyendo a Hirfa, la esposa) como un desperdicio intolerable de un bien precioso.

A pesar de todo, no podía decirse que los beduinos fueran un pueblo avariento. Todo lo contrario. El inglés sería testigo de cómo podían quedarse prácticamente sin víveres simplemente para agasajar a un huésped a la vez que repetían en el curso de la comida que aquello no era sino una humilde pitanza.

A lo largo del transcurso de las semanas —semanas que se hicieron insoportables al llegar el verano—, los beduinos se fueron familiarizando con aquel inglés que era uno de los suyos pero al que no terminaban de entender. No comprendían cuáles eran sus verdaderas intenciones y especulaban con la posibilidad de que buscara tesoros ocultos en las arenas del desierto; no comprendían sus afirmaciones de que en Gran Bretaña no había palmeras, lo que, obviamente, privaba a los ingleses de la dulzura necesaria para el paladar; no comprendían las inmensas magnitudes referidas al número de muertos en la guerra de Crimea o al de los habitantes de una ciudad europea. Por añadidura, los beduinos no siempre fueron tan acogedores como su buen amigo Zeyd.

Los moahib, por ejemplo, entre los que pasó buena parte del verano, sentían hacia él una desconfianza que rayaba en alguna ocasión en la abierta hostilidad. Doughty era un huésped y esa circunstancia le otorgaba una cierta garantía, pero los extraños no

podían ser bienvenidos en unos momentos en que los víveres escaseaban. Cuando se supo además que era un cristiano (un *nasraní*, por utilizar el término que él oía), no tardó en escuchar comentarios relativos a la oportunidad de matarle, dado que nadie le vengaría. El inglés decidió entonces llevar encima a todas horas una pistola que pendía de su cuello atada a una cuerda. Finalmente, el 28 de agosto pudo alejarse de los moahib, uniéndose a un grupo de beduinos que se dirigía hacia la ciudad de Taima.

En Taima

Aquella decisión pudo costarle la vida. A esas alturas, su condición de cristiano era conocida de sobra y, como no podía ser menos, algunos musulmanes la interpretaban como una indiscutible señal de mal agüero. De hecho, las paredes del pozo de Taima se habían venido abajo recientemente y no fueron pocos los que asociaron tal desastre con la cercanía de Doughty. Tan convencidos estaban de la veracidad de su tesis que afirmaron públicamente su intención de degollarle si se atrevía a entrar en la población. Sin embargo, el hecho de que se le pudieran atribuir —al parecer justificadamente— semejantes poderes fue contemplado de una manera bien distinta por el funcionario encargado de reparar el pozo.

Si su presencia había podido contribuir a destruirlo, quizá sería capaz también de restaurarlo. Al final acabó invitando a Doughty a que entrara en la ciudad y se encargara de supervisar las necesarias obras de reparación.

El inglés aceptó consciente de que su vida pendía de un hilo. De hecho, mientras se dirigía hacia el pozo acompañado del funcionario pudo escuchar cómo los lugareños cuchicheaban sobre la manera en que los jeques iban a darle muerte. Durante el mes siguiente no dejaría de observar aquella hostilidad pero no fue objeto de ningún ataque. ¿Quién se hubiera atrevido a agredir a alguien con unas dotes sobrenaturales que le permitían reparar aquel pozo?

La hostilidad pareció reducirse considerablemente con ocasión de la fiesta del ramadán, algo que fue beneficioso para Doughty no sólo porque se aminoraba el peligro sino también porque por esa

época estaba sufriendo de una oftalmía inesperada y aguda que había mermado considerablemente su capacidad de visión. Los beduinos invitaron al inglés a participar en las celebraciones posteriores a la finalización del ramadán. Incluso se le ofreció sumarse a las danzas festivas y mostrar cuáles eran los bailes típicos en Inglaterra. Fue una oportunidad para que Doughty divirtiera a sus anfitriones que, no obstante, se sintieron tremendamente escandalizados cuando el extranjero les comentó que en su país un hombre y una mujer podían bailar agarrados.

Llegada a Hail

El 10 de octubre, un Doughty considerablemente enfermo abandonó el campamento en dirección a Hail. Le acompañaban unos beduinos que no dejaron de dar prueba del fanatismo islámico que tanto le había hecho sufrir en los últimos tiempos. Mantuvieron un ritmo rápido de marcha —unos ochenta kilómetros diarios— sin importarles que el camello de Doughty, un animal ciertamente viejo, se quedara habitualmente rezagado. Afortunadamente para el inglés, al cabo de doce días llegaron a Hail.

En la ciudad más importante del norte de Arabia gobernaba en aquella época el emir Mohammed ibn Rashid que, inmediatamente, dispuso que Doughty compareciera ante su presencia. El jefe musulmán no sintió ninguna simpatía por el visitante e incluso rehusó devolverle el saludo de la paz. Sin embargo, tras someterle a un interrogatorio exhaustivo, optó por no molestarle.

Durante el tiempo que estuvo en Hail, Doughty se llevó algunas sorpresas significativas. Éstas fueron desde la aparición de un judío que le visitó para preguntarle si tenía algo de coñac, una bebida que, como todas las alcohólicas, estaba proscrita por la ley islámica, hasta un italiano llamado Francesco Ferrari que, disfrazado de musulmán, se dirigía hacia La Meca y que relató su viaje a Doughty valiéndose de sus conocimientos comunes de francés. No tardó mucho el inglés en pensar en abandonar Hail para dirigirse a Khaibar. En teoría, Imbarak, el capitán de la guardia de palacio, debía haber facilitado su marcha e incluso se ocupó de que pudiera partir en compañía de un grupo de beduinos. Sin embargo no fue capaz de ocultar el aborrecimiento que le provocaba el cristiano.

Cuando llegó la mañana intentó expulsarlo de su habitación antes de tiempo y, para conseguirlo, no dudó en escupirle a la cara e incluso en permitir que los soldados le golpearan. Como en otras ocasiones, Doughty aplicó el precepto de ofrecer la otra mejilla y, finalmente, los musulmanes dejaron de agredirle.

Tras lo sucedido, el inglés era más consciente que nunca de que su vida carecía de valor mientras recorriera aquella tierra de fanáticos. Precisamente por ello se dirigió hacia uno de los *mejlis* donde administraba justicia el emir y le comunicó que había sido maltratado por sus hombres y que no abandonaría la ciudad hasta que se le proporcionara un salvoconducto. El 21 de noviembre, Doughty abandonó Hail provisto del documento solicitado.

La ciudad del Diablo

Su viaje hacia Khaibar, una ciudad situada unos ciento cincuenta kilómetros al sur, pasó por la desolada meseta de Harra. Le acompañaban tres beduinos cuya catadura indicaba que eran gente en quien no se podía confiar, y, efectivamente, apenas tardaron unos días en abandonar a Doughty. Si finalmente pudo llegar a Khaybar fue gracias a que un jeque de los hutaim le ofreció los servicios de un guía, un hombre, dicho sea de paso, del que deseaba desprenderse. El resto del viaje fue difícil y transcurrió a través de un árido pasaje de lava negruzca pero, finalmente, llegaron a Khaybar. Jamás hubiera podido imaginar Doughty lo que le esperaba en aquella ciudad.

Khaybar constituía, sin lugar a dudas, una peculiaridad extraña en medio del Imperio otomano. Su administración dependía directamente de un funcionario turco que, como todos los demás habitantes de la ciudad, era negro. Sin embargo no eran esas circunstancias las que convertían Khaybar en un enclave sobrecogedor. En realidad, lo más pavoroso era que sus habitantes se dedicaban abiertamente a la práctica de la brujería y ese comportamiento parecía reflejarse de una manera física en el lugar. Sobre sus calles, cubiertas de costras salitrosas y de moho, era prácticamente imposible encontrar niños a causa —según la explicación de los nativos— de lo penoso del clima. En medio de aquella desolación, Doughty sólo encontró un jardín, pero no tardó

en descubrir que su suelo se hallaba cubierto por unas ratas de dimensiones gigantescas.

A pesar de todo, aquel horror casi parecía insignificante cuando se contrastaba con la miseria moral en que yacía una población donde se mezclaba el islam con la hechicería. En cuanto Doughty se identificó como inglés y, especialmente, cristiano se procedió a su detención. Fue llevado inmediatamente ante Abdullah el Siruan, un turco de origen etíope. Doughty intentó valerse del salvoconducto, pero Abdullah se negó a tenerlo en cuenta a la vez que ordenaba que registraran su equipaje. Convencido de que el inglés era un espía al servicio de los rusos —los terribles cristianos que habían combatido contra el imperio otomano—, Abdullah interpretó con ánimo tendenciosamente negativo cualquier parte del equipaje de Doughty que le resultaba chocante. El registro llegó al extremo de acusar al inglés de llevar una sofisticada arma para matar musulmanes que no era otra cosa que un peine. Cuando terminó el bochornoso trámite, Abdullah se había quedado con las últimas monedas de Doughty, y Sirur, su lugarteniente, le comunicó que su suerte se encontraba a merced del pacha, del que esperaban que ordenara cortar la cabeza al cristiano.

Abdullah retrasó tres semanas el envío a Medina de los papeles de Doughty. Mientras tanto, el inglés se vio convertido en un cautivo al que se permitía pasear con cierta libertad por las calles. De todos era sabido que, sin guía ni equipo, el cristiano no tenía la menor posibilidad de escapar de una ciudad rodeada por un terrible desierto. Sin embargo, lo peor de su situación no era la restricción de la libertad de movimientos, sino el peligro constante que pesaba sobre él de recibir una comunicación del pachá en la que se ordenara su muerte o de que ese trágico final viniera de la mano de alguno de los fanáticos musulmanes que habitaban aquella sobrecogedora urbe. De hecho, en una ocasión en que paseaba por la calle un transeúnte disparó contra él, aunque, para fortuna de Doughty, la bala no le hirió y se limitó a rozarle la cabeza. Como le informaría el único amigo que encontró en la ciudad, un sifilítico llamado Nejumy, era relativamente habitual que se obligara a los cristianos que llegaban hasta aquel lugar a elegir entre la conversión al islam y la muerte. Nejumy incluso había sido testigo de alguno de estos casos que, por regla general, terminaban con el

martirio del extranjero.

Finalmente, Abdullah llamó a Doughty ante su presencia y le comunicó que había recibido una comunicación del pachá de Medina con fecha de 11 de enero de 1878. La comunicación disipaba cualquier duda sobre posibles actividades de espionaje del inglés ya que al pachá le constaba que simplemente andaba estudiando la forma de vida de los beduinos. Precisamente por ello le comunicaba que podía abandonar Khaybar cuando lo deseara, aunque le advertía de que lo más sensato era regresar a Hail bajo la autoridad de Ibn Rashid.

En apariencia, la situación había terminado de la mejor manera posible. La verdad es que distaba mucho de ser así. Sin ningún recurso propio para abandonar aquel siniestro lugar, Doughty solicitó de Abdullah que le devolviera sus pertenencias. Se trataba de una petición justa y razonable, pero lo único que obtuvo fue una rotunda negativa del funcionario turco acompañada de golpes en la cara y fieras amenazas de arrojarlo a una infecta mazmorra.

Enfrentado con aquella desalentadora perspectiva, Doughty envió una nueva misiva al pachá señalando su penuria y, por lo tanto, su imposibilidad de marcharse de la ciudad. Al cabo de dos semanas, Abdullah recibió órdenes de devolver al inglés sus pertenencias para que regresara al lado de Ibn Rashid sin más retrasos. De esta manera, a mediados de marzo Doughty pudo contratar a dos guías y llegar dos semanas después a Hail.

La agonía del retorno

En teoría, todo hacía pensar que las tribulaciones del inglés habían concluido. La verdad es que se encontraba a punto de entrar en una de las fases más peligrosas de su viaje. Ibn Rashid se hallaba ausente en el desierto, entregado a una de esas expediciones de pillaje que tanto prodigaban los beduinos. Merced a esa circunstancia, Doughty se encontró totalmente solo en medio de una población que no dejaba de manifestarle abiertamente sus deseos de que lo mataran de una vez. En una ocasión, una turba callejera pretendió circuncidarlo a la fuerza para convertirlo en musulmán. La firmeza de Doughty afirmando que no renegaría del cristianismo ni aunque le entregaran el castillo de la ciudad y los

sacos de plata que supuestamente escondía cambió aquella agresividad en asco, pero le salvó también la vida. No resulta extraño que cuando el oficial de la corte le instó a que partiera de Hail, Doughty le obedeciera.

Abandonó la ciudad en la primera semana de abril, en dirección suroeste. Sus acompañantes beduinos tenían la firme resolución de provocar su muerte en el camino e hicieron todo lo posible para conseguirlo. Montados cómodamente en ágiles camellos, obligaron a Doughty a recorrer a pie aquel desierto donde el suelo ardía como una brasa. Cuando el inglés suplicaba que aminoraran la marcha o simplemente que se detuvieran un rato para descansar, la respuesta de los beduinos era obligar a sus monturas a ir más de prisa. No resulta sorprendente que la enfermedad ocular de Doughty empeorara como consecuencia del calor y de la acción del sudor y la arena. El inglés comenzó a temer que el corazón le reventara en cualquier momento y no tardó en percatarse de que la sangre brotaba a chorros de sus fosas nasales. Cuando captó una conversación de los despiadados guías en el sentido de que aguardaban la oportunidad adecuada para matarlo llegó a la conclusión de que la muerte llegaría en cualquier momento. Reflexionó entonces en la posibilidad de utilizar la pistola que colgaba, oculta, de su cuello, pero utilizarla contra los guías, que no le habían agredido directamente, habría sido un acto injusto y prefería la muerte a perpetrar una acción que fuera en contra de su conciencia.

Cuando, finalmente, los guías abandonaron a Doughty, éste se vio obligado a proseguir su ruta saltando de un campamento beduino a otro en interminables caminatas a pie. Fue esa circunstancia y la necesidad desesperada de supervivencia las que le impulsaron a deshacerse de cualquier peso superfluo, y en él incluyó los libros que le habían acompañado durante el viaje, a los que proporcionó albergue en la madriguera de un lagarto. El inglés continuaba firme en su propósito de no ocultar su condición de cristiano y durante los días siguientes no dejó de encontrarse con musulmanes que le contemplaban con un desprecio en absoluto oculto.

Finalmente, tras muchos padecimientos, Doughty llegó al oasis de Buraydah, un enclave de importancia que contaba con unos

cinco mil habitantes. El inglés solicitó la hospitalidad del emir, que se la concedió. Sin embargo, un funcionario informó al extranjero de que debía ocultar su condición de cristiano mientras permaneciese en el lugar. Es dudoso que Doughty hubiera cedido ante aquella sugerencia pero, en cualquier caso, su fama le precedía, hasta el punto de convertir ya en inútil semejante paso. Aquella misma noche fue asaltado en su habitación por un grupo de musulmanes que le robaron. Gracias a la intervención del funcionario, el inglés logró que le devolvieran sus pertenencias pero, cuando se entrevistó con el emir por la mañana, recibió la orden de abandonar la ciudad al día siguiente. Esa tarde, el lugar donde se alojaba fue asaltado por una turba que tenía intención de matar al cristiano. De no ser por la oportuna intervención de dos mujeres que atrancaron la puerta y por la llegada de un oficial que dispersó a los asaltantes, Doughty podría haber sido asesinado en aquella hora.

Muy temprano, el inglés fue despertado por un oficial que le llevó hasta un camello que le estaba esperando. De esa manera, Doughty abandonó la ciudad tranquila e inadvertidamente y se encaminó a Anaiza, una población que se encontraba a un día de distancia.

En esta población, Doughty intentó practicar la medicina con el fin de obtener algunos recursos con los que concluir su viaje de regreso. Entre sus primeros pacientes se encontraba un comerciante llamado Abdullah el Kenneyny. Este hombre había vivido durante una época en Bombay y conocía el dominio británico en la India. No tardó en simpatizar con Doughty, al que advirtió de que los habitantes de Anaiza eran fanáticos wahabíes que odiaban a los cristianos. Precisamente por eso resultaba una peligrosa imprudencia que Doughty revelara su condición. El Kenneyny podía comprenderlo porque había visto mundo y conocía a algunos occidentales pero aquella «gente ignorante y loca» podía causarle la muerte.

Fue así como Doughty abandonó la ciudad a finales de junio para dirigirse a Jiddah. Para llevar a cabo su empeño había contado con la ayuda de El Kenneyny, que le había entregado algo de dinero a cambio de un cheque —que cobraría un año después a través de un banco de Beirut— y logrado que Doughty se pudiera unir a una

caravana que transportaba manteca a La Meca. Una vez más, las apariencias halagüeñas no tardaron en quedar desmentidas por la cruda realidad.

El inglés descubrió desalentado que, contra lo esperado por él, El Kenneyny no había contratado ningún guía a su servicio. El viaje tenía pues que realizarlo solo en medio de un grupo abiertamente hostil. De hecho, no sólo todos eran conocedores de que era cristiano sino que en cada lugar al que llegaban había algún grupo que lo sabía y que esperaba con odio y desprecio a que hiciera acto de presencia. La separación entre Doughty y los otros viajeros había quedado de manifiesto hasta en el atavío. Mientras que él conservaba sus vestiduras habituales, los demás habían adoptado ya las vestimentas propias de los peregrinos que se dirigen a La Meca. El hecho de que el inglés se hubiera quedado sin recursos y se viera obligado a la mendicidad, desde luego, no contribuyó a suavizar una situación acentuadamente explosiva.

Finalmente, aquella caldera de odios estalló cuando la expedición había recorrido más de quinientos kilómetros y se hallaba en una parada cerca de La Meca. Llevaban a esas alturas diecisiete días de viaje. Repentinamente, uno de los viajeros atacó a Doughty cuchillo en mano gritando que había que dar muerte al cristiano. El inglés intentó apelar a las normas de hospitalidad del desierto, que impiden causar daño a alguien con el que se ha compartido el pan y la sal. Sin embargo, no sólo no se vio aplacado el atacante sino que otros se sumaron a él armados con estacas. Por primera vez desde que se había iniciado el viaje, Doughty sacó la pistola que llevaba oculta. No deseaba matar a nadie, pero cuando uno de los camelleros se le acercó amenazante lo rechazó golpeándolo con la culata del arma. Lo que vino a continuación se produjo con extraordinaria rapidez. Los árabes despojaron a Doughty de la pistola y, mientras le quitaban el dinero y sus escasas pertenencias, anunciaron que iban a matarlo.

Mientras le acusaban de llevar encima un arma para matar musulmanes, el inglés señaló que en dos años que llevaba viajando por Arabia no la había utilizado nunca, y volvió a insistir, con la mayor serenidad de que fue capaz, en que habían compartido el pan y la sal. Sus palabras recibieron el siniestro trasfondo de cinco disparos efectuados al aire por uno de los árabes. Luego, el hombre

que había robado el arma, a ruegos de sus compañeros de que aprovechara la última bala para matar al cristiano, apuntó el cañón en dirección a Doughty. El viajero insistió en que también él podía haber utilizado la pistola contra ellos pero no lo había hecho y volvió a apelar a las reglas de la hospitalidad en el desierto. Estaba a punto de recibir el tiro que le quitaría la vida cuando una mano desvió oportunamente el arma. Se trataba de un negro llamado Maabub, que servía a las órdenes del gobernador de La Meca. En el último instante, Doughty se había salvado.

El 29 de julio, Doughty partió para Jiddah escoltado por un contingente de hombres armados. El gobernador de La Meca les había ordenado específicamente que no forzaran la marcha dado el delicado estado de salud del inglés. Cubrir una distancia de unos ciento cincuenta kilómetros les llevó, por lo tanto, cinco días. Cuando el intrépido inglés entró en Jiddah fue acogido por el cónsul británico. Concluía así un terrible viaje de veintiún meses.

Después de Oriente

Inicialmente, Doughty tuvo problemas para adaptarse de nuevo a la vida occidental. Fuertemente afectado en su salud, pasó tiempo antes de que pudiera masticar y digerir carne con normalidad. Luego, poco a poco, las aguas volvieron a su cauce. Contrajo matrimonio, se entregó a escribir poesía y comenzó a redactar su *opus magnum*, una obra que recibiría el título de *Travels in Arabia Deserta*. En ella realizaría una extraordinaria descripción de aquellas tierras totalmente exenta del tono romántico de que estuvieron provistos otros relatos coetáneos sobre Arabia. En sus páginas seguimos hallando no sólo un magnífico libro de viajes sino una descripción honrada —y sobrecogedora— de la cultura islámica y de los indecibles sufrimientos que la misma significaba para los que no pertenecían a esa religión incluso en zonas más cercanas al Mediterráneo que a las ardientes arenas del desierto.

A pesar de su contenido y de su estilo —auténticamente extraordinario— el libro no tardó en quedar relegado al olvido. Volvería a salir a la luz durante la primera guerra mundial, cuando los servicios británicos destacados en Oriente Medio necesitaran

una guía segura para sus actividades. Sin embargo, para aquel entonces la obra ya había llamado la atención de algunos personajes excepcionales. T. E. Lawrence, el futuro Lawrence de Arabia, escribiría en su introducción a una reedición abreviada de la obra de Doughty publicada en 1908 que lo había estudiado «durante diez años y he llegado a considerarlo un libro que no es como los otros, sino algo particular, una biblia de su clase». Sin embargo, lo que al parecer había llamado más la atención de Lawrence no era tanto el contenido del libro o las proezas llevadas a cabo por Doughty sino el impacto que había causado en los árabes. Había sido el primer inglés en pisar aquellas tierras como tal y había predispuesto a los árabes a recibir a otros que vendrían más tarde, como fue el caso del propio Lawrence.

Décadas después, los hijos, incluso los nietos de aquellos que lo habían maltratado por su fidelidad al cristianismo lo recordaban. Sin embargo ya no lo contemplaban como un odioso personajillo al que había que obligar a convertirse al islam o dar muerte sino como a un hombre valiente, honrado y bueno que había pasado entre ellos comportándose de una manera digna y decente, derivada de «su religión». Como señala el Evangelio de san Mateo, no pocas veces los profetas son honrados por los hijos de aquellos que les dieron muerte.

Bibliografía comentada

Doughty fue un personaje absolutamente extraordinario. Más valiente incluso que Burton o Palgrave, tuvo al mismo tiempo un temple espiritual muy superior a ambos. De hecho, si algo quedó demostrado durante su estancia en Oriente Medio, fue que poseía un espíritu noble y fuerte cuyas raíces se hundían vigorosamente en la fe cristiana, una fe que le permitió soportar sin rencor y con coraje algunas de las pruebas más duras que tendría que soportar ningún aventurero Victoriano.

A pesar de su carácter excepcional, la bibliografía sobre Doughty es muy escasa. Bidwell le dedica un capítulo notable en el libro ya citado, pero realmente las obras más interesantes sobre él son la de David G. Hogarth, *The Life of Charles Doughty*, Nueva York, 1929, y la de Stephen E. Tabachnick, *Charles Doughty*, Boston, 1981, que se detiene algo más en los aspectos literarios del aventurero.

Como en otros casos, el relato más interesante acerca del aventurero resulta precisamente el debido a él mismo. *Travels in Arabia Deserta*, Londres, 1930, 2 vols., es una obra en buena medida sin parangón, no sólo por su forma peculiar sino, muy especialmente, por su fondo. Su lectura, aún en la actualidad, constituye un placer para exquisitos.

TERCERA PARTE

Quinteto africano

CAPÍTULO PRIMERO

Burton y Speke buscan las fuentes del Nilo

John Speke (c. 1860)

El 16 de septiembre de 1864 debía dar inicio un debate geográfico de especial relevancia. De hecho, había provocado las reacciones más encarnizadas en el curso de los últimos años. Sin embargo, cuando estaba a punto de comenzar, un rumor se deslizó por la sala. El día anterior, a las cuatro de la tarde, uno de los participantes esenciales para la discusión había perdido la vida mientras se encontraba cazando en las tierras de un primo. Una bala le había herido en el pecho, causándole quince minutos después la muerte. Así, aparentemente, terminaba un enfrentamiento que se había iniciado años atrás y que intentaba esclarecer de una vez por todas el problema de las fuentes del Nilo.

Zanzíbar

El 19 de diciembre de 1856, impulsado por el monzón del noreste, llegaba hasta Zanzíbar una chalupa inglesa cuyo punto de partida había sido la ciudad india de Bombay. Por aquella época, Zanzíbar era casi el único centro comercial de cierta importancia situado en la costa oriental del continente africano. Por supuesto, los portugueses habían intentado levantar un imperio en las cercanías de la isla, pero el empeño había resultado fallido y, por otra parte, la época en que territorios relativamente cercanos se convertirían en emporios se hallaba todavía ubicada en el futuro.

Zanzíbar contaba por aquel entonces con una nada despreciable población de cien mil personas, pero su trazado difícilmente podría resultar más anárquico. En realidad se reducía a una acumulación de calles considerablemente sucias por las que pululaban en apretada y ruidosa mezcolanza nativos, mendigos, animales de carga y esclavos. De hecho, aunque en el curso de la cuarta década del siglo XIX la esclavitud había sido proscrita en los territorios regidos por el pabellón británico y en 1845 el sultán de Zanzíbar había prohibido la exportación de esclavos desde su territorio, el tráfico de estos infelices constituía la principal fuente de ingresos de la floreciente isla. Por supuesto, existía una vigilancia llevada a cabo por buques de guerra franceses y británicos para evitar tan denigrante negocio, pero en buena medida resultaba impotente para impedirlo.

En contra de lo que resulta políticamente correcto afirmar hoy en día, la trata de esclavos no dependía de negociantes europeos sino que estaba totalmente en manos de negreros árabes de religión musulmana. Para ellos, tal circunstancia no podía ser considerada desde una perspectiva negativa en la medida en que el islam legitimaba la esclavitud —el propio Mahoma y sus sucesores poseyeron esclavos— y en que la consideración de los negros como

seres inferiores era totalmente lógica. Cada año llegaban a la isla de Zanzíbar entre veinte y cuarenta mil esclavos, de los que aproximadamente la mitad eran empleados en plantaciones y la otra eran exportados a países musulmanes, como Arabia, Egipto o Turquía. Por supuesto, los métodos para reducir a la población indígena a la esclavitud y para transportar a aquel ejército de desgraciados hacia su destino eran absolutamente pavorosos. El engaño, la borrachera o la cacería de seres humanos como si de animales se tratara constituían la fase previa al estabulamiento en buques donde cinco esclavos ocupaban el espacio destinado para dos y donde la ración de agua diaria no pasaba del medio litro. No puede extrañar que estas condiciones, sumadas a las penosas condiciones laborales, tuvieran entre otras trágicas consecuencias la muerte cada año del treinta por ciento de los varones esclavos.

Como si aquel abyecto comercio emitiera unos fluidos morales que impregnaran el resto de la urbe, la mayor parte de la población se entregaba voluptuosamente al consumo de drogas como el opio y el cáñamo, así como al alcohol. Dado que muy pocas mujeres blancas estaban dispuestas a trasladarse a un lugar tan insano, los europeos recurrían, al igual que los árabes, a la prostitución, que era ejercida fundamentalmente por mujeres de raza negra. Como resulta fácil de entender, las enfermedades venéreas estaban muy extendidas, sumándose a otros males endémicos favorecidos por la pésima calidad del agua, como el paludismo o el cólera.

Burton se encuentra con Speke

A este lugar insano desde cualquier punto de vista llegaron dos británicos que respondían a los nombres de Burton y Speke. El primero es un antiguo conocido nuestro, ya que nos lo encontramos al narrar su viaje a Medina y La Meca. En esa época, Burton ya era un hombre dotado de una cierta fama pues a sus viajes por Arabia había sumado otro a Harar, la ciudad prohibida de Abisinia, y había sabido reflejarlos con notable maestría en unos libros que todavía en la actualidad se leen con verdadero agrado. Además había conocido ya a Isabel Arundell, una mujer extraordinaria que se convertiría en su esposa y con la que se había comprometido poco antes.

John Hanning Speke contaba por aquel entonces treinta años de edad, es decir, seis menos que Burton, y formaba parte de una familia de rancio abolengo que podía remontar sus antepasados hasta la época de la monarquía sajona. De rasgos acusadamente nórdicos —alto, de cabello rubio y ojos azules—, Speke vivía como un deportista amante de los espacios abiertos y de la caza. Apenas bebía, no fumaba y seguía unos hábitos de conducta morigerados y metódicos.

Al igual que Burton, Speke había servido en el ejército británico de la India. Sin embargo, a diferencia de buena parte de sus colegas, no había sentido ningún interés por el juego o las rameras. Jamás contrajo deudas y su única distracción fue la caza. De hecho, con la finalidad de encontrar especímenes nuevos recorrió la cordillera del Himalaya, un pasatiempo autorizado por sus superiores, a los que había convencido previamente de que les proporcionaría interesantes informes sobre aquellos territorios desconocidos.

Fue precisamente durante su estancia en la India cuando Speke concibió un proyecto de viaje por África que partiría de la costa oriental del continente en busca de los orígenes del río Nilo y, una vez encontrados éstos, remontaría la corriente fluvial hasta llegar a Egipto. En el curso del extraordinario y nunca acometido itinerario, Speke tenía la intención de ir recogiendo especímenes de animales extraños con los que, posteriormente, formaría un museo de historia natural en Gran Bretaña. Cuando su tiempo de servicio en la India concluyó en 1854, Speke se dirigió hacia Adén con la intención de dar inicio a la soñada expedición. Ese mismo año, en este enclave, Speke se encontró con Burton.

Apenas llevaba Speke unos días en Adén cuando Burton hizo acto de presencia acompañado de algunos oficiales con los que tenía intención de llevar a cabo su soñada expedición a Abisinia. No tardaron ambos en llegar a un acuerdo para que Speke se sumara al viaje. Durante los años siguientes, la opinión de ambos aventureros acerca de aquella aventura no podría ser más diferente. Mientras que Burton consideraba que se había tratado de un éxito considerable ya que, tras llegar a Harar, había dispuesto encontrarse con el resto de los expedicionarios en la costa de Somalia, Speke no dejaría de verla como una absoluta calamidad. En abril de 1855, Burton se unió con el grupo en Berbera, ya en la

costa. Muy poco después, el campamento fue objeto de un ataque llevado a cabo por somalíes. El combate fue durísimo y en el curso del mismo Speke y Burton experimentaron un incómodo roce. Speke dio unos pasos atrás para, según propia confesión, poder contemplar con más claridad el campo de batalla. Burton, sin embargo, lo interpretó de manera diferente y gritó a Speke para que se detuviera y no diera la sensación de que se estaban retirando. El resultado fue que Speke se sintió ofendido y arremetió imprudentemente contra los somalíes. De esa manera, los enemigos lo hirieron y, finalmente, lo capturaron.

La expedición podría haber terminado desastrosamente, pero lo cierto es que Speke logró escapar de manos de sus captores —que sin duda le hubieran dado muerte— y el propio Burton, aunque herido en la mandíbula, logró hallar refugio con otro de los oficiales a bordo de un barco árabe. Allí se les juntó Speke y los dos aventureros lograron llegar a Adén, y en este enclave subir a bordo de un barco que los trasladó a Gran Bretaña.

Prolegómenos

Tanto Speke como Burton servirían durante los meses siguientes como voluntarios en la guerra de Crimea y, una vez que terminó la contienda, volvieron a encontrarse en Londres. A esas alturas, Burton también acariciaba la idea de llevar a cabo un viaje que le permitiera descubrir el origen del Nilo, y cuando propuso a Speke que se uniera a él, éste aceptó de manera inmediata. Financieramente, la expedición iba a sufragarse con una ayuda de dos mil libras que el Foreign Office entregó a Burton —lo que le convertía en el jefe oficial de la expedición— y con el patrocinio de la Real Sociedad Geográfica. Así, a finales de 1856, ambos aventureros se hallaban en el domicilio del teniente coronel Atkins Hamerton, un agente británico en Zanzíbar.

Burton y Speke comentaron sus planes con Hamerton y aprovecharon también para visitar al joven sultán Majid. Pero, sobre todo, realizaron un viaje preliminar de dos meses a la isla de Pemba y se adentraron brevemente por el continente, visitando los restos de la presencia persa y portuguesa en Mombasa. En esta ciudad se encontraron con Johann Rebmann, un misionero que

podía jactarse de ser el único blanco que gozaba de ciertos conocimientos de la zona. Rebmann se hubiera sumado de buena gana al viaje, pero el hecho de que Burton le hubiera prometido al sultán que no hablaría del cristianismo a los nativos le disuadió de hacerlo. A fin de cuentas, su misión en el continente era fundamentalmente evangelizadora y no exploradora.

Durante las semanas siguientes, Burton y Speke continuaron viajando por el territorio y experimentaron algunos de sus peores peligros. De hecho, cuando ambos regresaron a su barco, que se hallaba fondeado cerca de Pangani, se encontraban enfermos de paludismo, y el propio Burton tuvo que ser trasladado a bordo a causa de la debilidad. Sin duda se trató de una experiencia ingrata pero, en el breve descanso de que disfrutaron a continuación en Zanzíbar, Burton insistió en que había sido positiva, ya que les serviría como inmunización para lo que pudiera acontecer en el futuro. Finalmente, el 16 de junio de 1876, Burton y Speke abandonaron Zanzíbar a bordo de la corbeta *Artemise*, propiedad del sultán. Se dirigían a la costa situada a unos treinta kilómetros de distancia. Iban en busca de las fuentes del Nilo.

Comienza la búsqueda

Los dos exploradores, acompañados de Hamerton, que deseaba despedirlos, desembarcaron en Kaole, pero no tardaron en percatarse de que en este lugar difícilmente podrían conseguir los porteadores que necesitaban, de manera que se desplazaron hacia el norte, a un lugar llamado Bagamoyo. El 25 de junio, Speke emprendió el viaje con algunos de sus hombres y dos días después Burton lo siguió a lomos de camello. Tomando rumbo suroeste, con la intención de evitar el paso por el territorio de los hostiles masais, acamparon en un lugar conocido como Zungomero. Allí lograron aumentar el número de porteadores hasta ciento treinta y dos, y durante los primeros días de agosto comenzaron a ascender la escarpa que conducía a la meseta central.

El viaje se desarrolló de acuerdo a una jornada planeada con meticulosa precisión. A las cuatro de la mañana, todos se levantaban, y mientras Burton y Speke se desperezaban tomando café o té, la guardia árabe se inclinaba en dirección a La Meca para

recitar sus oraciones. En torno a las cinco, los porteadores comenzaban a repartirse los bultos y procedían a prender fuego a las chozas de hierba utilizadas durante la noche. A continuación se iniciaba la marcha. Al final de la comitiva iban Burton y Speke montados en camello o en un asno. No caminaban mucho. En torno a las once, antes de que pudiera sentirse el calor sofocante del mediodía, se interrumpía la caminata y se acondicionaba el entorno para soportar las sofocantes horas de la mejor manera posible. Sobre las cuatro de la tarde se comía. Por regla general, la pitanza era pesada, incluyendo el arroz y alguna carne como la de cabra, aunque ocasionalmente Speke añadía algún producto procedente de la caza. Cuando el sol se ponía y llegaba la noche, los miembros de la expedición se entregaban a la danza hasta aproximadamente las ocho de la noche, en que todos iban a dormir.

Este panorama general se veía alterado por incidentes como la desbandada de los porteadores para atrapar una liebre que se cruzaba en la ruta y que, una vez capturada, era devorada cruda, o el pago a alguno de los jefecillos locales para que les permitiera atravesar su territorio. Por si esto fuera poco, cuanto más se internaban en el interior del continente más deserciones de porteadores se producían y más enfermedades caían sobre los que permanecían en su puesto, especialmente sobre Burton y Speke. A estos obstáculos se sumaban con frecuencia una lluvia furiosa, la escasez de víveres o la agobiante curiosidad de los africanos, que ansiaban contemplar el interior de su tienda o simplemente tocarlos. La impresión que los nativos causaron en Burton, un verdadero aficionado a la etnología *avant la lettre*, fue todo menos positiva. A su juicio, los negros eran un pueblo sumergido en una barbarie de la que sólo se los podía culpar a ellos. Así, desde su punto de vista, la religión de los aborígenes no pasaba de ser un primitivo temor a los espíritus y las relaciones de pareja y familiares se caracterizaban por una forma de poligamia que distaba mucho de la dignidad que, supuestamente, Burton había encontrado en los árabes. Por añadidura, comportamientos como la brutalidad, el canibalismo o la codicia no estaban en absoluto ausentes de la conducta de aquellos bárbaros. Speke distaba mucho de contemplar a los indígenas con esa mezcla de ingenuidad y corrección política tan común en buen número de comentaristas de la actualidad. Sin

embargo no compartía las opiniones de Burton, convencido de que los negros no eran sino una suma de carencias y defectos propios de niños sin educación y criminales.

Finalmente, el 7 de noviembre de 1857, tras cerca de cinco meses de viaje accidentado, la expedición llegó a Kaze. Allí, los exploradores permanecerían un mes, en parte porque Speke estaba enfermo y, en parte, porque para Burton, harto de los negros, resultó especialmente reparador el entablar contacto con los comerciantes árabes de aquel enclave. No puede decirse que su vida resultara especialmente estimulante. En realidad se limitaban a comerciar en algunas tiendas del zoco y a cultivar algunas frutas y verduras. Con todo, en ellos Burton hallaba una cierta dignidad y la oportunidad de volver a hablar una lengua que le era tan querida como el árabe.

Llegada al lago Tanganika

A inicios de diciembre, al fin, volvieron a ponerse en marcha los exploradores y a mediados de febrero de 1858 alcanzaron el lago Tanganika en un punto denominado Ujiji, donde los árabes comerciaban con marfil y esclavos. El estado de los dos británicos era ciertamente penoso. Burton sólo podía consumir líquido ya que tenía la mandíbula ulcerada y Speke se encontraba prácticamente ciego. Cuando recuperó la vista, Speke partió en busca de una embarcación con la que examinar la zona. El intento de Speke quedó totalmente malogrado, pero el descubrimiento de dos canoas permitió en última instancia que los dos aventureros prosiguieran su camino.

En opinión de Burton, el objetivo de la expedición debía ser ahora el dar con algún río que fluyera en dirección norte. De localizarlo, seguramente habrían encontrado el origen del Nilo. Precisamente por ello se dirigieron hacia el norte, aunque no dieron con lo que buscaban. Procedieron entonces a retornar a Ujiji, donde se encontraron con provisiones que les habían llegado procedentes de la costa y correo que tenía casi un año de retraso. Finalmente decidieron regresar a Kaze.

El final de la expedición

En teoría, esa parte del viaje debería haber resultado un simple jalón. Sin embargo iba a convertirse en el origen de una cadena de complicaciones que, increíblemente, se extenderían durante años. La razón fundamental fue el desacuerdo de los exploradores sobre el rumbo que tenían que seguir. Burton deseaba quedarse un tiempo con los amigos que había hecho entre los árabes de la población. Cuando Speke, que no conocía aquella lengua, señaló que deseaba explorar el Nyanza, un lago que, según los árabes, era mayor que el Tanganika, Burton estuvo encantado de que se marchara.

El 9 de julio de 1858, Speke emprendió el camino hacia el norte. Iba a atravesar una larga extensión monótonamente selvática y el 3 de agosto de 1858 se encontraba en la orilla cercana a Muanza. Desde allí contemplaría el enorme lago. Speke tan sólo permaneció tres días al lado de aquella extensión de agua y apenas examinó una parte de su ribera; sin embargo quedó convencido de haber hallado el origen del Nilo.

La recepción que se tributó a Speke a su regreso a Kaze fue calurosa. Sin embargo, cuando Burton escuchó la tesis de Speke sobre las fuentes del Nilo, no quedó en absoluto convencido. A su juicio, Speke no había encontrado ninguna prueba sólida que sustentara sus pretensiones. Para colmo, él mismo estaba convencido de que el origen del Nilo se encontraba en algún lugar situado más hacia oriente, cerca del monte Kenya y del Kilimanjaro. Por lo que se refería al lago explorado por Speke, quizá era sólo un afluente del alto Nilo o una agrupación de lagos. Con todo, Burton no sustentaba ninguna de esas opiniones de manera dogmática, sino que simplemente las contemplaba como hipótesis. La cuestión ya resultaba de por sí potencialmente espinosa, pero aún se complicó más por el hecho de que había que informar a la Real Sociedad Geográfica y, como es fácil de entender, Burton y Speke diferían no sólo sobre el enfoque del informe sino también acerca de los resultados que supuestamente habían sido logrados por la expedición.

A finales de septiembre de 1858, el grupo, formado ahora por ciento cincuenta y dos personas, emprendió el camino de regreso a la costa. Burton y Speke no tardaron en caer enfermos y resultó

indispensable transportarlos porque eran incapaces de caminar. Speke incluso comenzó a padecer pleuresía y neumonía y hubo que interrumpir la marcha. Antes de recuperarse, el aventurero sufrió delirios profundos en el curso de los cuales gritaba contra Burton recordando pasados agravios. Cuando Speke salió de aquella dramática situación, la expedición pudo continuar la marcha, pero no tardó mucho en quedar de manifiesto que las tribulaciones distaban considerablemente de haber llegado a su fin. Durante los siguientes cuatro meses, las deserciones se multiplicaron mientras el flagelo de la enfermedad no dejaba de golpear al grupo. Finalmente llegaron al océano índico, justo al norte de Dar-es-Salam. Era el mes de febrero de 1859.

Aunque Burton y Speke llevaban viajando veintiún meses, el primero se había comprometido a visitar Kilwa y ahora insistió en llevar a cabo esa parte del plan. Lo consiguieron gracias a una embarcación que les envió el cónsul británico, pero el resultado de aquel viaje no pudo ser más desalentador. El cólera azotaba la zona y parecía como si la enfermedad mostrara una especial preferencia por Kilwa. Resulta comprensible que Burton y Speke no desearan detenerse mucho tiempo en la localidad. El 14 de marzo de 1859 se encontraban de nuevo en Zanzíbar.

Regreso a Gran Bretaña

El panorama que encontraron en la isla podía calificarse de dantesco. No menos de la décima parte de la población había perecido ya a causa del cólera y, al mismo tiempo, parecía inminente una invasión que perpetrarían las fuerzas del hermano del sultán. Al cabo de tres semanas, Burton y Speke abandonaron Zanzíbar a bordo del *Dragón of Salem*. Veinticinco días más tarde atracaron en Adén.

A mediados de abril, Speke zarpaba de Adén en el *Furious*, un barco británico que regresaba a la patria. Previamente habían decidido que Burton permanecería en África hasta que terminara de restablecerse. Según el testimonio de este último, antes de marcharse Speke, ambos habían acordado que hasta que se reunieran en Londres no se publicarían los resultados de la

expedición.

A pesar de lo supuestamente pactado, los acontecimientos iban a desarrollarse de una manera muy diferente. Burton llegó a Inglaterra el 21 de mayo y se encontró con que Speke se había entrevistado con sir Roderick Murchison, el presidente de la Real Sociedad Geográfica, y le había convencido de que había encontrado las fuentes del Nilo. No sólo eso. A los pocos días de llegar a Londres, Speke había eclipsado totalmente a Burton y había recibido la invitación de la Real Sociedad Geográfica para partir hacia África al mando de una nueva expedición, una expedición en la que no había sitio para el hombre que años atrás había recorrido Medina y La Meca. Aquel nuevo viaje se convertiría en un éxito indiscutible de Speke. Cuando regresó, nadie se hubiera atrevido a cuestionar que había revalidado su título de descubridor de las fuentes del Nilo y la Real Sociedad Geográfica le concedió la medalla de los fundadores. El 22 de junio de 1863, la prestigiosa entidad brindó incluso una ovación a Speke en el curso de una reunión extraordinaria. Sin embargo, aún no estaba dicha la última palabra.

Los aventureros se enfrentan

Por supuesto, Burton había seguido insistiendo en que las conclusiones de Speke carecían de la más mínima apoyatura y tampoco dejaba de deslizar la idea de que el mencionado explorador había pervertido el sentido de la expedición que habían realizado juntos al mencionar la búsqueda de las fuentes del Nilo. Este último aspecto no se correspondía ciertamente con la realidad porque Burton sí había tenido en mente el descubrimiento del origen del Nilo al menos desde la primavera de 1856. Sin embargo, sus objeciones a las pretensiones de Speke eran sólidas y no pasó mucho tiempo antes de que en algunas reuniones de la Real Sociedad Geográfica se hicieran eco de ellas.

El siguiente eslabón en aquella cadena de desmoronamiento del prestigio de Speke fue la filtración de esta controversia a la prensa. Con la excepción del *Magazine*
Blackwood's

, nadie defendió a Speke. Se trataba, sin duda, de una circunstancia bien reveladora porque ese medio había dado cabida precisamente a dos artículos de Speke a su regreso a Gran Bretaña en 1859 y, por lo tanto, sobre el mismo pesaba la sospecha de parcialidad. En muy poco tiempo, la falta de apoyo se convirtió en una serie de ataques directos. Ya no se trataba sólo de Richard Burton, sino del prestigioso doctor Livingstone y del geógrafo James
M'Queen.
Este último redactó una serie de artículos publicados en el *Morning Advertiser* donde llegaba incluso a censurar la conducta privada de Speke durante su estancia en África y le acusaba de simpatizar con el tráfico de esclavos.

El trabajo de M'Queen no pasaba, en buena medida, de ser un libelo encaminado no tanto a aclarar una espinosa cuestión geográfica como a aniquilar la reputación pública de Speke. De hecho, a diferencia de Burton, Speke había mostrado una actitud favorable hacia los africanos e incluso creía en las posibilidades que tenían de progresar con tal de que contaran con gobiernos adecuados. Sin embargo, a pesar de su carácter calumnioso —quizá por eso mismo—, los artículos de
M'Queen
tuvieron un eco extraordinario y cuando Speke eludió presentar una querella contra ellos sólo contribuyó a darles una apariencia de veracidad que, realmente, no merecían.

La conclusión del drama

Finalmente, en septiembre de 1864, la British Association for the Advancement of Science convocó una reunión en Bath para el día 16 del mismo mes con la intención de zanjar científicamente la cuestión de las fuentes del Nilo ante una audiencia en la que se darían cita centenares de científicos y geógrafos. Tanto Burton como Speke se comprometieron a asistir a la misma para exponer sus posiciones sin que los esfuerzos de reconciliación emprendidos por Isabel, la esposa del primero, tuvieran ningún resultado positivo.

El día 16 por la mañana dio inicio el debate tal y como se había

anunciado. Todos los personajes de relevancia recibieron un lugar al lado de la junta, con la excepción de Richard Burton, que permaneció en la tribuna con la única compañía de su esposa. Fue entonces cuando comenzó a circular una nota por la sala. El día anterior, a las cuatro de la tarde, Speke había perdido la vida mientras se encontraba cazando en las tierras de un primo. Naturalmente, no faltaron las voces que pensaron que se había tratado de un suicidio provocado por el temor de Speke a verse desenmascarado. Sin embargo, lo más probable es que la escopeta de Speke se disparara cuando éste se hallaba trepando un muro. El impacto le dio en el pecho y quince minutos después el conocido explorador fallecía. Así, al menos, lo dejó establecido una investigación judicial llevada a cabo el día 16 por un jurado.

Durante los años siguientes, la figura de Speke, que había muerto con tan sólo treinta y siete años sin dejar ni viuda ni descendencia, no dejaría de mermar en importancia. En parte, porque la de Burton, su rival y antiguo compañero, continuó agrandándose y, en parte, porque ya no pudo defenderse de sus detractores. Posiblemente, la opinión pública no fue justa al ensalzarlo por encima de Burton al regreso de la expedición que compartieron en África pero, con toda seguridad, no fue más justa al ir dejándole caer en el olvido. Por lo que se refiere al poder político, pasó algún tiempo antes de que se indicara a la reina Victoria que Speke no había sido objeto de ninguna recompensa regia. La carencia se rectificó cuando el padre de Speke fue informado de que podía sumar un cocodrilo y un hipopótamo a los símbolos recogidos en su escudo de armas. Se trataba de una magra recompensa para uno de los aventureros Victorianos de mayor relevancia.

Bibliografía comentada

De manera considerablemente injusta, aún está por escribir una biografía dedicada a Speke. Sin embargo, tal circunstancia no resulta extraña teniendo en cuenta que apenas unas semanas después de su muerte Burton publicó su *Nile Basin*, donde aniquilaba las teorías de Speke de forma dudosamente ética.

Aparte de las biografías sobre Burton a las que hicimos referencia en el capítulo primero de la segunda parte, merece la pena consultar los relatos que de la expedición escribieron Burton y Speke. De ambos existe versión española: Richard Burton, *Las Montañas de la Luna. En busca de las fuentes del Nilo*, Madrid, Valdemar, 1998, y J. H. Speke, *Diario del descubrimiento de las fuentes del Nilo*, Madrid, Espasa Calpe, 1999.

CAPÍTULO SEGUNDO

Los Baker del Nilo

John Speke y **James Grant** a bordo de la embarcación de sir Samuel Baker y su esposa, en el Alto Nilo (1880, © Roger-Viollet).

Llevaba dos días totalmente inconsciente en una parihuela. De manera inesperada, a la tercera mañana la mujer se despertó tras experimentar un desgarrador estremecimiento. Sin embargo no se trató del anuncio de una recuperación. Todo lo contrario. Durante una semana, el marido tendría que permanecer a su lado día y noche ante el temor de que en uno de sus desvaríos la desdichada mujer abandonara definitivamente este mundo. Mientras la lluvia seguía cayendo con una intensidad que calaba las ropas, los equipos, los cuerpos, él intentó encontrar algo de comida para saciar un hambre que les atenazaba dolorosamente el estómago. Los resultados de aquella búsqueda fueron, al fin y a la postre, demasiado magros. Al cabo de una semana, el propio esposo sufrió también un colapso. Parecía que ambos esposos habían llegado finalmente a la conclusión de un viaje que se había iniciado bajo los mejores auspicios mucho tiempo atrás. Y sin embargo… y sin embargo, la Historia es pródiga en toda clase de sorpresas…

El insaciable cazador

En ocasiones resulta difícil desentrañar las razones que llevan a una persona a convertirse en aventurero. En el caso de Burton representó un papel importante la búsqueda de nuevos conocimientos; en el de Livingstone, Shirley Baker y Palgrave nos encontramos con causas espirituales; en el de James Brooke con el deseo de llevar la civilización al otro extremo del mundo. Todos ellos parecen motivos de cierta envergadura moral y humana. Sin embargo ni fueron los únicos ni resultaron excluyentes de otros. Samuel Baker, por ejemplo, emprendió su carrera de aventurero guiado fundamentalmente por el deseo de cazar.

Había nacido en 1821 —el mismo año que Burton— y estaba vinculado familiarmente con la marina y con el comercio en ultramar. Su padre era un hombre acaudalado en cuyas manos se juntaban una compañía naviera, la dirección de un banco y una empresa de ferrocarriles. Sin embargo, Baker no se sentía en absoluto atraído hacia el mundo del dinero y de las finanzas. Casi como si se tratara de una reacción, en realidad donde él se hallaba a gusto era en los grandes espacios al aire libre, buscando nuevas piezas que pudiera cobrar.

Concluyó su educación en Alemania y poco después contrajo matrimonio con la hija de un clérigo inglés que le daría cuatro hijos. En adelante iba a pasar muy poco tiempo en Gran Bretaña. Inicialmente, Baker intentó seguir los pasos de aquellos familiares suyos que se habían abierto holgadamente camino en el mundo de la producción. Fue ese deseo el que le llevó a intentar explotar una hacienda en Ceilán y a desarrollar una línea férrea a lo largo del Danubio. Sin embargo, su corazón se encontraba en otro tipo de actividades y, de hecho, pudo soportar aquellos cometidos por la sencilla razón de que se refugiaba en la caza.

Las piezas cobradas por Baker en aquellos años hubieran

causado la envidia de cualquier amante del arte cinegético. Los elefantes de Ceilán, los tigres indios y los osos balcánicos formaron parte, entre otras muchas especies, de las que pasaron a engrosar su historial como cazador. Fue esa misma pasión la que lo impulsó a inicios de la década de los sesenta a trasladarse al continente africano.

Viaje a África

Le acompañaban un hermano y su segunda esposa, una muchacha joven y bella llamada Florence a la que había adquirido en un mercado de esclavos situado en el Danubio y dependiente de los turcos. Si ahora Samuel Baker la llevaba consigo no se debía a que fuera presa de una irresistible pasión sino al hecho de que estaba convencido de que la mujer podría arrostrar las aventuras más peligrosas. Inicialmente, la meta del viaje era cazar en las selvas del Sudán, un territorio apenas conocido por los europeos. Si la aventura se presentaba bajo buenos auspicios, Baker tenía intención de remontar el río Nilo hasta sus ignotos orígenes.

Baker podía ser un aventurero, pero en ningún caso era un diletante ni confundía viajar con hacer turismo. Precisamente por ello decidió elaborar un cuidadoso plan. En primer lugar se quedaría durante un año en el Sudán estudiando los afluentes del Nilo de la orilla abisinia, amén de aprendiendo la lengua árabe. Después llegaría a Jartum y desde allí se adentraría en el territorio bañado por el Nilo Blanco. Dado que disponía de fondos suficientes derivados de su fortuna personal y que no debía dar cuentas a nadie de sus actividades —una circunstancia que causó no pocos problemas a otros aventureros—, Baker pudo seguir el plan trazado no sólo de manera meticulosa sino incluso placentera.

Los Baker en Jartum

Al cabo de un año del inicio de su viaje se hallaba en Jartum y hablaba el árabe con una soltura envidiable. Por si fuera poco, había disfrutado lo indecible abatiendo numerosos animales en la zona del río Atbara. En Jartum los esperaba la posibilidad de

alojarse en el consulado británico, que se hallaba a la sazón desocupado. Se trató de un golpe de suerte, porque les evitó la tarea no siempre cómoda de buscar alojamiento, pero ese toque de fortuna no palió el impacto que les produjo la capital sudanesa.

En aquellos años, Jartum era junto con Zanzíbar el centro del comercio de marfil y de esclavos. Sin embargo, la administración de Jartum era posiblemente más corrompida e ineficaz que la de Zanzíbar. Jartum se había convertido en la ciudad desde la que el jedive de Egipto pretendía gobernar el Sudán pero, en realidad, difícilmente podía otorgarse el nombre de gobierno a las prácticas llevadas a cabo por los funcionarios egipcios. Lejos de intentar dar siquiera una fachada de ley y orden al país, los egipcios, encabezados por Musa Bajá, el gobernador general, se limitaban a entregarse a sustanciosas corruptelas que incluían el comercio con esclavos como uno de sus principales ingredientes. Aparte de eso, aquel cuerpo de ocupación de quince mil personas aproximadamente se esforzaba no por sostener un sistema tributario racional sino por arrancar a los sudaneses el fruto de su trabajo de las peores maneras. Difícilmente hubiera podido encontrarse en todo el universo de la colonización europea anterior, coetánea y posterior un ejemplo peor de rapacidad, corrupción e ineficacia. No resulta extraño que para mantenerlo en pie se recurriera a la tortura y al soborno como comportamientos habituales.

Jartum parecía casi la encarnación en una urbe de aquella lamentable forma de gobierno. Rodeada totalmente por el desierto, la ciudad constituía un remolino de casuchas de ladrillo cocido en las que, malsanamente, se apiñaban unas treinta mil personas. Este hacinamiento, sin embargo, no era lo más insalubre del lugar. Las normas más elementales de higiene no significaban nada para los habitantes. No existía alcantarillado ni desagües y el agua para consumo humano era apenas potable. Por si fuera poco, lo común era encontrar en las estrechas callejuelas animales muertos, desperdicios y, por supuesto, orines y excrementos. El calor sofocante sólo contribuía a acentuar el hedor y a llevar a la fermentación y el cultivo aquel caldo de miasmas.

Sin embargo, por mucho que costara creerlo, Jartum era el último vestigio de civilización antes de entrar en el desierto, y de ahí derivaba su puesto privilegiado a la hora de contemplar las

maravillas procedentes de la jungla y del desierto. Piedras preciosas, animales salvajes, fieras increíbles llegaban hasta Jartum sin dejar de provocar gestos de sorpresa.

A pesar de todo, el bien más preciado en Jartum, el más esperado, el más codiciado no era otro que la propia carne humana. Sometida a un sistema escandalosamente corrupto, la ciudad vivía fundamentalmente del tráfico de esclavos. Los árabes y los egipcios, los armenios y los sirios, los turcos y la treintena de europeos que poblaban sus calles debían su mayor o menor lucro a la desdicha de millares de africanos.

No escaseaban los recién llegados que labraban una fortuna rápida recurriendo a ese expediente. Bastaba con que el nuevo habitante de Jartum consiguiera una cifra moderada —por la que se le podía exigir un interés usurario de hasta el ochenta por ciento— para encaminarse en diciembre hacia el sur a la busca de un pacto con algún caudillo tribal. Si conseguía convencer al jefe africano, las huestes del traficante se sumaban a los guerreros negros y caían inadvertidamente sobre alguna aldea al amanecer. Tras incendiar la choza y ahogar a tiros toda resistencia, los agresores procedían a saquear todo lo que de valor pudiera haber en la aldea y a amarrar a hombres, niños y mujeres, convertidos ya en futuros esclavos. A continuación, y de manera apresurada para evitar las represalias de otras poblaciones aliadas, la expedición se encaminaría hacia el embarcadero del río. Allí, el despiadado traficante intentaría cambiar por marfil el fruto del saqueo, e incluso sopesaría la idea de atacar a su aliado africano. Luego embarcaría con la intención de regresar cuanto antes a Jartum. Si no había roto con el jefe tribal, sabía que el próximo año podría contar con él como aliado para una nueva incursión. Razones económicas no le faltarían, desde luego, para acometer nuevamente ese tipo de empresa. Con facilidad, un traficante de pequeña envergadura podía obtener entre seis y siete mil libras esterlinas con las cantidades sumadas de la venta del marfil y de los esclavos. Se trataba de una cifra más que suficiente para pagar el crédito con el que había emprendido su primera correría y para preparar la siguiente.

Baker no dejó de sentir repugnancia ante este tipo de operaciones, pero distaba mucho de considerar a los africanos meras víctimas. A su juicio eran cómplices de tan monstruoso

comercio y, lamentablemente, no era la única muestra de barbarie a la que se entregaban de la manera más natural. Con verdadero horror, Baker pudo ver cómo las mujeres llevaban las señales de los golpes y los mordiscos propinados por sus esposos, y que las mostraban con auténtica satisfacción. A fin de cuentas, con aquel comportamiento tan sólo ponían de manifiesto quién mandaba en la vida doméstica.

No menos horror que los maltratos le ocasionó a Baker la observación de la poligamia. Por supuesto, esta práctica era habitual y, si acaso, el islam sólo había contribuido a proporcionarle una cierta legitimación religiosa. Sin embargo, lo peor era que su existencia excluía cualquier comportamiento que, siquiera lejanamente, se pareciera al amor. En realidad, las esposas se encontraban reducidas al nivel del ganado de cierto valor y, precisamente por ello, eran rechazadas cuando perdían la belleza y la prestancia.

Estos aspectos determinaron que Baker, a diferencia de otros aventureros como Speke o Livingstone, tuviera una pésima opinión de las tribus africanas. A su juicio no se trataba de poblaciones de las que pudiera esperarse un avance, sino que constituían un conjunto de fuerzas sometidas a la barbarie de unas costumbres a las que, muy a duras penas, podía calificarse de humanas.

Sin embargo a duras penas hubiera podido decirse que la administración egipcia estuviera moviendo un dedo para cambiar aquella situación. Cuando los Baker manifestaron a Musa Bajá, el gobernador de Jartum, su deseo de explorar el país, el funcionario egipcio procuró disuadirlos, ansioso de que no averiguaran demasiado sobre el vergonzoso comercio de esclavos.

Tras las huellas de Speke

A pesar de que Musa Bajá combinó las negativas corteses con las dilaciones exasperantes, los Baker no estaban dispuestos a dejarse convencer. A esas alturas, por añadidura, ya no los impulsaba en sus deseos de exploración un mero interés personal. Una vez en Jartum se les había notificado que Petherick y su esposa, que intentaban encontrar el rastro de la expedición de Speke y Grant en busca de las fuentes del Nilo, habían perecido en el intento. Ahora,

la Real Sociedad Geográfica se dirigía a Baker para que se ocupara de aquella misión pendiente. Baker aceptó la propuesta e incluso se dijo a sí mismo que si Grant y Speke también habían muerto, él cumpliría con el empeño de dar con el origen del río Nilo.

El propósito era firme, pero Baker necesitó medio año para hacerse con un equipo digno de tal nombre. Al cabo de ese tiempo contaba con tres botes de vela, veintiún asnos, cuatro caballos, cuatro camellos y noventa y seis porteadores. Asimismo logró el concurso de un alemán llamado Johann Schmidt. Finalmente, tras infinidad de inconvenientes y dilaciones, el 18 de diciembre de 1862 la expedición comenzó su camino hacia la localidad de Gondokoro.

Nada más lejos de la realidad que el imaginar que el Nilo es una plácida y hermosa corriente una vez rebasado Jartum. Durante unos setecientos kilómetros cruza el desierto, conservando algún vestigio si no de veracidad, sí de verdor en sus márgenes. Sin embargo, en el lugar donde el Sobat desemboca, el río se desvía hacia occidente y se transforma en una extensión rebosante de papiros y plantas que fermentan en su descomposición. Esa superficie amarilloverdosa está enjambrada de temibles cocodrilos e imponentes hipopótamos (las fieras terribles del libro veterotestamentario de Job), de mosquitos incansables y extrañas aves. Apenas puede imaginarse un terreno más engañoso para el viajero. En apariencia, el suelo que pisa es sólido y consistente. Hasta podría suceder que en él descansara una bestia de mole considerable. Sin embargo, cuando menos se espera, aquella superficie se desmigaja, abriéndose y tragando al desdichado que se encuentra encima.

A este panorama de peligros ignotos se sumaba la desolación que sólo produce la ausencia total de civilización alguna. El paisaje del sur del Sudán recordaba más a un territorio imaginario concebido por la extraña e inquietante mente de Lovecraft que a nada que un europeo hubiera podido contemplar jamás. Se trataba de desolación, pero de una desolación vivamente peligrosa. Aquella aridez acuática había impedido que nada germinara en el pasado y desanimaba cualquier fruto del presente. De hecho, de las tres vías que permitían traspasar aquella selva flotante ninguna tenía la menor garantía de verse libre de obstrucciones. Sin embargo, Baker, al que no se le ocultaba aquel horror, era moderadamente

optimista. Si contaba con viento favorable, su viaje hasta Gondokoro podría concluir en seis semanas.

Gondokoro

El enclave en cuestión se reducía a algunas cabañas situadas en la margen oriental del río. Sin embargo, a pesar de su aspecto miserable, constituía el almacén más importante de la zona. A partir de allí, el Nilo se transformaba en una sucesión de cataratas a lo largo de unos ciento cincuenta kilómetros. No resulta, por lo tanto, sorprendente que ni siquiera aquellos que ansiaban enriquecerse con la esclavitud y el tráfico de marfil se hubieran atrevido a superarlo. Sin embargo, si deseaba localizar a Speke y a Grant, ése era el territorio en el que debía adentrarse Baker.

Inicialmente, la suerte le acompañó. La maraña flotante del Nilo había sido algo menos tupida aquel año y el trayecto de Jartum a Gondokoro pudo ser cubierto en cuarenta días. No duró mucho ciertamente, pero hay que reconocer que el coste fue muy oneroso. Johann Schmidt murió, mientras que los enfermos se multiplicaban. Por otro lado, la llegada a Gondokoro distó mucho de ser estimulante. Aquel enclave era una especie de tierra de nadie donde las disputas menudeaban por motivos banales y no pocas veces se ventilaban por la fuerza de las armas. A las dos semanas de llegar Baker a Gondokoro hicieron acto de presencia Grant y Speke. En teoría, la misión de Baker estaba concluida con creces, y más cuando Speke y Grant afirmaban que habían dado con las fuentes del Nilo, aunque aún quedara por delimitar un lago de enormes dimensiones llamado Luta Nzigé. Sin embargo, el matrimonio de aventureros no tenía la menor intención de dar por concluido aquel viaje. Mientras Speke y Grant se dirigían hacia Jartum, los Baker pusieron rumbo hacia el lago ya mencionado. Ni en un calenturiento alarde de imaginación podría haber previsto Baker lo que les esperaba en los dos años siguientes.

Hacia el Luta Nzigé

Nada más comenzar el viaje, Baker tuvo que sofocar un motín entre

sus propios hombres. Lo hizo de la manera más expeditiva, derribando al jefe de los rebeldes de un contundente puñetazo. Se trataba sólo del inicio. Durante los días siguientes, los animales comenzaron a caer como moscas. Tras el fin de los medios de transporte, vino el de las provisiones. Cuando éstas desaparecieron, los Baker y sus hombres se vieron obligados a comer hierbas para no morir de inanición. Al hambre se sumaron inmediatamente la fiebre y la enfermedad y, por si fuera poco, el ataque de las fieras, las asechanzas de los negreros y los combates con las tribus hostiles. Cuando se examinan los recuerdos de Baker sobre este viaje se tiene la sensación de contemplar una realidad que supera con mucho los relatos de aventuras de Salgari o Verne. La misma señora Baker aparece retratada como una heroína de novela que no perdía en ningún momento el temple y que lo mismo se plegaba a las incomodidades del viaje que empuñaba un arma de fuego para defenderse.

Posiblemente, lo peor de aquella parte del viaje no fue, a pesar de todo, aquel cúmulo de peligros, sino la creciente y angustiosa sensación de no avanzar en ninguna dirección lógica. Por espacio de nueve meses, los Baker o se vieron retenidos en poblachos nativos porque carecían de porteadores o dieron vueltas sin saber a ciencia cierta adónde se estaban dirigiendo. Lo que buscaban a esas alturas era alcanzar el poblado de Kamrasi, el rey de Bunyoro, con el que habían trabado conocimiento Speke y Grant. Sin embargo, Kamrasi guerreaba en esa época con su hermano Rionga y no tenía ningún interés en recibir a aquellos europeos. No se hallaban lejos, por otra parte, del lago Nzigé, pero alcanzarlo era una verdadera quimera dado el estado en que se encontraban. Y eso no era todo. Aunque con anterioridad habían tenido que sufrir quebrantamientos de salud no despreciables, ahora la situación empeoró considerablemente. El paludismo había golpeado a ambos miembros del matrimonio y la señora Baker incluso acabó viéndose incapacitada para caminar.

El 22 de enero de 1864, los Baker lograron alcanzar el Nilo cerca de las cataratas de Karuma. Allí se encontraron con los guerreros de Kamrasi. El traductor que llevaba Baker insistió en que era un hermano de Speke —ciertamente, su aspecto físico guardaba mucha semejanza con el del antaño compañero de Burton—, pero los

nativos temieron que aquella afirmación no pasara de ser una treta encaminada a obtener un importante cargamento de esclavos. Cuando Baker intentó desembarcar en la orilla donde se hallaban los hombres de Kamrasi descubrió que tenían intención de impedírselo enérgicamente. Finalmente, el grupo de Baker, que superaba holgadamente el centenar de hombres, recibió autorización para cruzar el río.

Los Baker fueron conducidos entonces hasta el enclave donde se encontraba Kamrasi. Sin embargo, su salud se encontraba tan quebrantada que tuvieron que realizar el trayecto en una camilla. Kamrasi quedó convencido de que Baker era un hermano de Speke y de que, dada su extrema debilidad, no podía ser peligroso. A continuación, dando muestra de una codicia devoradora, comenzó a pedir a los ingleses que le entregaran el mayor número posible de obsequios.

Los Baker no tardaron en descubrir que sus males distaban mucho de haber concluido. Mientras el firmamento se estremecía con los relámpagos de una tormenta interminable, Baker padecía un paludismo insoportable al que no podía oponer el efecto de la quinina. Débil y enfermo, suplicaba una y otra vez a Kamrasi que les proporcionara el guía y los porteadores que les permitieran llegar al lago. La única respuesta que recibía entonces del régulo africano era que deseaba más regalos.

Sin duda, la situación se hallaba muy cerca de llegar a un punto desesperado, pero empeoró de una manera imprevista cuando en febrero de 1864 Kamrasi comunicó a Baker la intención que tenía de quedarse con su esposa. Por supuesto, el reyezuelo indígena estaba dispuesto a entregarle, a modo de compensación, a otra mujer que incluso sería virgen y que le acompañaría en su viaje hacia el lago. El episodio podría haber concluido en desastre si los enfermos y debilitados Baker no hubieran respondido enérgica y rápidamente. Él desenfundó su pistola y apuntó al pecho de Kamrasi, indicándole que estaba totalmente dispuesto a matarlo si mantenía semejantes pretensiones hacia su esposa. Ella se alzó como pudo del lugar donde yacía y gritó su indignación al déspota. Al día siguiente, el matrimonio contaba con los porteadores que habían solicitado durante semanas.

Los Baker no lograron avanzar mucho. Los cenagales del río

Kafu, una corriente situada al suroeste de Mrroli, les dificultaron enormemente la continuación del viaje. En una ocasión, la señora Baker estuvo a punto de hundirse en medio de la vegetación espesa y maloliente del río y, para salvarla, su esposo tuvo que caminar un buen trecho con el agua hasta la cintura mientras apartaba como podía la maraña que los circundaba.

Durante los días siguientes, la falta de comida, el hambre y los aguaceros se combinaron en una trinidad infernal. Se produjo entonces la crisis que aparece descrita al inicio de este capítulo. En buena lógica, todo obligaba a pensar que el viaje estaba a punto de concluir con la muerte de los Baker. Sin embargo, el 13 de marzo el guía anunció que al día siguiente verían el lago que tanto habían deseado hallar. Se encontraban cerca de cuarenta kilómetros al norte del ecuador y la expedición se había prolongado ya durante casi dos años.

El 14 de marzo, los Baker cruzaron un valle y comenzaron a subir una de las colinas que se ofrecían a la vista. Una vez alcanzada la cima, Baker pudo contemplar una enorme extensión de agua que recordaba un mar de metal. A occidente, a unos noventa o cien kilómetros según su estimación, se dibujaban unos montes de tonalidad azulada que surgían del seno del lago. En realidad, el lago tenía unos ciento sesenta kilómetros de longitud por treinta y cinco de ancho en su parte más amplia, ocupando un área total de cinco mil trescientos cincuenta kilómetros cuadrados.

Aunque la fiebre había dejado su salud muy quebrantada, los Baker emprendieron el descenso entusiasmados. Tardaron en completarlo cerca de dos horas, pero finalmente dieron con una playa de arena blanquecina. Baker no podía afirmar que aquélla era la fuente del Nilo pero sí creía que podía ser una de ellas. Poseído por el deseo de honrar a su patria, tan lejana y tan distinta de lo que ahora vivía, Baker bautizó el lago con el nombre de Alberto, el del esposo de la reina Victoria.

Ciertamente, la meta del viaje había sido alcanzada. Ahora quedaba regresar al punto de partida y dar cuenta de lo conseguido.

El terrible retorno

Tras adquirir algunos troncos de árboles vaciados que realizaban la

función de canoas, los Baker se desplazaron hacia el norte. Así, con no poca dificultad, llegaron al lugar donde el Nilo penetraba en el punto más elevado del lago. Continuaron aquel rumbo y dieron con unas cataratas que Baker denominó Murchinson en honor del presidente de la Real Sociedad Geográfica. El matrimonio hubiera deseado contemplar con tranquilidad aquel impresionante espectáculo natural, pero no pudo. Los hipopótamos, que casi volcaron su embarcación, y los cocodrilos, que deseaban alimentarse con ellos, se convirtieron en dos peligros espantosos por lo tangible. Los Baker encontraron refugio en la isla de Patooan, y a buen seguro que lo precisaban, porque la guerra civil entre Kamrasi y su hermano se hallaba en un punto álgido y resultaba imposible alcanzar el campamento del primero. Cuando, finalmente, lo consiguieron descubrieron sorprendidos que el indígena que había dicho ser Kamrasi, en realidad era su hermano menor
M'Gambi.
La añagaza no había tenido otra finalidad que la de ponerse a resguardo de una posible eventualidad negativa procedente de los Baker.

Durante el siguiente medio año, el matrimonio no pudo salir de aquel lugar a causa de la continuación de la guerra. Luego, repentinamente, se vieron obligados a huir ante la cercanía de las tropas enemigas. La situación se hizo tan desesperada que los Baker habían llegado en septiembre de 1864 a la conclusión de que ya no conseguirían finalizar vivos aquel viaje. Fue entonces cuando llegó a Gondokoro una caravana que llevaba equipo para el matrimonio de aventureros. Cabía la posibilidad de unirse a aquel grupo y así lo hicieron los Baker con la esperanza de alcanzar el norte. En febrero de 1865 arribaban a Gondokoro. Allí descubrieron que se les daba por muertos hacía ya tiempo.

Con la finalidad de llegar hasta Jartum, los Baker alquilaron una chalupa. La embarcación quedó —¿acaso resultaba tan extraño?— inmovilizada por la enmarañada vegetación del Nilo. El matrimonio decidió entonces esperar a que la situación cambiara, pero lo único que sucedió fue que la peste hizo acto de presencia. Sus acompañantes comenzaron entonces a morir o a enfermar. Al fin y a la postre, avistaron Jartum —donde se les informó de la muerte de Speke—, pero ni allí concluyeron sus penalidades. Su embarcación

se salvó a duras penas del naufragio al pasar por las cataratas y de los ataques árabes.

Hacia Gran Bretaña

En octubre de 1865, los Baker llegaron a Suez. Su propósito era regresar cuanto antes a Gran Bretaña y dar a conocer el descubrimiento de «una de las fuentes del Nilo». Antes de que zarparan, la Real Sociedad Geográfica les concedió su medalla de oro. Era el primero de una cascada de honores que descendería sobre la aventurera pareja. Su viaje no había resuelto el problema de las fuentes del Nilo y así lo había reconocido el propio Murchison en nombre de la Real Sociedad Geográfica. A pesar de todo, la pareja se iba a ver envuelta en una aureola de popularidad que aumentó extraordinariamente cuando se publicaron los magníficos libros de Baker acerca del viaje. *The Albert N'yanza*, los *Nile Tributaries* y *Cast Up by the Sea* se convertirían en clásicos del relato de viajes en nada inferiores a la mejor novela de aventuras. Quedaba así consagrada una reputación vinculada como ninguna otra al río Nilo. Ni Burton ni Speke lograrían unir su nombre al de la inmensa corriente fluvial. Sin embargo, durante los años siguientes se hablaría ya para siempre de «Baker del Nilo». Más justo habría sido hablar de los Baker del Nilo.

Bibliografía comentada

Los textos acerca de los Baker no son muy numerosos pero, en conjunto, existen un par de biografías notables. La primera es la de Dorothy Middleton, *Baker of the Nile*, Londres, 1949, y la segunda la de Richard Hall, *Lovers on the Nile*, Nueva York, 1980. También pueden leerse con aprovechamiento, a pesar de su antigüedad, *Sir Samuel Baker: His Life and Adventures*, Londres, 1894, de A. E. Lomax, y *Sir Samuel Baker: A Memoir*, de D. T. Murray y S. A. White.

De especial interés, como suele ser habitual, resultan las fuentes primarias debidas a Samuel Baker, *The Albert N'yanza*, Londres y Nueva York, 1866, 2 vols.; *The Nile Tributaries of Abyssinia*, Londres, 1867 y *Cast Up by the Sea*, Londres y Nueva York, 1869. También es digno de ser leído *Wild Beasts and Their Ways: Reminiscences of Europe, Asia, Africa and America*, Londres, 1890, 2 vols.

CAPÍTULO TERCERO

Livingstone, el explorador evangélico

David Livingstone (c. 1857, © Hulton-Deutsch Collection / Corbis).

Durante los dos años anteriores se había entregado a la exploración del curso superior del río Congo. Cuando el 20 de julio de 1871 emprendió el viaje de regreso a Ujiji, su estado de salud era realmente lamentable. Tardó en llegar un trimestre entero a la ciudad, y para ese entonces él, que se había convertido en un referente ético para las escuelas, las iglesias y los centros de exploración del Reino Unido, llevaba los pies cubiertos de llagas y padecía disentería y fiebre.

Sin embargo, a pesar de su pésimo estado, mantenía la esperanza. Con un poco de suerte podría encontrar las medicinas que necesitaba y un correo que le pusiera en contacto con un mundo que había abandonado muchos años atrás. No tardaría en descubrir desalentado que los comerciantes árabes habían vendido las medicinas y destruido el correo. Y, sin embargo, incluso en aquel lugar inhóspito y distante de la civilización era conocido. A los cuatro días de su llegada, un extranjero de aspecto anglosajón llegó hasta él tras cruzar entre una multitud de nativos, y, con total seguridad, le dijo: «El doctor Livingstone, supongo».

Una infancia de esfuerzo y sacrificio

A varias décadas del inicio del proceso de descolonización sería extremadamente difícil encontrar una sola persona que no coincidiera en afirmar que África continúa siendo un receptáculo de terribles problemas cuya solución parece, desde luego, bien remota o incluso imposible. A una descolonización apresurada y no pocas veces sangrienta sucedió en no escasos países un régimen marxista-leninista y antioccidental que aniquiló rápidamente la economía nacional, precipitando procesos de hambruna, guerra civil o sucesivos golpes de Estado. No son pocos los que se han valido de estas circunstancias para analizar la situación desde una perspectiva desesperada que parece condenar al continente a su permanencia ininterrumpida en las tinieblas externas del avance económico, social y político, convencidos de que no existe ninguna receta para sacarlo del marasmo en que se halla sumido. A mediados del siglo pasado, en el período de apogeo del Imperio Victoriano, un misionero, viajero y aventurero escocés se enfrentaba con un problema no inferior en la medida en que África constituía, entre otras cosas, el coto privilegiado de los cazadores de esclavos. Para él, aquel continente que los antiguos describieron como desprovisto de frío, sí tenía una sólida esperanza de progreso y avance a desprecio de quien pudiera poblarlo y por encima de los antecedentes culturales y raciales del mismo. Esa esperanza, sin embargo, estaría configurada por las denominadas tres «ces», a saber: cristianismo, civilización y cultura. África sólo podría verse salvada si las recibía y a la tarea de expandirlas en el continente dedicó su vida aquel hombre. Su nombre era David Livingstone.

Livingstone vio la primera luz el 19 de marzo de 1813 en una población escocesa llamada Blantyre. Era el segundo hijo de un matrimonio de piadosos protestantes llamados Neil y Agnes. La familia fue aumentando con el paso de los años, hasta que creció a

dos varones y una hembra más. Los siete se apiñaban en un par de pequeñas habitaciones, pero esa circunstancia, así como otras estrecheces, no parece que impulsara a ninguno de los Livingstone hacia el resentimiento social. Por el contrario, todo indica que su fe les proporcionó una sólida estructura espiritual no sólo para enfrentarse a las dificultades de la vida sino también para intentar progresar en medio de las mayores dificultades. Si Neil Livingstone aprovechaba la entrega de pedidos de té en que trabajaba habitualmente para vender también libros de contenido religioso, David se colocó a trabajar a los diez años en una fábrica de algodón por la sencilla razón de que la familia necesitaba complementar unos ingresos acentuadamente magros. La jornada de trabajo de David comenzaba a las seis de la mañana y, por regla general, se extendía por un período de doce o hasta catorce horas.

Un régimen de trabajo tan duro para un niño de esa edad podría haber quebrado fácilmente cualquier naturaleza. Una vez más, fue la fe la que evitó lo peor. Livingstone no sólo no identificó su trabajo con una especie de castigo bíblico que había que eludir sino que, desde el principio, supo que la salida de aquella situación pasaba por el estudio. Con el escaso dinero que le quedaba de su reducido salario compró un libro de gramática latina titulado *Rudiments of Latín*, con la intención de poder estudiar en la escuela nocturna. Ésta duraba tan sólo dos horas —de ocho a diez de la noche—, pero implicaba un gran esfuerzo si tenemos en cuenta que, a esas alturas del día, David debía de estar físicamente agotado y que, cuando terminaban las clases, apenas le quedaban seis horas para cenar y descansar hasta el inicio del siguiente día de trabajo.

La conversión

Poco puede dudarse de que se trataba de un régimen de vida considerablemente duro y más si osamos compararlo con el de los niños y adolescentes occidentales de la actualidad. Sin embargo, el resultado fue sustancialmente la forja de un carácter extraordinario. Cuando llegó a los diecisiete años de edad, la paga de David había crecido lo suficiente y el joven pudo permitirse ingresar en la escuela de medicina de Glasgow. Tres años después, David

experimentó lo que, con toda seguridad, fue el acontecimiento crucial de su existencia. Nos referimos a su conversión.

A diferencia de lo creído por otras confesiones cristianas, existe un sector importante del protestantismo, el denominado evangélico, que vincula la salvación final a la existencia de una conversión o, como se indica a veces en el lenguaje de estos grupos, a haber aceptado a Cristo como Señor y Salvador. En el curso de ese proceso de conversión resulta absolutamente secundaria, incluso indiferente, la filiación religiosa que se adopte porque lo esencial es la vinculación espiritual con la persona y la obra de Cristo. La persona reconoce no sólo su condición de pecadora sino también que sus propios méritos y buenas obras no pueden procurarle la salvación. Ésta no puede ser ganada sino sólo recibida, un proceso que tiene lugar cuando se acepta por la fe el sacrificio de Cristo en la cruz, una muerte que tuvo lugar en pago por los pecados del género humano.

Son muy numerosos los pasajes del Nuevo Testamento citados en apoyo de esta interpretación del cristianismo pero, de manera especial, se recurre al Evangelio de Juan 3, 16, donde se afirma que «tanto amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo para que todo el que en él crea no se pierda más y tenga vida eterna» y/o Efesios 2, 8-9,
donde el apóstol Pablo enseña «que por gracia somos salvos, a través de la fe, y esto no se debe a nosotros sino que es un don de Dios, no es por obras para que nadie se jacte».

Esta comprensión de la necesidad de la obra de Cristo para poder salvarse y la aceptación de la misma por fe se produjo en Livingstone cuando tenía veinte años de edad. A ello le impulsó la lectura de *Philosophy of the Future State*, de Dick, y a partir de entonces su vida recibiría un nuevo impulso que, de momento, se concretó en un cambio de denominación, pasando de la Iglesia de Escocia, de carácter calvinista, a una congregación evangélica independiente de signo más estricto. Dos años después, el joven David se hallaba estudiando griego, teología y medicina en el Anderson's
College y en la Universidad de Glasgow.

El misionero

Livingstone concluyó sus estudios de medicina en Londres, donde se graduó con honores en 1840. Para aquel entonces, el joven escocés ya había decidido que su misión en la vida sería la de predicar el Evangelio a aquellos pueblos que no lo conocían. Así, en 1838, el año en que se cumplía el primer aniversario de Victoria como reina de Inglaterra, solicitó la admisión en la London Missionary Society, siendo provisionalmente aceptado. Su intención inicial era marchar a China, pero el estallido de la denominada guerra del Opio frustró tal proyecto. Entonces, mientras pensaba en un futuro emplazamiento para su misión, conoció a Robert Moffat en 1839.

Moffat había sido misionero en África durante varios años y en aquellas fechas se encontraba en Gran Bretaña visitando distintas iglesias para informarles acerca de la manera en que estaba discurriendo su labor evangelizadora. La insistencia con la que Moffat hablaba acerca del «humo de un centenar de pueblos donde nunca se ha visto a un misionero» tocó profundamente el corazón de Livingstone, que llegó a la conclusión de que Dios le estaba encaminando a África. Fue así asignado a Kuruman, un enclave situado en el sur del continente, donde previamente había residido Moffat.

Llegada a África

En la primavera de 1841, el mismo año en que el conservador Robert Peel se convertía en primer ministro inglés, Livingstone llegaba a la bahía de Algoa. Kuruman se encontraba a más de mil kilómetros de Ciudad de El Cabo, de manera que se vio obligado a realizar un viaje que se prolongó durante diez semanas y que le permitió llegar a su destino el 31 de julio. Apenas pasó unos meses en Kuruman. Livingstone estaba decidido a abrir nuevas rutas al Evangelio y, en compañía de otra persona, volvió a realizar otro periplo de unos mil trescientos kilómetros de extensión para ganarse la confianza de los habitantes de la zona. No le resultó difícil porque a sus conocimientos de medicina sumaba una especial empatía hacia los nativos, que éstos supieron apreciar.

En febrero de 1842 volvió a emprender un viaje por el interior,

aunque esta vez lo realizó solo. La expedición se extendió ahora hasta el mes de junio del mismo año y en el curso de la misma Livingstone surcó la franja oriental del desierto de Kalahari, el valle de Bakhatla, las colinas de basalto que llevaban hasta el territorio de los bakaa, llegando incluso hasta la zona donde se asentaban los makalaka. A su regreso permaneció en Kuruman hasta el mes de febrero de 1843, ocupado en tareas como la predicación y la atención de enfermos. Se trató de una pausa breve seguida por un nuevo viaje hacia el interior, en el curso del cual descubrió el valle de Mabotsa, enclavado en el territorio de la tribu bakatia. Cuando regresó a su base durante el mes de junio le esperaba una carta en la que se le autorizaba a establecer una nueva misión en el interior del país.

Livingstone había ya decidido el lugar más adecuado para llevar a cabo esa tarea, y en el mes de agosto regresó a Mabotsa, donde abrió una misión. El régimen de trabajo era agotador, pero esa circunstancia era algo a lo que estaba acostumbrado y que no parece haberle causado el menor pesar. Durante las horas diurnas atendía a cantidades interminables de personas con dolencias médicas. Luego, cuando llegaba la noche, se sentaba al amor del fuego a escuchar las historias que narraban los nativos y aprovechaba a su vez para contarles relatos sobre la vida de Jesús.

El combate con el león

En cierta medida podía decirse que se trataba de una vida idílica, pero no existe paraíso sin serpiente, y en el caso de Mabotsa ésta adoptó la forma de un grupo de leones que asolaban la zona. Livingstone había oído decir que si se lograba matar a una de las fieras, las otras optaban por abandonar el área, y decidió librar a la población del valle de aquella amenaza con la ayuda de un maestro indígena llamado Mebalwe.

Dar con los leones y rodearlos resultó relativamente fácil. Sin embargo, de manera inesperada, una de las fieras logró romper el cerco y se lanzó sobre el misionero. Livingstone le apuntó con su arma e hizo fuego sobre él, hiriéndole. En apariencia, nada podría haber sido más fácil. Sin embargo, cuando el escocés estaba cargando de nuevo su escopeta, la fiera herida se levantó del lugar

donde había sido alcanzada y se lanzó sobre Livingstone. Con la misma facilidad con que un niño muerde un pastel, el león destrozó el brazo izquierdo del escocés de una dentellada. Seguramente hubiera causado la muerte del misionero de no ser porque vio que un nativo llamado Mebalwe le apuntaba con su fusil y se lanzó inmediatamente sobre él mordiéndole en un muslo. Aún tendría tiempo la fiera de herir a otro hombre más antes de que la sangre perdida le hiciera caer exangüe.

Las secuelas que para Livingstone tuvo aquel enfrentamiento iban a durar toda la vida. El brazo izquierdo le quedaría prácticamente inútil y no podría evitar padecer agudos dolores cada vez que pretendía levantarlo. Sin embargo, aquel accidente fatal iba a tener una consecuencia inmediata de carácter positivo.

Matrimonio y nueva misión

Para recuperarse de la herida del león, que había dejado al descubierto el hueso, Livingstone se vio obligado a regresar a Kuruman. Para sorpresa suya, Mary, la hija de Moffat, se había convertido en una muchacha pletórica de atractivo. Dado que la atracción resultó mutua, no tardaron en pensar en casarse.

Una vez que el brazo de Livingstone curó, el misionero partió hacia Mabotsa con la intención de acometer la construcción del hogar conyugal. Una vez de regreso del valle, la pareja contrajo matrimonio en marzo de 1844, siendo oficiada la ceremonia por el padre de la novia. Con esos antecedentes quizá no debería extrañar que la luna de miel fuera un viaje de más de trescientos kilómetros a bordo de una carreta tirada por bueyes.

Durante los años siguientes, los Livingstone se convirtieron en una especie de robinsones que lo mismo podían fabricar el pan que velas, jabón o mantequilla a la vez que construían y evangelizaban. A pesar de la dureza de esta forma de vida, todo parece indicar que la pareja se sentía feliz en la medida en que estaban realizando exactamente el tipo de trabajo que amaban y deseaban, una labor investida además a su juicio de un marchamo y una legitimidad divinas.

Chounuané y la primera exploración

Posiblemente, la existencia del matrimonio hubiera podido ser considerablemente dichosa de no haber tenido cerca la presencia de otro misionero. Se trataba de un sujeto llamado Edwards, que no tardó en hacerles la vida imposible. Seguramente, una persona de un temple distinto al de Livingstone hubiera tirado de los hilos necesarios para librarse del molesto tercero, pero el doctor prefirió optar por seguir el ejemplo del patriarca Abraham. Tal y como relata el libro bíblico del Génesis, cuando los empleados de Abraham chocaron con los de su sobrino Lot el primero no se aferró al territorio sino que dio a elegir a su pariente la zona que deseaba conservar y, a continuación, marchó a otra distante. Lo mismo hizo Livingstone. Dejando atrás un territorio en el que había iniciado una floreciente obra misionera, se desplazó a unos setenta kilómetros de distancia, en dirección a Chounuané.

Livingstone encontró un lugar en apariencia adecuado en Kologeng y decidió establecerse en el mismo. Allí iba a permanecer entregado a las tareas de evangelización y cuidado de los enfermos a lo largo del lustro siguiente. Durante esa rara temporada de quietud, la familia Livingstone aumentó en cuatro retoños, de los que tres eran varones. La razón que provocó el final de aquel período de sosiego fue una combinación de la proximidad de habitantes hostiles y los trastornos ocasionados por la escasez de lluvia. Mientras que la sequía se prolongaba causando estragos, tanto los bóers surafricanos como los matabeles constituían vecinos peligrosos que contemplaban con hostilidad la cercanía del misionero.

Livingstone andaba buscando una salida a la difícil situación cuando oyó a los nativos referencias a una catarata gigante. Decidió emprender un viaje para localizarla. La cercanía de una corriente de agua, pensaba él, podría constituir un lugar ideal para establecer una misión. A esa circunstancia favorable se sumaba la de la existencia de un jefe de la tribu makololo, llamado Sebutuane, que, en apariencia, estaría dispuesto a brindar su apoyo a Livingstone en un enclave alejado de las asechanzas de bóers y matabeles.

Por esa época aparecieron por Kologeng dos cazadores ingleses llamados W. C. Oswell y Mungo Murray, y Livingstone consiguió

convencerlos para que le acompañaran a la búsqueda del lago Ngami. La opinión de los nativos era bien diferente. De entrada, los bechuanas no podían creer que personas que cazaban por placer estuvieran en su sano juicio, un argumento que resultaba claramente disuasorio a la hora de acompañarlos. Además eran conscientes de que para alcanzar el lago había que cruzar el desierto del Kalahari, un territorio inhóspito donde sólo conseguían sobrevivir tribus nómadas, como los bosquimanos y los bakalahiris, que guardaban el agua en huevos de avestruz enterrados en el suelo. A pesar de todo, los tres europeos iniciaron el viaje.

Tal y como les habían informado los nativos, se trató de una expedición extraordinariamente difícil. De entrada, los propios aborígenes, temerosos de quedarse sin agua, los orientaban equivocadamente, lo que estuvo a punto de provocar que murieran de sed. Si no fue así se debió a que, mientras avanzaban por el lecho seco del río Makoko, dieron con algunos hoyos en los que no se había evaporado el agua. Con todo, Livingstone y sus acompañantes, que sufrieron varios espejismos, atravesaron por varias ocasiones en las que temieron que morirían.

A pesar de todo, las noticias que había escuchado el escocés no eran falsas, y así no tardó en convertirse en el primer hombre blanco que veía el lago Ngami, cuyo extremo nororiental alcanzó el 1 de agosto de 1849. El propósito de Livingstone era proseguir el viaje unos trescientos kilómetros más en dirección norte, y llegar hasta el territorio regido por Sebutuane. Sin embargo, la suma de los factores naturales y humanos le impidió alcanzar la soñada meta. No sólo uno de los jefes locales se opuso al avance del misionero sino que además la mosca
tse-tse,
transmisora de la enfermedad del sueño, comenzó a amenazar al grupo. Bien a pesar suyo, Livingstone tuvo que dar la orden de retirada hacia el punto de partida. El panorama con que se encontraron al llegar a Kologeng no podía resultar más desolador. Los bóers habían aprovechado la ausencia de Livingstone para arrasar la misión.

Nuevo traslado

Durante la primavera de 1850, Livingstone se entregó nuevamente a la tarea de comenzar una misión. Temiendo que su esposa e hijos pudieran ser víctimas de un ataque de los bóers, los llevó consigo al lago Ngami. Como él mismo dejaría escrito, llevar a la mujer y a los hijos a un país invadido por la fiebre africana era un riesgo, pero añadía: «¿Quién, que crea en Jesús, rehúsa aventurarse con semejante capitán?».

No se trataba de palabras retóricas. La travesía del desierto de Kalahari estuvo a punto de concluir con la muerte por sed de los niños y si, ciertamente, el escocés pudo salvar a su familia de los belicosos surafricanos, no estaba en su mano protegerla de la malaria. Cuando el grupo se vio atacado por la enfermedad, el doctor dio la orden de regresar a Kologeng. No se trató de un regreso fácil, fundamentalmente porque Mary se hallaba en avanzado estado de gestación y las condiciones del viaje eran bastante menos que cómodas.

Al poco de entrar nuevamente en Kologeng, la familia Livingstone se vio aumentada por el nacimiento de una niña. Desgraciadamente, la criatura empezó a padecer fiebre y murió al poco tiempo. El doctor decidió entonces marchar a Kuruman, donde, a buen seguro, podrían encontrar una tranquilidad de la que habían carecido en los últimos tiempos. Allí permaneció con su familia hasta la primavera de 1851.

Cuando llegó el mes de abril, Livingstone tenía la intención de no regresar a Kologeng, sino de buscar un enclave en el que las condiciones de salubridad resultaran mejores, a ser posible en una región elevada donde el aire fuera más limpio y resultara más difícil el contagio de enfermedades. En esta ocasión, el grupo, al que acompañaba el mencionado Oswell, fue más afortunado que en intentos anteriores. De hecho logró encontrarse con el jefe Sebutuane a orillas del río Chobe. Sin embargo, a esas alturas, Livingstone ya se había percatado de que lograr un lugar saludable en el que la población no fuera hostil se acercaba considerablemente a lo quimérico.

Despedida de la familia y viaje hacia la costa occidental

Las experiencias de los meses anteriores habían mostrado a

Livingstone que si, realmente, deseaba conservar la vida de su esposa e hijos, lo más sensato era sacarlos de aquel continente. Abrumado por aquella realidad, Livingstone tomó la decisión de enviar a su familia de regreso a Gran Bretaña. Por supuesto, el doctor esperaba que, finalmente, encontraría un lugar donde podrían reunirse todos y que se trataría de una solución temporal.

Con el corazón transido de pesar, la familia se dirigió hacia Ciudad de El Cabo. Livingstone, que hacía más de una década que no entraba en una ciudad de estilo occidental, se despidió de los suyos asegurándoles que no tardarían más de dos años en volver a estar juntos. El 23 de abril de 1852, Mary y los niños zarpaban hacia Gran Bretaña.

Durante los últimos años, todos los intentos de Livingstone por hallar un enclave saludable y tranquilo en el que establecer la misión habían fracasado. Ahora, ese objetivo se vio sustituido por el de hallar un camino que condujera hasta el mar. El mes de noviembre de 1853 dio inicio al que sería su famoso viaje hacia la costa occidental de África. Le acompañaban veintisiete makololos que había puesto a su disposición un jefe llamado Sekeletu, del que había intentado infructuosamente que se convirtiera al cristianismo.

Livingstone había manifestado que abriría una senda hacia el interior o perecería. A punto estuvo que el viaje concluyera de la segunda manera. A lo largo de los seis meses siguientes, el misionero se enfrentó con el hambre, las enfermedades y las tribus hostiles. El 31 de mayo de 1854, tras recorrer más de dos mil kilómetros de territorio selvático, Livingstone llegó a Luanda. Su estado de salud era ciertamente penoso y no resulta extraño que algunos capitanes se ofrecieran a llevarle en barco hasta Gran Bretaña. De haberse tratado de una decisión que le hubiera afectado únicamente a él, es posible que Livingstone hubiera aceptado aquel ofrecimiento. Sin embargo no podía pasar por alto la suerte de los hombres que le habían acompañado en aquel viaje que se había extendido durante medio año. Obligarlos a regresar sin su compañía le parecía absolutamente inaceptable, de manera que rehusó la posibilidad de regresar a su patria y emprendió con sus acompañantes el camino de vuelta. No iba a resultar un trayecto fácil.

Mientras se dirigían rumbo a Sesheke las dificultades cayeron

sobre el grupo una tras otra. En primer lugar fue el tiempo lluvioso, que los obligaba a caminar durante horas y horas bajo el agua sin disponer de ningún refugio seco en el que cobijarse de manera que pudieran descansar siquiera por unos instantes. Luego, la condición física de Livingstone empeoró ostensiblemente a consecuencia de haber recibido un golpe de una rama en un ojo. Se trató únicamente del triste preludio de una fiebre reumática que lo dejó casi sordo. A todo lo anterior se sumaron las fieras y los nativos hostiles. No debe sorprender que cuando, finalmente, llegó a su destino, su supervivencia fuera considerada punto menos que un milagro, una circunstancia que motivó a Livingstone a planear el regreso a Gran Bretaña.

Como en tantas ocasiones en la vida del explorador, su propósito iba a verse radicalmente alterado por el peso de las circunstancias. Livingstone ya había escogido incluso el barco en el que iba a efectuar el viaje de vuelta cuando la nave se hundió y con ella fueron a parar al fondo del mar las cartas, los mapas y los diarios del misionero. Aquella desgracia iba a estar, sin embargo, preñada de consecuencias. Fue precisamente entonces cuando Livingstone decidió encontrar un camino que condujera hasta la costa oriental de África.

Reconocimiento

Una vez que el jefe Sekeletu le proporcionó ciento veinte porteadores para su propósito de descender el río Zambezi, Livingstone comenzó su viaje durante el mes de noviembre de 1855. Había recorrido unos setenta kilómetros cuando descubrió unas impresionantes cataratas a las que dio el nombre de Victoria en honor de la reina de Inglaterra.

En mayo de 1856 llegó a Quilimane, un enclave situado en la costa, donde los portugueses le acogieron cortésmente hasta que encontró un barco que pudiera llevarlo a Gran Bretaña. Fue un paso que dio sólo después de tener la seguridad de que los makololos que le acompañaban eran bien recibidos en Tete.

Livingstone no lo sabía, pero estaba a punto de ser objeto de una avalancha de reconocimientos por parte de sus compatriotas. A decir verdad, antes de abandonar el continente africano todo

parecía indicar que la recepción no sería buena. No sólo había fracasado en los propósitos que se había marcado al abandonar Gran Bretaña sino que además había recibido una misiva de la Sociedad Misionera de Londres en la que se le daba a conocer el disgusto que les había causado el que abandonara las tareas misioneras para dedicarse a la exploración.

La carta ocasionó un profundo pesar a Livingstone que, en ningún momento, había pensado que estuviera descuidando sus obligaciones como evangelizador pero, tras dieciséis años de relación con la mencionada junta misionera, tuvo que rendirse a la evidencia de que había llegado al final. A esta noticia se sumó, ya en camino, la de la muerte de su padre ahondando más en el dolor un estado de ánimo apesadumbrado.

Sin embargo, la Sociedad Misionera de Londres distaba mucho de representar el punto de vista mayoritario de los británicos. De entrada, la Real Sociedad Geográfica de Londres confirió a Livingstone su medalla de oro, un honor —el mayor concedido por la mencionada entidad— que estaba más que justificado por el hecho de que el doctor había cruzado el continente africano de occidente a oriente. En el curso de los meses siguientes, Livingstone se vio invitado a dar docenas de conferencias —una tarea que le desagradaba porque no se consideraba buen orador— mientras que las universidades de Cambridge, Oxford y Glasgow le concedían títulos honorarios.

Regreso a África

De todos los honores que recibió en aquella época en que la opinión pública británica le contemplaba con el arrobo con que sólo se mira a los héroes hubo uno que tendría una importancia especial, el de cónsul británico en la costa oriental de África, un nombramiento que incluía no sólo la recepción de un salario estatal sino también la posibilidad de contar con un buen equipo y con fondos suficientes para continuar con sus exploraciones. Una vez que su salud mejoró, Livingstone emprendió el regreso a África, esta vez acompañado por su mujer y su hijo menor, en el mes de marzo de 1858. En apariencia, las perspectivas no podían resultar más halagüeñas.

Los problemas comenzaron a hacer acto de presencia nada más llegar a Ciudad de El Cabo. La salud de la esposa de Livingstone no era buena y todo aconsejó que se dirigiera al hogar de sus padres en Kuruman a intentar recuperarse. Sin duda se trataba de una contrariedad, pero ni con mucho iba a ser la mayor. Livingstone permitió que a la nueva expedición se sumaran otros hombres blancos, entre ellos un hermano suyo. De todos, sólo uno llamado John Kirk iba a demostrar que estaba a la altura de las circunstancias. Por si fuera poco, el doctor no tardó en percatarse de que su barco, el *Ma Roberts*, no era precisamente la nave más adecuada para surcar el Zambezi. No sólo se trataba de que su lentitud obligaba a compararla negativamente con cualquier canoa de los nativos sino además de que gastaba tanto combustible que se perdía un tiempo considerable cortando leña.

Finalmente, el 8 de septiembre de 1858 Livingstone y los suyos llegaron a Tete, donde el doctor pudo reunirse con sus queridos makololos. A partir de entonces, la labor de exploración fue intensa y fecunda pero plagada de riesgos y dificultades. El 18 de septiembre de 1859, la expedición descubrió el lago Nyasa. Entre los hallazgos se encontraron también el río Shire y el lago Shirwa, que iba a dar asimismo al Zambezi.

Se trataba, desde luego, de logros notables si se tiene en cuenta que los expedicionarios tan sólo podían contar consigo mismos y que su contacto con el mundo que habían dejado atrás era prácticamente nulo. Baste decir que el 4 de noviembre de 1859 Livingstone recibió una carta en la que se le informaba del nacimiento de una hija en Kuruman. El hecho en cuestión había tenido lugar el 16 de noviembre de 1858, es decir, prácticamente un año antes.

Livingstone pasó buena parte del año 1860 con sus amigos los makololos a la espera de una nave que pudiera reemplazar a la que de tan poca ayuda le había sido en los tiempos anteriores. Finalmente, a inicios de 1861 llegó hasta ellos una nueva embarcación, el *Pioneer*, a bordo de la cual viajaban algunos misioneros bajo la dirección del obispo Charles Mackenzie. La misión de este grupo de evangelizadores era servir las necesidades espirituales de las personas que vivían en las cercanías del lago Nyasa.

La llegada de aquellos misioneros tuvo, entre otras consecuencias, la de que Livingstone pudiera ver cumplido su sueño de ver establecida una misión en el interior. Entusiasmado, el escocés exploró el río Rovuma y ayudó a fundar la misión a orillas del río Shire. Su alegría, sin embargo, iba a durar poco. La salud del obispo Mackenzie se quebrantó con facilidad en aquellas condiciones climáticas y el 31 de enero de 1862 falleció. Su muerte fue seguida por la de varios de sus colaboradores.

Aquel mismo mes de 1862, la esposa de Livingstone consiguió encontrarle, reuniéndose con él. Durante los cuatro años que llevaban separados había regresado a Escocia, dejando allí a su hijo pequeño y a la niña recién nacida. Lamentablemente, las circunstancias que habían acabado con la vida de Mackenzie y sus acompañantes fueron también letales para la señora Livingstone. Su salud comenzó a resentirse de manera creciente y el 27 de abril de 1862 falleció. Se le dio sepultura bajo un baobab cercano a Shupange, en la orilla del bajo Zambezi. Totalmente entregada a la misión emprendida por su marido casi dos décadas atrás, poco puede discutirse que le había servido con una abnegación admirable. Habían estado casados casi dieciocho años, pero más de la mitad de ese tiempo habían tenido que vivir separados.

El final de la expedición, sin embargo, no iba a derivar de aquella terrible pérdida sino de razones dramáticamente prosaicas. Durante los años anteriores, en Livingstone se había ido agudizando la aversión que sentía por una institución como la esclavitud. Sus denuncias públicas habían obligado incluso al rey de Portugal a prometer que cooperaría con Livingstone para acabar con aquella lacra. Sin embargo, una cosa eran las promesas realizadas para quedar bien ante la opinión pública y otra muy distinta la política práctica llevada a cabo en África. Desde luego, los funcionarios portugueses no dieron el menor paso para evitar el comercio de esclavos, e incluso llegaron al extremo de presentarse en los poblados indígenas como hijos de Livingstone para facilitar el incremento del tráfico. No contenta con estas acciones, la administración portuguesa comenzó a presionar a la británica para que obligara al escocés a abandonar África. Su presencia quizá no fuera muy eficaz pero, al menos, servía para dar testimonio de la duplicidad lusa. Gran Bretaña, desde luego, no estaba dispuesta a

que una alianza de siglos se viera oscurecida por la labor humanitaria de Livingstone y acabó ordenándole que regresara a la metrópoli. La excusa para esta orden fue que el gasto ocasionado por la expedición no se compensaba en absoluto con los logros obtenidos.

Livingstone no tenía más remedio que obedecer, pero procuró que su marcha no revirtiera más de lo debido en beneficio de los portugueses. En lugar de desprenderse de su barco en territorio controlado por los lusos —que lo habrían empleado en el tráfico de esclavos sin ningún género de dudas— decidió dirigirse a Bombay, en la India, y venderlo en este enclave. Se trataba, sin duda, de una decisión arriesgada ya que jamás había navegado en el océano con un barco capitaneado por él, pero, como en tantas otras ocasiones, las consideraciones éticas primaron sobre cualquier otro aspecto. El 30 de abril de 1864 abandonó África. Llegó a Bombay el 16 de junio del mismo año.

De Bombay a la metrópoli

La travesía fue un éxito rotundo y no resulta extraño que lo recibieran en Bombay como a un héroe. A pesar de todo no logró vender el barco. Finalmente zarpó hacia Londres, adonde llegó el 10 de julio. En la metrópoli le esperaba una actividad casi febril pero, sobre todo, una pésima noticia. Tiempo atrás, su hijo Robert había partido a Estados Unidos, entonces sumergido en una cruenta guerra civil, donde se había alistado en el ejército del Norte para combatir contra la esclavitud. Tan heroica e idealista decisión sufrió un dramático final cuando Robert cayó luchando en la batalla de Gettysburg, un enfrentamiento en el que, paradójicamente, el Sur iba a perder su última oportunidad de no ser derrotado por las fuerzas de la Unión.

Livingstone dedicó los meses siguientes a dar buen número de conferencias en contra de la esclavitud y redactó otro libro, *The Zambezi and Its Tributaries*. Por esa época mantuvo además una relación muy estrecha con el político liberal William Gladstone. Al tratarse también de un hombre profundamente religioso y que pretendía inyectar en la política una vena moral, Livingstone

descubrió en él no escasas afinidades. Sin embargo, el antiguo misionero era más que consciente de que su estancia en Gran Bretaña era tan sólo un descanso antes de partir nuevamente hacia África. Cuando la Real Sociedad Geográfica le propuso financiar una nueva expedición —el objetivo de este viaje debía ser el realizar nuevas averiguaciones acerca del tráfico de esclavos, así como el intentar localizar las fuentes del Zambezi, el Congo y el Nilo—, el doctor no lo dudó.

El último viaje

Tras dejar a su hija Agnes en una escuela de París, Livingstone se dirigió a Bombay, donde consiguió al fin vender el barco —aunque con una pérdida de dieciocho mil quinientas libras—, y de donde zarpó hacia África el 3 de enero de 1866.

Llegó a Zanzíbar veintitrés días después. Esta vez había decidido que sería el único hombre blanco de la expedición, para evitar alguno de los problemas que habían amargado la anterior. Escogió sesenta porteadores indios y algún africano, y con ellos desembarcó en la desembocadura del río Rovuma durante el mes de abril de 1866.

Livingstone tenía la intención de bordear el lago Nyasa para mantenerse alejado de los portugueses, que tanto habían hecho anteriormente por perjudicarle y que seguían contemplándole con resquemor por su oposición a la esclavitud. Los planes difícilmente podían haberse correspondido menos con lo que sucedería. Al cabo de cinco meses, Livingstone sólo conservaba a once de los porteadores. El resto había desertado, llevándose además los animales con que contaba la expedición. Resulta, desde luego, impresionante no sólo que el doctor no regresara sobre sus pasos sino que además continuara su exploración con un ánimo inquebrantable.

Durante los siguientes años, los descubrimientos iban a multiplicarse ininterrumpidamente. En 1867 dio con el extremo sur del lago Tanganika. En 1868 descubrió los lagos Moero y Bangweolo. En 1869 alcanzó Ujiji, un enclave situado cerca del lago Tanganika que constituía un verdadero emporio del tráfico de marfil y de esclavos. Para esas fechas, Livingstone ya estaba muy

enfermo y, por desgracia para él, le fueron arrebatados el equipo y el correo que le habían enviado.

Durante los dos años siguientes, Livingstone se entregó a la exploración del curso superior del río Congo. El 20 de julio de 1871 emprendió el viaje de regreso a Ujiji. Su salud se hallaba extraordinariamente resentida y, por si fuera poco, se habían multiplicado los incidentes peligrosos. En una ocasión logró esquivar una lanza arrojada contra su cabeza, aunque no pudo evitar que le hiriera en el cuello. En otra, un árbol se desplomó y estuvo a punto de aplastarlo. Cuando el 22 de octubre llegó a la ciudad con tres acompañantes, Livingstone se hallaba en un pésimo estado. Llevaba los pies cubiertos de llagas y padecía disentería y fiebre. A pesar de todo, le sostenía la esperanza de encontrarse con medicinas y correo. Desgraciadamente, los comerciantes árabes se habían apoderado de ambos. Mientras que las medicinas las habían vendido, el correo lo habían destruido.

A los cuatro días de su llegada, Susi, uno de sus acompañantes, le anunció la llegada de «un inglés». El recién llegado cruzó por en medio de una multitud de nativos, alcanzó al enfermo explorador y le dijo: «El doctor Livingstone, supongo».

El hombre en cuestión no era otro que Henry Stanley, un periodista al que el *New York Herald* había contratado para encontrar a Livingstone, del que se rumoreaba que había muerto hacía ya tiempo. La llegada de Stanley fue ciertamente providencial. Llevaba consigo no sólo víveres sino también correo. Los dos exploradores pasaron juntos el invierno y Stanley trató una y otra vez de que Livingstone le acompañara en su viaje de regreso a Gran Bretaña. Fue inútil. Finalmente, en marzo de 1872, ambos emprendieron de nuevo la marcha. Llegaron así hasta Unyamuembe. Allí iba a permanecer Livingstone a la espera de los hombres y suministros que Stanley le había prometido que le enviaría desde Zanzíbar. La espera se prolongó durante algunas semanas, pero acabó por verse recompensada. Durante el mes de agosto, la nueva expedición partió en dirección a los lagos Tanganika y Bangweolo.

Las dificultades con que se encontraron en esta ocasión resultaban objetivamente menores, pero Livingstone era un hombre físicamente deshecho. La disentería constituía un tormento casi

continuo para él y Susi tuvo que llevarle sobre sus hombros durante algunos tramos del viaje. Resulta casi increíble el que lograra cruzar enormes extensiones de terreno inundado —en una ocasión llegó a perderse en la zona anegada del lago Bangweolo— y no extraña que llegara un momento en que no pudo seguir caminando. Transportado en una litera, alcanzó el poblado de Chitambo.

El tributo de los nativos

A las cuatro de la mañana del 1 de mayo de 1873, los amigos de Livingstone oyeron un ruido extraño. Tras encender una luz se encaminaron hacia la cabaña que habían levantado para que el doctor descansara en ella. Lo encontraron de rodillas, como si estuviera orando, pero al acercarse se percataron de que había muerto.

Los nativos iban a dispensarle la procesión funeral más dilatada de la Historia, tras enterrar su corazón bajo un árbol, muy cerca del lugar donde había exhalado el último aliento. Primero embalsamaron su cuerpo, llenándolo de sal y dejándolo secar bajo los rayos del sol durante catorce días. A continuación lo envolvieron en tela y, finalmente, lo depositaron en el tronco de un myonga, sobre el que cosieron una lona. El paquete fue atado a un palo para que pudiera ser llevado por dos porteadores. Así fue llevado hasta Zanzíbar, en un trayecto que duraría nueve meses y que cubriría más de mil quinientos kilómetros.

En febrero de 1874 entregaron el cuerpo embalsamado a los funcionarios al servicio del cónsul británico. Hasta el 15 de abril del mismo año, los restos de Livingstone no llegaron a Inglaterra. Las circunstancias del viaje habían sido tan excepcionales que no tardaron en formularse dudas acerca de si verdaderamente pertenecían a Livingstone. Las disipó el examen del brazo izquierdo, el que años atrás había quedado tan dañado por la mordedura del león.

El 18 de abril de 1878, el cadáver de Livingstone recibió la mayor muestra de aprecio nacional al encontrar el último descanso en la abadía de Westminster. La población de Londres se unió sinceramente compungida a aquel último adiós a uno de los hombres más grandes que Gran Bretaña había dado en aquel siglo.

En el funeral estaban sus hijos, Robert Moffat y Henry Stanley. Posiblemente fue éste el que pronunció en una sola frase el mejor tributo a lo que había sido la extraordinaria labor evangelizadora, humanitaria, social y aventurera de Livingstone: «Fui convertido por él, aunque él no había intentado hacerlo».

Bibliografía comentada

Difícilmente puede discutirse que, de todos los aventureros victorianos, el que mayor temple demostró fue el doctor Livingstone. Que ese comportamiento se apoyaba fundamentalmente en su fe religiosa tampoco admite mucha controversia. Ambas circunstancias —el valor como aventurero y la piedad como cristiano— explican considerablemente el atractivo que Livingstone tuvo para sus contemporáneos, que no podían dejar de contemplarlo como paradigma de virtudes admirables. El reflejo bibliográfico de esa visión fue —y ha seguido siendo— notable.

De entre las biografías de Livingstone cabe destacar R. Coupland, *Last Joumey*
Livingstone's
, Londres, 1945, y T. Jeal, *Livingstone*, Londres, 1973. Por lo que se refiere a Stanley, sus biografías no resultan desdeñables. Merece ciertamente la pena examinar Ian Anstruther, *I Presume: Triumph and Disaster*
Stanley's
, Londres, 1956; B. Farwell, *The Man Who Presumed*, Londres, 1957, y R. Hall, *Stanley*, Londres, 1874.

Entre los relatos personales, son de especial interés los de David Livingstone, *Missionary Travels and Researches in South Africa*, Londres, 1857; *Narrative of An Expedition to the Zambesi*, Londres, 1866, y *The Last Journal of David Livingstone*, Londres, 1874 (existe edición española: *El último diario del doctor Livingstone*, Madrid, Grech, 1987), y el de Stanley, titulado *How I Found Livingstone*, Londres, 1872 (existe edición española: *Cómo encontré a Livingstone*, Madrid, Grech, 1990).

CAPÍTULO CUARTO

Gordon, el héroe piadoso

Charles Gordon.

Corría el año 1865 y todos los que conocían a aquel militar retirado estaban admirados ante el comportamiento que manifestaba. Sujeto a una estricta disciplina, se levantaba temprano, tomaba un baño de agua fría, leía la Biblia, desayunaba frugalmente y comenzaba a trabajar a las ocho de la mañana. Su empleo en aquellas fechas consistía en supervisar la construcción de algunos fuertes destinados a defender el río Támesis. Personalmente estaba convencido de que semejante proyecto sólo servía para dilapidar el dinero público, pero al menos procuraba realizar su trabajo con rigor y diligencia, algo que no suele ser tan común en los funcionarios. Sin embargo, lo que más llamaba la atención de las gentes era lo que sucedía cuando, a las dos de la tarde, concluía con aquel trabajo.

Una vez que quedaba libre, se entregaba a las más variopintas lecturas, aunque entre ellas destacaran fundamentalmente la Biblia y la literatura religiosa. Esta afición, precisamente, le había llevado a entrar en contacto con la Religious Tract Society y a conocer al matrimonio Freeses. El supervisor de los fuertes del Támesis había trabado con ellos una amistad entrañable que se vio fuertemente afianzada al descubrir terrenos de interés común, como era la entrega desinteresada a las obras de caridad, a las que dedicaba la mayoría de su tiempo libre.

Fue así como abrió el jardín de Fort House, su residencia oficial, a los ancianos de la vecindad para que pasearan durante las tardes estivales, e incluso lo dividió en terrenos destinados a los pobres. Ancianos, enfermos, pobres… de todos se ocupaba el supervisor de fuertes, aunque su mayor preocupación estaba dedicada a los niños de la calle desprovistos de medios. Llegó a dar alojamiento a dos o tres de ellos en su domicilio mientras que vestía —llegó a comprar centenares de trajes y botas infantiles para ellos— y alimentaba a todos los que podía. Sin embargo, su mayor contribución al bienestar de aquellas criaturas fue la creación de una escuela nocturna, a cuyo maestro pagaba de su propio peculio. Después,

cuando aquellos muchachos sabían leer y escribir, habían aprendido aritmética y Biblia, el supervisor de los fuertes del Támesis se ocupaba de encontrarles un empleo.

No era por otra parte aquélla su única vinculación con las tareas educativas. También enseñaba de manera regular y gratuita en la Ragged School de la zona y dedicaba no poco tiempo a la redacción de tratados religiosos, que imprimía a sus expensas y que regalaba gratuitamente a todo aquel con el que se cruzaba. No resulta extraño que aquella entrega a las necesidades del prójimo fuera acabando poco a poco con su dinero, pero cuando llegó a ese punto decidió llevar una vida de mayor frugalidad para poder continuar sufragando aquellos gastos. Incluso en una ocasión se permitió vender una medalla de oro que le había regalado un lejano emperador y la cámara de fotos que le había acompañado durante mucho tiempo.

En apariencia, aquel hombre que dedicaba las mañanas a un inútil proyecto costeado con dinero público era un santo laico y contemporáneo que llevaba a la práctica los principios más elementales —y quizá más difíciles— del Evangelio predicado por Jesús de Nazaret. Por curioso que pueda parecer, también se trataba de uno de los aventureros Victorianos más extraordinarios. Había salvado poco antes un imperio en Asia y muy pronto se le llamaría para realizar una tarea similar en África.

Su nombre era Charles George Gordon.

El militar individualista

Charles George Gordon nació el 28 de enero de 1833 en Woolwich. Era el cuarto hijo de Henry William Gordon, un militar que servía en la Royal Artillery, y de Elizabeth, la hija de un comerciante londinense llamado Samuel Enderby. La familia llegaría a contar con once vástagos, que fueron naciendo a medida que el padre cambiaba de destino. Se trató de un itinerario militar que incluyó enclaves como Dublín, Leith Fort, Corfú y Woolwich.

Aunque su padre consideraba que permanecer a su lado constituía un peligro equivalente al de estar sentado sobre un barril de pólvora, lo cierto es que no parece que el pequeño Charles fuera un niño especialmente inquieto, salvo que por tal se entienda aquel que se fabrica una ballesta con la que atinar a distintos blancos o que va llamando a los timbres de las puertas como broma. Aquellas diversiones concluyeron cuando, a los diez años, fue enviado a la escuela Taunton, un lugar del que sólo volvía a casa en el período vacacional. No resultó un alumno especialmente brillante pero sí dejó de manifiesto entonces una habilidad notable para dibujar y, sobre todo, para trazar mapas.

Cuando tenía quince años, Charles regresó a Woolwich e ingresó en la academia militar como cadete. En la citada institución comenzó a dar muestras de una personalidad individualista que se iría fortaleciendo con el paso de los años. Es cierto, por ejemplo, que recibió varias recompensas por su buena conducta, pero, al mismo tiempo, protagonizó algún incidente por su rebeldía frente a las injusticias. Así, en cierta ocasión en que se confinó a todos los cadetes en el comedor para castigar la falta menor cometida por uno de ellos, Charles no dudó en embestir con la cabeza contra el estómago del cabo que guardaba la salida. Aquel incidente estuvo a punto de costarle la expulsión.

A los dieciocho años, una disputa en la que fue acusado de haber

golpeado a un compañero en la cabeza valiéndose de un cepillo tuvo como consecuencia el que se retrasara su nombramiento como oficial durante medio año. Charles se graduó, pero, en lugar de poder servir en la Royal Artillery como había hecho su padre, fue destinado al cuerpo de ingenieros. Se trató de un episodio que cambiaría poderosamente su existencia y es muy posible que así lo viera el propio Charles Gordon, que en aquella época ya sustentaba fervorosamente dos principios. El primero, el de que la Biblia era absolutamente verdad en todas y cada una de sus palabras, y el segundo, que todo acontecimiento ya había sido predestinado desde el principio del tiempo. Serían dos afirmaciones a las que se aferraría cada vez con más fuerza hasta el día de su muerte.

La conversión

Sus primeros diecinueve meses de servicio como segundo teniente de los Ingenieros Reales transcurrieron en Chatham, pasando después a Pembroke Dock, donde se dedicó al trabajo en las fortificaciones. Como en tantos lugares dependientes de la administración estatal, Pembroke era un círculo cerrado donde las conversaciones giraban fundamentalmente sobre las posibilidades de trepar en el escalafón, la falta de méritos de los compañeros o la estupidez de los jefes. Para Charles Gordon, aquel foco de hablillas y murmuraciones resultaba especialmente desagradable, y a buen seguro lo hubiera pasado muy mal de no encontrarse con un capitán del XI Regimiento, con el que trabó una profunda amistad.

El oficial en cuestión se llamaba Drew y era un hombre de formación evangélica. Drew compartía con Gordon el gusto por la lectura de la Biblia y también sentía malestar ante el aspecto demasiado institucional que tomaba ocasionalmente la religión. Para él, la vivencia espiritual era, fundamentalmente, un encuentro de cada persona con Dios a través de Jesús, motivado por la consciencia de que sólo la fe en el sacrificio de Cristo en la cruz podía salvar al ser humano de sus pecados. Los ecos neotestamentarios de aquellas tesis resonaron con facilidad en Gordon, que en una serie de cartas dirigidas a su hermana Augusta pudo mencionarle su experiencia espiritual de conversión que tuvo lugar en aquella época. En los años venideros, Gordon seguiría sin

recibir la confirmación —muy posiblemente porque no veía la base bíblica de ese sacramento— y nunca se afiliaría a una iglesia concreta, pero conservaría hasta el final su sentido de cercanía con Dios nacido de una conversión.

La guerra de Crimea

El tiempo pasado en Pembroke iba, por lo tanto, a tener una relevancia enorme en su vida posterior pero, a pesar de todo, ya estaba llegando a su fin. En Crimea había estallado por fin la guerra entre los imperios ruso y otomano y Gran Bretaña y Francia habían decidido intervenir para impedir el descuartizamiento de la fiera turca en favor de San Petersburgo. Gordon pidió el traslado a primera línea y el 1 de enero de 1855 llegó a la trágicamente famosa Balaclava, la localidad donde tendría lugar la conocida carga de la brigada ligera.

El crudo invierno de Crimea estaba poniendo dramáticamente de manifiesto la falta de preparación del ejército británico para semejante eventualidad. Gordon contemplaría el pésimo estado de las comunicaciones, la escasez de víveres e incluso las muertes por congelación. Sin embargo, lo que más le irritaría mientras se exponía valientemente al fuego de las trincheras sería la falta de iniciativa de la administración civil y militar para enfrentarse con aquellas situaciones. No se trataba de que los generales fueran incapaces sino de que resultaban timoratos.

Gordon participó en el asedio de Sebastopol —donde iba a demostrar una valentía rayana en la locura— y, al concluir la campaña, se le ordenó que participara en la destrucción sistemática de los muelles, arsenales y fuertes de la mencionada ciudad, que pasaba a ser un enclave desmilitarizado. Realizó su trabajo tan correctamente que el gobierno francés consideró incluso oportuno condecorarle con la Legión de Honor.

La guerra de Crimea había concluido formalmente con el Tratado de París, pero los trabajos derivados de este documento iban a durar años y también implicarían a Gordon. Durante los siguientes dos años y medio viviría en Armenia, Besarabia y el Cáucaso, ocupado en el trazado de fronteras entre los imperios ruso y otomano. Se trató de una labor rutinaria desempeñada, como era

habitual en él, de manera eficaz y meticulosa. Una vez más se vio a salvo del tedio gracias a la lectura de la Biblia, aliñada en esta ocasión por las cacerías de lobos.

El establecimiento final de los límites de los imperios tuvo como consecuencia directa la repatriación de Gordon. Sin embargo, el eficiente oficial había encontrado ya el placer de la vida en ultramar y no estaba dispuesto a permanecer mucho tiempo en la metrópoli. Al cabo de medio año decidió sumarse a la expedición franco-británica que se enfrentaba con el emperador de la China. Lo ignoraba Gordon, pero estaba a punto de comenzar su primera experiencia como salvador de imperios.

Al servicio del emperador de la China

El 17 de septiembre de 1860, Gordon desembarcó en Shanghai. No puede decirse que la primera impresión visual que tuvo de China resultara halagüeña. Se trató, ni más ni menos, de una canasta llena de cabezas humanas que colgaba de las murallas de la ciudad. Como supo después, se trataba de los despojos de algunos rebeldes Taiping derrotados un mes atrás por los soldados británicos. Quizá a su pesar, éstos ya habían descubierto que la pena de decapitación, profusamente aplicada por las autoridades imperiales, tenía un efecto terroríficamente disuasorio sobre los adversarios.

La situación política y militar resultaba acentuadamente confusa. Por un lado, Gran Bretaña y Francia combatían contra el emperador manchú, que se mostraba comprensiblemente reticente ante las actividades de los comerciantes europeos. Sin embargo, a este conflicto ya de por sí difícil y complicado había venido a sumarse una variable imprevista. Un joven llamado Hung-sen-Tsuen, que había recibido educación cristiana de misioneros ingleses y armenios, se había declarado hermano pequeño de Jesús y desde 1837 estaba llevando a cabo una revolución social y religiosa de extrañas características. Desde luego, el movimiento encabezado por Hung-sen-Tsuen distaba mucho de ser meramente una secta religiosa de carácter estrafalario. Había anunciado la llegada de la Gran Paz o Taiping (de ahí su denominación), y como tantos otros movimientos milenarios, desde los zelotes judíos hasta la teología de la liberación en el siglo XX, estaba dispuesto a

implantar la paz universal recurriendo a las armas. Tan sólo en Nanking pasaría a filo de espada a veintiocho mil manchúes, y nada hacía pensar que se tratara de un exceso excepcional.

Inicialmente, británicos y franceses habían saludado la rebelión Taiping con una mezcla de simpatía y cínico oportunismo. Las afirmaciones de Hung-sen-Tsuen en el sentido de que era cristiano (una tesis cuando menos discutible) predisponían a los europeos en su favor y, por otra parte, no podía caber duda de que sus acciones contribuían a debilitar la capacidad de resistencia del emperador. Sin embargo, los acontecimientos iban a experimentar cambios sustanciales.

Cuando Gordon llegó a Tientsin, el ejército imperial —aún enemigo de las potencias occidentales— había abandonado Pekín y los soldados británicos ocupaban la capital china. El proyecto de lord Elgin había sido castigar a la clase dirigente china y no descargar los males de la guerra sobre la masa del pueblo. Poco antes, las fuerzas imperiales habían asesinado a cuatro emisarios ingleses y lord Elgin decidió en represalia destruir el palacio de verano. Gordon, que no había tenido posibilidad de participar en ninguno de los combates que hasta la fecha se habían librado en territorio chino, debió ahora supervisar la destrucción de aquel emporio de arte y belleza. En sus notas lamentaría vivamente aquel acto de «vandalismo» que atacaba «una propiedad extraordinariamente valiosa» irreemplazable. No se le escapaba además que actos de esta naturaleza tenían un efecto muy negativo sobre las tropas, ya que las educaban en un comportamiento innecesariamente brutal.

La guerra concluyó con la toma de Pekín por los europeos, pero la rendición imperial no significó la retirada de los extranjeros. Por el contrario, éstos se hallaban dispuestos a conservar sus contingentes militares en territorio chino hasta que se les abonara la cuantiosa indemnización de guerra que habían impuesto al emperador. Gordon fue destinado entonces a levantar los barracones de la tropa en un establecimiento fijo enclavado en Tientsin. Mientras se hallaba desempeñando esas funciones se vio atacado por la viruela pero, como en tantas otras ocasiones, interpretó aquella desgracia en clave positiva. Tal y como escribiría a su hermana, aquella dolencia había servido para acercarle más a

Dios y para determinarle a ser mejor cristiano en el futuro.

En mayo de 1863, tras año y medio de trabajos rutinarios propios del cuerpo de ingenieros, Gordon se vio envuelto de nuevo en una acción de carácter más estrictamente militar. Ahora, el enemigo eran los rebeldes Taiping a los que había favorecido extraordinariamente la lucha y posterior derrota de las armas imperiales. Por aquellas fechas, el movimiento controlaba Nanking, Soochow y la práctica totalidad del delta del río Yang-tse-Kiang. Frente a ellos sólo podía oponerse una heteróclita fuerza militar que recibía el pomposo nombre de Ejército siempre victorioso. Compuesto por desertores y delincuentes chinos acompañados por algunos europeos, su mando había residido hasta la fecha en dos americanos llamados Ward y Burgevine. Éste había sido destituido recientemente tras haber golpeado en el curso de una discusión al mandarín Li Hung Chang y la jefatura del ejército había quedado desierta. Fue entonces cuando el cónsul británico sugirió al general Staveley que resultaría conveniente que el mando de aquella extraña tropa pasara a manos de un oficial inglés. Staveley optó entonces por Charles Gordon, que era cuñado suyo.

Aquel destino no tenía, desde luego, nada de envidiable. Los rebeldes Taiping, cuya fuerza real resultaba incalculable, ocupaban más de veinte mil kilómetros cuadrados de las mejores tierras chinas. A esa abundancia garantizada de suministros se sumaba el control de buen número de ciudades fortificadas y de unas vías de comunicación razonablemente buenas. En términos logísticos, derrotar a aquella fuerza y por añadidura ocupar con eficacia el territorio que ahora dominaban rayaba con la quimera más descabellada. Cuando además se analizaba el carácter del Ejército siempre victorioso los vaticinios sólo podían resultar pesimistas.

No sólo es que su composición resultaba heterogéneamente desfavorable. Además se hallaba su terrible falta de disciplina, una falta de disciplina que había quedado acentuada por el cambio de mandos y, muy especialmente, por la manera en que era costeado. Aunque teóricamente el Ejército siempre victorioso iba a ser mantenido por los comerciantes de Shanghai, especialmente interesados en no verse alcanzados por la rebelión Taiping, lo cierto es que la rapiña constituía la base financiera de la irregular fuerza. Un jefe que pretendiera implantar la disciplina y desarraigar

aquellos hábitos de saqueo y pillaje contaba con unas espléndidas perspectivas de ser asesinado por la espalda antes de haber comenzado a dar forma a sus propósitos. Gordon anunció, sin embargo, que en año y medio la rebelión Taiping habría quedado aplastada.

No era mucho tiempo y, desde luego, Gordon comenzó a aprovecharlo desde que tomó posesión el 26 de marzo de 1863. A las dos horas de su llegada ya se encontraba cursando órdenes e inspeccionando el estado de las tropas. Determinación para crear un nuevo tipo de ejército no le faltaba. Tras reducir su salario a un montante de tan sólo dos mil libras, decidió emplear las cuatro quintas partes del mismo en adquirir medicinas y objetos necesarios para sus soldados. Éstos iban a ser objeto de una férrea disciplina cuya finalidad fundamental sería la de proporcionarles un orgullo y una confianza en sí mismos que los convirtieran en invencibles y los obligaran a abandonar la vida de semibandolerismo que habían llevado hasta la fecha.

Bajo el lema de «luchar-moverse-volver a luchar», el 10 de abril de 1863 —a las dos semanas justas de tomar posesión de su nuevo cargo— Gordon había tomado Chanzu prácticamente sin bajas. Blandiendo un bastón como única arma, el 29 del mismo mes se apoderó de Taitsan tras una cruenta batalla cuerpo a cuerpo en la que dirigió personalmente los tres asaltos. Para entonces resultaba más que evidente que no iba a consentir ni saqueos ni violaciones ni maltratos de enemigos o civiles, de manera que no resulta extraño que sus hombres se amotinaran. El 4 de mayo había sofocado totalmente la rebelión y antes de que concluyera el mes se había apoderado de Chunyi, Quinsan y tres fuertes. Sus bajas en aquellas operaciones habían sido siete —dos de ellas, muertes—, pero el enemigo había sufrido más de cuatro mil.

El botín podía haber sido sustanciosamente jugoso, pero una vez más Gordon impidió el pillaje. Nuevamente, sus tropas reaccionaron amotinándose, y nuevamente, Gordon sofocó el motín con eficacia y resolución. Para aquel entonces, la prensa estaba empezando a atacar al Ejército siempre victorioso por lo que consideraba una campaña repleta de atrocidades. Gordon sabía de sobra que la guerra no se gana en las rotativas de los periódicos y siguió avanzando hasta tomar Kahpu y Wokong prácticamente sin tener

que entablar combate. Eran demasiadas victorias y demasiadas muestras de eficacia militar para que incluso un ejército tan fanatizado como el de los Taiping no comenzara a sentir una profunda inquietud. Quizá habían subestimado a aquel general europeo que blandía lo que sus hombres denominaban ya la «varita mágica de la victoria».

En octubre, Gordon se hallaba en condiciones de asaltar Soochow, la principal fortaleza de los Taiping. En primer lugar, procedió a ir tomando las posiciones cercanas —Walungchiao, Leeku, Wanti…—, hasta que se completó el cerco y la ciudad quedó aislada de cualquier posibilidad de refuerzos o ayuda. Cuando aquella labor previa concluyó, los cuarenta mil hombres que debían defender Soochow se hallaban encerrados en una ratonera de la que resultaba imposible escapar. El jefe de la guarnición optó entonces por rendirse sin combatir. Sin embargo, aquella victoria iba a verse empañada por la controversia.

Gordon había garantizado la inmunidad de los que habían capitulado, pero cuando la plaza pasó a manos del funcionario imperial Li Hung Chang, éste ordenó la ejecución de los rebeldes. Se trataba de un acto de barbarie injustificada y Gordon dimitió inmediatamente de su cargo como comandante en jefe del Ejército siempre victorioso y decidió abandonar China. A pesar de esta actitud, una vez más los partidarios de lo que consideraban un comportamiento humanitario hacia los chinos pusieron el grito en el cielo. Olvidando que el triunfo de la revolución Taiping hubiera sumido a China en una dictadura totalitaria y preludiando el juicio injustificadamente favorable que la aún más terrible Revolución maoísta merecería a las izquierdas y a los denominados progresistas en el siglo XX, se acumularon las voces que acusaban a Gordon de atrocidades imaginarias, como la de haber dado muerte personalmente a treinta y cinco mandarines o la de haber contemplado complacido la ejecución de decenas de miles de prisioneros.

El 1 de enero de 1864, el emperador de China, que conocía la situación mucho mejor que los enemigos de Gordon en Europa, le envió una recompensa monetaria en agradecimiento por sus hazañas. Gordon, como siempre poco o nada interesado en el dinero, respondió rechazándola. Sin embargo, sí aceptó recuperar el

mando de sus tropas.

Durante los meses siguientes, el Ejército siempre victorioso fue cosechando un éxito tras otro. Yesing cayó en sus manos casi sin derramamiento de sangre mientras que en Kintang fue herido —por primera vez—, aunque él mismo no pareció haberse percatado del hecho hasta que, tras perder mucha sangre, se desplomó sin sentido. A la semana siguiente, las fuerzas de Gordon entraron en Waissoo, provocando la fuga de diez mil seguidores de la revolución Taiping. A esas alturas, las posibilidades de derrota definitiva del grupo resultaban ya tan patentes que, por vez primera, la población se alzó contra los Taiping, causándoles onerosas bajas.

Cuando Gordon entró a la cabeza del Ejército siempre victorioso en Changchow —una plaza defendida por veinte mil soldados Taiping— pudo darse por terminada la guerra. En junio de 1864, sus tropas fueron licenciadas. El último acto de la guerra se desarrollaría en Nanking al mes siguiente. Allí, a fin de no caer en manos de las fuerzas imperiales, Hung-sen-Tsuen se suicidio ingiriendo pan de oro. La revolución Taiping había concluido.

La práctica de la caridad cristiana

El emperador de China ordenó la acuñación de dos medallas de oro destinadas a recompensar a Gordon y le confirió las órdenes de la Chaqueta Amarilla y de la Pluma del Pavo Real. Sin embargo, Gordon tenía la intención de abandonar China con el mismo magro caudal con que había llegado y rechazó las recompensas pecuniarias.

La administración de su país no iba a ser tan generosa como la china. Aunque era de dominio público que la acción de Gordon había elevado enormemente el prestigio de Gran Bretaña en China, el gobierno se limitó a ascenderle a coronel y a concederle la Orden del Baño, una recompensa que iba destinada más a funcionarios añosos que a personas especialmente brillantes y distinguidas, como había sido el caso de Gordon. Seguramente, otra persona mancillada por pecados como los del orgullo o la vanidad se hubiera resentido de aquel trato cicatero y hubiera intentado movilizar a la prensa y a la opinión pública para obtener la recompensa que pensaba merecer. Sin embargo, entre los defectos

de Gordon no parecen haberse dado cita los ya mencionados. Tras pasar una temporada con su familia en Southampton, pidió el regreso al servicio activo y el 1 de septiembre de 1865 fue destinado a Gravesend para supervisar la construcción de fuertes para la defensa del Támesis.

Ya hemos hecho referencia al principio de este capítulo a aquel período de su existencia en el que se entregó casi por completo al estudio de la Biblia y a procurar el bien de su prójimo más desvalido. Muy posiblemente constituyó uno de los más plenos que viviría nunca. Concluyó cuando el domingo de Pascua de 1871 recibió una invitación del gobierno para ocupar una plaza vacante en la comisión danubiana que, de acuerdo con lo estipulado por el Tratado de París, intentaba mejorar la navegación por el río. En favor de aquella decisión gubernamental operaba no la magnífica labor que Gordon había desarrollado en China sino los antecedentes de su trabajo en Besarabia. Gordon aceptó la misión, que no tardó en revelarse como una ocupación rutinaria y aburrida, aunque —¡una vez más!— sus consecuencias tendrían un alcance inimaginable.

Durante su estancia a orillas del Danubio, Gordon sólo disfrutó de los entretenimientos que formaban parte esencial de su existencia; es decir, la lectura de la Biblia, la oración y la meditación. No debieron de ser escaso apoyo en alguna ocasión, como cuando se le encargó la inspección de los cementerios británicos de Crimea, que se veían sometidos a la despiadada acción de los ladrones de tumbas. Regresaba precisamente de esta desagradable misión cuando decidió detenerse en Constantinopla y entablar contacto con el embajador británico. Por aquel entonces se hallaba también de visita en la embajada un armenio llamado Nubar Pasha. A pesar de su origen, Nubar Pasha era el primer ministro de Ismail, el jedive de Egipto. Al conocer a Gordon en persona quedó gratamente impresionado por él y no dudó en ofrecerle el puesto de gobernador de las provincias ecuatoriales del Sudán, un cargo que había desempeñado con anterioridad sir Samuel Baker. La invitación contaba con dos alicientes que no dejaron de causar su impresión en Gordon. El primero era que el cargo de gobernador llevaba aneja la obligación de imponer el orden en una región donde tal concepto era punto menos que

desconocido, y el segundo, que implicaba obligatoriamente la tarea de acabar con la esclavitud. Gordon aceptó inmediatamente la misión, rogando tan sólo que se le permitiera antes regresar a Gran Bretaña para obtener el permiso pertinente del gobierno y pasar algunas semanas con su familia.

Remontando el Nilo

Actualmente resulta archisabido que el Sudán marcaría el resto de la existencia de Gordon de una manera incomparable. Sin embargo, en aquella época semejante curso de los acontecimientos era absolutamente impensable y, en cierta medida, podía decirse que el reto con el que se enfrentaba superaba al que había significado China. Desde luego, lo que había impulsado a Gordon a aceptar semejante misión no era la codicia ni la ambición. Cuando se le indicó que recibiría un salario de diez mil libras respondió —como tenía por costumbre— que le bastaría con tan sólo dos mil.

Gordon no tardaría, sin embargo, en darse cuenta de que el jedive era un monarca cínico y dilapidador al que su ejemplo de frugalidad no le impresionaba. Para remate, el nombramiento de Gordon no tenía la finalidad, como hubiera podido parecer a primera vista, de acabar con la esclavitud sino solamente la de acallar las protestas de las potencias occidentales por la pasividad que el jedive mostraba ante semejante lacra. Gordon hubiera podido permanecer tranquilamente en El Cairo, y lo más seguro es que su empleador no se lo hubiera reprochado.

Sin embargo, el inglés no estaba dispuesto a convertirse en una mera jugada propagandística del jedive. Decidió, por lo tanto, marchar hacia el sur, hasta llegar a los grandes lagos. Si conseguía alcanzarlos, no sólo el jedive se sentiría satisfecho por lo que podría interpretarse como una ampliación de sus dominios sino que habría quedado abierta una ruta al comercio que podría eventualmente sustituir las ganancias obtenidas con el tráfico de esclavos.

Con este proyecto en mente, Gordon desembarcó en Suakin, a orillas del mar Rojo. Iba entonces a montar en camello por primera vez en su vida, pero demostraría una capacidad extraordinaria de adaptación al animal que ha sido llamado el barco del desierto. Así alcanzó Berber, en la ribera del Nilo, tres días antes de lo previsto.

Tras llegar a Jartum y permanecer en la ciudad nueve días, Gordon prosiguió su viaje hacia el sur. Lo que le esperaba iba a ser una insoportable cadena de incompetencias, dificultades, enfermedades y amarguras.

Al llegar a Gondokoro, el fuerte situado más al norte de la provincia, Gordon pudo percatarse de que no existía nada parecido al imperio de la ley fuera de las murallas del enclave. Incluso no hubieran sido pocos los que habrían considerado que la situación dentro del fuerte dejaba mucho que desear. Buena prueba de ello es que los soldados eran pagados gracias a operaciones más que discutibles de venta de ginebra y de esclavas. La reacción de Gordon fue fulminante. Regresó a Jartum y señaló a Ismail Ayub, el gobernador de la ciudad, que aquel régimen iba a terminar inmediatamente. En adelante, las finanzas de Jartum y de los territorios colocados bajo el gobierno de Gordon iban a mantenerse separadas. No obstante, dado que sus soldados necesitaban ser pagados, Gordon se llevó una carga de monedas austríacas con las que hacer frente a semejante necesidad.

Durante los meses siguientes estableció nuevas guarniciones en Sobat, donde el río se une con el Bahr el Ghazal, y en Rejaf. Al mismo tiempo, el cuartel general fue trasladado de Gondokoro a Lado. Eran pasos importantes pero insuficientes. De hecho, los egipcios parecían estar inficionados por una incurable corrupción. Gordon tuvo, por ejemplo, que enfrentarse con el comandante de la guarnición de Sobat, que había intervenido en una operación de tráfico de mil seiscientos esclavos.

En la primavera de 1875, Gordon tomó la decisión de dirigirse hacia el sur y abrir aquellas tierras insanas y desconocidas a la civilización. Fue así estableciendo un rosario de bases militares que se encontraban separadas entre sí tan sólo por un día de marcha. Sin embargo, la tarea resultaba mucho más difícil de lo que hubiera podido imaginarse. En Moogie, por ejemplo, uno de sus colaboradores europeos cayó a la cabeza de cuarenta de sus hombres. Además, el Nilo demostró ser imposible de remontar a partir de la séptima catarata. Gordon ordenó entonces que Romolo Gessi, un lugarteniente suyo que había combatido al lado de Garibaldi y ahora buscaba fortuna en África, desmontara algunas de las embarcaciones, las transportara por tierra e intentara superar

aquella barrera infranqueable. Gessi lo consiguió, pero necesitó para ello tres meses y un millar de porteadores. Demasiado esfuerzo y medios para un objetivo más que dudosamente alcanzable.

Sin embargo, lo peor no eran los obstáculos naturales, con ser tantos y tan poderosos. Lo más difícil de manejar era el penoso material humano. De hecho, la destitución de oficiales incompetentes y corruptos se convirtió en una tarea no sólo ingrata sino ininterrumpida. El malestar entre sus hombres llegó a ser tan acentuado que Gordon se vio obligado a reclutar una guardia de caníbales niam niam para proteger su vida. Durante aquellos penosos meses, sin embargo, no todo fueron decepciones. En realidad, mientras los nervios de Gordon se veían sometidos a una presión de la que sólo emergía mediante sesiones de lectura solitaria de la Biblia, quedó asegurado el monopolio del marfil en beneficio del jedive, se limitaron las actividades de los traficantes de esclavos y se creó una red de puestos policiales que no aseguraron el imperio de la ley pero que sí limitaron el desafuero.

Cuando Gessi regresó de circunnavegar el lago Alberto y de descubrir su conexión directa con el Nilo, Gordon había decidido más que de sobra su regreso a Gran Bretaña. Salió finalmente hacia la metrópoli en la primavera de 1876. A diferencia de lo acontecido cuando regresó de China, esta vez la administración y la prensa británicas lo aclamaron como a un héroe. Ahora su nombre era barajado para empresas tan diversas como la de gobernar Bulgaria o la de abrir el África oriental al comercio a través de Zanzíbar. Ninguna de aquellas posibilidades iba a prosperar. El duque de Cambridge convenció a Gordon de que Egipto seguía siendo el lugar donde podía rendir sus mejores servicios, y éste aceptó regresar. Esta vez, su misión iba a ser la de gobernar el Sudán.

Gobernador del Sudán

El gobierno del Sudán era todo menos tentador. Su territorio, que contaba con una superficie de más de dos millones y medio de kilómetros cuadrados, no pasaba de ser una superficie inmensa en la que no existía ni ley ni orden y donde las costumbres más bárbaras y las prácticas más corruptas se consideraban como la única conducta lógica. No todo en el paso anterior de Gordon por

África había sido brillante, pero aun así había significado tal cantidad de mejoras que el recibimiento que se le dispensó en Jartum resultó verdaderamente apoteósico.

Gordon no se extendió mucho en su discurso de toma de posesión —en realidad se limitó a señalar que mantendría equilibrado el fiel de la balanza—, pero en el plazo de dos semanas había introducido ya en la vida del Sudán notables reformas. No sólo declaró abolida la flagelación sino que estableció un sistema en virtud del cual se le pudieran plantear peticiones, y comenzó a poner en funcionamiento un método para que la ciudad dispusiera del agua del río.

También acometió de manera casi inmediata el problema de la esclavitud. A diferencia de otros revolucionarios de distintas épocas, Gordon era muy consciente de que ninguna reforma tendría éxito si no planteaba alternativas viables a la forma de vida ya existente. En otras palabras, decretar la abolición de la esclavitud serviría de poco si no podía implantarse un sistema que garantizara el mantenimiento de los que hasta ahora se lucraban con aquella vergonzosa institución. La política de Gordon tomó como base la convención sobre el tráfico de esclavos suscrita por Gran Bretaña y Egipto a los tres meses de su llegada a Jartum. Todos los esclavos existentes en Sudán serían registrados y su venta quedaría prohibida al cabo de siete años en Egipto y de doce en Sudán. En ese plazo, el sistema comercial que Gordon pensaba implantar permitiría la desaparición de la esclavitud sin crear problemas económicos a los propietarios de esclavos ni tampoco desórdenes sociales. Por lo que se refería a la población extranjera, sus esclavos quedarían inmediatamente liberados en la medida en que su forma de subsistencia no dependía de ellos. Naturalmente, los extranjeros podían optar por naturalizarse egipcios, pero en ese caso estarían obligados a pagar impuestos. En otras palabras, los tiempos en que podían poseer esclavos y estar a la vez exentos de una carga impositiva habían acabado.

En conjunto, las medidas articuladas por Gordon no sólo eran sensatas sino además moderadas, pero resultaba más que dudoso que los afectados estuvieran dispuestos, tan sólo por el imperio de la ley, a dejar una forma de vida que los había favorecido desde hacía siglos a ellos y a sus antepasados. El peligro más considerable

lo representaba Suleiman, el más acaudalado de los comerciantes de esclavos del Sudán, un hombre que contaba con un ejército considerable que podía enfrentar a las pésimas tropas de Gordon.

Para abordar tan difícil situación, el inglés recurrió a una exhibición de extraordinaria audacia. Tras abandonar Jartum viajó por la noche durante horas a lomos de camello y llegó hasta el campamento de Suleiman. Vestido con su uniforme de mariscal, lleno de entorchados, se dirigió al jefe de los esclavistas para anunciarle que tenía que presentarse en Dara para entrevistarse con él y luego pasó entre sus soldados y abandonó el lugar. Aquel comportamiento podía haberle costado la vida, pero lo cierto es que causó tal impresión en su oponente que Suleiman se rindió ante él. Al cabo de unos días abrazaba los pies de Gordon y obedecía sus órdenes de no continuar con el tráfico de esclavos en aquel territorio. Su caso no fue el único. Cuando Gordon repitió la misma actuación con Walad el-Micael, obtuvo un éxito similar.

Tras aquellos triunfos iniciales, Gordon regresó a Jartum. Allí recibiría un largo telegrama del jedive. Ismail requería su presencia en El Cairo para que presidiera la comisión de investigación sobre las finanzas egipcias. Gordon obedeció y se presentó en la capital, donde la situación era ciertamente difícil. Ismail seguía llevando un tren de vida totalmente derrochador y las potencias occidentales, que habían estado concediéndole créditos hasta la fecha, estaban seriamente preocupadas por la posibilidad de no cobrar jamás. Gordon no era un especialista en finanzas, pero se percató de que si los gobiernos europeos deseaban cobrar, la única salida sería suspender pagos durante unos meses y permitir al jedive recuperarse económicamente para saldar las deudas.

La propuesta de Gordon quizá habría tenido alguna posibilidad de éxito si el jedive no hubiera dado tantas muestras de irresponsabilidad económica en los últimos años. Sin embargo, a juzgar por la experiencia acumulada no era extraño que los acreedores sospecharan que adoptar una medida de ese tipo sólo condujera a no cobrar nunca las deudas que el jedive había contraído con ellos. Finalmente, el jedive concedió a Gordon el permiso para regresar a Sudán.

Durante los siguientes nueve meses, Gordon impuso la ley y el orden mediante el recurso a los métodos más enérgicos y

expeditivos. Desde las siete de la mañana hasta la una de la tarde se ocupaba de la administración de justicia. Luego, cuando la calígine convertía el trabajo en algo imposible, Gordon se entregaba a la lectura de la Biblia y —nuevo pasatiempo— a montar y desmontar relojes. Ocasionalmente, los problemas resurgían, pero en esos casos Gordon reaccionaba con rapidez y eficacia. Así, cuando Suleiman se sublevó en Bahr el Ghazal, Gordon envió contra él una expedición capitaneada por Gessi.

El aventurero italiano actuó correctamente derrotando a las fuerzas esclavistas en varias ocasiones durante el año de 1878, pero, una y otra vez, Suleiman lograba eludir la captura. Finalmente, en marzo de 1879 Gordon decidió reunirse con Gessi y poner punto final a aquella campaña. Durante las siguientes semanas interceptó docenas de caravanas de esclavos a los que liberó por millares, y tomó una decisión trascendental. Si Suleiman era capturado, debería ser juzgado sumariamente y ejecutado. De momento, Gordon regresaría a Jartum.

Su llegada a la ciudad fue seguida, casi de manera inmediata, por dos noticias de enorme relevancia. La primera fue que el jedive Ismail había sido finalmente derribado por su incapacidad para hacer frente a las deudas de Egipto. Quizá debería haber sido sometido a juicio, pero lo cierto es que el jedive logró escapar en un yate con no menos de tres millones de libras. Pasaría el resto de su vida en un dorado exilio en Constantinopla. La segunda nueva resultó no menos importante. Suleiman había sido capturado por Gessi y, de acuerdo con las instrucciones recibidas, había acabado ante el paredón. En cierta medida, Gordon podía dar por cumplida su misión. Se encaminó a El Cairo y presentó su dimisión. El 10 de enero de 1880 zarpaba de Alejandría. Estaba convencido de que nunca regresaría a África.

De nuevo en China

A su regreso a la metrópoli, Gordon se encontró con una oferta del rey Leopoldo de Bélgica para que acabara con el tráfico de esclavos en el Congo. El inglés consideró seriamente la oferta, pero cuando estaba a punto de aceptarla lord Ripon, el nuevo virrey de la India, le rogó que se hiciera cargo de su secretaría. Gordon aceptó sin

pararse a pensar en que su carácter no estaba hecho para soportar el trabajo burocrático del funcionario. A los cinco días de llegar a Bombay presentó la dimisión al virrey. Apenas habían pasado cuatro jornadas cuando le llegó una oferta para servir en China. Siquiera por cortesía, Gordon debía informar de aquella posibilidad a la administración de su país. La respuesta fue claramente negativa… y Gordon se dirigió inmediatamente a China para aceptar el empleo.

Como en tantas otras ocasiones, el panorama que Gordon descubrió en su nuevo destino resultaba acentuadamente preocupante. En cualquier momento podía estallar la guerra con el Imperio ruso, y no eran pocos los que deseaban que Li Hung Chang se apoderara del trono. Gordon no tardó en comprender que ambas posibilidades resultarían desastrosas. A toda velocidad se encaminó a Pekín, donde tenía la intención de convencer al Gran Consejo de que evitara un conflicto armado. No fue, desde luego, una reunión fácil. En un momento dado, Gordon llegó incluso a recurrir al uso del diccionario para encontrar la palabra china para «estupidez» en clara referencia a la actitud de los que le escuchaban. No fue, desde luego, un ejemplo de comportamiento diplomático pero, al final, sus argumentos acabaron por imponerse. Poco a poco, Gordon fue redactando un plan para llegar a un acuerdo pacífico con Rusia y emprender una serie de reformas indispensables para el país. Cuando el 16 de agosto Gordon embarcó en Shanghai con rumbo a Aden había salvado a China del desastre por segunda vez.

Peregrinación a Tierra Santa

El regreso a Gran Bretaña fue seguido por un retiro espiritual en Thrapston, Northamptonshire. Gordon había pasado por las experiencias más diversas durante los últimos años y aquel inesperado descanso tuvo unas consecuencias directamente espirituales sobre él. Aunque habitualmente piadoso y entregado diariamente a la lectura de la Biblia y a la oración, ahora otorgó por primera vez un lugar de importancia a la comunión en su vida espiritual. Ese período de paz sólo se vio interrumpido cuando comenzaron nuevamente a lloverle las ofertas para solucionar los problemas que nadie parecía capaz de resolver. El mando de los

ingenieros reales de Mauricio o el final de la guerra en Basutolandia fueron algunos de esos ofrecimientos previos a su viaje a Tierra Santa.

La permanencia de Gordon —que acababa de ser ascendido a general— en lo que ahora es el Estado de Israel se extendió a lo largo de casi todo el año de 1883. Una vez más, las raíces de su conducta eran meramente espirituales. Mientras los franceses pensaban que estaba dedicado a tareas de espionaje, Gordon en realidad intentaba identificar en aquellos lugares, escenario de un millar de batallas, los enclaves que la Biblia mencionaba en sus páginas. Durante aquellos meses pretendió haber dado con la localización del jardín del Edén donde vivieron Adán y Eva; situó el Gólgota en un lugar a las afueras de Jerusalén, e incluso identificó el sitio exacto donde Satanás había caído sobre la tierra cuando Dios lo expulsó del cielo.

Difícilmente puede decirse que aquel trabajo tuviera algún valor, salvo el de su propia edificación espiritual y la de las personas que intercambiaban correspondencia con él. El lugar que identificó con el Calvario —un sitio especialmente querido por muchos protestantes ya que no coincide con la iglesia del Santo sepulcro— está completamente reñido con los informes procedentes de los primeros siglos del cristianismo. En cuanto a los otros, no dejan de ser un ingenioso juego de artificio sin base convincente.

Corría el mes de octubre de 1883 cuando Gordon recibió una nueva invitación del rey Leopoldo de Bélgica para que gobernara el Congo. Su peregrinación por Tierra Santa había concluido. Sin embargo, Gordon nunca llevaría a cabo aquella misión en el Congo. Sudán, la tierra a la que había intentado llevar la civilización, lo reclamaba de nuevo.

La sublevación del Mahdí

Desde la marcha de Gordon, la situación en el Sudán se había complicado hasta unos extremos inimaginables. En mayo de 1881, Mohammed Ahmed, un musulmán con pretensiones místicas, se había presentado como el Mahdí o esperado, una figura de la religión predicada por Mahoma que, supuestamente, ha de aparecer antes del final de los tiempos para llevar a todo el mundo a

someterse al islam. La predicación del nuevo santón no hubiera tenido mayor importancia de no ser porque su mensaje caló muy hondo en el seno de la población del Sudán. De ser un simple apéndice del gobierno egipcio, pasaron de la noche a la mañana a convertirse en la vanguardia del ejército de Alá.

El jedive Teufik habría deseado la ayuda de Gran Bretaña para acabar con aquella amenaza, pero el gobierno británico no estaba dispuesto a involucrarse en una aventura Nilo arriba. De entrada, minimizaba el peligro que pudiera significar aquel fanático, pero además deseaba evitar dar la sensación de que su única meta en política internacional era la expansión de su imperio. Se trataba de un objetivo nada fácil de conseguir teniendo en cuenta que en 1882 había llegado a bombardear Alejandría para forzar al gobierno egipcio a pagar sus deudas. Teufik, desde luego, veía la situación de una manera muy distinta y decidió finalmente abordar la solución del problema valiéndose únicamente de los recursos propiamente egipcios. En la primavera de 1883 consiguió formar una fuerza militar expedicionaria cuya finalidad era llegar al Sudán, localizar al Mahdí y acabar con él. Aunque los soldados y la oficialidad eran egipcios, Teufik consideró pertinente colocar la tropa bajo el mando de un soldado británico de experiencia. La elección recayó en un coronel retirado llamado Hicks.

El coronel Hicks —más conocido como Hicks Pashá— avanzó por kilómetros de tierra árida y sedienta hasta alcanzar Kordofán. No pasó de allí. El Mahdí le había tendido una emboscada y aniquiló con facilidad a un ejército numeroso dotado de armamento moderno y mandado por un oficial británico. El jedive comprendió que si el Mahdí había conseguido aquella victoria de una manera tan sencilla, Jartum no tardaría en convertirse en su objetivo, y quién sabía si sus ambiciones llegarían hasta El Cairo.

De manera bastante natural, el jedive llegó a la conclusión de que Gordon, que había pasado varios años en el Sudán empeñado en misiones de notable dificultad, era la persona adecuada para conjurar aquella amenaza. Por supuesto, una decisión así tenía que ser refrendada por la administración británica, y en este punto concreto comenzaron a surgir las dificultades. La política oficial del gobierno presidido por el liberal Gladstone era abandonar el Sudán y no inmiscuirse en una aventura nada clara. Cuando manifestaron

su punto de vista a Gordon, éste manifestó claramente que la evacuación no sólo era imposible de llevar a cabo sino que además constituía una necedad. Lejos de conformarse con el país, el Mahdí se sentiría envalentonado con aquel fácil triunfo y convertiría Oriente Medio en un barril de pólvora con la mecha encendida.

Finalmente, el gobierno británico dio su consentimiento a la marcha de Gordon al Sudán pero con la única misión de examinar de cerca la situación y elaborar un informe sobre la misma. Como mucho, se esperaba que el general y Evelyn Baring, el representante de Gran Bretaña en Egipto, supervisaran la evacuación sin dar la impresión de que sólo se estaba produciendo una desbandada fruto del terror. El plan no era descabellado, sobre todo si se tenía en cuenta la coyuntura internacional, pero Gordon tenía su propia visión acerca de la manera en que había que actuar.

Llegó, por lo tanto, a Egipto y el 26 de enero de 1884 abandonaba El Cairo ya oficialmente nombrado gobernador general del Sudán. La recepción de que fue objeto en Jartum resultó aún más entusiasta que la que había disfrutado varios años antes. Como era habitual en él, Gordon dictó algunas disposiciones que demostraran que detentaba el poder con resolución. Así, los registros relativos a los impuestos fueron quemados públicamente en una pira gigantesca y se procedió a liberar a los presos. La doble amnistía, fiscal y penal, debía provocar el respaldo real de la población de Sudán.

Gordon no había desechado la idea de la evacuación de Jartum, pero no deseaba bajo ningún concepto dejar el país en manos del fanatismo islámico. El problema era quién podía hacerse cargo de la administración del territorio. A su juicio, el emperador de los belgas hubiera sido la opción más adecuada pero, de momento, tal posibilidad resultaba impracticable. Pensó, por lo tanto, en entregar el territorio a Zebehr, un antiguo traficante de esclavos que conocía a la perfección del país y no sólo podría conjurar el peligro mahdista sino mantener también algo parecido a la ley y el orden. Al fin y a la postre, esta opción también tuvo que ser descartada. Si, por un lado, los antiesclavistas desconfiaban de quien había sido hasta unos años atrás un negrero, por otro, Zebehr tenía sus cuentas pendientes con Gordon que había ordenado tiempo atrás la ejecución de su hijo. En apariencia, la única salida habría sido la de

sacar a las mujeres y los niños de Jartum y abandonar Sudán al Mahdí, una operación que se identificaba a la perfección con los deseos del gobierno de Gladstone. Sin embargo, Gordon tenía la suficiente experiencia militar como para percatarse de que un paso de ese tipo podría acabar en una matanza en masa. A su juicio, la única salida sensata era una intervención militar que yugulara el movimiento mahdista. La veracidad de su tesis quedó suficientemente demostrada cuando el 12 de marzo las fuerzas del Mahdí descendieron por el Nilo y comenzaron el asedio de Jartum.

La batalla de Jartum

Teóricamente, Gordon tenía todo el poder en sus manos pero, en la práctica, se encontraba patéticamente solo. El día 13, los derviches del Mahdí comenzaron a disparar sobre Jartum y nueve días después su caudillo envió un mensaje a Gordon indicándole que sólo tenía dos opciones: o la sumisión al islam o la muerte. No se trataba de una bravuconada. Al cabo de una semana más, los derviches del Mahdí podían hacer blanco en la residencia de Gordon.

La situación por la que pasaba Jartum no era conocida con claridad fuera del Sudán, pero no por eso dejaba de causar una honda preocupación en algunos ambientes. La reina Victoria, que sentía una profunda simpatía por Gordon, intentó que el gobierno le contara la verdad sobre lo que estaba sucediendo. Se le aseguró entonces que Jartum no podía ser tomada por asalto y que además contaba con víveres de sobra para resistir medio año. La soberana no quedó convencida, al igual que sucedió con el Parlamento. Cuando el 9 de mayo Gladstone afirmó ante la cámara que no existía ningún peligro para Jartum, la respuesta de buena parte de los parlamentarios fue abuchearlo.

Para los admiradores del general, la actitud de Gladstone y su gabinete era imperdonable, pero lo cierto es que el gobierno liberal estaba mucho más interesado en la concesión del voto a los trabajadores rurales que en lo que sucedía con un extraño aventurero que, por su cuenta y riesgo, había decidido salvar el Sudán del fanático comandante de un ejército vestido con remiendos. Aun así no podía eludir las presiones de una opinión

pública que incluía a la misma soberana. Finalmente, el 31 de julio Gladstone se vio obligado a presentar en la cámara una propuesta para votar un subsidio de trescientas mil libras para que el gobierno de Su Majestad llevara a cabo «operaciones encaminadas a la liberación del general Gordon». A cargo de la misión fue situado sir Garnet Wolseley, una persona que desde hacía tiempo era amigo de Gordon.

La ayuda resultaba más necesaria cada día que pasaba. Durante el mes de agosto, Gordon había logrado apoderarse de algunas cantidades de munición y grano que estaban en poder de las fuerzas del Mahdí, pero en septiembre Mohammed Alí, su subordinado más capaz, cayó en una emboscada de los derviches y murió junto con un millar de sus hombres. Aquel desastre obligó a Gordon a enviar a su ayudante, el coronel Stewart, y a un tal Frank Power con un mensaje personal dirigido a Baring. La petición de ayuda nunca llegó a El Cairo. Stewart y Power fueron capturados y se les dio muerte.

Cuando, muy poco después, el Mahdí se sumó al asedio con doscientos mil nuevos guerreros, Gordon era conocedor de que había en camino una expedición de ayuda. Al mismo tiempo tenía la práctica certeza de que no llegaría a tiempo de salvarlos, según se desprende de las anotaciones que consignó en su diario. Su pesimismo estaba más que justificado. A finales de septiembre, el Mahdí contaba ya con la artillería suficiente como para machacar Jartum. Mientras tanto, las fuerzas británicas seguían afincadas en El Cairo.

El 12 de noviembre, el fuerte de Omdurman fue cercado por los hombres del Mahdí. A esas alturas, Gordon tenía serias dificultades para mantener el orden en una ciudad que a duras penas conseguía no caer en la desesperación. Dos semanas después, el general anotaba en su diario que, a menos que recibiera refuerzos —«no más de doscientos hombres»— en el plazo de diez días, la ciudad podía caer. Era la última entrada que escribiría en su diario, pero Jartum seguía resistiendo un mes después a pesar de que Omdurman había sucumbido el 15 de enero.

El 20 de enero, Gordon supo que mil seiscientos soldados británicos habían vencido a diez mil derviches en Abu Klea. Las pérdidas no permitían hablar de desastre, pero dejaban de

manifiesto el gran riesgo que para los musulmanes podía significar el enfrentarse con un ejército como el británico. El Mahdí podía ser un fanático pero no estaba ciego. Precisamente por ello consideró muy seriamente la posibilidad de retirarse de las inmediaciones de Jartum antes de que llegaran los británicos. A buen seguro lo hubiera hecho de no ser porque un desertor que llegó hasta su campamento le informó de que la bajada del Nilo había dejado sin defensa algunos enclaves de la ciudad. Jartum se había convertido en un objetivo fácilmente vulnerable.

El 25 de enero, las fuerzas del Mahdí atacaron Jartum. Lograron con facilidad forzar las defensas y penetrar en la ciudad. Cuando la turba de derviches alcanzó la residencia de Gordon, el general no ofreció ninguna resistencia. Entonces lo atravesaron con una lanza y a continuación lo decapitaron, clavando su cabeza en una pica que fue paseada triunfalmente por las calles. Jartum había caído, pero también estuvo muy cerca de salvarse. Finalmente, la columna de ayuda llegó, aunque con sesenta horas de retraso.

El 5 de febrero, Gran Bretaña se enteró de cuál había sido el desenlace de la última aventura del general Gordon. La reina Victoria culpó de todo lo sucedido al gobierno y envió un telegrama sin cifrar a Gladstone responsabilizándolo del desastre. Pasaría mucho tiempo antes de que el Imperio británico vengara la derrota. Sucedió en 1897, cuando un ejército al mando de Kitchener venció a los derviches en Omdurman. Para entonces, sin embargo, hacía ya muchos años que el general Gordon, el héroe piadoso, había entrado en la inmortalidad.

Bibliografía comentada

La figura de Gordon es, sin ningún género de dudas, una de las más sugestivas de la era victoriana y su gallardía durante el episodio de Jartum le convirtió comprensiblemente en un héroe nacional cuyo culto comenzaba en las escuelas, en las que los estudiantes convirtieron no pocas veces sus *Joumals at Kartoum*, Nueva York, 1885, en un auténtico libro de cabecera. Aparte de la lectura de este libro existen algunas biografías de Gordon realmente notables. Ése es el caso de *The Road to Khartoum. A Life of General Charles Gordon*, Nueva York, 1989, de C. C. Trench; *Gordon: Martyr and Misfit*, Londres, 1966, de A. Nutting, o de *General Gordon*, Londres, 1954, de lord Elton, que es considerada por muchos la biografía paradigmática de Gordon y que contiene mucho material bibliográfico y documental de interés. Con todo, posiblemente sea el estudio de Lytton Strachey sobre Gordon (existe traducción española: *Gordon en Jartum*, Barcelona, Fontamara, 1983) uno de los más conocidos. La estima por la obra de Lytton Strachey, en relación con Gordon resulta absolutamente inmerecida. Strachey aceptó acríticamente los rumores sobre el alcoholismo de Gordon e incluso sobre una posible homosexualidad reprimida (un tema especialmente grato para Strachey que sí era homosexual) y durante años fue la causa de que pasara a formar parte de comentarios habituales sobre el general. Hoy en día está fuera de discusión la falsedad de ambas afirmaciones.

Por lo que se refiere a episodios concretos de la vida de Gordon no falta tampoco bibliografía. Las Ediciones en Lenguas Extranjeras de Pekín publicaron en 1979 un libro sobre la rebelión Taiping titulado *El movimiento del reino celestial Taiping*. Aunque la obra se encuentra inficionada por el lenguaje propagandístico y el método de análisis marxista, contiene muchos datos útiles. En cualquier caso, el mejor libro hasta la fecha sobre la revuelta de

Hung-sen-Tsuen es *Chinese Son. The Taiping Heavenly Kingdom of Hong Xiuquan*
God's
, de Jonathan D. Spence (Nueva York, 1997). Las referencias a Gordon, lógicamente, se hallan circunscritas a las últimas fases de la revolución.

Por lo que se refiere a la rebelión del Mahdí, siguen resultando de interés la obra de R. Slatin, *Fire and Sword in the Sudan*, Londres, 1896, recientemente reeditada por Negro Universities Press de Nueva York, y la de B. Farwell, *Prisoners of the Mahdi*, Nueva York, 1989.

Epílogo políticamente incorrecto

La segunda mitad del siglo XX estuvo caracterizada por una serie de vaivenes ideológicos que se distinguieron por un grado de violencia, de agresividad y de poder de destrucción realmente sin parangón en la historia de la Humanidad. La conquista de media Europa por dictaduras comunistas al servicio de la URSS; el final de los imperios coloniales y su sustitución por movimientos de liberación de ideología marxista-leninista; la identificación del progresismo con la aniquilación de la célula familiar o la erosión del principio de autoridad; la identificación de la libertad con el relativismo ético o la creencia en que ciertos experimentos demagógicos constituyen medidas sociales de carácter avanzado han demostrado ser acontecimientos de consecuencias nefastas para el género humano. Sin embargo, a pesar de su carácter acentuadamente negativo, continúan impregnando buen número de programas políticos, de análisis de situaciones nacionales e internacionales, y de corrientes de opinión mediática. Partiendo de puntos de vista como ésos, los marcados por la ortodoxia de lo políticamente correcto, los exploradores de la reina Victoria resultan personajes cuando menos incómodos.

Causas como la del desarme, la equiparación de los sexos o la igualdad de las clases sociales no atrajeron su atención de manera especial y es muy posible que la mayoría, si les hubieran sido planteadas, las habría considerado de escasa importancia frente a otros retos como el de civilizar a culturas enteras, el de acabar con muestras de barbarie como la esclavitud o el de proporcionar al mundo habitado una vertebración moral que se tradujera en prosperidad, libertad y respeto a la dignidad humana.

De entrada, ninguno de ellos estaba dispuesto a asumir que existiera algo tan políticamente correcto como la supuesta igualdad de las culturas. Desde su punto de vista, el de alguien que las había

conocido de primera mano, éstas eran considerablemente distintas y esa diferencia venía definida fundamentalmente en términos éticos. Lo que podía horrorizar a Palgrave o Doughty de los árabes no era su lengua diferente o sus costumbres distintas, sino el hecho de que éstas incluían la poligamia o el despotismo más despiadado como forma de gobierno, el que desconocían los límites del poder político o el que aborrecían la idea de una instrucción general. No se trataba empero de una mera diferenciación entre Occidente y otros pueblos. Todos y cada uno de los exploradores supieron ver que las culturas extraeuropeas también diferían entre sí y que esa distancia en ocasiones era inmensa. Existía, desde su punto de vista, una innegable distancia entre matabeles y árabes, entre chinos y malayos, entre turcos y bóers.

En términos generales, sin embargo, todos los aventureros creyeron en la posibilidad de superar el abismo que mediaba entre estas culturas y la inglesa. Posiblemente fue Livingstone el que conoció mejor que ninguno los horrores que podían estar relacionados con episodios como la trata de esclavos o la captura de seres humanos por sus propios compañeros de raza. Sin embargo, en ningún momento pensó que tan dramáticas circunstancias permitieran realizar un análisis racista de la situación. Los negros —del grupo que fueran, y ciertamente no iguales entre sí— tenían posibilidad de salir del estado en que se hallaban si mediaban ciertas condiciones. Es curioso que esa opinión sólo fuera cuestionada por el explorador que poseyó una menor carga ética, el inefable Richard Burton. A diferencia de Speke, de los Blunt, de *lady* Jane Digby y, por supuesto, de Livingstone, Burton estaba convencido de que ciertas razas no tenían posibilidad alguna de redención. Incluso se permitía creer en la superioridad de unas razas sobre otras, y entre las más despreciables incluía lo mismo a negros que a judíos. Sin embargo, Burton era una excepción.

La posibilidad de ayudar a esas culturas no radicaba en la predicación de una utopía social —ese método ha logrado hundirlos en el siglo XX en un cenagal del que no parece que vayan a emerger en las próximas décadas—, sino en la aplicación de una serie de elementos no por sencillos menos efectivos. Livingstone los reducía a las tres «ces», cristianismo, comercio y cultura. La fórmula resulta grandiosa en su misma simplicidad. La cultura permitiría salvar la

enorme distancia que mediaba entre Occidente y los países no europeos en terrenos como la ciencia o la técnica; el comercio proporcionaría las bases para un desarrollo económico que, ni lejanamente, proporcionaron el marxismo-leninismo o el nacionalismo después de 1945, y el cristianismo otorgaría un armazón ético que, como sabe cualquier mediano conocedor de la historia de Occidente, es la base sobre la que se sustentan la división de poderes, la doctrina de los Derechos Humanos y la democracia moderna. Si Occidente lograba dar lo mejor de sí a aquellos pueblos, éstos, paulatinamente, lograrían salir adelante. Excepcionalmente, Baker del Nilo pudo cuestionar ese punto de vista, pero otros, como Shirley Baker o Brooke, hicieron lo posible para demostrar con éxito que era traducible a la realidad más innegable.

Al fin y a la postre, la labor colonial victoriana fue responsable directa de adelantos, como la prohibición del asesinato ritual de viudas en la India, la vacunación de poblaciones contra epidemias como la viruela, la persecución del tráfico de esclavos, el otorgamiento de una lengua común en la que pudieran entenderse diversas etnias o la creación de redes de comunicación por telégrafo, ferrocarril o carretera. Ninguno de esos logros constituyó un jalón del que avergonzarse, y así lo supieron entender, en términos generales, los exploradores Victorianos. Gordon y Livingstone, que combatieron la esclavitud, Doughty y Speke, que creían en la posibilidad de progreso de otras culturas si eran sencillamente ayudadas para conseguirlo, o Brooke y Baker, que contribuyeron decisivamente a modernizar lejanos países, son algunos ejemplos —políticamente muy incorrectos— de la veracidad de esa tesis.

Sin embargo, los aventureros de la reina fueron políticamente incorrectos no sólo por las razones apuntadas. Finalmente, lo resultan de manera acusada porque creían, como es típico de la cultura liberal y protestante, en la libertad del individuo para elegir y llevar a cabo su destino sin tener en cuenta lo socialmente aceptado en un momento determinado. En ese sentido, los aventureros son especialmente difíciles de encajar en los moldes en que habitualmente nos vemos obligados a insertarnos. Burton, ciertamente, resulta un personaje extraordinariamente atractivo e

incluso precursor en sus estudios sobre los comportamientos sexuales, pero sólo si silenciamos sus opiniones sobre otras razas y culturas; si pasamos por alto sus ideas sobre los homosexuales y las mujeres, y si nos fijamos en sus virtudes como aventurero; aventurero prácticamente reducido a la categoría de deportista. *Lady* Jane Digby puede resultar enormemente sugestiva pero sólo hasta el momento en que decide dejar de llevar una vida —bien desdichada por cierto— de lo que hoy llamaríamos una mujer emancipada para convertirse en una beduina más, y hacerlo sólo por amor. David Livingstone provoca nuestra admiración más sincera, pero únicamente si olvidamos que llevó a cabo sus exploraciones no sólo por un prurito exploratorio, sino también porque fundamentalmente —al igual que Doughty o Gordon— era un cristiano convencido que creía en la necesidad de llevar el Evangelio a toda criatura.

Sin embargo, si nos acercáramos así a la Historia —de una manera políticamente correcta—, sólo estaríamos demostrando un papanatismo y una inclinación a comulgar con ruedas de molino ciertamente necios e incluso repugnantes. Al actuar así creemos estar limpiando a los personajes de sus defectos, sin darnos cuenta de que quizá fue su distanciamiento de lo políticamente correcto lo que los convirtió en seres grandes y excepcionales. Al fin y a la postre, el considerar que el amor era un móvil más importante que supuestos proyectos emancipatorios, que el cristianismo constituía una fuerza capaz de revolucionar un mundo sumergido en el dolor y la injusticia o que ciertas culturas necesitaban imperiosamente de Occidente para poder salir de un estado que sólo podía ser calificado de barbarie puede ser tachado de políticamente incorrecto pero, en ningún caso, de falso o perverso.

Gracias a personas que sentían así y que se movían de acuerdo con esos principios, Occidente no sólo conoció un mundo que los avances irían encogiendo a una velocidad vertiginosa. Ese ignoto cosmos también pasaría de la Edad de Hierro a la Edad Contemporánea y, aunque el paso no estuvo exento de traumas, el camino avanzado resultó extraordinariamente positivo. Entre los responsables de esos logros se halló un puñado de hombres y mujeres, los exploradores de la reina, que no sólo resultan admirables por sus aventuras sino, fundamentalmente, por el

carácter que los impulsó a idearlas, prepararlas y ejecutarlas. Ese carácter es, aunque resulte políticamente incorrecto afirmarlo, su mayor legado para la posteridad, para nosotros.

Índice onomástico

‘

‘Unga, David **1**, **2**

A

Abd el Kader, emir argelino **1**, **2**

Abdul Aziz, sultán **1**

Abdul Hamid, sultán **1**

Abdul Medjuel el Mezrab **1**, **2**, **3**, **4**, **5**, **6**, **7**, **8**, **9**, **10**, **11**, **12**, **13**

Abdullah **1**, **2**, **3**, **4**, **5**, **6**, **7**, **8**, **9**, **10**, **11**, **12**, **13**, **14**

Aberdeen, lord **1**, **2**

Abraham (personaje bíblico) **1**, **2**

Ahmed, pachá turco **1**, **2**, **3**

Alberto de Inglaterra **1**, **2**

Alejandro, zar **1**

Ali Agha **1**

Amalia de Grecia, reina **1**, **2**, **3**, **4**

Amherst, lord **1**

Anson, George **1**

Anstruther, lan **1**

Ayub, Ismail **1**

B

Badía, Domingo **1**

Baker, Beatrice Shirley **1**, **2**, **3**, **4**, **5**, **6**, **7**, **8**, **9**, **10**, **11**, **12**, **13**, **14**

Baker, George **1**, **2**, **3**, **4**, **5**

Baker, Laura **1**

Baker, Lillian **1**

Baker, Samuel **1**, **2**, **3**, **4**, **5**, **6**, **7**, **8**

Baker, Shirley Waldemar **1**, **2**

Balzac, Honoré **1**

Baring, Evelyn **1**, **2**

Bidwell, Robin **1**, **2**, **3**

Blunt Wilfrid Scawen **1**, **2**, **3**, **4**, **5**, **6**, **7**, **8**, **9**, **10**, **11**, **12**, **13**, **14**, **15**, **16**, **17**, **18**, **19**, **20**, **21**, **22**, **23**, **24**, **25**, **26**, **27**, **28**, **29**, **30**, **31**, **32**, **33**, **34**, **35**, **36**, **37**, **38**, **39**, **40**, **41**, **42**, **43**, **44**, **45**

Brodie, Fawn **1**

Brooke, Anna, Brooke Charles Johnson, Brooke Henry, Brooke James,, Brooke Thomas **1**, **2**, **3**, **4**, **5**, **6**, **7**, **8**, **9**, **10**, **11**, **12**, **13**, **14**, **15**, **16**, **17**, **18**, **19**, **20**, **21**, **22**, **23**, **24**, **25**, **26**, **27**, **28**, **29**, **30**, **31**, **32**, **33**, **34**, **35**, **36**, **37**, **38**, **39**, **40**, **41**, **42**, **43**, **44**, **45**, **46**, **47**, **48**, **49**, **50**, **51**, **52**, **53**, **54**, **55**, **56**, **57**, **58**, **59**, **60**, **61**, **62**, **63**, **64**, **65**, **66**, **67**, **68**, **69**, **70**, **71**, **72**, **73**, **74**, **75**, **76**, **77**, **78**, **79**, **80**, **81**, **82**, **83**, **84**, **85**, **86**, **87**, **88**, **89**, **90**, **91**, **92**, **93**, **94**, **95**, **96**, **97**, **98**, **99**, **100**, **101**, **102**, **103**, **104**, **105**

Budrudin **1**

Burckhardt, Johann Ludwig **1**, **2**, **3**

Burdett-Coutss, baronesa **1**, **2**

Burgevine **1**

Burton, Richard **1**, **2**, **3**, **4**, **5**, **6**, **7**, **8**, **9**, **10**, **11**, **12**, **13**, **14**, **15**,

16, **17**, **18**, **19**, **20**, **21**, **22**, **23**, **24**, **25**, **26**, **27**, **28**, **29**, **30**, **31**, **32**, **33**, **34**, **35**, **36**, **37**, **38**, **39**, **40**, **41**, **42**, **43**, **44**, **45**, **46**, **47**, **48**, **49**, **50**, **51**, **52**, **53**, **54**, **55**, **56**, **57**, **58**, **59**, **60**, **61**, **62**, **63**, **64**, **65**, **66**, **67**, **68**, **69**, **70**, **71**, **72**, **73**, **74**, **75**, **76**, **77**, **78**, **79**, **80**, **81**, **82**, **83**, **84**, **85**, **86**, **87**, **88**, **89**, **90**, **91**, **92**, **93**, **94**, **95**, **96**, **97**, **98**, **99**, **100**, **101**

Byron, George Gordon, lord **1**, **2**, **3**

C

Cakobau, rey de Fiji **1**, **2**

Carrington **1**

Cobden, Richard **1**

Cochrane, Thomas Alexander **1**, **2**

Coke, los **1**

Coupland, Reginald **1**

Cruickshank **1**

D

Datu Bandar **1**

Derby, Edward Stanley, lord **1**, **2**, **3**

Devereux **1**, **2**, **3**

Dick, Philip Kindred **1**

Digby, Jane, Digby, los **1**, **2**, **3**, **4**, **5**, **6**, **7**, **8**, **9**, **10**

Disraeli, Benjamin **1**, **2**, **3**

Doughty, Charles M. **1**, **2**, **3**, **4**, **5**, **6**, **7**, **8**, **9**, **10**, **11**, **12**, **13**, **14**, **15**, **16**, **17**, **18**, **19**, **20**, **21**, **22**, **23**, **24**, **25**, **26**, **27**, **28**, **29**, **30**, **31**, **32**, **33**, **34**, **35**, **36**, **37**, **38**, **39**, **40**, **41**, **42**, **43**, **44**, **45**, **46**, **47**, **48**, **49**, **50**, **51**, **52**, **53**, **54**, **55**, **56**, **57**

Drummond, Henry **1**, **2**

E

Edwards **1**

Elgin, James Bruce, lord **1**

Ellenborough, Edward Law, lord **1**, **2**, **3**, **4**, **5**

Elton, Geoffrey Rudolph, lord **1**

Enderby, Elizabeth, Enderby, Samuel **1**

F

Faisal, emir **1**, **2**, **3**, **4**

Fanati de Ferrara, Giovanni **1**

Faris, jeque **1**, **2**

Farwell, B. **1**, **2**, **3**

Fátima (hija de Mahoma) **1**

Fehoko, juez **1**

Ferrari, Francesco **1**

G

Garibaldi, Giuseppe **1**

Gessi, Romolo **1**, **2**, **3**, **4**, **5**

Gladstone, William **1**, **2**, **3**, **4**, **5**, **6**, **7**, **8**, **9**, **10**, **11**

Gordon **1**, **2**, **3**, **4**, **5**, **6**, **7**, **8**, **9**, **10**, **11**, **12**, **13**, **14**, **15**, **16**, **17**, **18**, **19**, **20**, **21**, **22**, **23**, **24**, **25**, **26**, **27**, **28**, **29**, **30**, **31**, **32**, **33**, **34**, **35**, **36**, **37**, **38**, **39**, **40**, **41**, **42**, **43**, **44**, **45**, **46**, **47**, **48**, **49**, **50**, **51**, **52**, **53**, **54**, **55**, **56**, **57**, **58**, **59**, **60**, **61**, **62**,

63, **64**, **65**, **66**, **67**, **68**, **69**, **70**, **71**, **72**, **73**, **74**, **75**, **76**, **77**, **78**

Gordon, Arthur **1**

Gordon, Charles **1**, **2**, **3**, **4**, **5**

Grant, James **1**, **2**, **3**, **4**, **5**, **6**

Gueraigueri **1**, **2**, **3**

H

Hadji-Petros, Jristos **1**, **2**, **3**, **4**

Hahn, Emily **1**

Hall, Richard **1**, **2**, **3**, **4**

Hamerton, Arkins **1**, **2**, **3**

Harun ar-Rashid, califa **1**

Hassim, rey de Brunei **1**, **2**, **3**, **4**, **5**, **6**, **7**, **8**, **9**, **10**, **11**, **12**, **13**, **14**, **15**, **16**

Haydn, Joseph **1**

Helms **1**

Henry **1**, **2**, **3**, **4**, **5**, **6**

Hicks Pashá, coronel (llamado Hicks **1**, **2**

Hirfa (esposa del jeque Zeyd) **1**, **2**

Hogarth, David G. **1**

Hogg, James **1**, **2**

Houeitat, los **1**

Hourani **1**

Hume (diputado) **1**, **2**, **3**, **4**, **5**

Hung-sen-Tsuen **1**, **2**, **3**, **4**, **5**, **6**, **7**

Husayn, pachá **1**

I

Isabel I de Inglaterra **1**

Ismael **1**

Ismail, jedive de Egipto **1**, **2**, **3**, **4**, **5**

J

Jacobo I Estuardo, rey de Inglaterra **1**

Jacobs, Gertrude L. **1**

Japar, esclavo **1**

Jeal, T. **1**

Jedaan (beduino) **1**

Jesús de Nazaret **1**, **2**, **3**, **4**, **5**, **6**, **7**, **8**, **9**, **10**

Johnson Brooke, Johnson Charles **1**, **2**, **3**, **4**, **5**

K

Kamrasi, rey de Bunyoro **1**, **2**, **3**, **4**, **5**, **6**

Kenneyny, Abdullah el **1**, **2**, **3**

Keppel, Henry **1**

Kinglake **1**

Kirk, John **1**

Kitchener, Horario Herbert **1**

Koskinen, A. A. **1**

L

Larking, John **1**
Lawrence de Arabia, T. E **1**, **2**, **3**, **4**
Layard, E. L. **1**
Leopoldo II de Bélgica **1**, **2**
Li Hung Chang **1**, **2**, **3**
Livingstone, Agnes **1**, **2**
Livingstone, David **1**, **2**, **3**, **4**, **5**
Livingstone, Neil **1**
Lomax, A. E. **1**
Longford, Elizabeth **1**
Lot (personaje bíblico) **1**
Lovell, Mary S. **1**
Luis II de Baviera **1**, **2**, **3**
Luis Napoleón de Francia **1**

M

M'Queen, James **1**, **2**, **3**
Maabu **1**
Mackenzie, Charles **1**, **2**, **3**
Madden, Frederic **1**
Mahdí, el **1**, **2**, **3**, **4**, **5**, **6**, **7**, **8**, **9**, **10**, **11**, **12**, **13**
Mahoma **1**, **2**, **3**, **4**, **5**, **6**, **7**, **8**, **9**, **10**, **11**, **12**, **13**, **14**
Majid, sultán **1**
Makota, gobernador pangeran **1**, **2**, **3**, **4**
Martin, K. L. P. **1**
Marx, Karl **1**

Mea Allan **1**
Merlin, Dorothy Carleton **1**
Mettemich-Winneburg, Klemens **1**
Middleton **1**, **2**
Midhat Pasha **1**
Mitchell, Charles **1**, **2**, **3**, **4**
Moffat **1**, **2**, **3**, **4**
Moffat, Mary **1**
Moffat, Robert **1**, **2**
Mohammed **1**, **2**, **3**, **4**, **5**, **6**, **7**, **8**, **9**, **10**, **11**, **12**, **13**, **14**, **15**, **16**
Mohammed Ahmed **1**
Mohammed Alí **1**
Mohammed ibn Aruk **1**, **2**, **3**, **4**
Mohammed ibn Rashid, jeque y emir **1**, **2**, **3**
Moisés (personaje bíblico) **1**
Moulton, J. E. **1**, **2**, **3**, **4**, **5**, **6**, **7**, **8**, **9**, **10**, **11**, **12**, **13**, **14**, **15**
Mumein **1**, **2**
Murad, sultán **1**
Murchison, Roderick I. **1**, **2**, **3**
Murray, D. T. **1**
Murray, Mungo **1**
Musa Bajá **1**, **2**, **3**
Muttra (nieta de Nassr) **1**, **2**

N

Napier, Charles **1**, **2**

Napoleón I Bonaparte **1**, **2**
Napoleón III **1**, **2**
Nassr (beduino) **1**, **2**
Nejum **1**
Nelson, Horario Nelson, vizconde **1**
Nicholetts, Harrty **1**, **2**, **3**
Nubar Pasha, jedive de Egipto **1**
Nutting, A. **1**

O

Oddie, E. M. **1**
Ornar Alí Suffedin **1**
Oswell, W. C. **1**, **2**
Otón I de Grecia **1**

P

Pablo, san **1**
Palgrave, Francis **1**
Palgrave, Wiiliam Gifford **1**, **2**, **3**
Patingi Datu Gaffur **1**
Peel, Rober **1**
Penty, criad **1**, **2**
Petherick **1**
Pitts, Joseph **1**, **2**
Powell, Elizabeth **1**

Power, Frank **1**
Prinsep **1**, **2**, **3**

R

Rebmann, Joahann **1**
Redesdale, lord **1**
Rentab **1**, **2**, **3**, **4**, **5**
Rice, Edward **1**
Rionga (hermano de Kamrasi, rey de Bunyoro) **1**
Ross, John Dill **1**
Rutherford, Noel **1**, **2**, **3**
Rutter, Owen **1**

S

Sadlier, G. F. **1**
Sahib, jerife malayo **1**
Saleh (beduino) **1**, **2**, **3**, **4**, **5**, **6**
Salgari, Emilio **1**, **2**, **3**, **4**
Sandokán **1**, **2**
Schebibb (hijo de Abdul Medjuel) **1**
Schmidt, Johann **1**, **2**
Schmidt, Margaret Fox **1**
Schwarzenberg, Félix Luis Juan Nepomuceno, príncipe de **1**, **2**, **3**, **4**
Sebutuane **1**, **2**, **3**
Sekeletu **1**, **2**

Shaykh Hamid **1**, **2**

Shaykh Mohammed **1**

Shaykh Naur **1**

Simmons, J. C. **1**, **2**, **3**

Simpson, George Edward **1**

Simpson, Katherine **1**

Siruan, Abdullah el **1**

Skene, cónsul **1**, **2**, **3**

Slatin Bajá, Rudolf Karl von Slatin **1**

Sotamm ibn Shaalan, jeque **1**

Speke, John Hanning **1**, **2**, **3**, **4**, **5**, **6**, **7**, **8**, **9**, **10**, **11**, **12**, **13**, **14**, **15**, **16**, **17**, **18**, **19**, **20**, **21**, **22**, **23**, **24**, **25**, **26**, **27**, **28**, **29**, **30**, **31**, **32**, **33**, **34**, **35**, **36**, **37**, **38**, **39**, **40**, **41**, **42**, **43**, **44**, **45**, **46**

Spence, Jonathan D. **1**

St. John, Spenser **1**

Stanhope, Hester **1**, **2**

Staveley, general **1**

Steele (gobernador de Kanowit) **1**

Stewart, coronel **1**

Stoker, Bram **1**

Strachey, Lytton **1**, **2**

Suleiman **1**, **2**, **3**, **4**, **5**

Symonds, H. E **1**, **2**

T

Tabachnick, E. **1**

Tallal ibn Rashid **1**

Taufa'ahau, rey de Tonga **1**

Templer, J. C. **1**

Teufik, jedive **1**

Thomson, Basil **1**, **2**

Thurston, J. B. **1**, **2**, **3**, **4**, **5**, **6**, **7**

Tidrick, K. **1**

Tomás Beckett, santo **1**

Topui, jefe del parlamento de Mu'a: **1**

Trench, C. C. **1**

Tuku'aho **1**

Tupou, rey de Tonga **1**, **2**, **3**, **4**, **5**, **6**, **7**, **8**, **9**, **10**, **11**, **12**, **13**, **14**, **15**, **16**, **17**, **18**, **19**, **20**, **21**, **22**, **23**, **24**, **25**, **26**, **27**, **28**, **29**, **30**, **31**, **32**, **33**, **34**, **35**

Turner, Elizabeth **1**

V

Vaea **1**

Vartema, Ludovico de **1**

Venningen, barón Carlos von **1**, **2**, **3**, **4**, **5**, **6**, **7**, **8**, **9**

Verne, Julio **1**

Victoria I de Inglaterra **1**, **2**, **3**, **4**, **5**, **6**, **7**, **8**, **9**, **10**, **11**, **12**, **13**

W

Walad el-Micael **1**

Walters, Catherine **1**

Ward **1**
Wellington, Arthur Colley Wellesley, duque de **1**
Wesley, Charles **1**
Wesley, John **1**
White, S. A. **1**
Wise, Henry **1**, **2**, **3**, **4**, **5**, **6**, **7**
Wodehouse, lord **1**
Wolseley, Garnet **1**

Z

Zeotoky, Leónidas **1**, **2**
Zeotoky, Spiridion **1**
Zeyd el-Sbeychan, jeque **1**, **2**, **3**, **4**, **5**
Zobeida (esposa del califa Harun ar-Rashid) **1**

CÉSAR VIDAL MANZANARES (Madrid, 1958) es doctor en historia —premio extraordinario de fin de carrera—, filosofía y teología, así como licenciado en derecho. Ha enseñado en distintas universidades de Europa y América, y es miembro de prestigiosas instituciones académicas, como la American Society of Oriental Research o el Oriental Institute de Chicago. Actualmente colabora en distintos medios de comunicación como *«La Razón», «Libertad Digital», «Chesterton» y «Muy Interesante»*.

Es autor de más de un centenar de libros, que habitualmente se sitúan en los primeros puestos de las listas de los más vendidos y que han sido traducidos a media docena de lenguas. Entre sus premios literarios destacan el de la Crítica «Ciudad de Cartagena» a la mejor novela histórica del año 2000, el premio Las Luces de Biografía 2002, el premio de Espiritualidad 2004, el premio Jaén 2004, el IV Premio de Novela Ciudad de Torrevieja (2005), el de novela histórica Alfonso X el Sabio 2005 y el Algaba 2006 de biografía. Sus éxitos literarios son numerosos, y pocos autores han logrado ventas tan altas de tantos títulos simultáneamente.

Entre sus obras más recientes destacan: *Los masones* (2004); *Paracuellos-Katyn* (2005); *Bienvenidos a La Linterna* (2005) y

Jesús y Judas (2007); y las novelas históricas *El médico de Sefarad* (2004); *El médico del Sultán* (2005); *Los hijos de la luz* (2005); *Artorius* (2006) y *El judío errante* (2008).

Notas

[1] La conversión, desde luego, no fue siempre voluntaria. Pitts continuó siendo cristiano en secreto y consideraba a Mahoma un «impostor sanguinario». Al final logró escapar y, ya de regreso en Inglaterra, relató sus aventuras. < <

[2] Un término procedente del período de las cruzadas y que, incluso en la actualidad, sirve para designar a todos los occidentales sin distinción. < <

[3] Sobre este tema concreto y su desarrollo, aunque desde una perspectiva novelada, puede leerse C. Vidal, *Las cinco llaves de lo desconocido*, Madrid, 1998. <<